

Tres lirios de agua

N o v e l a



Zamacuco

QUITO ECUADOR SUDAMÉRICA

Portada:

Hospital Siquiátrico San Lázaro, también conocido como Hospicio.
Quito-Ecuador

Pre edición, 50 ejemplares.

*La presente obra fue publicada
en diciembre del 2015, siendo
Presidente de la Casa de la
Cultura Ecuatoriana Benjamín
Carrión, el señor Raúl Pérez
Torres*



presidencia@casadelacultura.gob.ec

Al César lo que es del César

Terminé de escribir y corregir esta novela en octubre del dos mil quince. Antes de enviarla a la imprenta solicité a mis hijos y a varios amigos que lean la primera versión e hicieran sus comentarios. Estoy en deuda con mi hija Mónica Jaramillo por ayudarme a limpiar de gazapos el texto. Agradezco las sugerencias de Ángel Endara Jiménez, de Hernán Burbano Urresta y de Francisco Vásquez.

Sin el apoyo y el cariño de Susy, Fernando, María Antonieta, Mónica, Agustín, Dani, María Emilia, María Paula, Camila, Paola, Franklin, Efraín y Mireya esta obra no hubiera visto la luz.

Comentarios ex post

Recibiré con gran interés cualquier comentario, crítica o sugerencia del lector, con respecto a esta novela.

Correo electrónico: zamacuco_literatura@yahoo.com

Teléfono fijo: (593 2) 2 895 411

Teléfono celular: 0 987 285 559

Cumbayá, Ecuador

Tres lirios de agua



Construido en 1738, por los jesuitas, el hospital siquiátrico San Lázaro, enclavado al pie del Panecillo, en el irregular polígono que conformaba el Quito antiguo, es una casona de enormes proporciones.

Desde la esquina que forma la calle Ambato con la García Moreno se divisa, en primer plano, un torreón poligonal maciso, rematado en una especie de cúpula cubierta, en la parte superior, con láminas metálicas oxidadas, que le otorgan un

majestuoso color pardo rojizo.

Desde los seis u ocho ojos de buey, que brotan desde la base de la cúpula, los centinelas tiene la posibilidad de ver todo cuando ocurre adentro o fuera de la soberbia edificación, en un radio de trescientos sesenta grados.

Si la mirada avanza a lo largo de la calle Ambato, unos cincuenta metros, distinguirá, sobre el pretil, la gran puerta de la iglesia, esculpida en piedra y, sobre ésta, una torre cuadrada, blanca, protegida por dos pequeños castillos de base circular. Esta torre fue erigida tanto para albergar a las campanas de bronce, cuanto para facilitar la tarea de los centinelas.

En estas dos atalayas se puede constatar todavía el impacto que dejaron en 1932 las balas perdidas, durante la fratricida Guerra de los Cuatro Días.

Casi una pequeña ciudadela fortificada, este “hospital hospicio” tiene su propia muralla hecha de adobón antiguo, y recias paredes enjalbegadas en su interior.

Alma de excelente barro, al parecer bien pisoteado, mezclado quizá con miel de caña, estiércol de ganado y paja; y secado probablemente al sol hasta que adquiriera un color castaño lechoso, el adobón, resultó indestructible.

El hospicio de San Lázaro, a pesar del equívoco nombre, jamás fue utilizado como leprosorio. Jamás se dio allí albergue ni se curó a quien padeciera el mal de Hansen o mal de Lázaro...

Los volcanes Rucu Pichincha y Guagua Pichincha duermen tal vez a pierna suelta y sueñan plácidamente con su cuarteada fantasía de lava, ceniza, tierra negra y pedernal. A ratos, a través de sus soñolientas solfataras, escapan escuálidos vapores sulfurosos...

Los cubre, de tiempo en tiempo, una fina manta de nieve blanquísima.

No son volcanes dóciles. El Guagua erupcionó en 1534, 1539, 1566, 1575, 1588, 1660, 1662, 1859...

Por ahora duermen los Pichincha...

Duermen también los monjes y las monjas en los conventos de torres y muros craquelados, luego de sus opíparas cenas.

Algunos borrachos, que no duermen, regresan a sus casas pañetadas de arcilla, tambaleándose, cayendo y levantando.

Las muchachas de vida alegre, que tampoco duermen, sonríen esperanzadas a los viejos trasnuchados, y una que otra canta despreocupada, al pie de alguna farola. Pero, de pronto, salen en desbandada y corren gritando como locas, y se esconden temerosas en los zaguanes de las casas ajenas, al ver llegar en manada a los *chapas*, que se acercan al trote, haciendo un ruido infernal con sus pitos metálicos y blandiendo en alto, amenazantes, sus toletes de madera de guayacán, que pueden hacer trizas hasta las nalgas más reputadas.

Las sombras llegan lentamente y cubren con su velo negro las cúpulas, los campanarios y los techos rojizos cubiertos de teja.

Un vaho pestilente se levanta
hasta el cielo...

La impenetrable edificación
de tres plantas, edificada con
adobe, ladrillo y piedra, abraza
como una perra parida cinco
o seis salas comunes, de pare-
des encaladas, en las cuales
se hallan las camas cubiertas
con colchas blancas, en cuatro
hileras: allí se tienden a las siete
de la noche, enfundados en sus
batas azules de franela deste-
ñida, luego de rezar el rosario y
beber el agua de raspadura, las
mudas y los mudos, los tullidos
y tullidas, los contrahechos y las
contrahechas, los mojonos y las
mojonas, los viejos y las viejas.

A la izquierda del jardín princi-
pal, en la planta baja, perviven
encerrados en sus celdas los
loquitos y en la segunda planta,
las loquitas. Detrás de los
pabellones, en el elevado borde
impreciso que linda con las
faldas del Panecillo, mantienen
las *Madres* una cuadra cubierta
de hortalizas y árboles de coco
cumbi.

En primavera, los dos jardines
de la planta baja suelen estar

preñados de cartuchos, cuyas
inflorescencias en espigas bro-
tan erectas y amarillas, rodeadas
totalmente desde abajo por un
prepucio blanco, en forma de
embudo, que recuerda, en las
lagunas, la cabeza de algún pato
que permaneciera inmóvil en el
agua, mirando siempre en direc-
ción al cielo, razón por la cual
suele también llamárseles “lirios
de agua” o “flores de pato”.

Unos cuantos floripondios,
cuyas cornetas colgantes es-
conden en sus entrañas los más
perversos sueños, completan el
paisaje; y, regadas por el suelo,
las humildes colaciones, de
delicado aroma.

Durante el día, el portero cuida
la entrada principal. Está siem-
pre acompañado del negro Ole-
gario Espinoza, que permanece
cerca de sus muletas, arrimado
al pretil a causa de la incomodi-
dad que le produce la hinchazón
de sus pies desnudos, tan mal
cubiertos con sanguinolentas
gasas, que dejan ver sus pesti-
lentes úlceras firmes, redondas,
de color marrón rojizo.

Por las noches, la negra Celina

revolotea por los corredores, como un enorme pájaro de anchas alas. Ella es la centinela de la oscuridad y nada escapa a sus inquisidores ojos.

Los Guardianes, perros de feroces dientes afilados, que muerden con saña al osado que se atreva a cruzar por su camino, se han constituido en los amos de la cuadra. Son estas bestias tan malvadas, que en lugar de Guardianes, debieron haberles bautizado Ortros o Cerberos.

Si por desventura usted hubiera sido confinado en esta fortaleza, jamás podría recuperar su libertad...

El hospicio funge como asistencia social, asilo y reclusorio. La mayoría de los internos pertenecen a los sectores más pobres de la sociedad. Cansados de dormir en los parques públicos, cubiertos apenas con hojas de periódico, sin tener un pedazo de pan para llevarse a la boca, llegan algunos, por su propia voluntad, sin que familiar alguno los acompañe. Otros, anémicos, prostituidos, desorientados, la memoria y los cables sueltos,

los ojos extraviados, andrajosos, repugnantes, abandonados de la mano de Dios, son recogidos en las calles por los *chapas* e internados en esta casa. Para estos últimos las alternativas son limitadas: presidio, manicomio o cementerio.

En 1928 una muchacha de 18 años, en la flor de la edad, es internada por su padre en este hospicio.

Detrás de los cristales de los espejuelos, unas pupilas hermosas, de un azul humo, miran desconcertadas la fortaleza donde han sido confinadas.

La primera vez que Josefina ve al negro Espinoza, a la entrada del hospicio, se queda de una pieza. A pesar de que la sífilis lo ha vapuleado con sevicia, hasta convertirlo en un mal oliente guiñapo humano, lo reconoce, a causa de sus ojos: tan juntos y hundidos permanecen esas bolas legañosas y esquivas, que de lejos podría confundírsele con el feto de un cíclope.

«¿No fue éste hombre, peón en nuestra propiedad, allá en

Vinces?» piensa. Quiere acercársele, quiere hablarle. Pero el negro baja esas acuosas y torvas protuberancias, mira para otro lado y de esta manera, la elude.

- ¿No le sorprendí bañándose desnudo en el vado...?
- comenta para sí misma —. ¿No le vi, tantas veces, entrar por las tardes a la casucha de la Clemencia? ¿Qué hace aquí, en la serranía, en esta maldita prisión? ¿Por qué razón esquiva mi mirada?

Recuerda a su padre, recuerda sus advertencias. Como en una película en blanco y negro le llega de pronto a su imaginación, el río, la plantación, su hermoso caballo retozando en la llanura... Vuelve a sentir el olor ligeramente ácido de los cacaotales. Ve con claridad al jornalero Olegario Espinoza, con un saco de cacao al hombro, cantando, camino al río.

Se les había prohibido expresamente, desde que eran niños, acercarse a la casita de caña guadua. Pero la curiosidad de los jovenzuelos es proverbial.

Roberto y Josefina, sin que

nadie se diera cuenta, solían internarse entre los retorcidos árboles y avanzar hasta la casucha de la Clemencia, detrás de lo que se llamara “la enfermería”.

De seguro ganarían lentamente el terreno, agazapados como gatos de monte. Probablemente las rendijas cómplices se abrían dóciles... y los ojos incrédulos quedaban extasiados ante las desnudas siluetas de la Clemencia y el negro Olegario, en un abrazo rítmico incomprensible.

Prisionera como está, intenta en vano comunicarse con el ex peón. Éste la evade siempre.

Tres días después del primer encuentro, el negro Olegario Espinoza —más hediondo que nunca— que se ha parado, apostá, al comienzo de la grada de piedra, porque sabía que por allí pasaría la señorita Josefina, le entrega un papel, escrito de su puño y letra.

“Mi niña. Nojotro do, buhté y mi persona, ejtamo en grande aprieto. Lo mejó é, que loz que noj vigilan crean que buhté no me conoce ni yo la conoco a buhté. ¡Ejtamo nel

peligro, desde el prinzipio!
Pero zepa que con la permi-
sión de Dió, to ze puede”.

Pasan dos años y aumentan de manera espantosa los cuyes, que fornican día y noche, como si estuvieran poseídos por el propio demonio.

A eso de las cinco de la tarde, la María Flaca —una de las tantas cocineras, que llegara desde Penipe cuando tenía apenas catorce años, y jamás ha salido del hospicio, desde el día que le recibieron las Madres y le quitaron los piojos— coloca brasa en el centro de la cuyera, para mantener el calor, durante las frías noches.

Cuando matan cuyes, cercenan por delante la piel del roedor, con un cuchillo. Hay que tener cuidado para no reventar la hiel. Quedaría estropeada la delicada carne.

La tibia y verdinegra hiel está contenida en una bolsita de piel sanguinolenta.

Las muchachas del coro son convocadas en estas ocasiones

especiales... Entre ellas, la señorita Josefina espera su turno.

Le entregan su tibia y asquerosa ración. Ella levanta la cabeza, como si pretendiera mirar al cielo y abre la boca con una mueca de asco; pero, apretando con fuerza los párpados y conteniendo la respiración, traga lo que le ofrecen.

La hiel cruda del cuy afinará la voz de las cantoras.

Alargado el rostro, grande la nariz, una distancia amplia entre el ojo derecho y el izquierdo, la barbilla un poco redondeada y fino el bigote sobre los labios gruesos, el doctor Cazares luce inteligente. Veintiocho años ha cumplido y, al sonreír, se le ilumina el rostro jovial. El está al cuidado de la salud mental de los internos, lo cual constituye una bendición. Prohibió de plano que se aplique electroshocks, se bañe en agua helada o se aisle a los internos en mazmorras; aunque admite que, en ocasiones, resultan indispensables las camisas de fuerza.

- Me martirizan. Me están matando. Ellas me están exterminando...
- ¿Quién le martiriza?
- Las enfermeras. Ellas me martirizan dándome bromuro, doctorcito — balbucea una de las enfermas, cuando la traen al consultorio —. Ordéneles que no me den ese veneno. Mire como tengo los brazos: llenos de granos. Es el bromuro, doctorcito. La cabeza se me parte y empiezo a temblar como una rata, cada vez que me hacen tragar el medicamento.
- ¿Vómitos?
- Todos los días, doctorcito.

El doctor Cazares hace llamar a la enfermera. Le habla con voz clara y firme, pero cortez.

- ¿Qué cantidad de bromuro de potasio está dando a esta paciente?
- Cada vez que está alterada le damos bromuro, doctor. Es para mantenerle sedada.
- ¿Cuántas veces a la se-

mana se muestra alterada la paciente?

- Está alterada siempre, doctor. Todos los días, tarde, mañana y noche tenemos que calmarla, para conservar la disciplina y así evitarnos problemas con el resto de internas... No debemos entorpecer el orden establecido...
- Ordéneles que no me maten, doctorcito...
- Suspenda el uso de esa droga. Esta paciente no tomará más bromuros.
- Pero...
- Si se muestra alterada, sáquela a pasear por los jardines, hágale escuchar música, dele una tacita de agua de valeriana o de manzanilla o corte una hoja del naranjo y prepárele una infusión.
- Pero...
- Tome esta receta. Vaya a la botica. Le he prescrito vitamina "B" y un tranquilizante más benigno, más tolerable. Deberá sumi-

nistrar los medicamentos en las dosis especificadas. Quiero ver nuevamente a la paciente la próxima semana.

Hombre inquisitivo, estudia por su cuenta, sicología y neurología.

Competente profesional, especializado en siquiatria, toma en serio su trabajo. Se interna entre las oscuras cavernas de las mentes enfermas, para cazar, para sacar a la luz y dar muerte a los demonios y otros monstruos fabulosos, que atormentan a sus pacientes.

Le han acomodado la *Madres* un consultorio relativamente amplio en el hospicio, con ventana hacia el jardín central.

Escaso es el mobiliario: un escritorio, un par de sillas y un armario, donde guarda las historias clínicas y el maletín negro, con sus instrumentos de trabajo. En la pared del fondo, destaca una fotografía de Isidro Ayora. Cerca del retrato, un calendario de 1930. Repleto está el improvisado estudio de libros y revistas, que le llegan desde

Europa, en inglés y en francés.

El doctor Cazares está ahora, sentado frente al buró de nogal. Examina con curiosidad una historia clínica en cuya carátula se ha escrito en gruesos caracteres “JOSEFINA BORBOR, 5-II-1910”. «La paciente tiene veinte años – piensa –. ¿Cuándo ingresó? Viernes, 3 de agosto de 1928. Lleva aquí dos años, encerrada... ¡Esto debe ser un error!».

En la parte superior del grueso infolio hay un sello, un dibujo o marca de agua, que le intriga: son tres flores de cartucho entrelazadas y una consigna en latín, imposible de descifrar, a causa de las manchas y de los borrones.

– He visto ese diagrama. Lo he visto en alguna parte, pero no recuerdo dónde...

Permanece durante algunos minutos, en silencio, abstraído en sus pensamientos.

Mete la mano en uno de los bolsillos de su pantalón. Extrae una moneda de plata, brillante, prácticamente nueva: emitida

dos años atrás.

La tira al aire. La recibe en su mano derecha y lee: República del Ecuador, 1928. El Mariscal Antonio José de Sucre permanece inmóvil, de perfil, con su patilla enorme, que le llega casi hasta la comisura de los labios.

Arroja al aire nuevamente la pequeña rodela, y cae sello. Lee: Dos sures, Phila. USA, Ley 0,70. La echa por tercera vez, y cae cruz.

Cuando busca en su memoria la respuesta a las preguntas que no afloran, el doctor Manuel Agustín Cazares suele lanzar una o dos calderillas al aire durante repetidas veces, con paciencia y precisión, como si estuviera con su caña de pescar frente a un lago y tratara de entregar, con delicadeza, la mosca suspendida, para que no se asuste el pez esquivo.

De pronto, como si hubiera descubierto la relación entre una cosa y otra, se lleva la mano a la frente. Abre la última de las gavetas del buró de nogal y saca un sobre blanco. Dentro, está la carta que le había escrito uno de sus colegas, la semana pasada.

Isidro Ayora lo mira con desdén, desde la pared. Luego, esboza una sonrisa burlona.

El manuscrito es largo, pero él salta entre los párrafos y lee solamente aquellos que le interesan, los que más llaman su interés:

¿Ritos satánicos? ¿Teóricos de la conspiración? ¿Instigadores de revoluciones sangrientas? ¿Símbolos secretos? ¿Flores entrelazadas? No tienen idea de lo que dicen.

Únete a nosotros. Reitero mi invitación, en consideración a tus capacidades y méritos. Si estás de acuerdo, propondré tu nombre. Si nadie de los nuestros encuentra tacha en ti, como yo estoy firmemente convencido que así será, tendré el placer de estrechar tu mano y llamarte mi hermano.

¿Quién podría negar nuestra contribución al engrandecimiento del hombre y al avance de las ideas, en el mundo? Hemos encendido la luz,

donde había oscurantismo.

*¿Qué alma tan desdichada
abjuraría de nuestra orden?*

*¿Quién podría dar un paso
fuera de la senda civilizadora
que hemos ayudado a abrir,
para provecho de la humani-
dad?*

*Fuimos y somos todavía los
arquitectos del destino de las
naciones. Somos los canteros
de las minas que se construyen
día a día con la argamasa
fructífera del ingenio y la
creatividad. ¿Los trazos
fírmes de la escuadra y el
compás no han cercenado ya
las cabezas de los reyes? La
escuadra ha sido la partera
de las nuevas Repúblicas y
el compás ha hecho posible el
nacimiento de las democra-
cias.*

*Somos los fundadores de las
escuelas do florece el pensa-
miento no dogmático; los
magos, que con su alquimia
transmutaron al bárbaro en el*

*adán de los ciclos eternos. Nos
hemos ganado, por derecho
propio, el respeto de los que
nos conocen bien, y de nosotros
mismos.*

*El tiempo implacable levanta
y abate ciudades y formas de
gobierno. Y nosotros somos
el fermento que da paso a las
transformaciones.*

*La escuadra y el compás no
envejecen, no se oxidan, no se
carcomen. El mismo tiempo
les rinde pleitesía y los abri-
llanta minuto a minuto.*

G.:

A las tres en punto de la tarde
suele verse, arriba en lo alto
del campanario, una hermosa
muchacha de ojos tristes. Sus
“lentes” de cristal liberan
enjambres de doradas abejas
mientras el sol calcinante cubre
el torreón con una pátina verde
refulgente. Jamás falta a la gran
cita con ese, su destino. Aún
cuando la lluvia azote la estruc-
tura por los cuatro costados, sin

dar tregua, ella aparecerá con su vestido blanco, transparente por el agua: los senos turgentes, el vientre húmedo y palpitante.

En las cálidas tardes de agosto permanece de pie, hierática, sin que el vértigo de la altura, o el viento que hincha sus vestidos como velas, la perturben en lo más mínimo: el cabello en desorden, flameando caprichoso, los muslos morenos, inalcanzables... Ella otea el horizonte...

Abajo, en la calle Ambato, los mozalbetes permanecen al acecho: los ojos centelleantes; anhelantes las bocas y lenguas; los pechos palpitantes; los brazos extendidos hacia arriba; ágiles, largos y finos los nerviosos dedos, prestos a convertirse en plumas, como si fueran todos a emprender un repentino vuelo al infinito. Sin poder contenerse, a viva voz lanzan piropos, a la vista de sus encantos:

- ¿Qué Legardas, qué Caspicaras han torneado piernas tan perfectas?
- ¡Ángeles como tú, no deberían andar sueltos!

- ¡Te comería a besos, preciosa!
- ¡Ando loquito por ti, ricura!

Ella los ve... y sonrío. Ella los ve... y sonrío. Ella los ve... y sonrío.

¡Cuánto tiempo ha pasado solitaria, abandonada en el hospicio, sin que nadie la visitara!

Durante los primeros días de enero llega desde Guayaquil, hasta la oficina del Habilitado, un cheque mediante el cual se paga la pensión. Eso es todo.

- Me han dicho que usted continúa subiendo al campanario —musita el doctor Cazares, casi en un susurro.
- Si, doctor. Los que han venido con el chisme no le han mentado.

Los ojos de la ninfa, de un azul infinito, brillan de tal manera en ese instante, que el siquiatra queda desconcertado.

- ¿Por qué razón me pregunta lo mismo una y mil veces?

- Debo hacerlo, debo hallar la verdad. La he examinado, la he observado de cerca y, en verdad, no encuentro mal alguno ni en su cuerpo ni en su mente. Si de mí dependiera, autorizaría su salida de inmediato. Así he informado al Habilitado y así lo he consignado en su historia clínica. Lo que no logro entender es, por qué razón los médicos guayaquileños afirman con tanto desparpajo que padece de esquizofrenia.
- Esquizofrenia...
- Así consta aquí.
- ¿Y usted cree en esos embustes?
- Yo nada creo. Estudio, investigo. Por eso pregunto... Por otro lado, nada de lo que usted me dice concuerda con las certificaciones que aquí se consignan. Según estos papeles, no tiene parientes. Todos ellos han muerto...

Un silencio más pesado que el aire se filtra a través de las gruesas paredes. Nada se escucha,

ni siquiera el ronco tan tan de la campana de bronce que anuncia la hora del almuerzo. Pero ellos permanecen estáticos, encerrados en sus más profundos pensamientos, en sus propios temores...

De pronto, se escucha el aleteo de alguna paloma que con sus alas toca el filo de la ventana. El silencio ha quedado roto irremediablemente.

- ¿Esquizofrenia? ¿Qué es eso?
- Demencia precoz, disociación de las funciones síquicas...
- Entonces... Yo debo estar más loca que una cabra...
- Quizá alguna perturbación en la pubertad... Cuénteme, ¿ha soñado últimamente?
- Sí.
- Le escucho.
- Bajo al río. Desde la balandra me sonríe el negrito Vicente. Sus dientes son blanquísimos y su cabello ensortijado me recuerda una piña. Él me llama. Me

ayuda a subir a la embarcación, tomándome del brazo, como si fuera todo un caballero. En lugar de cinco dedos, cuento solamente cuatro, pero eso no me repugna. Cuando me descuido, el negro bribón mete su mano debajo de mi falda. Esto me causa una sensación extraña y me arrojo al agua.

La señorita Josefina no está loca, ni tullida. No es muda, ni débil mental. Quizá un poco atolondrada, voluntariosa y engreída sí, pero no tanto. ¿Por qué entonces la recluyen en el hospicio, en la flor de la edad?

Todos los que llegan a conocerla se formulan la misma pregunta.

Las bolas ruedan. Las mujeres esqueléticas, más blancas que el papel, que trabajan en la ropería, susurran, musitan, mascullan mientras remiendan la ropa de los internos. Las muchachas regordetas de la cocina, murmuran, mientras mueven la colada de coles con sus palas tan grandes como remos. Los

encargados de la limpieza, que visten overoles azules, se arman sobre sus escobas, forma grupos, detrás de los gruesos arcos de ladrillo y especulan. Las enfermeras cuchichean y ruedan las bolas. Los loqueros ven a la muchacha con una mezcla de lástima y lujuria. Nadie puede contener la avalancha de comentarios:

- Algunos dicen que de día permanece cuerda, pero que enloquece por las noches... Dicen que la han visto caminando por los corredores, en camión.
- ¿Sin nada por dentro?
- Sin nada, por supuesto.
- Bueno... ¿y qué me dice usted de las subidas a la torre de la iglesia?
- No creo que subir a la torre sea un signo de locura. Cuando yo era muchacha me encantaba subir a las torres, allá en mi pueblo...
- ¿Entonces por qué la tienen aquí? ¡Dígame!
- Algo pretenderán encubrir...

- Eso es. La quieren ocultar, por eso la sepultan aquí, en vida. ¿Por qué la esconden? ¿De quién la protegen?
- Es evidente que la muchacha es hija natural... si, hija natural de alguna encopetada. Así suelen tapar sus “deslices” las “damas” de la alta sociedad. ¡Oh sociedad hipócrita!
- Puede ser la hija de algún jerarca de la iglesia. Tal vez de un vicario, de un obispo...
- Esas cosas pasan...
- Al fin y al cabo, también ellos son hombres de carne y hueso...
- Es posible que sea la sobrina, o la hermana menor, o la pariente cercana de alguna de las *Madres*...
- Es posible que la pobre muchacha sea huérfana...
- En todo caso... no deberían tenerla aquí...
- Bueno, pero es una pensionista. Eso no debemos olvidar. Su familia debe ser de plata...

- ¿Pero por qué la mantienen en un hospicio? ¿Por qué la encierran precisamente en una casa de locos?

Las *Madres* manducan, en el refectorio pero no escuchan la edificante lectura: conversan en voz baja sobre el destino fatal de la hermosa muchacha, sin malicia, claro, sin malicia alguna. Probablemente también el lector curioso querrá saber ¿quién o quienes, y por qué razón han recluido en el hospicio a Josefina Borbor du Boise, en la flor de la edad?

Para dilucidar esta cuestión será necesario detener la sinuosa línea del tiempo y dar marcha atrás.

1930, 1929, 1928, ..., 1907, 1906, 1905.

Cuando el abogado José Francisco Borbor Cedeño retorna de París recibe de su madre, en calidad de donación, una casa señorial en el corazón de Guayaquil, un par de casas más, cerca del puerto y un latifundio en Vines.

A esto es preciso agregar las

cuantiosas rentas que heredó en la capital de los franceses, a la muerte de don José Antonio Borbor y Borbor, su padre.

En la casa señorial vive doña Josefa Cedeño viuda de Borbor, su madre. La ilustre matrona está postrada, achacosa, eternamente de luto desde la muerte del hombre que la llevó al altar, y que en vida se llamara José Antonio Borbor y Borbor. Acompañan a la venerable señora cinco empleadas domésticas, un lacayo, tres enfermeras y dos médicos de cabecera.

Una de las casas del puerto —la casona— es la preferida del abogado Borbor, la más visitada. Esa casona, que fuera siempre pintada de azul y blanco, le trae recuerdos de su infancia. Allí suele dormir a pierna suelta, sin que nadie le moleste.

Al acercarse al muelle, escucha Borbor, con especial excitación el metálico lamento de las gruesas cadenas que los barcos tiran y retiran al empuje constante de las olas; escucha el rechinar de las cabrias, el ulular de las sirenas, los gritos y silbos de los marineros y de los innúmeros

vendedores de pescado. Le agradan las risas y los regateos de las muchachas que compran la fruta. Siente en las ternillas el picante olor que desprenden los cuerpos sudorosos de los negros, sobrecargados de enormes racimos de banano. Mira el sinuoso caminar de las mujeres vestidas con trajes de gasa o muselina.

Ese es el mundo que ama. Ese es el mundo al que pertenece.

En ese entonces Guayaquil, fuertemente vinculada al mar y al campo, se asentaba plácidamente a orillas del río Guayas y, desde el agua, la ciudad parecía un cuadro bucólico pintado a la acuarela.

La red fluvial más densa e intrincada de la costa, la más navegable, ha sido desde siempre la del Guayas y sus afluentes. Nacen estos ríos de los deshielos de los Andes y se alimentan de las lluvias.

Los temerarios que intentan esguazar esos torrentosos cauces o esas traicioneras quebradas, aún en verano, ponen en peligro sus

vidas y las de sus bestias.

En las orillas del Daule, del Babahoyo, del Vinces, del Yaguachi o del Zapotal, famoso por sus playas, se construyeron numerosos puertos en los que se recogían los productos agrícolas y forestales para ser conducidos a Guayaquil.

Cuando el Vinces crece, en invierno, tiemblan los ribereños. El cauce puede, en ocasiones, subir más de un metro, en algunos sectores. Nadie puede dormir. El río hace temblar la tierra de día y de noche, se lleva las casas, destruye las plantaciones, lanza por los aires las tarabitas y borra de cuajo los caminos.

El río Vinces, luego de unos cuantos culebreos, entrega sus aguas al Babahoyo y éste, tan pronto como recibe las aguas del Yaguachi, entra espumeante y vigoroso en el Guayas.

La distancia entre Vinces y Guayaquil, en línea recta, es de aproximadamente cien kilómetros. Era, no solamente factible sino hasta natural, ir desde Vinces hasta el puerto de Guayaquil, en una lancha o en

una balandra. Tomaba entre seis y nueve horas ir desde el puerto guayaco hasta Babahoyo. A lo largo del pintoresco trayecto uno podía encontrarse fácilmente con más de una docena de canoas, barcazas y vapores yendo y viniendo con sus cargamentos.

En el año de 1910 se podía contar cerca de cincuenta vapores navegando entre las diferentes poblaciones, fundamentalmente al servicio de las plantaciones cacaoteras concentradas, casi todas, alrededor de Babahoyo, o al servicio de los cacaoteros con centro en Machala, o de los cañicultores con base en Milagro. Quizá por esa razón, la vía fluvial era la preferida del abogado para viajar desde su heredad hasta el puerto del Guayas.

Los Pincay habían llegado a El Progreso, huyendo de la policía rural, que los acusaba de abigeato.

Arrodillados en el suelo, con sus cabezas de iguana casi tocando el suelo, juraron al abogado Borbor, que eran inocentes.

- Levántense —. Ordenó el hacendado. —Díganme: ¿Cómo se llaman?
- Yo soy Severo y él é Fulgencio. Pa servile a buhté.
- Muy bien. En la bodega tengo unos machetes y unas dos buenas escopetas. Dormirán allí esta noche y mañana decidiré qué hacer con ustedes.
- Como buhté mande, patrón. Como buhté ordene.

Los hermanos Pincay entraron en la bodega, como se les había ordenado. Josephine, desconfiada como siempre, le increpó a su marido, con sorna:

- ¿Los harás dormir en la bodega? Esos mal encaramados son abigeos. De eso no tengo duda alguna...

Al escuchar las quejas de su mujer, llamó el amo a Pedro Marcillo y le dijo:

- Anda a la dehesa, al pie del monte. Trae seis de las mejores vacas y dos caballos trotones. Ata luego esas bestias a ese pasamano.

Señaló con su mano el corredor

de la bodega, donde había un grueso barandal de madera que lo bordeaba en su totalidad.

Dicho esto, entró el amo a la casa. Josephine, que contemplaba, con disgusto, desde una de las ventanas de la casa-hacienda todo lo que estaba ocurriendo, increpó, por segunda vez, a su marido:

- ¿Vas a dejar que esos pícaros te tomen el pelo? Se nota a leguas que son unos malandrines. Se levantarán por la noche, tomarán las escopetas y se irán felices con el ganado, montados sobre los caballos trotones. ¿No sabes acaso que en arca abierta el justo peca?
- El que roba mucho también roba poco y el que roba poco también roba mucho—, respondió José Borbor y, tomando un libro, se puso a leer tranquilamente.
- Una duda pesa más que cien razones. ¡Échalos!

A la mañana siguiente, al comprobar que las vacas con-

tinuaban uncidas y los caballos lindamente arrendados, como los dejaron la noche anterior, fue al dormitorio de Josephine y dándole un beso la despertó:

- Los Pincay son honrados. Allí están todavía las bestias, mujer. Ni una sola cerda falta en éstas
- Quizá son ladrones más avezados y astutos de lo que pensamos. Quizá no les interese cuatro, cinco o seis vacas y están empeñados en llevarse el hato completo. Yo no sería tan confiada como tú.
- El que roba mucho también roba poco y el que roba poco también roba mucho—, respondió José Borbor y, saliendo de la casa llamó a los Pincay.
- ¿Qué tal han dormido?
- Bien, muy bien, patrón.

Se levantó del lecho la bella Josephine, cubrió su carne más blanca que el nácar, con un velo de seda transparente y recriminó por tercera vez a su marido:

- Ahora esos bandoleros sa-

brán dónde pastan nuestras bestias. Si no las roban esta noche, nos las robarán mañana. Una duda pesa más que cien razones. ¡Échalos, José!

- Debemos confiar en las personas. Si no aprendemos a confiar los unos en los otros ¿Qué será del mundo?

Como los Pincay no robaron un solo pelo del hato, quedaron contratados como jornaleros.

Acompañado de dos de sus peones llegó el abogado Borbor a Guayaquil, en la tarde del martes.

La casona del puerto, la preferida, pintada de azul y blanco, tenía dos pisos y en cada uno de éstos, una fila de siete ventanas con vista hacia la calle.

El soportal exterior incluía, en la planta baja, siete columnas de piedra labrada.

A diferencia de las que pululaban como hongos por toda la ciudad, esta hermosa mansión era de ladrillo y fue construida

siguiendo las caprichosas líneas y detalles de una abigarrada mezcla de estilos mediterráneos. Se veía frisos italianos, molduras francesas, azulejos del sur de España y estatuillas griegas de mármol.

Para evitar que las ruedas de los carruajes produjeran sacudidas en la edificación, habían colocado los constructores, tanto en las esquinas de la casa, como en la puerta principal, guardacantones de piedra pulida: estos postes truncos, adornados con cabezas de mono, estaban empotrados en sendos dados de piedra bruta, sembrados firmemente en el suelo.

La cocina yacía, por lo regular, soñolienta y vacía, conectada al resto de la vivienda a través de un amplio pasadizo abierto o puente, envigado con gruesos maderos de mangle y protegido con una cubierta de zinc, al que denominaron pomposamente la “barbacoa”, porque incluía una parrilla lateral para los asados y una chimenea de hojalata pintada de negro. Este pasadizo fue levantado con materiales fácilmente destruibles, para poderlo quebrantar rápidamente,

en caso de incendio.

En el jardín de atrás destacaban, por su esbeltez, cinco palmas reales y una fuente de piedra, que lanzando chorros de agua fresca hacia el cielo, para dejarlos caer luego, en forma de fina lluvia, alegró siempre la casona.

Acompañado de Severo Pincay y Fulgencio Pincay, dos peones descamisados que fungen ahora de guardaespaldas y caminan a su lado, balanceándose con elástico ritmo, entra el abogado Borbor a su casona.

La piel de iguana de los Pincay reverbera al ser azotada por los candentes rayos del sol de mediodía. Dos porteros, vestidos formalmente, con sus pantalones blancos de dril y sus libreas rojas, cuidan la ancha puerta, machete en mano.

Dos criadas y dos pajes salen presurosos del interior de la casona, a dar el encuentro al amo.

Ordena a los siervos que limpien las hojas acumuladas sobre la vereda y se encierra en el estudio. Revisa periódicos y documentos. Camina por la sala, como un león enjaulado. Abre

y cierra cajones. Se sienta y se para sin propósito alguno. Quizá está un tanto aburrido.

Finalmente toma, al azar, un libro de su biblioteca. Mira la portada, sin mayor interés: Rojo y negro, de Stendhal. Sus ojos brillan al recordar los días de colegio. Restituye el libro, al lugar donde lo había tomado y elige otro: Piel de zapa, de Honorato de Balzac. Deja también éste, con una mueca displicente y, luego de revisar los lomos de unos cuantos más, como el niño rico que disponiendo de muchos juguetes no sabe con cuál quedarse, decide reiniciar la lectura de Madame Bovary. Lee dos páginas, con desgano, y se queda dormido.

Soñó que tenía veinte y tres años. Soñó que caminaba por París, de prisa, porque no quería atrasarse a las clases de esgrima.

Le encantaba practicar ese noble, clásico y distinguido arte de la defensa y el ataque.

Buscó a tientas el mango de su florete, pero no lo encontró. No podía llegar y decir al instruc-

tor: “Discúlpeme, he perdido mi espadín. ¿No tendrá quizá otro que me lo preste?”

La puerta del gimnasio había adquirido, de pronto, un tamaño descomunal.

Su corazón empezó a latir con vehemencia. El instructor, vestido apropiadamente para llevar a cabo los ejercicios en forma correcta, le recibió con la punta del acero apuntándole directamente al corazón.

— ¡Touché! —Le dijo. Y empujó la colosal arma blanca hasta el fondo, traspasándolo...

Una bandada de ángeles estóli-dos, que revoloteaban despreocupadamente a poca altura, a lo largo y ancho del recinto, huyó precipitadamente a través de las ventanas. Estos asustadizos espíritus rompieron sin querer, en su ofuscada fuga, unos cuantos cristales iridiscentes, cuyas esquirlas cayeron al piso como cortantes limaduras de estrellas.

A las ocho de la noche sale de su casa el abogado Borbor, solo, sin sus guardaespaldas. No tiene

que caminar mucho. Entra en un bar y pide cerveza importada. Una luz pintada de azul impone su nota de complicidad al lugarcito. Un bongó, una guitarra, un clarinete y una trompeta conforman la orquesta.

La música es cadenciosa, lenta, romántica, pegajosa. Las mesitas metálicas son pequeñas, pero acogedoras.

Tres parejas ríen estrepitosamente, mientras bailan en la pista circular. Los de la pista giran lentamente abrazados, pegados entre sí cuerpo con cuerpo... Los cabellos de las muchachas están adornados con margaritas silvestres.

La cerveza es amarga, fuerte, helada y deliciosa.

Un grupo de muchachas vestidas de percal se ha apoderado de la barra. Una de ellas, mulata de grandes y seductores ojos verdes, piernas largas y bien torneadas, dentadura perfecta, senos en capullo, a punto de brotar, se ha fijado en el recién llegado. No deja de mirarlo, como si lo conociera ya desde hace algún tiempo. También ha reparado en ella el

bohémio trasnochador. Ella sonríe coquetamente. Sus ademanes y visajes son cada vez más provocativos. Finalmente se levanta y se acerca a la mesita que ocupa el desconocido, con movimientos felinos:

- Hermosa noche, ¿verdad?
- Sí. Es una noche apacible y fresca. Siéntate. ¿Deseas una cerveza? — El tono de la voz es amable, educado, refinado. Borbor es todo un caballero.
- ¿Una cerveza? Sí. ¿Por qué no?
- ¿Trabajas aquí?
- Soy Acacia... Trabajo como secretaria en una comisaría...
- Acacia... Nombre místico... Ahora puedo decir que “la acacia me es conocida”.

«¿Y el secreto de la eterna juventud me será también revelado?» Piensa Borbor.

- ¿Cómo?
- No te preocupes. Es solamente una frase... «El

tabernáculo fue construido con madera de acacia».

— ¿Es usted casado?

No hay respuesta. Ella solamente sonríe y baja la mirada.

La espuma reboza el borde de los vasos.

Los músicos afinan sus instrumentos. Las risas, el chocar de vasos y botellas, los murmullos, la algarabía de los presentes tejen una telaraña confusa.

El lenguaje corporal recupera su importancia original.

Los largos dedos del que toca la guitarra acarician las cuerdas finas y las rasga luego, con violencia, haciéndolas gemir en un lamento desesperante, pero no logran quebrantar la confusa telaraña de la bulla en ascenso.

El clarinete, con su agudo sabor metálico logra impone su primacía sobre los ruidos discordes de los que conversan o discuten.

El bongó penetra los pliegues recónditos de las almas. Los acordes de un son cubano, tropical y atrevido brotan magistralmente galvanizando las voluntades.

La música, que viniera rodando, con dificultad pegajosa —como reptando entre las mesas— poco a poco alcanza un ímpetu insitado. El ritmo pegajoso incita al baile.



Ayer te vi Carolina.
Te vi por un agujero.



Estabas con tu vecina,
sin molino y sin caldero.
En casa de Carmelina,
colando café del bueno.

— ¿Bailamos?

— Claro. ¿Por qué no?

José Borbor es un maestro en la pista circular. La mano del varón en el talle de la hembra joven y cimbreante. El sudor embriagador de las axilas que enerva los sentidos. Los pies que parecieran tener alas y las piernas que se buscan entre sí, que se desean y retraen inútilmente... Los corazones que palpitan y la sangre que bulle, como agua hirviendo.

Cesa la música. Los danzantes retornan a sus mesas pintadas de azul añil.

— ¿Y qué haces en la comisaría? Digo... ¿cuáles son

- tus funciones?
- Escribo, a mano, las boletas que expide el comisario. No tenemos máquina de escribir.
 - ¿Escribes mucho?
 - Sí. Escribo y leo y clasifico los informes de los agentes encargados de seguir los pasos a las personas importantes. Usted parece una persona importante. ¿No le están siguiendo los pasos?
 - ¿A mí? No, que yo sepa.
 - Pero que tonta soy. Si han ordenado que le sigan los pasos, debe haber una carpeta con su nombre, en la comisaría. ¿Cómo se llama usted, abogado?
 - José Francisco Borbor Cedeño.
 - ¡He visto una carpeta con ese nombre! De seguro le están investigando.
 - No lo creo. Perderían el tiempo conmigo...
 - He visto su carpeta. ¿No teme a la muerte?

- No. La muerte llegará, cuando tenga que llegar.
- ¿Qué es lo que más ama en la vida?
- Mi libertad. — Contesta sin vacilar José Borbor—. Mi libertad.

El miércoles, a las seis de la mañana, se despierta de buen humor. Sale del dormitorio, en puntillas, para no despertar a persona alguna.

Sobre la cama deshecha duerme Acacia, la pantera. Mira sin ganas el redondo seno subir y bajar rítmicamente y hasta sus ternillas le llega una acre y pertinaz vaharada. Despierta a la muchacha y le entrega un par de billetes. Como hay sobreoferta, ciertos “servicios” no resultan caros...

La fulanita hace un mohín con su boca pintada de rojo y agradece el gesto con una amplia sonrisa, pero no acepta el dinero.

- No tiene que pagarme. No soy de esas muchachas que se acuestan con el primero

que encuentran, solamente por dinero. Tengo intimidad con quien quiero y a nadie pertenezco. Yo también amo mi libertad, como usted la ama. Nadie podrá quitármela jamás.

Se viste sin decir una sola palabra y sale de la habitación.

Ya afuera, ella gira sobre sus talones, juguetona y coqueta. Aparece nuevamente en el marco de la puerta, envía tímidamente un beso volado, como si cometiera alguna indiscreción, pero antes de marcharse, aclara:

- Ahora, los que le siguen, anotarán en sus informes que logró conquistar a la secretaria del comisario...

Asomado a una de las siete ventanas de la planta alta, contempla la ría. Las canoas suben y bajan cargadas de arroz, de banano, de naranjas...

Desde la calle, la chica de la comisaría le sonríe y le manda besos volados. La ve alejarse despreocupadamente. Le seduce el leve bamboleo de su falda, el hincharse y deformarse de

la tela ante el empuje de los muslos y los embates del viento, mientras ella se aleja.

Entonces los descubre. Dos hombres se han apostado al frente de su casa.

«¿Serán esos los que tienen la orden de seguirme?» Piensa don José, sin sentir temor alguno...

Sin apartarse de la ventana, toma un poco de rapé, de una cajita metálica y mastica el tabaco negro, con fruición.

Aspira el aire cálido y húmedo, mientras el sopor empieza a embargarle. Mira la gran sabana, plana como una mesa de billar, gredosa y plagada de esteros, infinitamente verde, hasta el confin distante, donde la vista es brutalmente herida por los rayos implacables de un sol naciente.

Aquí y allá sobresalen las copas enhiestas de los árboles que llaman palo-maría, con sus cabezas despeinadas; sobresalen también las altas ramas de los pechiches y las cerradas floraciones de los laureles.

A intervalos, aparecen los bosquecitos naturales de guachapelíes, de madera sólida y

fibrosa, que albergaron desde siempre a miríadas de loros chillones.

Una carreta, tirada por un asno, transporta barriles de agua, aprovisionada río arriba. Afortunadamente él ya no tenía que comprar día a día el líquido vital.

Hace cinco años, cuando llegó de París, contrató a un grupo de ingenieros que le cobraron un ojo de la cara por sus servicios. Con el tiempo comprobó que la decisión tomada fue acertada. Los ingenieros tendieron una tubería, construyeron una cisterna e instalaron una bomba. El agua llega ahora turbia y abundante hasta el segundo piso.

Los ingenieros hicieron también cavar una poza séptica y condujeron hacia este reducto las aguas servidas. Pero este hueco jamás funcionó correctamente en los meses de invierno, y resultó imposible controlar las emanaciones indeseables. Pero a todo se acostumbra el ser humano. Con el tiempo, tales efluvios hasta le resultaron familiares.

El verano de 1905 había dibu-

jado pájaros, flores y frutas en la costa ecuatoriana. La producción cacaotera, en la plantación de Vinces, estuvo limpia de plagas. La producción de abril y mayo fue exuberante. Para noviembre y diciembre se tendría otra cosecha similar. Había que reservar espacio en alguno de los buques y contratar el flete marítimo con la debida oportunidad.

Por eso llegó el abogado, desde Vinces, dejando sola a Josephine.

Sin ella, la casona lucía como muerta.

Los dos extraños no se han movido de su puesto. Continúan apostados frente a su casona.

«Esos pobres hombres deben estar sedientos. —Piensa el abogado Borbor—. El sol quema las entrañas.»

Borbor abandona la ventana y ordena a una de las criadas que lleve dos vasos de jugo de cacao a los hombres que se han sembrado como árboles, frente a su casona...

Rosendo Alancay, mejor conocido como “el cantor”, era el encargado de traer, de El Progreso, un saco repleto de pepas de cacao secadas al sol.

Se acercaban entonces las sirvientas y empezaba la diversión.

Mientras el Rosendo, arrimado a uno de los pilares de la barbacoa rasgaba la guitarra y cantaba con el alma los más hermosos pasillos, una de las muchachas tostaba las doradas pepas y las trituraba en un mortero de madera.

Otra, se encargaba de machacar el arroz crudo, al que previamente hubiera dejado en agua, al menos durante un par de horas.

Una tercera molía la canela. Agregaban leche, agua, *raspadura* y polvo de canela a la pasta de cacao y arroz, batiendo la mezcla a conciencia, para que no quede espesa.

Finalmente, alguien colaba todo eso en un cedazo de cerda de caballo.

Así se preparaba el oloroso refresco de cacao, al que debía añadirse, por fuerza, unos cuán-

tos trozos de hielo...

José Borbor Cedeño es como es. Ama a Josephine, a su manera. ¿Qué importancia podría tener una mulata más o una mulata menos?

Así de simples solían ser las cosas, para él.

A pesar del intenso calor desconecta el ventilador de aspas, que pende del tumbado. Saca del bolsillo una preciosa cajita de plata y aspira un poco de rapé.

Lanza un escupitajo directamente al centro de la escupidera de porcelana blanca y entra al baño. Siente sobre su espalda la frescura del agua y se queda quieto, disfrutando del momento.

En la plenitud de sus veinte y cinco años, su cuerpo joven es vigoroso, atlético. Sus brazos y piernas musculosos, su vientre plano, su pecho firme, denotan una intensa actividad física; el arco que configura sus piernas: pone en evidencia su pasión por los paseos a caballo; los largos brazos: testifican su aptitud para nadar en los ríos bravíos.

Lacio es el abundante cabello azabache, que cae en cascada sobre su rostro. El agua resbala por sus hombros. Su nariz es perfecta y perfilada, sus labios son carnosos y su bigote espeso.

Cuando sonrío, los blancos dientes adquieren un brillo especial, que embellece su rostro.

Cejijunto, los ojos negros miran de frente, con franqueza, sin temor ni amenaza.

Una idea le andaba rondando el magín a don José Borbor, desde ya hace algún tiempo atrás.

La idea se le presentaba cada vez con mayor claridad, con mayor certidumbre, con mayor urgencia: «Tenemos una buena producción de cacao» —se decía él, así mismo—. «Es cacao de aroma, cacao de excelente calidad. Pero solamente exportamos las pepas. Son los europeos los que transforman esa materia prima en producto final, de alto valor agregado. ¿Por qué no podemos transformar nuestro cacao en chocolate? Lo hemos hecho artesanalmente una y mil veces. ¿Por qué no hacerlo en

forma industrial?».

Habló entonces con Carlos Salcedo, que se dedicaba al negocio de exportación de cacao.

Compraban los hermanos Salcedo la producción de los pequeños productores, secaban el grano, lo clasificaban y lo exportaban.

Como José Borbor tenía contactos en Francia, Suiza, Alemania y España, él mismo negociaba con los importadores de esos países los precios y acordaba con éstos las ventanas de entrega del producto. Pero contrataba los servicios de la oficina de Carlos Salcedo, para que se encargue de la selección de los barcos, la negociación de los fletes, la estiba y el arrumaje de las cargas.

- Quisiera proponerle un negocio, don Carlos — le había dicho el abogado Borbor, al comerciante de cacao.
- ¿De qué se trata, mi estimado?
- Quisiera saber si usted estaría dispuesto a venderme

todo el cacao que recibe de los pequeños productores.

- ¿Todo el cacao?
- Todo el cacao.
- ¿Y... a qué precio compraría usted esa producción?
- Al mismo que usted recibe actualmente, FOB, aquí en Guayaquil.
- ¿Y qué hará usted con eso, mi estimado?
- Haré chocolate.
- ¿Chocolate?
- Chocolate, sí. Chocolate del bueno: tabletas, bombones, polvo soluble, barras, paletas...
- Es la idea más loca que he escuchado. Pero si usted está dispuesto a pagar el precio FOB que yo recibo... podríamos llegar a un acuerdo. ¿Cuándo empezarían sus compras?
- Tan pronto como haya yo montado la fábrica.

Doña Yadira, mujer de Carlos

Salcedo, que había estado escuchando la conversación, quiso hacer las veces de “abogada del diablo” y, fijando en Borbor sus hermosos ojos brunos, preguntó:

- ¿Y usted cree, mi estimado Borbor, que le dejarán llevar a cabo su proyecto?
- ¿Quiénes se opondrían?
- Muchos. Muchos se opondrán, tanto dentro como fuera del país. Tendrá que luchar con los molinos de viento.

Pero José Borbor era terco, como una mula.

Aprendió algunas palabras en ruso. No para ir a Moscú, o a San Petesburgo. ¿Qué podía conseguir él en Rusia con tan exiguo vocabulario?

Viajó a Ginebra, la capital de los bombones, los dulces y otras golosinas. Mandó imprimir unas primorosas tarjetas de visita; se alojó en un lujoso hotel, cerca del lago; y, se hizo pasar por comerciante en caramelos y otras gollerías.

Las confiterías, frente al lago,

visitadas por italianos, franceses y rusos de rostros rozagantes, que disfrutan despreocupadamente de sus vacaciones de verano, ponen una nota de color y alegría al paisaje. Los alemanes, por supuesto, no pueden faltar. Se los ve caminando parsimoniosamente, husmeando todo, con sus narices prominentes.

Alrededor de las mesitas metálicas conversan y juegan animadamente los hombres, las mujeres y los muchachos, vestidos con vistosas camisas de manga corta; todos ellos se saben protegidos del sol bajo los enormes parasoles adornados con cintas de colores.

Una rubia norteamericana, con gafas oscuras, inmersa en la lectura de alguna novela rosa, bebe un refresco, y de cuando en cuando, mordisquea una tableta de chocolate.

Borbor se sienta a su lado.

La muchacha no se inmuta en absoluto. Parece ignorar por completo al extraño.

Cuando se acerca el camarero, Borbor sonríe al joven y contesta su saludo con perfecta

educación. Inventar entonces un “defectuoso francés”, entremezclado con palabras rusas que no vienen al caso y le pide que traiga para él una barra de chocolate idéntica a la que mordizquea con deleite la norteamericana.

El camarero hace un guiño de complicidad y sonríe también.

Borbor contempla fascinado la tableta, nítidamente empacada en papel brillante impreso a todo color, en el que se lee:

Gala Peter, le premier des chocolats

Desgarra con delicadeza la envoltura y contempla el hermoso diseño: hay un cielo amarillo-huevo. El color de la arena recuerda el del más rubio de los tabacos. Dos árabes conversan, sentados en el suelo, mientras un camello, cargado de paquetes de chocolate, espera paciente, con la cabeza levantada, como si olfateara el cálido aire del desierto. Al fondo, a la derecha, un grupo de palmeras completa el cuadro.

— *I do recommend you to taste this one...* - dice de

pronto la rubia, sin levantar la vista del libro.

Borbor extiende la palma de su mano, para recibir el obsequio, y roza imperceptiblemente el meñique de la moza, que entrega la tableta de chocolate despreocupadamente, como si la estuviera abandonando enteramente a su suerte.

- *Thank you.*
- *Where are you from?*
- *From Rusia.*

El hacendado lee el envoltorio de la tableta, como si le costara trabajo desentrañar el misterio que éste encierra:

**Gala Peter... Mi-Doux.
Chocolat au lait des Alpes
Suisses. Très digeste, peu
sucré. Ne donne pas soif.
Le plus saine de tous les
chocolats**

No hace falta más palabras. Ellos son jóvenes y hermosos. El hotel es discreto, y cálido el verano...

Los fabricantes de chocolate, deseosos de ampliar su mer-

cado, abrieron al “ruso” y a la norteamericana las puertas de sus instalaciones.

Explicaron con lujo de detalles sus procesos industriales. Mostraron sus equipos y la forma en la que éstos eran manipulados, para la selección y clasificación de los granos, las cribas y mallas para separarlos por tamaño, la concienzuda limpieza, el tostado, el descascariñado, el molido, el prensado, el conchado, la incorporación del azúcar, la leche en polvo, los jarabes y otros ingredientes.

El perfume del chocolate resultaba deliciosamente embriagador...

- Un conchado paciente —decían los expertos—, hace que se evaporen los regustos ácidos no deseados y se fundan los sabores requeridos en un conjunto armónico, equilibrado, que haga explotar las papilas gustativas de los consumidores.

Contrató el abogado Borbor a un experto suizo, al que le

ofreció como recompensa un salario mejor que el que estaba ganando en Europa, más una participación del 15% en las utilidades, después de impuestos.

Se llamaba éste Louis Claudet, era ingeniero mecánico y, en sus años juveniles perteneció a la Guardia Suiza, en la época postrera del papado de León XIII y, durante los primeros años, del pontificado de Pio X.

Compró, con el asesoramiento de Claudet, los mejores equipos que pudo hallar. Los trajo a Guayaquil.

Montó, en Vinces, la fábrica.

Tres mecánicos de precisión, dos ingenieros civiles, cuatro carpinteros, tres vidrieros, dos albañiles, dos soldadores, dos pintores y siete peones contratados en el puerto ayudaron al suizo a cavar cimientos, levantar columnas, tender vigas, armar la cubierta, alzar las paredes, encajar las puertas y ventanas, tender las cañerías para evacuar las aguas residuales, preparar los sólidos mesones, atornillar las piezas, fijar los calderos, soldar las tuberías, tensar los cables, pintar hierros,

pilares y paredes, y dejar todo a punto.

Era hermoso mirar la fábrica: nuevecita, nítida, pintada con colores fuertes y brillantes.

Llamó don José, en primer lugar y de manera preferente, a las mujeres, a los hijos y a los hermanos de sus trabajadores para que visiten las instalaciones.

- Esta es la primera fábrica de chocolate que se levanta en el país. La hemos establecido en Vinces, con esfuerzo, y serán los hombres y mujeres de Vinces los que la operen y la hagan prosperar. Ustedes, mis trabajadores y sus parientes, están invitados a trabajar prioritariamente en esta industria.
- ¿Y cómo vamo' a trabajá?
- Ni siquiera sabemoh pa que sirven esah palancah, patrón.
- Ehto ta difícil.
- Nosotroh somo campesinoh, na sabemoh de fierroh...

- Ehto lo veo negra...
- Yo tengo que cuidá mih doh bebé...
- Mi suegra ta malita... No la puedo abandoná.
- ¿Y cuánto vamoh a ganá.
- Naiden tenemoh experiencia.
- Nadie nace sabiendo. Pero aquí, el ingeniero Louis Claudet, les enseñará con paciencia lo que sea necesario para que estos fierros cobren vida.

Seleccionó y adiestró el suizo dos docenas de hombres y mujeres, que trabajarían en la fábrica, de ser elegidos.

Luego de pruebas y más pruebas mostró el suizo el fruto de sus denodados esfuerzos.

La producción inicial, hecha exclusivamente con el cacao de El Progreso, dio buenos resultados.

Para avanzar y crecer, era necesario experimentar con el cacao de otros productores. Allí entraba Carlos Salcedo, como anillo al dedo...

Acostumbrado a la disciplina militar, el ex guardia suizo solía levantarse a las cinco de la mañana, y por cierto, a esa misma hora convocó a los peones que estaban a su mando.

A hombres y mujeres llamó por igual. Los hizo formar en pelotones y los llevó, al trote vivo, hasta la dehesa, donde las vacas y toretes los miraron asombrados, pasar de largo, como una exhalación.

Les enseñó a cuadrarse, a dar giros hacia la izquierda y la derecha, a marchar y saludar con los dedos rígidos de la mano derecha tocándose la sien.

A las seis y media, provisto de un filudo machete y de una lanza fabricada por él mismo, explicaba a su tropa peregrina, de qué manera debía un verdadero soldado atacar al enemigo y defender una determinada posición, para salir airoso en cualquier combate.

Recién, a las ocho y media de la mañana, ingresaban a la planta de chocolate, donde ya les espe-

raba un succulento desayuno.

Fueron con el cuento donde el abogado Borbor y este se limitó a decir:

- A nadie matará un poco de disciplina.

Probablemente fue en esa época que concibió en su magín, el abogado Borbor, la idea más conspicua de su vida.

Fue don José Borbor a Guayaquil, a visitar a doña Yadira de Salcedo. Tenía ella una propiedad cerca de una circunscripción conocida con el nombre de “El Guasmo”, a causa de la gran cantidad de árboles del mismo nombre, de retorcidas y tortuosas ramas cubiertas de hojas de un verde sucio que parecía teñirse de negro por las noches.

Doña Yadira salió a su encuentro montada en un caballo blanco de fina estampa. Relampaguearon los ojos de la mujer al ver llegar al abogado. Juntos avanzaron los caballos hasta la casa de campo, a paso lento.

- ¿Ya terminó de construir esa fábrica, abogado Bor-

bor?

- Así es. La fábrica está ya operando con el cacao de El Progreso. Hasta le he traído unos bombones de muestra, para que usted compruebe la calidad de nuestro producto. Ahora, para avanzar con lo planificado, debo ver a don Carlos, a fin de cerrar, de una vez, el negocio del que hablamos.

Los caballos llegaron a la casa de hacienda.

- Mi marido no está en casa. Tuvo que ausentarse por unos días. Asunto de negocios... ya sabe usted. Pero sea usted bien venido. Hoy han llegado a visitarme mi hermana y un fraile dominico.
- Le agradezco su gentileza. Trataré otro día, con don Carlos, el tema de la compra del cacao.

La hermana de doña Yadira era Monja de la Caridad. Hija —como ella solía decir— de San Vicente de Paúl. Una corneta blanca, que parecía un gigantesco lirio de agua, cubría la

cabeza de la religiosa.

- Le presento a mi hermana Salomé y al reverendo Frayle Vicente Soyano.
- Hermana Salomé, Fray Vicente, un gran placer conocerles.

El Hermano Vicente Soyano, del convento de los dominicanos, era un gordo y rojizo ejemplar de aquéllos que suele verse, de tanto en tanto, en los afiches promocionales de cervezas alemanas.

- Pueden pasar a la mesa —dijo la sirvienta—. La comida está servida.

Las flores blancas entremezcladas con arabescos azules y amarillos y rojos brincan desde los platos y las fuentes de loza, repletos de comida. Los colores chillones hieren la vista.

Pero el espectáculo grotesco recién ha comenzado.

El Reverendo Vicente Soyano absorbe la sopa de pescado, mientras su boca emite gruñidos elementales; luego, introduciendo uno de sus dedos, hasta dar con la molesta espina, la saca finalmente, a empujones.

La contempla con ojos llorosos y la arroja al suelo, con un rictus de desprecio.

José Borbor, sin poder soportar aquellas efusivas demostraciones de glotonería, aparta la vista, en busca de más equilibrados paisajes.

Desde el comedor podía distinguirse la fértil llanura, húmeda y palpitante, donde crecían algunos almendros silvestres.

- ¿A quién pertenecen esas tierras? —Preguntó el abogado Borbor a Yadira.
- Estas propiedades son de los Verasco-Porras. Son tan extensas que ellos no han logrado mantener a raya a los invasores de tierras. De la noche a la mañana construyen esos desarrapados sus palafitos, en medio de los esteros, como si los hermosos bosques tropicales que desde aquí lucen espléndidos, fueran tierra de nadie.
- ¿Por qué los desprecias, hermana? —Protesta la religiosa—. Esos “desarrapados”, como tus los llamas,

son también hijos de Dios.
¿No tienen ellos el derecho
a vivir en la tierra creada
por su Padre?

Fray Vicente Soyano, que se
había zampado la jarra entera
de vino, sin perder el tiempo en
servir el rojo licor en alguna de
las copas, limpiando su boca
con la manga del hábito, emitió
un largo y sonoro eructo, que
dejó desconcertados a todos los
presentes.

— ¿Ha estado en Quito,
hermana?

Don José formula esa pregunta
sin sentir verdadera curiosidad
por saber detalles de la vida
de la religiosa. Simple y lla-
namente quiere neutralizar el
momento desagradable que
provocara el comportamiento
del inculto Soyano.

— Estuve allí, cuando era
novicia. En el hospicio de
San Lázaro, para ser más
precisa. Esa santa casa es
enorme. Una verdadera
fortaleza inexpugnable.
Si alguien fuera recluso
en ese hospicio jamás lo
encontrarían...

— No sabía que existían en el
país tales “alcazabas” -dijo
Borbor, sin darle mayor im-
portancia al asunto.

El venerable religioso, que
acostumbrado estaba a las
reconfortantes y reparadoras
siestas del convento, sin poder
resistir la modorra que le em-
pezó a hormiguitar el cuerpo
desde las piernas hacia arriba,
recostándose confortablemente
sobre la mesa, se quedó profun-
damente dormido, con lo cual
dio inicio al más estrafalario y
ruidoso concierto de ronquidos
y flatulencias que jamás se haya
escuchado por esos lares.

Se levantó de la mesa don
José, por no ser de su agrado la
música del predicador.

Doña Yadira, la monja y el
abogado abandonando el come-
dor fugaron hacia la acogedora
salita, donde la sirvienta les
ofreció un Oporto.

— He visto un par de hombres
merodeando por su casona
del puerto. —Le dijo doña
Yadira al abogado.

— También yo los he detecta-
do. Debo reconocer, sin

embargo, que son hombres inofensivos,

- ¿Hombres merodeando? Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal. -Dijo la monja, santiguándose.

Toda vez que el reverendo Vicente Soyano jamás despertó de su siesta, hubo de pasar el hacendado con doña Yadira y con la Madre Salomé la tarde entera, jugando al dominó; y, como no tenía intención de retornar a esas horas a El Progreso, se fue a dormir en la casona del puerto.

Por la noche saltaron, desde la biblioteca hasta su lecho, tres mosqueteros azuzados por Víctor Hugo en persona, que no le dieron un momento de descanso y estuvieron incitándole a la pelea con sus incontables burlas y bravuconadas.

Al otro día se levantó y tomó un baño reconfortante.

Desnudo, en cueros, salió de la ducha y fue hasta el lavamanos. Mojó la brocha en jabón casero, restregándola contra el fondo de la bacía y desplegó la navaja

Wilkinson que trajo de Londres.

Con amplios y vigorosos planazos suavizó la hoja de acero en el asentador de cuero y se afeitó al ras. A manera de remate, aplicó sobre sus mejillas un poco de loción Marlborough, del Dr. Harris.

Bajó a la cochera.

Los hermanos Severo Pincay y Fulgencio Pincay, dos montuvios descamisados, de piel escamosa y verduzca, como la que cubre a las furtivas iguanas, estaban esperándolo. En sus callosas manos dormían tranquilos los buidos machetes.

- Buenoh díah patrón.
- Buenos días.
- ¿Hacia ónde debo conducí el carruaje?
- Quiero dar una vuelta por la sabana. Me gusta ese sitio. Vamos hacia el norte. Tenemos unas tres horas para pasear a nuestro antojo. A medio día regresaremos. Tengo que hablar con uno de los hermanos Salcedo. ¡Muévanse!

— Como buhté ordene, mi patrón.

A las once de la mañana un lujoso carruaje apareció por un recodo del camino. Era un día sofocante, húmedo y caluroso.

El sol, jugueteando con las hojas de los árboles de mango, proyectaría quizá algunas figuras chinescas sobre la irregular superficie del estrecho sendero que conduce al puerto.

En un riachuelo, un grupo de muchachos negros, utilizando unas *katangas*, trataban de pescar bocachicos. Pero las trampas, hechas con cañas mal amarradas, desarmándose lamentablemente dejaban escapar a los asustados peces, que libres rebullían en un hervidero desconcertante.

Más allá, algunos muchachos de entre quince o dieciséis años, colocaban *trasmayos* para atrapar los cangrejos, que emergían perezosos y rojizos, totalmente cubiertos de cieno y se aferraban con sus tenazas a las regletas de madera entrecruzadas.

De trecho en trecho, delante de

las casas de pambil, cubiertas con techos de palma, se veía a las graciosas muchachas negras, dando forma con sus palmas al sabroso tabaco secado al sol.

El abogado José Borbor, elegantemente vestido, con su guayabera blanca planchada con almidón de yuca, iba cómodamente sentado en su carruaje tirado por dos mulas, y ordenaba de rato en rato al cochero detener la marcha, para impregnar su espíritu con estas pintorescas escenas...

Luego del largo paseo por la sabana, retornaría el abogado a Guayaquil.

Soñoliento, a causa del traque-teo, el hacendado debe haberse adormilado un rato...

En el pescante, los hermanos Pincay, empezaron a inquietarse, como los perros que presienten el peligro... La piel suelta y brillante que colgaba de sus cuellos, a manera de coto, se puso tensa.

Los dos hombres bajaron las alas de sus sombreros de paja, para que nadie pudiera distinguir sus fieros ojos de iguana.

Broncíneos, elásticos, nerviosos, sudorosos eran sus cuerpos, desnudos de la cintura para arriba. Uno de ellos empuñó con más fuerza la fusta, con su enorme mano plagada de venas. El otro, blandió al aire su filudo machete. Zas, zas, zas...

De pronto, se escuchó el grito imponente de un negro, más feroz y sanguinario que un toro cimarrón en descampado:

- ¡Eje é! ¡Eje é! ¡Eje é! ¡Que no ze ehcape!

Torcía el maldito bembón las eses y las transformaba en zetas o en jotas o simplemente las eliminaba del todo, a su antojo.

- ¡Detén el carro, hijoeputa!

Ordenó otro desalmado, tan bezudo como el primero, saliendo de entre la maleza, con un grueso y filudo machete en alto.

- ¡Con nojotro no ze vengán a jacé lo empalao, que nojotro zí leh cagamo!

El coche no se detuvo. Al contrario, aceleró su marcha.

Algunas mujeres, que asomaron por allí, corriendo como locas

desde un calvero, empezaron a gritar e insultar.

- ¡Párate hijoeputa! ¿Onde tú vah tan embalao?
- ¡Dele machete, compadre!
- ¡Machete boliaoooo!
- ¡Ze noj ezcapan! ¡Ze noj ezcapan!

La algazara se generalizó, como si el grupo de negros hubiera aumentado.

José Borbor se incorporó y miró a través de una de las ventanas. Vio un grupo de afro descendientes, salir de los matorrales, machete en mano, tratando de detener el carruaje a la fuerza.

Varios machetazos percutieron, por fuera, el carruaje. Se escuchó el silbido del látigo.

El coche se bamboleó, como si se tratara de un barquichuelo lanzado a un lado y otro por embravecidas olas.

Incrédulo, vio el hacendado, cómo rodando por el suelo uno de los afros, manaba sangre por su nariz y boca. Una de sus manos había sido cercenada de cuajo.

La algarabía de los salteadores iba cesando en intensidad, iba quedando atrás.

El vehículo retomó su ritmo. La velocidad se hizo constante y el traqueteo, parsimonioso.

La calma y tranquilidad del viaje habían retornado. Arriba, en el pescante, los hermanos Pincay empezaron a silbar como pájaros.

Un olor penetrante, dulzón, emergió de rondón, impregnando las ternillas del rico hacendado, ahogándole arteramente con sus dedos sutiles.

Cubrió el abogado sus narices con un fino pañuelo de seda y miró por la ventanilla.

«El sol blanqueará los entremezclados huesos, de perros y burros, lanzados a la vera del camino por la chusma desaprensiva» —reflexionó José Borbor—, al contemplar, con asco, los despojos.

Levantó, José Borbor, su bastón. Resplandeció en el cielo la contera de plata. El carruaje se detuvo.

Desde su madriguera salieron

tres ratas grises para alimentarse con los restos mortecinos. Los ojitos redondos de los roedores brillaron como carbúnculos.

De improviso, salió otra rata, más grande, como de cincuenta y un centímetros, si se incluye la cola.

Atacó a mordiscos este gigantesco animal a las que disfrutaban del macabro banquete. Dos lograron huir, pero la otra fue devorada de inmediato.

— ¡Es la lucha por la supervivencia! —explicó el abogado—. Estamos condenados a devorarnos los unos a los otros.

Tres ángeles amarillos revolotean por el cielo, felices de volar como pájaros rechonchos.

Pero poco dura su alegría y esparcimiento. Una tormenta de rayos y centellas los pone en fuga antes de tiempo...

Descienden con desgano los plumíferos alados a sus abisales moradas —porque los ángeles viven abajo, no arriba como generalmente se cree—, y desde allí observan, codiciosos, girar

el mundo a vertiginosa velocidad.

En un cruce de caminos, un chamarilero viejo, pesado y más redondo que una cabra preñada, empuja su carretón atestado de chucherías, abalorios, ropa vieja, cacerolas y mil baratijas multicolores.

El sudor empapa su camiseta marinera, sucia y mal oliente. A pesar de que no hay alma alguna que le escuche, el viejo pregona a grito pelado su mercancía:

- ¿Naiden quié comprá?
¡Linda mañana pa comprá!
¡Venga patrona, venga...!
¡Oxerve, oxerve mi patrón...! Tengo macheteh tan filúoh como er rabo el diablo... Tengo buenoh zapatoh con planta e caucho sanforizao. Tengo vehtíoh de gasa fina, pa la noiva...
¡Linda mañana pa comprá!

Una burra vieja tira del carretón. La cabezada luce nueva y reluciente. En ésta destaca por su belleza la frontalera, tejida en lino rojo. El curioso mosquitero está conformado por intrincadas correíllas, que cuelgan capricho-

sas de la frontanela.

Las anteojeras y los ahogadores son preciosos, confeccionados los dos, con cuero repujado y claveteados con curiosas incrustaciones de plata.

José Borbor, que ha visto al mercachifle, ordena a los peones que detengan el carruaje. No lo quiere atropellar. Tampoco lo quiere atosigar. Se limita a seguir con la mirada su lenta trayectoria... Borbor no tiene prisa.

Una de las ruedas del carretón sube violentamente sobre una piedra, que sobresale afrentosa desde el suelo de lodo pegajoso.

Giran por el piso cien bolitas de cristal, cuatro lámparas de latón, dos ollas de hierro enlozado y, desde luego, también rota, zigzagueando como una loca la maldita rueda, libre por fin del yugo impuesto por el condenado eje. José Borbor, sensible ante la tragedia, ordena a sus peones:

- ¡Presten ayuda a ese hombre! ¡Levanten el carromato! ¡Detengan esa rueda afrentosa y colóquenla nuevamente en su eje!

Él mismo, que se ha bajado del coche, levanta del cieno las lámparas y las ollas.

El chamarilero está perplejo, pero sonríe al abogado Borbor, y al hacerlo, muestra desvergonzadamente la desdentada encía.

- Graciah. Muchah gracia, mi patrón... Linda mañana pa comprá, ¿verdá?

Se inclina, casi hasta tocar el suelo, en señal de respeto. Comprende en ese instante que se le ha presentado, sin querer, una gran oportunidad para su negocio. Entonces se acerca al hombre rico que le ha ayudado, y susurra a su oído.

- Tengo doh lindah ehpadah francesah. Doh verdad-erah joyah... Si el patrón quisiera mirá...

Desde el fondo del carromato, envueltas en un poncho de aguas, saca dos espadas de estilo Luis XIII, con artísticos calados en las cazoletas. Las bruñidas hojas emiten destellos de luz enceguedora.

- ¿Cuánto pides por esto?
- Pido poco, porque naiden

quie comprá.

- ¿Cuánto es poco?
- Deme cien por la doh...

Borbor no regatea. Toma las espadas y paga su precio, sin chistar.

«A los burros les colocan anteojeras, para evitar que esas bestias puedan mirar hacia los lados. —Reflexiona Borbor, al ver como se aleja la carreta del chamarilero—. Cuando los hombres han sido seducidos por las ideologías caen en el dogmatismo.»

«Los fanatizados por las ideologías, igual que burros con anteojeras, son incapaces de mirar y comprender la realidad, tal y como ésta es. Cegados como están, no aceptan los criterios ni las opiniones de los demás y actúan como necios. Pero el azote de los pueblos es evidentemente el líder dogmático que ha logrado acaparar el poder supremo, controla los medios de comunicación, controla los tribunales de justicia, controla la función electoral, controla el congreso y pretende, a rajatabla, imponer a

todos su distorsionado modelo de sociedad».

Al entrar a la ciudad, carente de canalización, la calidad de los olores nauseabundos cambió de pronto, a causa de las aguas servidas que salían libremente de las casas y corrían por las calles, dejando el ambiente impregnado de hedentina y cargado de amoníaco.

En la calle “Libertad” se detuvo el carruaje. Los comerciantes acostumbraban *tendalear*, o secar allí el cacao en plena vía, purificando el aire con el rico aroma de la pepa de oro. No se sabe si con esto pretendían, expofeso, neutralizar el otro olor, el de las aguas negras...

El abogado bajó del carruaje y miró hacia arriba y hacia abajo de la vía, en busca de las pepas, pero... cosa extraña, no encontró cacao tendido en el suelo.

El sol quemó inútilmente los guijarros y el viento levantó el polvo, la basura y, sin recato alguno, alzó hasta las faldas de las muchachas que cruzaron indiferentes de un lado al otro de la vía, moviendo rítmicamente

sus apretadas nalgas.

El rico hacendado caminó por los amplios soportales para protegerse del inclemente sol. Detrás de él, sus peones de confianza, avanzaron con los ojos atentos.

La gran mayoría de las casas guayaquileñas era de madera o de caña guadua. También la catedral, las iglesias y los grandes edificios municipales y teatros estaban hechos de madera.

Un polvillo de oro lo envolvía todo, otorgando al paisaje una apariencia fantástica, en la que resaltaban como peces los colores cálidos y tropicales.

Con su bastón Borbor tocó la puerta de una casa, sobre la cual había un cartel en el que se leía:

**SALCEDO HERMANOS
EXPORTADORES DE CACAO**

Una chiquilla de ocho años, astrosa y asustada, con los ojos enrojecidos por el llanto, o por alguna infección de la conjuntiva, apareció en el marco de la entrada y se quedó mirando al hombre, como atontada, o como si estuviera sonámbula y viviera en un mundo distinto, diferente

al de los demás.

- ¿Puedo hablar con don Carlos?
- El patrón no está. Le llevaron al hospital.

La voz de la sirvienta era esqui-
va, claudicante... ¿Estaría
mintiendo?

- ¿Puedo hablar entonces con doña Yadira?
- Tampoco está la patroncita. Nadie está en la casa. Yo estoy sola.

La doméstica, sin poder con-
tener por más tiempo sus emo-
ciones, rompió a llorar amarga-
mente.

- Gracias muchacha. Vendré otro día. No sé por qué lloras y nada puedo hacer para consolarte. Toma, cómprate alguna cosa con esto.

Muchas de las calles eran simplemente de tierra o cubiertas de cascajo. La “Libertad” no era la excepción. Había que caminar despacio, con cuidado, para no ensuciar los zapatos blancos, con guarniciones de color negro. José Borbor subió nuevamente a su carruaje. El

vehículo empezó a moverse lentamente. Pero antes de llegar a la bocacalle escuchó la voz de una mujer, llamándolo.

- ¡Don José! ¡Espere, don José! ¡No sabíamos que era usted!

El carruaje se detiene. La elegante mujer, vestida íntegramente de luto. Llega jadeando.

El abogado la reconoce de inmediato. Es doña Yadira, la mujer de Carlos Salcedo: tiene veinte y cinco años; se mueve con soltura; sus hermosos y brillantes ojos brunos denotan que ha llorado a mares; la curva de su seno blanquísimo revela un temblor de angustia...

- ¡Doña Yadira! ¿Qué es lo que está pasando?
- ¡Mi marido! ¡Hay Dios!
- Fueron unos negros. Yo les ví la cara -dice la doméstica.
- ¡Mi marido! ¡Hay Dios! Fueron unos negros. Si, unos malditos negros.
- No entiendo una palabra.
- Perdone, don José, que no le hayamos invitado

a entrar. Cuando usted golpeó la puerta creímos que regresaban los sicarios y saltamos como liebres asustadas. Teníamos que estar seguros de que usted, en persona, había llamado.

José Borbor abrió la portezuela del carruaje y de un salto bajó del coche.

- ¡Cálmese, doña Yadira y dígame de una vez qué ha sucedido!
- ¡La desgracia! ¡La más grande de las desgracias! ¡Anoche asesinaron a mi Carlos! ¡Lo asesinaron frente a mis ojos!
- ¿Quiénes lo asesinaron?
- ¿Afirmé yo que lo asesinaron? No he manifestado eso. ¿O sí? Ay, Dios! No sé ni lo que digo. ¡No sé cómo puedo soportar tanto dolor!
- Fueron los negros. Yo les ví. Les ví la cara —dice la doméstica.
- ¿Puedo entrar? ¿Puedo verlo?
- Entre, señor. Usted puede. Claro que puede. Para eso he salido. ¿O no? Necesita-

mos ahora de todos los amigos. ¡Lo mataron a sangre fría! Eran cinco negros. Cinco negros con machetes. A mi nada me hicieron, pero a él... ¡Ay, mi Dios!

Entró José Borbor al establecimiento de los hermanos Salcedo.

Los familiares del difunto, vestidos de luto estricto: los hombres con chalecos grises de paño y corbatas gruesas apretando los cogotes; las mujeres con mantillas de seda en la cabeza, con tacones de cuero y medias negras de fantasía.

Hombres y mujeres engominados los cabellos y pintados los ojos con hollín, se apiñaron alrededor del muerto y lloraron desconsoladamente.

La trápala parecía llegar a su clímax. Los hombres y mujeres hablaron a gritos y explicaron, al mismo tiempo, la forma en la que habían entrado los asesinos, la sangre fría con la que habían actuado.

- ¡Qué naiden ze mueva, ni por zal ni por agua! —Había dicho uno de ellos, que aparentemente estuvo a cargo de la operación.
- ¡Zolamente noj comeremo ejta corvina! ¡A peinilla limpia lo vamo a matá!
- ¡Cumplimo órdenes!
- Zolo hacemo nuejtro trabajo.
- Noj pagan pa éjto.
- ¡Quieto tó el mundo! ¡Al que ze mueva le pazo el papayo!

A don José se le secó la saliva en la boca. Le quemó la garganta. Un reflujo ácido pugnó por salir de su estómago.

La sala estaba aparentemente en orden, como si nada hubiera pasado. Todo era adusto y fúnebre, casi solemne, como si de un templo se tratara.

La presencia de la *Madre Salomé* y de Fray Vicente Soyano, que lanzaban agua bendita con sus hisopos de plata, a diestra y siniestra, reforzaba este concepto clerical.

Sin embargo, en esa habitación

habían matado a un hombre.

Poco a poco fue disminuyendo la excitación de los presentes y reinó una “calma chicha”. Como si la historia que ellos tenían que contar hubiera concluido y, por tanto, fuera ocioso continuar hablando sobre lo mismo.

Los hombres y mujeres regresaron a sus asientos y hablaron entre sí, en voz baja, confortándose unos a otros.

Cerca de la puerta dejaron los asesinos tres floreros de bronce, desde los cuales brotaban, impúdicos en su desnudez, treinta y tres lirios de agua.

- ¡Qué naiden toque la flore!
- ¡Qué naiden lah toque!

Allí, sobre una mesa cubierta con una sobrecama, yacía el cuerpo frágil, blanquecino, largo y enteco de don Carlos Salcedo. Decapitado.

Lo habían lavado y perfumado. En esta labor había ayudado la *Madre Salomé*, que acudió a confortar y acompañar a su hermana, tan pronto como se enteró de la tragedia.

Velaron desnudo a don Carlos, como él lo había querido.

“No me pongan en una caja, ni me velen con velas de cera, peor con velas de parafina... Quiero partir desnudo, como cuando vine al mundo. Ese es mi deseo”.

Así había dicho, cuando aún estaba vivito y coleando. Se respetaron sus disposiciones.

Tres cruces habían trazado con sus machetes los verdugos, en el pecho de su víctima. Tres cruces de sangre, cuyo mudo mensaje nadie sabía descifrar.

Un nudo se formó en la garganta de don José Borbor y, sin poder contenerse, lloró a gritos.

La *Madre* Salomé le brindó un vaso de agua, para que se calmara.

- ¿Han informado a la policía?
- ¿Para qué?
- Este horrendo crimen no puede quedar impune...
- Los *chapas* te piden plata para las “investigaciones” y nada investigan...

- ¿En qué país estamos viviendo? Ya no se puede confiar en nadie ni en nada...
- Tenemos miedo. No sabemos qué hacer.
- Déjenlo de mi cuenta —dijo el abogado Borbor—. Déjen todo de mi cuenta.

Tampoco esta vez regresó a Vines el abogado, como inicialmente lo planificara.

Le conmovió e impactó tanto el sangriento atentado que sufriera Carlos Salcedo, que no logró por las noches mantener un sueño tranquilo... pues lo perdía violentamente a la madrugada, a causa del ímpetu con el que latía su corazón.

Después, difícilmente lograba conciliar nuevamente el sueño y se levantaba a orinar de a poquito, como si se le hubiera inflamado la próstata.

Carlos Salcedo no era su amigo, mantenía con él relaciones comerciales, pero no era su amigo íntimo.

Sin embargo, tuvo pena de la viuda y estuvo tres días con

los dolientes. Los acompañó al velorio, trajo flores, fue a las comisarías, a la policía y a la morgue. Obtuvo los papeles necesarios para la cristiana sepultura del difunto y pagó la misa fúnebre.

Solamente abandonó a la viuda, al salir del cementerio, cuando todo había concluido.

- ¡Que Dios le pague por lo que ha hecho por nosotros, don José! No sé qué habría sido de mí sin su ayuda.
- Cualquiera, en mi lugar, habría hecho lo mismo, doña Yadira...

«Lo importante es descubrir quiénes son los mentalizadores de este horrendo asesinato. Alguien debe haber ordenado esta sangrienta ejecución. ¿Por qué mataron a Carlos Salcedo?

Pero hay un problema. ¿A quién contratar para llevar adelante las investigaciones? No hay en el puerto persona alguna que se dedique a estos menesteres. Las autoridades oficiales, por otro lado, son totalmente ineficientes y corruptas.»

Enfila el carruaje hacia la oficina de investigación criminal.

- Tenemos a los sospechosos, don José —Le había mandado un recado el comisario, con uno de sus ayudantes—. Me gustaría que esté presente durante los interrogatorios...

José Borbor desciende del carruaje y entra a las oficinas.

Desde un escritorio destartalado le sonríe una montuvia de ojos verdes, achinados, y cuerpo de pantera.

- ¡Qué pequeño es el mundo! ¿Eres Acacia, verdad?
- ¡Qué grata sorpresa nos da el abogado José Francisco Borbor Cedeño!

Los ojos de la muchacha brillan de felicidad. Se levanta de la silla y corre al encuentro del hacendado. Lo abraza y quiere besar sus labios, pero él la rechaza de manera educada, con una sonrisa.

Al fondo de la oficina hay una pared de caña, forrada con periódicos amarillentos. Al

centro, detrás del escritorio, la foto del liberal Lizardo García, con una banda tricolor ceñida al pecho. El grueso bigote oculta íntegramente el labio superior.

- ¿Todavía mantienen allí esa foto? —Dice Borbor, zafándose finalmente de los brazos de la secretaria.
- Mientras no recibamos órdenes superiores...
- Alfaro se ha proclamado Jefe Supremo...

Con un movimiento felino, retorna la pantera a su escritorio. Abre una de las gavetas, y sacando un retrato empolvado que allí guarda, remplace a Lizardo García por Eloy Alfaro.

Se escucha jadeos desesperados, gritos de dolor y órdenes desatempladas detrás de la pared de caña. Acacia tiene que alzar la voz, para ser escuchada.

- Entones... recordó usted mi nombre, abogado. Tampoco yo he olvidado el suyo. Mire, precisamente aquí tengo su carpeta. Todos los días leo el informe de los agentes. Sé lo que

usted hace. Sé a dónde va. Sé qué piensa. Por ejemplo, me enteré que unos negros belicosos pretendieron asesinarle el otro día... No sabe cómo he sufrido por usted... ¿Quiere dar un vistazo a los documentos?

Extiende su mano y muestra la carpeta. Brillan como gemas las uñas de la joven, pintadas de rojo intenso. La muchacha trata de retener la mano de Borbor, pero no lo consigue. El contacto físico es efímero, pero los ojos de la gata brillan en la semi penumbra.

Acacia intenta nuevamente abrazar, besar a José Borbor. Se le aproxima provocativamente, se le insinúa. Los gritos y jadeos, detrás de la pared de caña se intensifican. También tiene que levantar su voz José Borbor, para ser escuchado, todo lo cual aprovecha la muchacha para pegar su oreja a los labios del hombre.

- Ningún interés tienen para mí esos informes. También yo sé a dónde fui. También yo sé qué hice... aunque no estoy muy seguro de

recordar todos mis pensamientos...

- ¿Entonces... viene usted por el caso de los lirios de agua?
- ¿Lirios de agua?
- Eso: lirios de agua, cartuchos, calas o como usted quiera llamar a esas flores de pato nauseabundas...
- No sé si el comisario me ha llamado por el caso que usted menciona. Vengo por el asesinato de Carlos Salcedo.
- Con el de Salcedo...ya son doce los crímenes cometidos...
- No lo puedo creer.
- Todas estas matanzas han sido sangrientas, horrendas... Mire como se me ha puesto la carne de gallina...

Se baja el escote de la blusa y muestra los hermosos senos palpitantes... los pezones duros como moras de castilla se han puesto rígidos.

- ¿Y sabe una cosa? Los desalmados dejan siempre unas pestilentes flores

blancas de cartucho... No resisto el olor de esas flores de cementerio.

La pantera, sin disimulo alguno, se sienta sobre el escritorio, levanta su falda y coloca provocativamente una de sus piernas sobre la otra, de tal manera que puede verse, al fondo, los pliegues de unas calzonarias rojo sangre ornadas con delicado encaje.

- Parece que se trata de una banda muy bien organizada.

La pantera abre sus piernas, mientras habla velozmente, como si pretendiera aturdir al hacendado.

- Parece que, a estos forajidos, les protege gente de “arriba”. Es lo que el jefe dice. Pero esta vez los “investigadores” que vinieron de Quito atraparon a los asesinos, con la ayuda nuestra, por supuesto.

La sonrisa, los acercamientos corporales, la coquetería y las insinuaciones de la muchacha son evidentes. Pero Borbor no está para juegos, al menos, por

el momento. Como las pantale-
tas pareciera que están a punto
de caer al piso, pone cara de se-
rio y la rechaza con educación.

- Entonces... ¿puedo pasar?
- Pase. Están esperándole —.
Masculla entre dientes la
pantera, con una mueca de
desdén.

Luego, en un brusco ademán
sube el escote de la blusa y es-
conde las moras de castilla. Las
largas uñas son realmente las
garras de un felino.

- Avance por el corredor
hasta el fondo. Los “pes-
quisas” están detrás de la
cortina verde.

Una oscuridad cómplice impide
mirar con nitidez la estrecha
y pestilente habitación. Dos
negros corpulentos yacen semi-
desnudos, lanzados en el suelo
de tierra. Un cordel mantiene
atadas las manos de los pri-
sioneros. Tienen desollados los
codos y las rodillas. Hilos de
sangre manan de sus bocas y
narices. Un tonel desbordante
de agua sucia denuncia, a las
claras, que las cabezas de los
sujetos han sido sumergidas allí,
cortándoles violentamente la

respiración.

- Han confesado, abogado
Borbor —declara satisfecho
el comisario.
- Los agarramos cerca del
cementerio del Carmen
— informa uno de los “pes-
quisas”.
- Ellos dicen que han venido
de Esmeraldas, huyendo de
las guerras liberales —co-
menta otro “pesquiza”.
- Les hemos vapuleado hasta
cansarnos y han cantado
todo, con lujo de detalles.
Allí tiene a los hombres
que dieron muerte al
ciudadano Carlos Salcedo
—dice el comisario, fro-
tándose las manos, como
quien va a recibir una
buena recompensa. —Ya
puede usted cobrar sus
jugosos honorarios y darle
el pésame a la viuda, como
Dios manda.
- ¿De modo que fueron
ustedes?
- ¡Respondan! ¿No han
escuchado la pregunta del
señor abogado?
- Zi, juimo nojotro, doctor-

- jito. No podemos má. Por caridá, que noj den un poco diagua.
- ¿Y todavía quieren más agua? Casi se han bebido el tonel. Ja, ja, ja...
 - Comisario. Estos hombres están sedientos. ¿Desde cuándo no beben agua?
 - Dende que noj garraron, doctorjito. Haze do día...
 - ¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué mataron a Carlos Salcedo? - Interroga Borbor, hablando clara, pausada-mente, sin violencia alguna.
 - Agua, doctorjito. Un poco diagua, manquesea un poquito, y le diremo tooo lo que buhté quiera.

El jefe de los “pesquisas” chasquea los dedos y uno de los “investigadores” chorrea agua en los resecos labios de los presos, con un tarro de latón.

- ¿Por qué lo hicieron?
- Tábamo un poco alumbrao. ¿Oyó? Zolo queríamoh apañá uno cuánto sucre pa comprá otro frahco e Mallorca... doctorjito.

- ¿Cómo lo mataron? ¿Ustedes le desnudaron?
- Ya taba viringo eze don, cuando lo vide. ¡Teze zoziego no má, que no paza na! Le dijimo al don. ¡Teze zoziego! Yo lo vía nomá, de lejito, y él me vía también. Pero el don ha zío volao.
- Pa mí, que taba tocao. Noj quizo zuzungueá, a bala el zabido. Allí ze armó el zaperoco. Lo tuve que quebrá. Con un cuchiyó, doctorjito. Sí, con un cuchiyó e cocina. Murió ahí mimo, de contao. Fue pan comío.
- ¿Y dónde está ese cuchillo?
- Lo lanzamo a un ejtero. No sabemo a cuál...
- ¿Y dónde están sus compinches?
- No tenemo compinche, doctorjito.

Se acerca el comisario y, en secreto, le dice a José Borbor...

- Deje las cosas como están, abogado Borbor. Ese es mi consejo. ¿Qué saca investigando asuntos tan turbios?

Todavía puede usted cobrar esos honorarios. Por ciento cincuenta sucres le entrego a usted tres negros más, para completar los cinco...

- Está equivocado. Nada tengo que cobrar a la viuda de Salcedo.
- Entonces... ¿Gratis?
- Ella no me ha contratado ni me está pagando un solo centavo... Hay cosas que se hacen tan solo por conmiseración, por solidaridad humana, por amistad, por justicia. Ninguna recompensa espero recibir por las gestiones que estoy haciendo y por el tiempo que dedico a estas averiguaciones. ¿Me entiende? Libere usted a estos hombres. Suéltelos de inmediato.

Una vez desatados, los negros se acercan al abogado Borbor y le besan las manos. José Borbor les entrega cien sucres, a cada uno de ellos... De esa forma paga el abogado los errores cometidos por los “investigadores”.

- Comisario. Un último favor. Si conoce usted algún

detective que se ocupe del asunto, le agradecería me proporcione su nombre.

El comisario vuelve a sonreír. Sabe que se le ha presentado la oportunidad de ganar fácilmente algunos billetes.

- Qué casualidad. Tengo un medio hermano que se dedica, entre otras cosas, a esos menesteres. Si quiere le digo que se ponga en contacto con usted.
- Está bien. Dígale que venga a verme.
- Me deja usted un tanto intrigado, abogado Borbor... ¿Para qué exactamente necesita usted contratar un “detective”?
- Yo, al igual que Pilatos, quiero saber “la verdad”. Quiero indagar quién está detrás del asesinato de Carlos Salcedo...
- Entiendo.
- También me propongo averiguar quién le ha ordenado a usted a seguirme los pasos.
- ¿Orden, a mí? ¿De qué me

está hablando, abogado?
¿Tiene acaso delirio de
persecución?

- Dos agentes me vigilan...
- Nada tengo yo que ver con eso.
- Quiero saber si se trata de una orden del gobierno, o de alguna de las tantas instituciones del Estado, creadas precisamente para investigar, para hurgar en la vida de los ciudadanos... no sé con qué fines aviesos.
- ¿Qué yo estoy siguiéndole los pasos? ¿De dónde saca ese disparate? Discúlpeme usted por la franqueza, pero ninguno de mis hombres tiene la orden espiar a persona alguna.
- Su secretaria me lo ha dicho, en reserva. Hasta me ha mostrado una carpeta con los supuestos informes que preparan los agentes encargados...
- Ya entiendo. Este debe ser asunto de Acacia. Algo trae entre manos esa chica. Vienen a verle a menudo

unos desconocidos y cuchichean, conversan en voz baja con ella y, cuando me aproximo, se quedan en silencio... Le doy a usted mi palabra que el señor Gobernador nada tiene que ver en esto. Algún particular, interesado en conocer sus actividades, sus negocios, o hasta su vida sentimental, habrá contratado a esos supuestos agentes y a la propia Acacia. Ya sabe usted como son esas cosas. La gente que trabaja para el gobierno gana tan poco, que se ve obligada a redondear sus ingresos de cualquier manera. Yo, por supuesto, no puedo intervenir. Nada oficial hay en esos seguimientos que usted dice, se lo aseguro. Ya pasará. Se cansarán de gastar en vano su dinero y dejarán de ocuparse de usted. En todo caso no tiene por qué preocuparse, mi hermano descubrirá quién o quiénes le andan siguiendo y por qué razón lo hacen.

- En lugar de quitarme un peso de encima, me deja

usted más preocupado,
señor comisario.

El hacendado colocó en el rol de pagos de El Progreso al boquisucio Camilo Isiduro, hermano de madre del comisario Agustín Carrasco (lojanos los dos, nacidos en Yangana).

¿Sus funciones? Conducir las investigaciones que fueren del caso para determinar, con pruebas fehacientes, los autores materiales, los autores intelectuales, los cómplices y los encubridores del horrendo crimen perpetrado en la persona del que en vida fue don Carlos Salcedo Tomalá; y, averiguar quién o quienes le andan siguiendo los pasos y qué razón les anima a ello.

El boquisucio Camilo Isiduro es abogado de los tribunales de la República y tiene su “estudio jurídico” en una casa de dos pisos, cerca del edificio de la Gobernación.

La boca retorcida, habla por un agujero desdentado, que se le

forma justo a la izquierda, bajo el bigote finamente cortado.

Barrigón, mofletudo, de lento andar, camina renqueando, apoyado en el bastón, para no caer pesadamente al suelo.

La “oficina” es una habitación de dos metros en cuadro, con una ventana que da a la calle, un escritorio rústico y un par de sillas.

Y, para completar el escenario, un calendario, pegado a la pared, junto a la ventana y una máquina de escribir fabricada en Nueva York.

La máquina es su mayor tesoro y está bien conservada; en caracteres de color oro, sobre esmalte negro se lee nítidamente: **ROYAL STANDARD**. El teclado está formado por cuatro hileras con doble tecla para cada letra, a fin de diferenciar las mayúsculas de las minúsculas.

- Estamos investigando, colega. Mire, aquí, sobre mi puto escritorio. Todas estas fichas corresponden al “Caso de los lirios de agua”. Este proceso es todo un pedo. Huevones de

alto vuelo son, coleguita, sin lugar a dudas, los que mandaron al otro barrio al finado Salcedo. Pero no se preocupe. Lo estamos investigando... Tarde o temprano agarraremos a esos hijoeputas... Como usted comprenderá, mi estimado colega, necesitaremos un poco más de pasta. Estas gestiones son siempre costosas.

Borbor coloca sobre el desordenado escritorio unos cuántos billetes y abandona la asfixiante “oficina”.

Afuera, el sol de la tarde trepa con dificultad los muros y paredes de la urbe. Una bandada de loros verdes, que vuelan con gran algarabía, se dirige hacia la ría, a prisa, para no perderse, el rosicler de las cinco.

José Borbor ha pasado solamente cuatro días y tres noches fuera de El Progreso. Pero extraña ya el olor de los caotales; añora sus cabalgatas matinales, a través de la enorme sabana; le hace falta su Josephine...

A las doce partirá su balandra hacia Vinces. Como son las nueve de la mañana, queda tiempo libre, para dejarse llevar a donde quisiera el viento.

Sube, don José, a su carruaje y da vueltas por la ciudad, sin rumbo fijo. Pero como las mulas necesitan un cambio de herraduras, el cochero juzga prudente ir a la Calle de la Industria.

En el barrio de los Astilleros, la actividad creativa es la norma.

Algunos carpinteros serruchan tablas, charolan muebles o clavan y engoman esqueletos de sillas y sillones.

Un herrero tuerto calienta varillas al rojo vivo, mientras su mujer, tiznada de negro, aviva el fuego con un fuelle de cuero.

En un santiamén, el tuerto deja a un lado lo que está haciendo, y coloca herraduras nuevas a las bestias del abogado Borbor. Cobra por su servicio tres sures, que el abogado paga sin chistar ni mistar.

Unos serranos, asentados en un lote baldío, pisan lodo, fabrican tejas, hornean ladrillos, venden maceteros, ollas y otros cacha-

rrros.

Sobre una puerta desvencijada se ha pegado un curioso letrero que dice:

VENTA DEL ALMA

En esta venta sirven viandas a precios ridículos y ofrecen, entre otros “servicios”, hospedaje y compañía íntima a los forasteros, en sucios camastros forrados con tela de yute.

En el zaguán, unas gallinas adobadas y espetadas a conciencia, efectúan su danza ritual, al calor de las brillantes brazas, mientras las perezosas volutas de humo trepan lentamente hasta el techo cubierto con hojas de zinc.

Sentadas a la puerta del mesón, tres muchachas rijosas invitan a pasar a los transeúntes, acompañando sus gritos con gestos obscenos.

- Venga, papahito. Si quie tirar rico... si quie hecharse un buen polvo... lah treh le hacemoh a tooó... Aguaite papahito que preciosah rendijitah que tenemoh pa buhté, pa buhté solito.

También éstas mulatas deforman las palabras, pero los sonidos que salen de sus bocas pintarrajeadas de rojo carmín, son más dulces, menos ásperos, menos rápidos, menos violentos que el atolondrado y pegajoso ruido que brota de las bembas de los negros.

A un costado de la posada, una muchacha mugrosa señala con insistencia un letrero, cuyas letras están ya algo borrosas, a causa del tiempo, y resulta difícil leer por la tipografía utilizada:

RESTAURANTE
EL PORVENIR
COMIDA TODA HORA

- Siga, pase —insiste la muchacha—. Tenemoh el mejoh seco e gayina.

Casi al lado de este inmundo parador, el olor fétido que se desprende de los cueros, denuncia a grito pelado la presencia de algunas curtiembres, que vierten sus aguas pútridas a la quebradilla. De medianas pro-

porciones deben haber sido tales tenerías, a juzgar por el tamaño de los noques repletos de aguas verdosas.

Tal es la hediondez, que hasta los ángeles, que como sabe todo el mundo, casi carecen de olfato, no tienen la costumbre de revolotear por allí.

En un zaguán oscuro, una vieja montuvia se levanta como sonámbula, al paso del elegante carruaje. Escupe el suelo y frunce el ceño, visiblemente enojada con los dos hombres que permanecen erguidos sobre el pescante.

Toma entonces un sucio almirez de bronce y lanza con furia un puñado de maíz seco. Mientras machaca los granos, grita la mujer, para que todos la escuchen:

- Así aplastarán a loh hombreh, patrón. Nada podrá hacé buhté, pa detené la degoyina...

Los ojos acuosos de la bruja brillan como ascuas.

Frente a un cuartucho minúsculo y fosco, los fabricantes de escobas, amarran en bultos su producto y lo cargan en dos

carretas.

Un puñado de hombres lija y pinta dos vagones que se incorporarán al tranvía eléctrico, cuyas líneas atraviesan la ciudad de norte a sur y de sur a norte.

Parece un hormiguero. Todos trabajan. Todos tienen algo qué hacer. Eso está muy bien.

Cuando están por abandonar los Astilleros, algo llama la atención del abogado Borbor.

Baja la ventanilla y saca la cabeza con descaro. Descubre a un mozo, aparentemente sin oficio ni beneficio, “achicando la bomba”, es decir, “marcando el territorio” frente a una tapia, como suelen hacer todos los perros de este “perro mundo”.

Mira hojear una especie de libro, a otro, que permanece inmóvil, sentado sobre el tocón de un árbol, que parece el raigón gigantesco de una muela podrida.

Emite entonces un chiflido agudo, colocando dos dedos dentro de la boca; y, el carruaje se detiene.

- ¿Qué lees, muchacho?

- No sé ler, mi patrón. Solo miro y remiro lah láminah.
- ¿Dónde conseguiste eso?
- Lo lanzaron dende uno de loh barcoh, allá nel puerto. Si quiere se lo vendo....

El mozalbete se pone en pie de un brinco, levanta y agita sus brazos, en la misma forma grotezca que levantan sus alas las gaviotas antes de alzar el torpe vuelo, y le entrega el precioso infolio.

José Borbor da un vistazo al raro ejemplar:

**CAPTURE L'ÉNERGIE
COSMIQUE
JEUNES CONQUÊTE
SAINT ORDRE
DE LA GRANDE LUMIÈRE**

- Qué título más extraño: “Captar la energía cósmica, conquistar la juventud. Sagrada Orden de la Gran Luz”. La encuadernación es lujosa. Los editores han decorado la portada y contraportada del libro con tres lirios de agua, primorosamente estilizados.

«Esto le encantará a Josephine» piensa.

- ¿Cuánto quieres por el libro? Me gustaría comprarlo para que lo lea mi mujer.
- Treh sucreh... Lah láminah son hermosah...

El hacendado entrega el dinero al muchacho y pregunta:

- ¿Y tú, a qué te dedicas? Al parecer todo el mundo trabaja en este barrio, menos tú y tu amigo.
- Horita no toy trabajando. Toy ehperando a mi primo Arnulfo, pa buhcá chamba. Pero yo liahago a tooo. Algunah vecch me ocupan como ehtibadó. Cargo banano, cacao, lo que se sea... Otra vecch me contratan pa levánta arguna empalizá, pintá arguna casa o empapelá un dormitorio... Cuando me yaman, hago e pinche y camarero en el Ritz. De pequeño ehtuve en er monte. Ayudé a mi pá a cortá árboleh. Era tieso pa l' hacha y er machete. Siete oficioh, siete virtúeh, señó.

- ¿Conoces tú, quién está recibiendo cacao para exportar?
- Ultramareh. Esa é l'única oficina abierta. Pero... ¿sabe? elloh tienen su propio tibadore y no dan chance... Horita mimo toy aquí, ehperando que arguien me contrate como cargadó. Uno no pue pasá la vida vagabundeando.
- Pareces un muchacho despierto. ¿Cómo te llamas?
- Jacinto Bazurto Briones. De loh Bazurto de Balzar. Soy balzareño, pué. ¿No se nota?
- ¿Quieres trabajar como peón en mi finca?
- ¿Onde que queda l' finca, patrón?
- En Vinces.
- Vinceh m'encanta, patrón...
- Entonces sube, Bazurto. No se hable más.

Tiene el carruaje un asiento posterior y externo, plegable. Sin pensarlo dos veces, el mucha-

cho se encarama ágilmente y se marcha confiado, con su nuevo patrón.

Desde el pescante, los hermanos Pincay miran con recelo al Bazurto, pero no se atreven a decir "esta boca es mía". Solamente hunden más sus cabezas en los anchos sombreros de paja y escupen al unísono.

Por la veredita cubierta de maleza camina solitario un hombre. Sus pantalones y camisa teñidos de verde oliva, con manchas negras, rojas y cafés, le dan el aspecto de un feroz guerrero. Bazurto lo mira incrédulo y grita:

— ¡Patrón! ¡Patrón! ¡Ese que va ayá é mi primo Arnulfo! ¡Ese é mi primo Arnulfo, patrón! ¿No quié también contratá mi primo? ¿No quié, patrón?

El recio ruido de las ruedas al rodar, restringen, reducen y recortan rápidamente los rugidos redundantes de Bazurto.

La flor del cacao surge una vez que los árboles han cumplido dos años de edad. La flor es

delicada, pequeña, casi sin aroma. Un ejemplar adulto puede producir entre 50.000 y 100.000 flores por año, sin embargo, la cosecha media es de tan solo 20 a 30 frutos. El cacaotero empieza a producir a partir del quinto o sexto año, pero se obtendrán de éste los máximos beneficios a los diez u once años.

Las primeras horas de la mañana son ideales para la recolección de los frutos. Van los peones con sus machetes y con certeros cortes se apropian de las valiosas vainas maduras.

Dentro del canchón, totalmente cubierto, la luz es difusa y el ambiente es cálido. Allí, hombres y mujeres conversan entre sí o cantan alegremente mientras se afanan en sus respectivas tareas.

Las mujeres quiebran las mazorcas y van amontonando las cáscaras aparte, para emplearlas luego, como forraje de los animales. Los mucilaginosos granos, por otro lado, son lanzados a los cajones para que fermenten. Una vez llenos los rústicos cofres se los tapa con hojas de banano.

Los hombres mueven cajones de madera, los limpian, clavian las tablas desprendidas o construyen nuevos recipientes con orificios en el fondo y en los lados.

A quince centímetros del suelo alinean las arcas. Por los agujeros saldrán, durante el proceso de efervescencia, la viscosa baba y otros líquidos.

El abogado Borbor y Josephine se unen alegremente a las tareas de los campesinos y campesinas.

- Hay que arreglar el techo. Algunas hojas de zinc se han desprendido.
- Sí. Debemos proteger los granos de las corrientes de aire frío, especialmente durante las madrugadas.

Bazurto corta el diálogo abruptamente.

- Un dehconocío, que dice yamarse Camilo Isiduro y que ha venío hahta acá, en una yegua colorá, dice que tiene que hablá con uhté, patrón.

Renqueando; resoplando de lo lindo, como si el corazón fuera a salirse del pecho; con el vientre abultado, que le cuelga igual que una vejiga siniestra, avanza lentamente el abogado Camilo Isiduro, con un viejísimo portafolio remendado, en su mano izquierda.

Borbor toma del brazo al hombre. Lo conduce, con cuidado para que no se desplome y llevándole detrás del cobertizo, le interroga.

- ¿Qué noticias me trae hoy, abogado?
- He contratado a cinco agentes que son del putas para la investigación. Gente de confianza. Primos míos, agentes de seguridad que trabajan en la policía, en cargos claves. Va a tener que darme un poco más de guita... Esos cabrones no traba an gratis.

Borbor saca un par de billetes de su cartera y los coloca en el bolsillo del pecho del detective.

Éste, desdoblando meticulosamente un pañuelo mugroso, se suena ruidosamente los mocos.

Luego sonrío, escupe y carraspea. Los rojizos mofletes del boquisucio se inflan, como las agallas de un bagre moribundo.

- ¡Por el culo de Santa Bárbara, don José! —Hace una cruz con el índice y el pulgar y se la lleva a los labios, en señal de juramento—. Hay una sociedad secreta, conformada por altos jerarcas de Guayaquil. Nadie sabe los putos nombres de los que están detrás de toda esa mierda. Estos carajos son gente poderosa, de mucha lana. Jamás hemos visto grupo más influyente que éste. No se detienen ante nada. Se llaman así mismos los “HdL”, los hermanos de la luz.
- ¿Hermanos de la luz? Curioso nombre... ¿Y por qué no actúa la ley? ¿Por qué no los neutraliza la policía?
- Si no hay “aceite” no se mueve la policía... Por otro lado, esa gente mea y caga en la clandestinidad. No se ha logrado reunir pruebas contundentes que los incrimine... concha’e’su madre.

Y como son poderosos, se protegen los unos a los otros. Se dice que hasta en la propia Corte Superior de Justicia hay uno que otro “HdL”...

- Y entonces... ¿qué se puede hacer?
- Tenemos que infiltrar algún huevón de los nuestros, para que nos mantenga al tanto de sus intenciones, de sus planes, de sus movimientos. Yo no valgo para eso. Se necesita un hombre ágil, un hombre joven... Usted, coleguita, estaría ni que pintado para esa chamba. Pero claro... eso es riesgoso... y costaría más dinero.

Borbor coloca más billetes en el bolsillo del pecho del boquisucio.

- Dicen que practican unos rituales del putas: cargados de sangre, sexo e intrigas.
- ¿Tienen algún distintivo? ¿Alguna forma de saludo? ¿Alguna divisa? ¿Algún santo y seña?

— Solo hemos detectado uno de sus arrechos símbolos secretos: tres flores blancas de cartucho entrelazadas...

- ¿Tres flores...? ¡Espere! Venga un momento, conmi-go. Quiero que vea algo...

Llamó Bobor a Josephine. Algo le dijo al oído y luego, los tres avanzaron hacia la señorial casona. Los dos hombres se sentaron en la salita de recepción, mientras la francesita fue a su dormitorio. Abrió el cofre, donde guardaba sus joyas y sacó de éste la valiosa carlanca que le comprara su marido, en la feria de París. Cuando el boquisucio miró la joya se quedó de una pieza.

- ¡A cagar! ¡Este es el símbolo de los malditos asesinos! ¿Cómo llegó a sus manos esta diabólica cosa?

Relata, entonces, el abogado Borbor su vida en París; la forma en que conoció a Josephine; las maravillas que vio en la feria internacional de 1900...

- Debe haber conexión entre los “HdL” y los que fabricaron esta pendejada

en París... No me cabe la menor duda de eso...

Salen lentamente los tres, en dirección al muelle. El boquisucio avanza con dificultad, como si fuera a estallar de un momento a otro. Desata la yegua colorada y dos peones le ayudan a subir a la cabalgadura, pero no clava las espuelas. Permanece arriba, montado sobre la bestia, sombrero en mano, indeciso... Se nota a leguas que quiere pedir algo o quiere decir algo, pero no se atreve...

- ¿Tiene otra cosa más que decirme? —Pregunta Borbor.
- Bueno, sí... pero no sé cómo plantearle el pedo que tengo entre manos...
- ¿Se trata de dinero?
- En parte, pero el dinero no es todo.
- Hable usted.
- Bueno, mire, al sur de la puta ciudad, en las afueras, a orillas de la ría, más o menos a la altura de la isla Santay, puede verse unos bosquecitos de gua-

chapelíes, del hijuemadre.

Todo eso es muy hermoso aunque deshabitado...

Esa parecería ser tierra de nadie, como se dice. Ni siquiera un alma en pena he visto por los alrededores...

- ¿Y qué tengo yo que ver con ese asunto?
- ¡A cagar! Disculpe usted, coleguita. Si me da un minuto, verá que no me ha pagado en vano.
- Le escucho.
- Allí, en la mitad de la nada, se ha levantado una soberbia edificación, con cúpula y todo: un verdadero baluarte de cal y canto. ¿Cómo llegué a descubrir yo ese pedo? Seguí de cerca a los agentes que esos facinerosos han contratado para espíarle a usted.
- ¿Los siguió? Nada de esto me ha dicho...
- Todo a su tiempo. Los agentes avanzaron a lomo de mula hasta allá. Dejaron sus bestias en un claro del bosquecito y entraron

al fortín. Cuarenta y cinco minutos más tarde volvieron a salir. Montaron en sus mulas y retornaron a Guayaquil. Estoy seguro que esa mierda es de propiedad de los que han ordenado que lo vigilen.

- ¿Y por qué está usted tan seguro?
- Porque allí entran y de allí salen unos hijo-eputas de altísimo rango. Llegan a eso de las siete de la noche, en lujosos coches, y salen a la madrugada.
- ¿Y?
- He averiguado que están de venta algunos lotes. No deben valer huevo esos sitios. ¿Quién podría tener interés en esos campos desprovistos de agua? Podríamos comprar uno de los lotes que están de venta, construir un palafito y espiar desde allí para saber quiénes son los que entran y salen.
- ¿Cuánto podría costar un sitio de esos?
- A lo mejor cincuenta o

sesenta sucres.

- Entonces cómprelo a mi nombre...
- No le aconsejo que lo compre a su nombre, coleguita. Eso sería un verdadero pedo. Es mejor que ellos no se enteren que usted anda metiendo las narices por allí. Lo mejor es que yo lo compre, a mi nombre, con su dinero por supuesto... Una vez terminado este embrollo le haría yo el traspaso...

José Borbor sabe que el hombre le está timando. Está convencido que esa propiedad jamás pasará a sus manos, pero se hace el de la vista gorda y saca unos billetes de su bolsillo.

- Aquí tiene el dinero.
- Gracias, mi estimado colega. Con usted si se pueda hablar... ¡Arre, yegua! ¡Arre!

La vida en El Progreso era buena, pacífica, tranquila. El amo trataba a los peones con amabilidad y ellos le querían y

le respetaban como a un padre.

Por las noches, a la luz de una lámpara de keroseno, se reunían los peones en uno de los corredores de la bodega donde se hacinaban las sacas de cacao, cerca del muelle de embarque. Llegaba entonces el retaco Rosendo Alancay, con su guitarra.

Tenía Rosendo Alancay los dedos gruesos, los brazos musculosos, la cara picada por la viruela y la mejilla izquierda atravesada por un chirlo violáceo.

Cuando era niño solía recoger caracoles en los sembríos de arroz y nadaba como pez, en las aguas someras de los pantanos.

Llegó a Guayaquil en una barcaza cargada de arroz y se ganó la vida como estibador, en el puerto.

Allí aprendió a tocar la guitarra y a enamorar a las hembras.

Pero a los maridos celosos no les gusta que los cantores les gavelen sus hembras. Por eso, una noche, en una pelea callejera, recibió quince puñaladas y le llevaron al hospital, sangran-

do como un cerdo destazado.

Quintiliano Torrecillas estaba de guardia: en ese entonces, hacía sus prácticas, como todos los estudiantes de medicina.

De no haber sido por el joven Quintiliano, que le cosió hasta el alma y le cuidó como a un hermano, Alancay no estuviera vivo.

La voz ronca del cantor penetraba el alma.

♪ Tengo pa buhté,
preciosa

♪ Un rancho yenito
e mango

Yeno, un ranchito
e mango

Solo pa buhté...
golosa.

La voz del cantor cesa. Los recuerdos y las nostalgias emergen.

— ¿Y tú, Marcillo, ónde aprendihte a trabajá la madera?

Parpadean los ojos azules del hombre.

— Yo nacé aquí, en El Pro-

greso, pero me enseñaron el oficio en La Península....

- ¿Te ehcupieron gargajo en loh ojoh, Marcillo?
- ¿É cierto que tu papá era “gringo”?

Recordó Marcillo el caserío, cerca de Santa Elena, donde le llevara el “gringo”, arrebatándole a la fuerza de los brazos de sus tías, cuando murió su madre de sobreparto.

En un caballo negro llegó el “gringo”, a El Progreso, sin pedir permiso a nadie pasó de largo, cargando una escopeta de dos cañones.

Bajó del corcel y lo tomó del brazo, sin decir una sola palabra.

Nada pudieron hacer las tías. Nada pudo hacer el abuelo, desarmado. Pero juró vengar la afrenta.

El gringo lo subió al anca y le llevó a su finca, llena de moyuyos, de jaibas y de cangrejos.

Esa noche, el isócrono lamento de las olas le llegó por primera

vez, como un latigazo...

- ¿Cómo voy a sabé si el “gringo” era mi pá? Nunca me lo dijo mi amá, ni mi agüelo. De esah cosah no se hablaba jamáh. El “gringo” hacía maraviyah con lah ramah del moyuyo. Él me enseñó la carpintería.
- ¿Y por qué regresahte a El Progreso?
- Yegó una tarde mi agüello. Tábamoh terminando una mesa, dándole coló. Mi agüelo pareció en el marco e la puerta, machete en mano. De doh machetazo mató al “gringo” y me trajo de nuevo acá.

Por aquel tiempo tomó José Borbor la costumbre de leer “Los Tres Mosqueteros” a sus peones.

Los reunía, a partir de las cuatro de la tarde en el patiecito cubierto de arena fina que mediaba entre la bodega y el muelle.

Los rústicos trabajadores escuchaban, con la boca abierta,

las aventuras de esos ágiles y corajudos espadachines, mientras acariciaban sus machetes, como si fueran sus perros falderos.

Estas excentricidades eran mal vistas por Josephine. La francesita, un tanto asustada, empezaba a sospechar que a su marido se le había movido alguna teja en su testa calenturienta...

- Te estás convirtiendo en el “hazme reír” del puerto —le dijo Josephine a su marido, sin poder disimular por más tiempo su enojo—. ¿A quién se le ocurre perder el tiempo con esos rústicos? Estás echando margaritas a los cerdos.
- ¿No sabes acaso que ellos también tienen alma?
— Contestó sin inmutarse José Borbor—. ¿No te parece que también ellos tienen derecho a recibir al menos un pequeño rayo de luz que ilumine y estimule su imaginación?

Fuertes porrazos en la puerta

rompieron el silencio de la mañana.

- ¡Patrón! ¡Patrón! ¡Se quema la fábrica de chocolate!

Casi desnudo, corrió don José hacia el sitio donde había montado la fábrica, con tanto esmero. Desde lejos se veían las llamas y la humareda negra, levantarse con fuerza y danzar macabramente en el límpido cielo.

Los peones, sus mujeres y sus hijos trataban de abatir el flajelo, valiéndose de ramas, baldes, herramientas de labranza y de lo que encontraban al paso.

Pero, a pesar de que la fábrica fue construida a pocos pasos del río, la voracidad del fuego superó los esfuerzos.

- ¿Y el suizo? ¿Dónde está el suizo?
- Nadie sabe ónde ehtá el suizo, patrón.

Por más que intentaron apagar el fuego, todo quedó reducido a escombros.

- ¡Vayan a Guayaquil! ¡Va-

yan en la balandra! ¡Llamen al abogado Camilo Isiduro! Quiero que venga con su gente y descubra a los autores de esta barbarie.

A los grandes latifundistas de la costa, dedicados a la producción y exportación de cacao, les llamó el pueblo los “Gran Cacao”.

Usaron cotona o guayabera estos hombres. Y sus mujeres se vistieron a la francesa.

Mandaron los potentados a construir sus casas al puro estilo francés.

Estudiaron en Francia. Trajeron desde Francia los muebles de sus casas y organizaron sonadísimas veladas montuvias en las que se bebía champán francés.

Los “Gran Cacao” pulularon en Vinces y eran tales sus extravagancias, que hasta importaron botellas de agua de Vichy: *eaux minerales françaises, naturelles du bassin de Vichy*.

A Vinces la llamaron, por esta razón, París chiquito.

A diferencia de los “Gran Cacao” absentistas, el abogado Borbor prefirió permanecer en el país y disfrutar su propiedad, administrándola personalmente.

Al pie de su casa-hacienda, a orillas del Vinces, llegaron las grandes balsas y las embarcaciones a motor para transportar el cacao fino de aroma hasta Guayaquil, en saquillos de yute prolijamente marcados, para ser exportado a Europa.

El embarcadero de su propiedad, fue construido con el seique de la zona, resistente al agua.

Hizo levantar la casa-hacienda igual que una antigua y señorial casona o alquería: con romerillo, palo de rosa y zapote.

Dispuso que los pisos fueran de nogal y así se hizo.

Él mismo diseñó las hermosas ventanas pintadas de blanco mate con celosías venecianas, alféizares brotados en cascada, gruesas contraventanas con trancas de hierro, bisagras y pestillos dorados, vidrios biselados que le recordaban con nostalgia la posada parisina donde

pasó su alocada juventud.

No escatimó gasto alguno:
importó desde España, para
asegurar puertas y ventanas:
españoletas, fallebas, cremonas,
picaportes y otros herrajes fabri-
cados en Toledo.

Desembarcó en Vinces el abo-
gado Borbor, a eso de las seis y
media de la tarde, y fue directo
a la casa, con un ramito de aca-
cias para su querida Josephine.

Todavía no se había ocul-
tado totalmente el sol, pero las
lámparas de gas habían sido ya
encendidas.

Al cruzar por el jardín vio una
rata parada en medio del sen-
dero.

Intentó ahuyentar a la intrusa
con su bastón, pero ésta le en-
frentó. Parándose en dos patas,
mostró sus dientes y chilló, bus-
cando la ocasión de saltar sobre
su presa. ¿Estaría con rabia?

Uno de los peones, que acom-
pañaba a su patrón se adelantó,
y dando un salto, la partió en
dos de un machetazo.

José Borbor entregó al peón las

flores y el bastón, y se quedó
mirando el cuerpo destrozado
del roedor.

Los incisivos, manchados de
sangre debían medir por lo me-
nos dos centímetros.

La cola, flácida ahora, estaba
cubierta de niguas.

Le llamó la atención el color del
pelaje y se agachó para exa-
minarlo detenidamente.

Cada cerda del lomo estaba di-
vidida por tres bandas de colo-
res, desde la base hasta la punta:
crema, azul y naranja.

Los pelos de la guarda eran
plateados. La piel, en su con-
junto, era hermosa y tenía una
apariencia dorada, con brillos
de plata.

El vientre, al tacto, estaba tibio
todavía y era de un gris plateado
que cambiaba del calígine al
claro, ante los caprichos de la
luz.

Le pareció demasiado perfecto
ese pelambre, para cubrir el
cuerpo de una alimaña seme-
jante...

La luz anémica del atardecer
iluminaba todavía los senderos

de los cacaotales, matemáticamente trazados. El llamado de la vegetación y los acuciantes recuerdos pudieron más que su voluntad de ir directamente a la casa.

Se internó por entre los árboles corriendo, como un muchacho que va en busca de la novia.

Llegó hasta un mango de gruesas ramas retorcidas y trepó, igual que lo hubiera hecho uno de los tantos monos ladrones de fruta. Desde lo alto vio discurrir al río, turbio y espumoso.

Recordó entonces a Josephine, recién llegada de Francia.

La miró, trepada al mango. La muchacha sonreía, le invitaba a subir. Quería seducirle con sus encantos... Levantaba su falda gris y le mostraba su sexo, que desde el suelo, a la luz difusa de la tarde, tenía una apariencia dorada, con brillos de plata... La piel de la hembra seductora, era hermosa en su conjunto... El monte de venus, tibio al tacto, de un gris plateado, cambiaba del calígine difuso al claro rutilante, debido al juego de los rayos del sol que se filtraban caprichosos entre las hojas...

Borbor entró al dormitorio de su mujer y la encontró dormida.

- Todavía tiene fiebre — explicó una de las doncellas que cuidaban de la enferma—. El doctor la ha sedado.
- ¿Cómo la encuentra, doctor?
- Está recuperándose. Es mejor dejar que duerma tranquilamente. Estamos poniéndole compresas de agua helada en la frente. —Dijo el doctor Quintiliano Torrecillas.
- El calor es insoportable.
- Las tercianas, don José, muerden con rabia en el verano.
- ¿Tercianas dice usted, doctor?
- Tercianas, sí señor. Cada tres días retorna la fiebre. También le llama malaria o paludismo.
- La señora tiene paludismo. De eso estoy seguro. Presenta todos los síntomas:

fiebre, sudoración, dolor de cabeza, náuseas, vómitos, dolor muscular, dificultad para dormir y pérdida del apetito. La paciente necesita quinina, señor. ¿Puede conseguirnos quinina?

- Veré que puedo hacer. Saldré mañana a Guayaquil...
- Alguien debe tener quinina en el puerto — observó el doctor, con su voz cansina, de cura de pueblo —. Caso contrario tendremos que viajar a Loja. Allí se encuentra la mejor cascarilla, la roja. También se puede conseguir quinina en Paute, en Gualaceo, en Molleturo y en los altos de Chigüinda...

El peón, al que Borbor le había entregado las rosas, las había dejado tiradas, a la bartola, sobre una de las mesitas, en el *porch* de entrada.

Colocó el abogado las rosas en el florero bávaro, dejó sobre el velador el libro que compró al que ahora era su peón y se sentó sobre una butaca.

Contempló, por unos minutos,

el rostro de su mujer, arrebolado a causa de la temperatura. Metió dos dedos al bolsillo del chaleco y sacó su reloj de plata, sujeto firmemente a una gruesa leontina. Lo examinó con curiosidad, como si fuera la primera vez que lo viera:

OMEGA GRAND PRIX PARIS 1900

Encima de las letras, seis medallas circulares, bañadas en oro.

Recordó París.

En el año 1900 Borbor es un joven fuerte, intrépido y despreocupado.

Su padre es rico, generoso y le da todo el dinero del mundo, por lo tanto, se siente poderoso.

Le encanta ir a los bares, al teatro y a las exposiciones de arte. Frecuenta, con un grupo de estudiantes como él, "*La Taberne du Moulin Rouge*", cerca de *Montmartre*.

París es un hervidero de gente. La feria internacional muestra la grandiosidad de la época. En el pabellón suizo, compra un reloj Omega de bolsillo. Nunca más

se separaría de él.

La compra del revolver fue casual. No tenía intención de comprar un arma. Esas cosas suelen ser peligrosas y se debe tener mucho cuidado cuando uno las adquiere. Por otro lado, jamás ha disparado.

El vendedor, un muchacho norteamericano de unos dieciocho o diecinueve años lo ve, al pasar, por el pabellón de las armas.

José Borbor está interesado en las espadas y floretes. Entonces, el muchacho se le acerca y le habla en inglés.

- *Are you interested in swords? Do not stay in the past any more. Come with me to the future. I have something for you.*

Pone en sus manos un revolver *Simith & Wesson* reluciente, con tambor de 6 recámaras que se vuelca hacia afuera.

Es una hermosa arma, con cañón de acero pavonado y su cacha es de nogal segrinado.

- *Believe me. This is, for sure, a great brand new*

weapon. It is used, now days, by the United States Army.

- *Do you know the manufacture year? I mean, the fabrication year?*
- *Yes. This is the 1898 model. A 38 caliber revolver.*
- *No more words...*

La Sorbona se encontraba en el centro de París, en el quinto distrito, frente al Liceo *Louis-le-Grand* y al *Collège de France*, cerca de *Le Panthéon* y del Jardín del Luxemburgo, en el denominado Barrio Latino.

En sus aulas se enseñó principalmente humanidades, historia, geografía, derecho y filosofía.

Allí estudió leyes el joven José Borbor. Allí conoció a la bella Josephine du Bois y se enamoró locamente de ella. Él tenía veinte años, ella dieciocho. Ambos estaban en la flor de la edad.

Josephine era una muchacha dulce, alegre, inteligente. Estudió filosofía y le gustaba comprar, a escondidas, libros antiguos y panfletos esotéricos.

El aroma tóxico de “las flores del mal” ejercía sobre ella una fascinación enfermiza. Por lo tanto, Baudelaire, se convirtió en su poeta maldito preferido.

Cautivaron, en aquel tiempo, sus enormes ojos azules, vivaces y coquetos a todo el que la viera. Su padre era de Marsella, pero su madre había nacido en La Boca, en Buenos Aires, Argentina y había sembrado en ella el amor por el idioma.

Hablaba un español gutural, cerrado y perezoso, que brotaba de su nacarada garganta, profundo, como un gorgoreo.

La amó. Claro que la amó. La ama todavía...

Cuando la llevó a la feria, ella vestía un hermoso conjunto blanco, adornado con flores amarillas. Estuvo radiante.

- Josephine. ¿Quieres venir conmigo a la feria internacional? Tengo dos tickets.
- ¿Dónde los conseguiste?
- En los Campos Elíseos, en la puerta de *René Biné*.

- Me costaron tres francos. Una ganga.
- Eres incorregible. Siempre te dejás estafar. Cada *ticket* cuesta solamente un franco.
- ¿Quieres ser mi novia?
- Le dijo, de improviso, como si le hubiera ofrecido una galleta o un chocolate.
- ¿Qué dijiste?
- ¿Yo?
- Sí. Tú. Me preguntaste si yo quería ser tu novia...
- Ah... eso. ¿Y tú, que respondes?
- Que me parece bien.
- De acuerdo. Ahora ya somos novios.

En el pabellón alemán compró para su novia un florero de Bavaria y un collar.

El florero era de porcelana blanca, fabricado en Arzberg, primorosamente decorado con incrustaciones doradas. Fino, terso y delicado su cuello, recordaba el de un cisne que

emergiendo del agua, buscara impaciente lanzarse hasta el azul del cielo.

El collar era una rara y preciosa joya. Era una especie de carlanca o carranca, de esas que suelen colocar a los perros para defenderlos de los ataques de los lobos.

Era éste, de una delicadeza incuestionable. Fue confeccionado en oro puro y erizado de puntas romas, para que no lastimaran.

Esa gargantilla tenía un esplendor único. En el centro, un pesado colgante mostraba, en relieve, tres flores blancas de cartucho, entrelazadas en un campo de azul purísimo.

Josephine trajo consigo su florero y su collar cuando vino a vivir con él, en El Progreso.

Se exhibía también, en el pabellón alemán calderos, hornos, enfriadores, tostadoras, quebradores y descascaradores, clasificadores de almendras, prensas, molinos, moldeadoras con sus moldes y mezcladoras para extraer manteca de cacao.

Al ver tales máquinas y equipos,

José Borbor concibió de pronto una idea fugaz, que no llegó a tomar cuerpo en ese momento, sino años más tarde: dejar de exportar cacao en grano y dedicarse más bien a la producción y exportación de chocolate.

Sabemos ya que tal fábrica se montó con éxito. También sabemos que manos criminales la incendiaron.

- Fue un error no asegurar la fábrica de chocolate — Se dijo así mismo el abogado Borbor—. Claro que fue un imperdonable error. Pero la próxima fábrica no será destruida como la primera. ¡Por supuesto que no!

Recuperada de las tercianas, gracias a la cascarilla roja que su marido mandó a traer de Loja, Josephine se dedicó, en cuerpo y alma a la lectura del extraño libro que reposó, algún tiempo, sobre el velador de su dormitorio.

En tres días y tres noches terminó de leer el raro texto. Al cuarto día, salió en camión de dormir y se dirigió a la alcoba

de su marido, con el libro en la mano.

La mujer echó humo por las orejas y don José, que la conocía bien, advirtió su mal genio...

- ¡Hola, Josephine! ¿Qué vientos te traen por aquí?
- ¿Dónde conseguiste esto?
— Levantó el libro por encima de su cabeza y lo aventó con fuerza sobre la cama de su marido, como si le estuviera quemando las manos.
- Me lo vendió Bazurto.
- ¿El nuevo peón?
- Sí.
- Desconfía de ese tal Bazurto.
- Él dice que lanzaron ese libro desde alguno de los barcos que llegan al puerto.
- A mí me da mala espina... No me gusta lo que allí se ha escrito. Solo alguna mente desquiciada pudo haber concebido tanta maldad e inmundicia. ¿Y los

grabados? ¿Te has fijado en los dibujos? Mujeres desnudas en zoofilia infraganti, sin vergüenza alguna, con monos amaestrados, entregándose impúdica-mente a los más bajos y reprochables actos, con el beneplácito y la participación de los envilecidos “maestros” y “jerarcas” de una falsa “orden espiritual”, a la que el propio “Creador” “supuestamente” habría fundado, “supuestamente” habría elegido como su más preciada joya, y, claro, “supuestamente” la habría consagrado él mismo, como la más santa... ¿Puede alguien creer tantas estupideces juntas? Si ese tal Bazurto fuera una persona de fiar, no habría conservado el libro en su poder. Arrojándolo al agua, para que a nadie contamine, gran obra de misericordia hubiera hecho. Pero no. Seguramente ese muchacho ha estado disfrutando a solas con esas láminas.

- ¿Y entonces, qué quieres

que haga?

- Ordena al Bazurto que queme ese mamotreto. Y cuando hayas impartido esa orden, haz que lo vigilen, para ver si cumple tu mandato.
- Haré lo que me pides, Josephine... Ahora, ven aquí. Acuéstate a mi lado. Estás hermosa y tu cuerpo tiene el perfume del más fino cacao...
- Una cosa más. Si alguna vez oyes mencionar una supuesta hermandad de la luz... huye, como si del mismo demonio se tratara.

De manera gratuita, solamente porque les caía mal el Bazurto, los hermanos Pincay fueron desarrollando contra el “nuevo” una ojeriza que se hacía cada vez más evidente.

Cierto día tomó el Bazurto alguno de los machetes, para desbrozar los senderitos, cubiertos de hierbas y ramas. Los Pincay cayeron sobre él, le arrebataron la ancha y filuda

hoja y le dijeron:

- Ese e' nuehtro machete. ¿Por qué no usah el tuyo?

Otro día tomó un serrucho, ese mismo día por la tarde, un martillo, al siguiente día unas pinzas, para componer una carreta: y ocurrió lo mismo.

Los Pincay lo despojaron de todo.

Tampoco le permitieron usar unos clavos para armar una escalera.

Nada respondía, el Bazurto. Entregaba a los Pincay lo que éstos le pedían y se retiraba sin armarles camorra.

Viendo los Pincay que el Bazurto no era pendenciero supusieron, erróneamente, que era un flojo, un cobarde y un insulso.

Por tanto, se envalentonaron contra él. Cebados, a causa de la sumisión del Balzareño, empezaron a darle órdenes, como si ellos fueran sus patrones.

Como el Bazurto era novato, pensó que efectivamente los Pincay, por haber estado antes en El Progreso, alguna canonjía especial habrían ganado.

Las cosas empezaron a cambiar cuando cierta mañana, mientras recogían cangrejos en uno de los esteros, apareció de la nada un enorme lagarto y atacó a uno de los Pincay, que arrinconado contra los manglares parecía no tener escapatoria.

Bazurto, lanzándose rápidamente al agua con un machete mantuvo a raya al saurio, salvando al hombre de un fatal ataque, de impredecibles consecuencias.

— ¡Caray! — Dijo el Pincay —.
¡Ese sí que ehtuvo cerca!

Como si nada le hubiera ocurrido, sonrió el Pincay, escupió y se recostó fuera del agua, sobre una enorme piedra, tal y como lo hacen las iguanas para tomar el sol... Pero la palidez de su rostro y el temblor de sus piernas lo delataron: el lagarto le había dado el susto de su vida.

Al mes de su llegada a El Progreso, Bazurto se fue a la casa del patrón y estuvo esperándole, hasta que éste aparezca por la puerta. Parado allí, sobre una de sus piernas, con los brazos lige-

ramente levantados, el hombre parecía una gaviota descomunal.

- Vengo a pedí un favó.
- ¿Qué se te ofrece, Bazurto?
- Que me compre veneno pa' lah ratah. Tan merodiando y aumentando muchijíjimo. También nejeito un machete, pa trabajá mejó.
- Dile al zambo Quiñonez que te dé un machete nuevo. Ya traeré veneno para ratas la próxima semana. No sé qué es lo que está pasando, pero esos roedores se han multiplicado como nunca...
- Quiero pedí otro favó.
- ¿Qué más deseas?
- Que me dé una ajuela.
- ¿Para qué quieres una azuela?
- Pa dehbahtá la madera, patrón. Pa alisala, pa ahuecala y amoldala.
- Está bien. Está bien. Cuando salga a Guayaquil te compraré una azuela. Aquí no tenemos esas herramien-

tas.

- Quiero pedí otro favó.
- Aprovéchame Bazurto, que estoy de buen humor.
- Toy buhcando un serrucho... y unoh clavoh...y unoh formoneh... y unah hoja e zinc y...
- ¿Qué es lo que vas a hacer con todas esas cosas?
- Un hohpital, patrón. Aquí tenemos un doctó, pero no un hohpital.

A la semana siguiente salió el abogado Borbor rumbo a Guayaquil. Se llevó con él al peón, para que pidiera todo lo que él necesite, en la ferretería.

Al regresar a Vinces, mientras navegaban por el Babahoyo, se acordó don José del pedido que le hiciera Josephine. Entonces, dirigiéndose a Bazurto le preguntó:

- ¿Te acuerdas del libro que me vendiste?
- Claro que mi acuerdo, patrón.
- Josephine quiere que lo

quemés.

- ¿Y buhté, patrón? ¿Qué é lo que ordena?
- Que quemés el maldito libro, Bazurto.

Claro que Bazurto, por muy hábil que fuera, no podía construir él solo cosa alguna. Entonces esperó, cerca del embarcadero, a que llegara su patrón.

- Quiero pedí otro favó.
- Habla.
- Que el Marcillo trabaje conmigo.
- ¿Y Marcillo está de acuerdo?
- Por supuehto, patrón – Dijo el Marcillo, saliendo detrás de las sacas de cacao, donde se había escondido.
- Conversa con los Pincay. Y si ellos se entusiasman con tu proyecto, llévatelos contigo.

Cuando los hermanos Pincah

vieron llegar al Bazurto cargado con nuevas herramientas y más pertrechos, se acercaron, recelosos del patrón y preguntaron:

- ¿Y qué eh lo que el Bazurto va hacé con toito eso?
- Va a construir un hospital. Él dice que eso es importante para El Progreso.
- ¿Y el Bazurto sabe cómo si hace un hohpital, patrón?
- Él sabe cómo.

Cesaron entonces las ojerizas, los recelos, las envidias. Poco a poco fue cambiando la actitud de los Pincay. Poco a poco se fueron acercando. Poco a poco fueron valorando sus habilidades... Poco a poco fue naciendo entre ellos una amistad simple, sencilla y verdadera.

Eran las siete de la mañana. El hacendado, que se despertó a las seis, tomaba su desayuno y revisaba los periódicos que le dejaba la lancha todos los días.

Llegó Bazurto, medio borracho, con un libro en la mano y pidió

a la sirvienta que le hiciera pasar, porque tenía que decirle algo importante a su patrón.

- ¿Qué haces a estas horas por aquí, Bazurto? Siéntate. ¿Deseas un jugo de naranja o prefiere un granizado de cacao?
- No, graciah, patrón.
- ¿Qué es lo que quieres ahora? ¿Construir algún puente? ¿Abrir una nueva trocha para sacar el cacao? ¿Ampliar tu hospital?
- Ehte libro no se quema, patrón. Anoche encendimoh una hoguera, una hoguera grande, ayá, en el deh poblao, pa que no se afecten lah matah de cacao. Tábamoh tomando una boteya e Mayorca, entre cinco. Eso no lo pueo negá. Una sola boteya entre lo cinco, no é como pa embo rrachá a naiden. Lanzamoh e libro a lah yamah y ni una hoja se quemó. En cuanto se apagó el fuego, me acerqué pa retirá el libro, entre lah ceniza... y ér muy condenao saltó a mih manoh,

como perro asuhtao... Mire
busté patrón, ni siquiera se
ha tiznao...

En 1907 llegó la muerte en
un escuálido caballo blanco,
agitando con saña su afilada
guadaña.

Sin que nadie lo haya advertido,
decenas, centenas, miles de
ratas aparecieron muertas en el
mercado del sur, allá, en Guaya-
quil. Ratas, pericotes y ratones
salían de sus guaridas, moribun-
dos, arrastrándose. La pestilen-
cia se extendía como pólvora
por el puerto.

- ¡Es la peste! ¡La peste
bubónica se ha tomado la
ciudad!
- Hay que aislar esa gente,
antes de que el resto se
contagie.
- ¡Quemen las casas!
- Cubran las puertas, las
ventanas y las paredes con
sábanas blancas y rocíenlas
con kerosene. ¡Hay que
acabar con las ratas, las
cucarachas y las pulgas!

— ¡Echen petróleo en las
cloacas!

A nadie respetan las bacterias.
Entran en el cuerpo de los vie-
jos, las mujeres, los niños y los
hombres, pobres o ricos.

Entonces empiezan los mareos,
las fiebres, el sabor metálico en
la lengua y la garganta, el dolor
que parte en mil pedazos la
cabeza, los escalofríos, la fiebre,
la hinchazón de los ganglios...

Los bubones brotan como hon-
gos en las piernas, en los brazos,
en el cuello, en las ingles, en la
lengua.

Alguien ha pintado las uñas de
negro... si la muerte pusiera fin
a tanto tormento...

En los braseros se quema azu-
fre. En las calles se quema la
ropa y las pertenencias de los
apestados. Por la noche, manos
criminales prenden fuego a las
covachas de los indigentes...

El asilo del Bien Público, el
hospital de infectología, el
lazareto en la Atarazana y el
hospital civil se llenan hasta
los bordes. No hay cabida para
tantos... Los médicos aplican
suero de Yersin.

Gasas polvorientas cubren los adrales de un carromato y ocultan parcialmente la carga transportada por dos viejas mulas matosas. Se trata de los empleados de la salud pública de Zaruma, que traen una sifilítica, amarrada con cuerdas al piso del carro. Los hombres piden hablar con las autoridades del lazareto. El populacho se entera.

- ¡Van a meter con los nuestros a una puta sifilítica!
- ¡No permitiremos que la puta entre! ¡Si no se retiran la quemaremos viva!
- La hemos traído desde el hospital de Zaruma. Hemos viajado durante tres días para llegar hasta aquí. No tenemos medicamentos en nuestra ciudad para tratar a esta mujer.

Las autoridades de la casa asistencial dicen que no pueden atender a la paciente, que son cientos los afectados con la peste, que no tienen sitio, que deben buscar otro centro de aislamiento. ..

José Borbor, un joven de veinte

y siete años, observa desde su carruaje la trifulca. Ordena a sus peones que traigan a la muchacha y a los que la custodian.

Los peones lanzan al amo miradas preñadas de rencor, fruncen sus narices y obedecen de mala gana.

El negro Olegario Espinoza y su hijo son los que más fruncen la jeta...

- ¿Cómo te llamas? – Interroga Borbor a la enferma.
- Clemencia.
- Yo tendré ahora clemencia y misericordia contigo. Me haré cargo de ti. No temas, mujer. Nadie te hará daño.

Sábado 20 de julio de 1907.
Vinces, El Progreso.

La terraza, contigua a los dormitorios está profusamente iluminada. El calor es sofocante. Josephine, tendida sobre una mecedora de mimbre, hojea una revista y bebe agua de coco.

José Borbor, despeinado, en chanclas, desnudo de la cintura

para arriba, sale de su dormitorio y se acerca donde su mujer. Intenta darle un beso, pero ella se muestra esquivia...

- Me dicen que has traído una mujer a la plantación. ¿Quién es ella?
- Una pobre muchacha que necesita de nuestra ayuda.
- Sí, claro. ¿Ahora le llaman “ayuda”? ¿Por qué no dices francamente “me prende, me *arrecha* la hembra, me excita y quiero tirármela a mi gusto y satisfacción”?
- Esa mujer está enferma... Tiene sífilis.
- ¿Y así la traes acá? Qué bonito... Si nos libramos de la peste, caeremos en manos de la sífilis... ¡Qué irresponsabilidad! ¿No mides las consecuencias?
- Le he dicho a Quintiliano Torrecillas que se encargue de ella...

Una sirvienta trae jugo de naranja, café negro y tostadas. Deja el charol sobre una de las mesitas.

José Borbor se sienta y bebe el zumo, mientras mira la imperceptible danza de las flores del jardín.

- ¿Leíste los periódicos?
- Pregunta Josephine.
- No los he leído. ¿No ves que acabo de levantarme?
- Son las once de la mañana, *mon chéri*.
- No creí que fuera tan tarde.
- ¿Dónde estuviste anoche? Te esperé hasta la una de la mañana...
- ¿Y qué es lo que han publicado ahora esos periódicos?
- Que intentaron asesinar a...
- A Eloy Alfaro. ¿En la gobernación de Guayaquil?
- Sí. ¿Y tú, cómo lo sabes?
- ¿Hubo muertos? ¿Alguien salió herido?
- Murieron ocho oficiales...
- Van a terminar asesinando a ese hombre...

La llegada de la Clemencia a El Progreso impactó a los trabajadores.

Se sabía que la mujer estaba sifilítica y podía transmitir su enfermedad, si se tenía relaciones íntimas con ella. Pero todos la desearon, porque la perfección de su cuerpo, blanco como la leche, joven y bien proporcionado atraía a los hombres como la mierda a las moscas.

Lo que más les cautivaba era la dulzura de su mirada.

Entre todos los pretendientes, el negro Olegario Espinoza, resultó ser el más tenaz.

A pesar de los gritos, las amenazas y las peleas que le armaba la negra Tomasa, su conviviente, no cesó en sus pretensiones. Se enamoró locamente de la zarumeña.

Ésta, por su parte, sonreía y sonreía, pero no cedía ante sus requiebros.

Fue paradójico el cambio experimentado por el retraído y hosco negro. Él, que se burló de los enamoradizos y dijo que un

hombre es un hombre y jamás debería rebajarse ante una mujer, se convirtió de pronto en un perrito faldero.

El negro Olegario, alto, fuerte, indomable, de cabello ensortijado, de barbilla cuadrada y ancha, de ojos hundidos y hermanados, el izquierdo casi a continuación del derecho, de nariz achatada, al que siempre se le vio solitario por el monte cazando guantas y guatusas, anduvo cortando flores por la orilla del río, y a la tarde, se lo vio llegar con un ramo de colores, como un manso perrito, con el rabo entre las piernas.

La Clemencia sonreía. Solamente sonreía y recibía las flores...

Permitió don José Borbor que el peón cortara unos cuántos árboles que allí crecían esbeltos y, con las indicaciones generales del doctor Quintiliano Torrecillas, construyó Bazurto el “hospital”, por él soñado.

Se trató, en realidad de una enfermería de selva, pero bien dotada, donde acudieron los peones a los que mordió alguna

víbora, o los niños que contrajeron el paludismo, o los viejos que se hirieron con los filudos machetes.

No escasearon los disentéricos, los que escupieron sangre, los que orinaron sangre, los que cagaron sangre...

Hasta esa enfermería llevaron a Clemencia, la zarumeña.

La trataron con cloruro de mercurio, ungüento gris y mercurio líquido.

El mercurio se introdujo en el cuerpo por los pulmones, causando dolores y angustias insoportables a la sífilítica.

Bazurto construyó también, una cabaña para la Clemencia y colocó elegantes barandas de madera en el muelle.

La mujer no podía creer lo que sus ojos veían.

- ¿Y esta hermosa casita es para mí? — exclamó la incrédula, mirando dubitativamente al dueño de la hacienda.
- Claro, para ti. La levantó Bazurto con sus propias

manos. Creo que estuvieron ayudándole a cargar la madera el Olegario Espinoza y su hijo. ¿No es eso verdad?

- Zí, é la verdá, patrón. — Comentó el gigantesco negro, casi en un susurro, para dulcificar su gruesa voz.

En el año maldito llegan al mundo dos angelitos inocentes:

El primero, a las diez de la mañana del domingo 19 de mayo de 1907, en el segundo piso de una casa mixta, en cuya planta baja existía una pescadería de fama en Guayaquil. El Colorado Asencio, pescadero de profesión, no escatimó dinero alguno para pagar el alumbramiento. Atendió a la parturienta el más reputado de los médicos, el doctor Quintiliano Torrecillas. Roberto llamaron al pequeño y la madre lo alimentó con la leche de sus pechos. Éste, como todos los niños que se respetan, vino al mundo con un pan bajo el brazo.

El segundo, un zambito zambón, hermoso como un ángel

negro, nació también de parto natural, en un estero, al aire libre, bajo la azulada luz de unas cuantas estrellas fugaces, a las diez de la noche. Las ratas devoraron la placenta. El padre quiso que se llamara Vicente Quiñonez, como él. Éste, para variar, llegó con un fajo de “cuentas por pagar” bajo la manga. El padre de este pequeño, murió infectado de bubónica, aislado como un perro en una casa asistencial, el domingo 26 de mayo, es decir, una semana después. No pudieron salvarlo. Como era más pobre que la pepa de guaba, probablemente ni lo intentaron...

Aslak Bergman nació en la ciudad de Bergen y vivió toda su niñez en el puerto de Brygen. Llegó desde la helada Noruega hasta Guayaquil, en calidad de grumete. Le gustó el clima, la gente y todo lo que en este nuevo puerto encontró, quedándose a vivir para siempre, dedicado al comercio de pescado en el mercado central. Como el impronunciable nombre y el impronunciable apellido le resultaran una verdadera

carga, insoportable de llevar a cuesta, decidió llamarse Alfonso Alcívar.

Su hijo, Asencio Alcívar era alegre, dicharachero y despreocupado. Era “copia-original” del padre. Como su padre, resultó “astuto” y “cándido” para los negocios. Sí, las dos cosas: astuto y cándido, al mismo tiempo. Nada estudió, pero quien lo conociera, se daba cuenta de inmediato que estaba frente a un “ignorante-genial”.

De sangre liviana, se hacía fácilmente amigo del género humano. Su “graciosa-torpeza” con las mujeres le proporcionaron réditos inesperados, pues las muchachas caían en sus redes, como en un colchón de plumas... sin darse cuenta. Bueno... eso era al menos lo que decían las “seducidas” y “abandonadas”.

Aslak Bergman, también conocido como Alfonso Alcívar, se enamoró perdidamente de Josefa Cedeño de Borbor, mujer seria, de buena cuna, hija de buenos padres.

El noruego conquistó a la prominente dama y le hizo un hijo.

No pudo resistir el marido -José Antonio Borbor y Borbor- la traición de su amada. Jamás logró entender cómo ella, su bella Josefa: hermosa, aristocrática e inteligente, se hubiera acostado con un pestilente *barbarroja*, pescadero del mercado.

Por eso, dejando todas sus propiedades en manos de la hermosa casquivana, repudiando y abandonando al espurio Asencio, partió a París, llevando consigo al pequeño José Francisco Borbor Cedeño, hijo legítimo, que los dos procrearan en sagrado matrimonio.

Castigo ejemplar sería para la ingrata, según pensaba José Antonio, verse rodeada de tanta riqueza material, pero privada para siempre de sus únicos, legítimos y auténticos amores.

Y no se equivocó este ilustre caballero: al poco tiempo, consumida por los remordimientos, mano sobre mano, rodeada de sirvientes, se auto recluyó en la enorme mansión que le sirvió de cárcel expiatoria, en esa su cadena perpetua.

Mandó entonces llamar al

noruego y cuando éste fue a verla, creyendo que su querida Josefa, libre al fin de molestas ataduras caería rendida nuevamente en sus brazos, se quedó de una pieza al comprobar que ésta, más dura que una roca, le entregó, envuelto en una primorosa canastilla de mimbre al pequeño Asencio Alcívar, fruto de sus fogosos pero adúlteros amores, que para colmo de males, berreaba como un condenado.

Asencio Alcívar Cedeño, “El Colorado” era como puede advertirse, medio hermano del abogado José Francisco Borbor Cedeño. Los hermanos de madre jamás se visitaron, ni hicieron vida social en común. Solamente se daban la mano, de vez en cuando, al encontrarse fortuitamente por la calle.

Roberto Alcívar, hijo de Asencio, nació pelirrojo como su padre y como su abuelo.

Bien dicen que la sangre llama a la sangre. Cuando vio, por primera vez a su sobrino, el abogado Borbor quedó prendado de la criatura. Inusitadamente empezó a frecuentar la casa de su medio

hermano. Roberto fue para don José el hijo que nunca tuvo.

Al cumplir, el pequeño Roberto, su primer año, el tío Borbor organizó para él una fiesta sin precedentes. En esta ocasión, le dijo a su medio hermano:

Escucha, Colorado. Jamás fui un buen hermano contigo. No te demostré afecto alguno ni te invité a mi casa, ni me preocupé en avriguar cómo vives. Pero quiero, a partir de ahora, enmendar mi error. Eres el único hermano que tengo y he sido un tonto al no darme cuenta de eso.

Se acercó José Borbor, y abrazando a su hermano de madre, lo besó en la mejilla.

Jamás faltó, desde ese día, el Colorado Alcívar, a las comilonas que se organizaban en El Progreso.

Le compró juguetes y ropa al muchachito. Le llevó de un lado al otro, como si de su propio hijo se tratara. Desde luego, el pequeño Roberto quería entrañablemente a su tío y prefería pasar el tiempo en El Progreso, antes que en la casa de sus padres, donde el olor a pescado se

había impregnado de tal forma en las paredes, que no había forma de contrarrestarlo.

Una intensa vida social ocupó el tiempo de Josephine. Total libertad le otorgó a su mujer el abogado Borbor, para que fuera donde ella quisiera, para que hiciera lo que le plazca.

— Es mejor dejar que las yeguas troten con la rienda suelta. —Afirmaba Borbor.

La francesita figuró entre los principales invitados, en casi todos los actos protocolarios, organizados por el cuerpo consultar.

Joven aún, de largas y torneadas piernas, de esbelto busto, de carnosa boca, hermosa, distinguida y elegante se convirtió en la mujer más deseada del puerto.

Frecuentó los más reputados clubs, los teatros de categoría, los hoteles elegantes y bailó, bailó y bailó en los amplios salones, donde las orquestas tocaban a rabiarse la música cadenciosa, que llegaba desde España, Viena, Cuba o la Argentina.

Cada vez que los banqueros invitaron a sus clientes importantes a los festejos de año nuevo, asistió la francesita y cautivó a todos con su gracia.

Por supuesto, los elegantes cónsules, con sus finos modales, invitaron también a Josephine, a sus festejos internacionales.

Entre éstos, el cónsul de Francia, John Delacroix, impetuoso a sus treinta años, llegó a intimar con los Borbor. Iba a casa de éstos y los acompañaba casi siempre a sus compromisos sociales.

Delacroix era un hombre fino, de una cultura exquisita. Sus ojos azules, sus labios finos, su nariz recta, le otorgaban una belleza masculina indiscutible.

Numerosas fueron las obras pías en las que participó Josephine. Borbor miró con buenos ojos las actividades de su mujer y financió con gusto las obras sociales y caritativas de la hermosa e ilustre dama.

En noviembre de 1907 se inauguró el teatro Edén.

Los anfitriones enviaron una preciosa esquila al abogado Borbor y a Josephine, rogándoles que les honren con su presencia. “Disfrutarán ustedes —decía la nota— de una velada sin parangón, a cargo de la insigne compañía de Manuel Casas”.

Lamentablemente, Borbor se hallaba indispuesto. Alguna comida o bebida le habían sentado mal y se veía obligado a evacuar el vientre cada cinco minutos.

Envió, por lo tanto, una esquila, a su muy estimable amigo, el cónsul de Francia, pidiéndole que acompañe a su querida esposa.

— ¿A quién más pudiera yo —argumentaba el abogado— solicitar un favor tan especial?

John Delacroix no se hizo rogar. Llevó en su propio carruaje a la bella Josephine du Boise, quien a sus veinte y cinco años, era más encantadora que los ángeles del cielo.

En 1908, las damas emperifo-

lladas de la sociedad “aristocrática” guayaquileña, asistían a los bailes y fiestas con el infaltable carné.

Apuntaban en él, en riguroso orden, los pedidos de los galantes caballeros.

Las solteras sostenían en sus manos temblorosas carnés blancos, de nácar; las casadas, carnés de marfil y las viudas, de azabache.

Josephine solía jugar, descuidadamente, con un precioso carné de plata bruñida, envidia y admiración de todas las mujeres, a causa de los diamantes y esmeraldas que lo engalanaban.

Las orquestas incluían piano, violines, guitarras, vihuelas, flautas y contrabajos.

La música de los pasodobles, los valeses, los contrapuntos, los tangos y milongas resonaba cadenciosa hasta altas horas de la noche.

Se bailaba, por supuesto, la cueca, o zamacueca, importada desde Chile. No faltaban las improvisadas coplas montuvias y los amores finos, cargados de sátira y doble sentido.

En octubre de 1908 se vio entrar a Josephine y a John Delacroix al teatro Olmedo.

El programa incluyó la bella romanza “Torna”, interpretada por Pedro Pablo Gómez; la opereta *Capriccio Brillant*, de Mendelssohn, primorosamente vocalizada por María Antonieta Illescas; la romanza “Tempestad”, cantada por Francisco Suárez; y, otros números variados, que fueron del agrado de todo el público.

Tampoco en esta ocasión pudo el abogado Borbor acompañar a su bella esposa, a causa de un espantoso dolor de cabeza, producto de una malhadada insolación.

El Ecuador de 1910 pertenece a la oligarquía liberal, que ha incorporado en su doctrina, para mejor vender su producto, algunos programas de contenido social.

En el firmamento político campea un masón destacado, el Viejo Luchador, el General Eloy Alfaro.

El sistema bancario se encuentra sólido. El dólar de los Estados Unidos no es escaso; la cotización de dos sucres por dólar no ha cambiado desde 1898. La moneda nacional tiene respaldo en oro físico.

El abogado José Borbor no está interesado en la política. Sin embargo, le preocupan los roces entre las tropas del Ecuador y del Perú.

Los cónsules ocuparon una posición importante en la escala social. Solían arribar a Guayaquil en el buque Urubamba, para acoderar en el muelle situado frente al Club de la Unión.

Los cónsules de Estados Unidos, el Reino Unido, Italia y Francia miraron por encima del hombro a los de Colombia, Chile, Perú o Guatemala.

Era importante para la élite guayaquileña codearse con los diplomáticos.

Esto facilitaba el visado de documentos y el flujo de información necesaria para la expansión de las actividades propias del comercio exterior.

Desde luego, también los cónsules encontraron útil estrechar vínculos con la élite guayaquileña, porque de esta manera obtenían, sin mayores esfuerzos, información de primera mano para preparar los reportes confidenciales que enviaron periódicamente a sus gobiernos.

El 15 de mayo de 1910, Josephine du Boise fue invitada a la casa de Eufemia Vivero de Chambers, como testigo de honor de la firma del acta de constitución del comité auxiliar de señoras de la Cruz Roja del Ecuador. Ellas querían apoyar a los soldados heridos, en caso de producirse una guerra entre Ecuador y Perú.

La rada de Salinas, bruñida por el sol de mediodía, dormita tranquila. Las lanzas doradas de un sol vigoroso caen verticalmente, cubriendo de destellos mágicos el agua y la arena de la playa. Allí danzan los reflejos azules, los verdes esmeraldas, los amarillos y toda la familia de los ocres.

Un par de balandras se desplaza de este a oeste, sobre la línea del horizonte. Es difícil seguir su trayectoria sinuosa, a causa de la iridiscencia. La motonave Colón se aleja lentamente, dejando una imperceptible estela. El *pailebot* 9 de octubre, yace quieto, hacia la punta derecha.

El “Intrépido Gabriel”, provisto de una vela latina, a la que la suave brisa del mar acaricia con deleite, descansa soñoliento sobre la superficie de un mar en absoluta calma, transparente como el vidrio.

Cinco metros de eslora tenía, y dos y medio metros de manga, pero a la distancia es tan solo la cáscara de una nuez.

Tal es la nitidez de las aguas que la embarcación parece estar suspendida en el aire.

El casco, las cuadernas y la quilla de madera nueva relucen a lo lejos. El foque de proa temblaba ligeramente ante los embates juguetones del oleaje.

El “Intrépido Gabriel” está plenamente equipado para el cabotaje a lo largo del litoral Pacífico, entre las provincias

de El Oro, Guayas, Manabí y Esmeraldas.

Se lo ha visto con frecuencia en Salinas, La Libertad, Valdivia, Puerto López, Bahía de Caráquez, Pedernales, Tonsupa y Esmeraldas. En él viaja confiado su dueño y capitán: “El Lagarto”.

Allí, en la playa está Gabriel NN, alias “El Lagarto”, arrellanado en la silla plegable de varas de madera y lona templada, protegido por el parasol, vestido apenas con un bóxer y una camiseta de punto. Contempla absorto el ir y venir de las incipientes olas.

Él es un dios griego, de musculatura impecable, que bebe cerveza helada. No podrían faltar las mujeres semidesnudas, bronceando al sol sus ya bronceadas y curtidas pieles. Son las “hembritas” de “El Lagarto”.

Las aves marinas juegan en el cielo azul cerúleo, borrachas de luz.

Un camarero se acerca, a lo lejos. Trota como un perrito amaestrado. Aferra, en su mano derecha un sobre blanco.

- Acaba de llegar, por correo, una nota para usted. ¿Desea que le traiga otra cerveza, señor?
- No, gracias. Puede retirarse.

Gabriel NN lee el mensaje, armado con letras recortadas de periódicos y revistas:

**“ELIMINE A TODOS LOS
ACOMPAÑANTES, BLANCOS
O DE COLOR, HOMBRES,
MUJERES O NIÑOS. NO
TOQUE UN SOLO CABELLO
DEL CAUTIVO.”**

Los negocios absorben la energía vital del abogado Borbor.

Terminado el desayuno, llegó uno de los hermanos Alancay con un sobre lacrado, que entregó a don José.

El abogado rasgó el sobre y leyó su contenido:

“HOY ES EL DÍA, COLEGUITA. LOS CABRONES HAN PICADO EL ANZUELO Y LO

VAN A SECUESTRAR EN EL RÍO VINCES.

SALGA A LAS DIEZ DE LA MAÑANA, EN SU BALANDRA.

NO SE ME AHUEVE. PODRÍA HABER BAJAS, PERO A USTED NADA LE VA A PASAR. ESO SE LO DOY FIRMADO.

(F) ISIDURO”.

Aparentando una serenidad que está lejos de sentir, el hacendado, le informa a su mujer que irá a Guayaquil. Pero no le dice toda la verdad. No le dice que va a ser secuestrado. No le dice que corre peligro, que podría haber bajas. Debe ocultar esa información, para poder salir...

- No vendré al almuerzo.
- ¿A dónde vas?
- A Guayaquil. El señor Hope Norton, de la *Ecuadorian Corporation*, quiere hacerme su socio. Está ofreciéndome unas acciones a buen precio.
- ¡Ten cuidado, José! No llevas contigo el dinero...

¿O sí? Anoche tuve un sueño...

- Nada temas Josephine... Uno de los empleados de Norton estará esperándome en el muelle siete, a la altura de Clemente Ballén.
- ¿En el Malecón?
- Sí. En pleno Malecón.
- ¡José! ¡No vayas...!

El hombre besa a su mujer y ordena a cuatro peones que alisten la balandra.

Ésta tenía el fondo plano, la popa cuadrada, la proa redondeada y una espaciosa cubierta o cobertizo para resguardo del sol.

La gran flotabilidad y estabilidad de esta embarcación, la hacía irremplazable para los desplazamientos frecuentes de don José, en sus paseos por el río Vines.

Carente de palos, velas y focos, era impulsada por un ruidoso motor que sonaba como un abejorro en celo.

El hacendado viaja, ahora, recostado sobre la hamaca, que

pende de los cuatro soportes del cobertizo, mientras los peones vigilan.

Lee a Voltaire, en francés.

- *La racine a pourri... l'homme est tordu...* La naturaleza del hombre es pésima. El hombre ha nacido malo: es el culpable de su propia miseria.
- ¿Necesita algo, patrón?
- No nada. Hablaba conmigo mismo.

El cielo sobrecargado de nubes grises deja pasar apenas los rayos del sol.

Sopla una agradable brisa, que abate, a intervalos, el bochorno del verano.

La balandra avanza lenta y silenciosa, como si fuera una tortuga que juega con las palmas y los hierbajos que se han inclinado para beber el agua achocolatada del río.

Los chames, enfundados en sus chaquetas de lentejuelas, danzan alrededor de las canoas.

La selva impenetrable circunda las dos orillas del Vines. El chillido de los loros y el grito de los monos rasgan el silencio del trópico.

De pronto, como si salieran de la nada, dos lanchas cargadas de negros, zambos y mulatos, machete en mano, aparecen a babor y a estribor de la balandra.

El galimatías estridente de los negros huela la sangre.

Las cabezas de los peones son lanzadas al agua y se hunden al instante, ante los ojos atónitos del hacendado. Solo unas cuantas burbujas sanguinolentas flotan sobre las tibias aguas.

José Borbor se ha quedado petrificado, con el libro en las manos.

Los captores le levantan, en vilo, de la hamaca. Cubren con una manta sus ojos y le tumban en el piso de una de las lanchas...

Todo ha sucedido en un abrir y cerrar de ojos.

Los sicarios dejaron al secuestrado a las puertas de una

rústica casona, tal y como fue estipulado.

Un grupo de cuatro hombres estuvo esperándolos. Sin quitarle la venda de los ojos, fue trasladado de inmediato a una oscura sala. El piso de ésta, cubierto de baldosas blancas y negras, parece un enorme tablero de ajedrez.

Al fondo, en la penumbra, podía distinguirse los perfiles de tres ancianos, de apariencia respetable. Pero todo el mundo sabe que las apariencias son engañosas.

— ¡Don José Borbor! Es un placer tenerlo en medio de nosotros. Le ruego nos disculpe por esta abrupta y poco común invitación.

Pusieron un vaso de cerveza helada en sus manos.

— Sírvasse. Beba con toda confianza. Es cerveza importada de Alemania. Hace calor aquí. Tranquilo... Frente a usted hay una mesa, para el vaso. Ningún daño le haremos. Le informo, para su tranquilidad, que la balandra está siendo

remolcada hasta el muelle
de su propiedad.

El secuestrado aceptó la cerveza sin pensarlo dos veces. La sed había quemado su garganta. Bebió atragantándose y dejó el vaso ya vacío sobre la mesa. Se limpió la boca, con la manga de su camisa, dejándola impregnada de una espuma blanca y persistente.

- ¿Desea otro vaso de cerveza?
- No gracias... ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de mí? No hago tratos con asesinos. Mátenme, si quieren. Ya han matado a sangre fría a cuatro de mis peones.
- Tome, aquí tiene: una pequeña recompensa por los inconvenientes que le hemos causado...

Le pusieron en sus manos una bolsa con monedas. Don José, con un gesto brusco, soberbio y decidido lanzó la pesada bolsa sobre la mesa. No le gusta tener o sostener cosa alguna entre sus manos.

- No lo desprecie. Ese capital compensará con creces la pérdida de sus hombres. Son Luises de oro.
- ¿Luises de oro? ¿Está bromeando? — sonrió con burla y desprecio —. Ni los grandes coleccionistas consiguen tales tesoros...
- Probablemente se asombra usted... Es normal. Estas hermosas piezas de arte dejaron de acuñarse oficialmente en 1793. Sin embargo, los miembros de nuestra santa hermandad quisieron mantener viva la tradición...
- ¿Santa hermandad? ¿Quiénes son ustedes, bellacos? ¿Qué quieren de mí?

El secuestrado levantó sus manos para quitar de sus ojos la venda que le cegaba.

- ¡Ni lo intente, amigo mío! Si llega a ver nuestros rostros tendremos que “eliminarle”... Probablemente habrá oído hablar de los hermanos de la luz...
- ¿Cuánto debo pagar por mi

rescate?

- No nos ha entendido. Hemos sido amables y generosos, pero no estamos entendiéndonos... No es dinero lo que queremos...
- Nuestra hermandad necesita hombres como usted. Y hombres como usted, necesitan de nuestra hermandad. Le estamos proponiendo entablar fructíferas relaciones que le permitirán alcanzar las metas más ambiciosas que jamás se hubiera planteado.
- ¿Por qué yo? ¿Por qué razón se me ha elegido?
- A pesar de su juventud, es usted todo un caballero, respetado, culto, valiente, generoso y, sobre todo, inteligente.
- Habla el francés como si se tratara de su lengua nativa...

Le estaban seduciendo. Asututos, como eran, alababan, ponderaban sus cualidades, sin mencionar sus defectos ni debilidades. Alagaban su vanidad. ¿La mejor alabanza? ¿El mejor

piropo? Decirle que él es “sobre todo, inteligente”. ¿Alguien podrá resistirse a la seducción? Borbor, a pesar de su temple, tenía que sucumbir.

- ¿Y qué pasa si me niego? ¿Qué pasa si declino el “altísimo honor” de pertenecer a su “santa hermandad”?
- Nada. Quedará usted tan libre, como lo fue siempre. No habrá retaliaciones. Compartiremos un delicioso té esta tarde. Dormirá plácidamente y amanecerá mañana en su propia cama. Ni siquiera recordará esta “molesta” conversación... Se preguntará, sin embargo... ¿Cómo llegaron a sus manos los Luises de oro? Y ¿Por qué razón “escaparon” cuatro peones?
- Una pregunta más... ¿Era necesario matar a esos cuatro hombres... solamente para traerme hasta aquí?
- No juzgue nuestros métodos. Han demostrado ser eficaces, tanto aquí en el país, como afuera, en el

exterior...

Los caballos y los carruajes precedieron siempre a las cruces invertidas.

Si por la noche se escuchó el paso de los caballos y el chi-riar de las ruedas de los coches, aparecerían a la mañana siguiente, en las paredes de las humildes casas de caña o en los muros de los chalets de construcción mixta, cruces invertidas, pintadas al carbón.

También solía verse círculos pintados en rojo, con una cruz no invertida en el centro. En éste caso, dichos círculos aparecían tachados con una "X".

Las viejas beatas miraban estos signos satánicos, se persignaban y apresuraban el paso, rumbo a las iglesias, dejando un reguero de avemarias por el camino.

Dice la gente, que algunas veces se vio vagar por las afueras de Guayaquil, a eso de las seis de la tarde, unos hombres extraños.

Caminaban éstos en grupos de tres, con sendas cuerdas anudadas a las gargantas, cual si

fueran esclavos. Desnudo llevaban el lado izquierdo del pecho, arremangado el lado izquierdo del pantalón, más arriba de las rodillas y descalzos los sinietros pies.

Ante tales apariciones, aún los mocitos más agalludos apartaban la vista y corrían con el rabo entre las piernas.

En Guayaquil, los viernes, a partir de las once de la noche, comenzaban a desfilar furtivamente los carruajes. Eran los caballeros de la Santa Espada del Nuevo Templo.

Las farolas a gas, plagadas de polillas, iluminaban las calles desiertas.

- Los hombres somos dioses —sostenían estos herméticos personajes—. Los que conocemos las verdades fundamentales, estamos por encima de toda ley.

Estos caballeros admitían en sus filas no solamente a los varones prestigiosos, sino también a las damas de alto rango.

Las mujeres virtuosas, las matronas de edad, las filósofas

eran guiadas por la Orden Alfa en su liberación, por medio de la lectura de buenos libros. Llegaban a sus manos los textos de Helvecio, Rousseau y Voltaire.

Las mujeres volubles, ligeras, voluptuosas y casquivanas también eran purificadas de toda hipocresía, por la Orden Beta, a la que pertenecían. Éstas eran despojadas de todo prejuicio oscurantista de religión o pun-donor tradicional, a fin de que puedan desahogar sin reserva sus naturales instintos, emancipadas por fin de toda insopor-table tiranía.

El abogado José Borbor, por decisión de los “HdL” ha sido acogido con beneplácito por la orden de la Santa Espada.

Aunque no ha recibido todavía la investidura de caballero, contribuye generosamente al tesoro de ésta y asiste a todos los encuentros, en calidad de invitado de honor.

El círculo de sus amistades se ha expandido notablemente.

Los banqueros, los exportadores de cacao, los militares de alto rango, los cónsules acredita-

dos en Guayaquil, los políticos prominentes son sus amigos y estrechan afectuosamente su mano, al saludarle.

Los encuentra con frecuencia en el teatro Olmedo o en los banquetes de gala.

Don José y doña Josephine, inseparables, gozan de la estimación general, tanto en Vines como en Guayaquil.

Las bacanales y rituales impregnados de sexo, sadomasoquismo y drogas, se llevaron a cabo siempre en diferentes fincas o en solares alejados del centro de la urbe.

Impecable, en su traje blanco, pálido como un fantasma, parece una estatua de mármol, erguida a la entrada de la noble alquería. Nadie lo ha podido reconocer. A su lado, Josephine, sonríe –aunque de manera forzada– a los invitados. Esta noche son los Borbor los anfitriones. A la francesita no le gustan para nada estas “famosas reuniones”. Jamás ha asistido a una de ellas. Conoce, de oídas, lo que ocurre en esas bacanales,

donde la gran sociedad libera de manera desenfadada sus más bajos instintos.

A pesar de que esta noche son ellos los anfitriones, ella se limitará a saludar a los que han llegado, para retirarse luego, discretamente, a sus habitaciones.

Muchos hombres y mujeres, ataviados con sus lujosos trajes, han llegado esta noche hasta El Progreso, en lanchas, por el río, o, por tierra, en coches tirados por caballos o montados sobre yeguas de pura sangre.

Los rostros permanecían ocultos detrás de preciosas máscaras importadas de Italia.

- ¿El abogado Borbor? — La estatua asiente, con un movimiento de cabeza —. Jamás hubiera podido reconocerlo.
- ¿Y usted? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?
- Soy Gabriel NN.
- Es un placer tenerlo esta noche en nuestra propiedad.

- Su fama de hombre culto se esparce por el puerto como una mancha de aceite. Dicen que lee usted a los enciclopedistas en su propia lengua.
- A veces, cuando estoy aburrido, leo a Voltaire, en francés...
- ¿Por qué prefiere a Voltaire?
- Porque se dice que él bebía hasta doce tacitas de chocolate al día... y yo, como usted sabe, soy productor de cacao. — Sonrió de buena gana.
- Y usted... debe ser la preciosa francesita... — añadió, al tomar la mano de Josephine para depositar en ésta un leve y fugaz beso mundano.

Josephine sintió un imperceptible cosquilleo en su vientre...

Cuando Gabriel NN, cubierto el rostro con un hermoso antifaz de plata ingresó al salón, todas las miradas se voltearon hacia él.

¿Era su porte lo que admiraron, o su bien timbrada voz? ¿Era su manera de caminar, elástica como la de un leopardo, lo que las atrajo? La verdad es que el hombre tuvo lo que se dice, un carisma erótico irresistible, que supo irradiar en su entorno, de manera sutil y natural, convirtiéndole de inmediato en el centro de atención.

Las sociedades secretas se mantuvieron activas, en el Ecuador, tanto en la sierra como en la costa, mucho antes de establecerse formalmente.

Las élites intelectuales formaron parte de las logias masónicas y bebieron en los libros franceses los principios ideológicos en boga: libertad, igualdad y fraternidad.

El Supremo Consejo Ecuatoriano de la masonería quedó constituido en Guayaquil, recién en julio de 1907 y la Gran Logia del Ecuador, en mayo de 1918.

Muchos de los que llegaron a Carondelet suscribieron compromisos con éstas hermandades y trataron de cumplir a rajatabla los planes y programas

elaborados por éstas, con visible injerencia europea, sin dudar en ejecutar toda clase de atropellos contra el pueblo, para aferrarse al poder.

Desde el púlpito eran combatidos los masones, como herejes y adoradores de Lucifer. Sus libros eran colocados inexorablemente en el “índice” y su lectura, prohibida para los católicos, so pena de excomunión.

La Garduña estuvo también presente en el país desde la época de la colonia.

Esta corporación criminal, ultra secreta, estuvo impregnada de ritos de iniciación, juramentos y pactos de sangre y operó con éxito hasta 1932.

En el pueblo jamás pegó el nombre propio de esta organización. La gente los conocía, más bien, como “Los Facinerosos”.

Cuando alguien los mentaba, apagaba la voz, como si hubiera conjurado al mismísimo Lucifer y a todo su séquito.

Nadie sabe. Nadie debe saber

jamás, que al frente de la Garduña se encuentra el astuto caballero Gabriel NN, al que sus obsecuentes truhanes jamás han visto, al que su gazapiña ha conferido, en la sombra, el título temible de: “El Lagarto”.

En la avenida Nueve de Octubre, en el corazón de Guayaquil, se erigió el hotel Ritz. Desde la entrada se podía apreciar la riqueza de las ornamentaciones y la magnificencia de los muebles europeos.

Uno de los botones, correctamente uniformado, avanza por los corredores con una fuente de plata. Sobre la charola, una botella de whisky escocés, una hielera y un paquete de periódicos, seleccionados expresamente por el administrador, correspondientes a la primera semana de enero.

En 1910 circularon en Guayaquil siete diarios: El Telégrafo, El Tiempo, El Grito del Pueblo, El Ecuatoriano, El Mercurio, El Sol y El correo del Guayas.

El botones golpea la puerta 207, en el segundo piso. Ésta se abre

sin ruido.

Una mujer desnuda abandona rápidamente el lecho y se esconde en el baño.

- ¿Dónde pongo los diarios, don Gabriel?
- Encima de la mesita. ¿Qué hora es?
- Las siete de la noche.
- ¿Qué día es hoy?
- Hoy es viernes. Viernes, 7 de enero. ¿Desea algo más el señor?
- Tenme listo un carruaje. Saldré esta noche, a eso de las once.

Recostado sobre la cama, el correcto caballero, al que toda la sociedad reconoce como un distinguido e intachable hombre de bien, da un vistazo a los periódicos.

En casi todos ellos se habla de él, en casi todos aparece su rostro carismático: “Filántropo porteño dona biblioteca a escuela pública”, “Nueva muestra de generosidad de empresario progresista”, “Homenaje de sociedad porteña a don Gabriel

NN”, “Alto miembro de la oligarquía local manifiesta intención de participar en política y en la administración pública”.

A él le gusta vivir bien, en hoteles. Le parece más práctico. El servicio es inmejorable y la discreción a prueba de bala.

Él es “El Lagarto”, Hermano Mayor y alto protector de la Garduña, con estrechos vínculos en la Madre España.

Pero esto es algo que nadie sabe, que nadie puede saberlo.

Mientras los de arriba disfrutan de la vida y pueden costearse los lujos o caprichos que quieren, los de abajo medran como sabandijas en la oscuridad, la pestilencia, el hambre, la ignorancia y las enfermedades.

Los meses de invierno resultan ser los más crueles.

En los barrios populares se forman charcas donde pululan los mosquitos o nadan despreocupadamente las ranas.

Con el calor y la humedad, eclosionan los huevos: los grillos brotan con vigor, por miríadas.

Invaden las casas, cubren las calles y caminos con un manto pardo, que lo devora todo. La gente pisa los crocantes insectos al caminar. Las ruedas de los carruajes los tritura, formando informes masas pegajosas y la fetidez torna irrespirable el aire.

Casi no se puede caminar a causa de la lluvia. El lodo se queda pegado en los pies descalzos de los muchachos, o en los zapatos humildes de la gente del pueblo.

Pero no todo es malo. Los hospitales de Guayaquil son tan completos como cualquiera de los existentes en el resto de países latinoamericanos. El nuevo Hospital General, con sus modernas instalaciones y equipos, se compara muy favorablemente con el hospital de Ancón en Panamá.

Dada la carencia de alcantarillado, los *mierderos*, cargados con sus tarros de latón, se llevan las deyecciones, luego de medir con un bastón la cantidad recolectada y cobrar unos cuantos reales por el servicio. Si alguien cree que le está pidiendo demasiado por el acarreo, el *mier-*

dero hará un cero con su índice y pulgar derechos. Colocará el palo dentro del cero, bien arriba; ajustará los dedos, y su mano dejará limpia la útil vara, con un brusco movimiento hacia abajo. Le dirá, entonces, al inconforme: “Allí queda su mierda. Vaya y bótela usted mismo”

Por supuesto el papel higiénico constituye un lujo. Por esta razón, en los retretes, la gente utiliza papel periódico.

En las afueras de las ciudades y pueblos, niños barrigones, de hasta diez años, corretean desnudos por las calles y, cuando les apremia sus necesidades, dejan sus heces en cualquier terreno baldío.

Los hombres simplemente se acercan a los postes de luz, o a los tapiales: allí orinan sin vergüenza alguna. Algunas mujeres del pueblo, en la remontada cordillera, no se quedan atrás. Se paran, abren las piernas, y sin siquiera levantar el borde del follón, orinan de pie, en donde les apetece.

Los de plata, indiferentes a las falencias de la urbe, beben finos licores o dilapidan sus fortunas

en los juegos de azar, despreocupadamente.

Está de moda el juego del dominó. Muchos apuestan y pierden fuertes sumas de dinero con las pequeñas fichas plagadas de puntos blancos.

Gabriel NN es el centro de atención, por su impecable vestimenta, sus finos modales y sus astronómicas apuestas. El prefiere los vinos y champanes *Cordon Rouge, sec y demisec*. Los bebe como agua.

Los grandes hoteles y los principales clubs, como el de la Unión y el Hong Kong abren sus puertas a la crema y nata del puerto.

En las exclusivas reuniones sociales, las elegantes damitas lucen sus mejores galas, importadas de Europa.

Son coquetas, fáciles y cautivadoras, francas y diestras para el baile.

Todas parecen estar enamoradas de don Gabriel y él a todas sonríe y con todas baila los remilgados tangos y las milongas llegados de Argentina.

Los pianos y pianolas, los

acordeones y los bandoneones,
las guitarras y las mandolinas
animan las veladas porteñas.

En el Guayaquil de los ricos y
en el Guayaquil de los pobres se
escucha al dúo conformado por
Gardel y Razzano, o se suspira
con las pegajosas voces atercio-
peladas de Conrsini, o Magaldi.

Nos adentraremos, por un mo-
mento, en el Guayaquil de los
pobres. Será menester cubrirse
las narices. El aire pudiera estar
enrarecido.

Imagine usted, querido lec-
tor, un pequeño niño de tres
años, zambito zambón, hijo de
zambo y zamba, pata al suelo,
el vientre hinchado, arqueadas
las piernas hacia afuera, corre-
teando desnudo sobre las resba-
losas tablas entrecruzadas de un
podrido palafito, que emerge del
pantano, como una jaiba gigan-
tesca.

Este era Vicente Quiñonez, que
jugaba en el invierno de 1910,
a las once de la mañana, con el
machete de su padrastro.

Feliz vivía el muchacho con
Petita, su madre y con Joaquín,

el conviviente de ésta.

Cuando el pequeño cayó al
agua, el gasfitero Joaquín To-
malá, que dormitaba sobre la
hamaca, escuchó el grito y el
fuetazo.

Como una cimbra se irguió y
lanzándose a las pútridas aguas,
lo rescató de las garras de la
muerte.

Petita lo tomó en sus brazos,
lloró y lo besó, mientras Joaquín
llenó de agua limpia la tina de
pechiche.

El zambito, que había perdido el
dedo pulgar de su mano dere-
cha, berreó como un poseído.

Lejos del hospital, le metieron
en la boca un calmante barato y
bañaron al inocente.

Con un pañuelo vendaron la
mano herida y lo acostaron
sobre el catre, para que duerma
y olvide el incidente...

Al anoecer, cuando el candil a
kerosene y el fogón construido
con los restos de un tanque de
aceite se apaguen, los zancudos
entrarán por miles, a través de
las rendijas. De nada servirán
los toldos de gasa.

Al menos los zanquilargos se darán un festín con la sangre fresca de los olvidados de Dios.

El dueño de El Progreso fue un hombre afortunado.

Cuando José Borbor ingresó a la temible hermandad de la luz, su suerte mejoró ostensiblemente.

En 1910 era rico y respetado en la sociedad guayaquileña. Pero la élite cerrada de los “Gran Cacao” le miró siempre con recelo, porque rompía esquemas...

No toleraron ellos su conducta demasiado “condescendiente” con los trabajadores.

Los horarios flexibles, el pago de los salarios en dinero constante y sonante, la libertad para formar sindicatos y otras aberraciones de Borbor constituían mal ejemplo y podrían estimular, tarde o temprano, el rencor y la envidia en el mercado laboral de la costa.

Incorregible, el abogado José Francisco Borbor Cedeño trató muy bien a sus trabajadores y éstos le idolatraron.

Hubieran dado la vida por él.

Las haciendas costeñas, en las cuales se cosechó café, algodón, arroz, azúcar o cacao, pagaron mejores salarios que las serranas.

En promedio, el salario de la costa se había estabilizado en el agro, en un sucre con treinta centavos por día. Borbor pagaba un sucre con cuarenta centavos.

Mientras el resto de plantaciones cacaoteras empleó, en promedio, un trabajador por cada tres mil ochocientos árboles, El Progreso tuvo un hombre por cada mil. Por esta razón, mientras la gran mayoría de las tierras estuvieron descuidadas y lucieron primitivas, en El Progreso los cacaotales fueron sanos, fuertes, bien cuidados y altamente productivos.

Los liberales y los conservadores le propusieron, en diversas ocasiones, participar en la política nacional. Le pidieron su autorización para incluir su nombre en las listas de diputados, pero él nada quería saber de esas cosas...

- No creo en los políticos -solía decir, con sorna- pero que los hay, los hay.

Cuando le insistían, sobre la necesidad de participar en la vida política de la República, se ponía serio y afirmaba, sentencioso:

- El poder corrompe. Y el poder absoluto, lo corrompe absolutamente todo.

El sábado 5 de febrero de 1910, la felicidad de José Borbor fue total. Josephine dio a luz una hermosa niña, que heredó los preciosos ojos azules de la madre. La bebita pesó al nacer ocho libras completas y era blanca como las flores del cartucho.

- A uno de los Grandes del Cacao – solían decir las malas lenguas, en los bares del puerto – le ha nacido una hija más blanca que el papel de traza.
- ¿A cuál, compadre? ¿A cuál?
- A don José Borbor...
- ¿Y quién es ese?
- Es el dueño de El Progreso.

- Vea usted lo que es la vida... Tan seriecita que parecía la francesa...
- ¿No tendrá “algo” que ver, en esto, el cónsul Delacroix?
- No hay que dar mucha rienda a las mujeres, compadre. Por eso, a la mía, le tengo siempre mascando el freno... pare que camine derecho... El amor podrá ser ciego, como dicen, pero yo, no.
- ¿Y don José... sabe del asunto?
- ¿Y cómo? Siempre es el marido el último en saber esas pendejadas...

Los “HdL” sugirieron a don José que construya un templo, en agradecimiento a las fuerzas del cosmos.

El pedido se cumplió sin dilaciones. A un costado de la casona, bajo la dirección de Bazurto, sin contar con plano arquitectónico alguno, cuatro carpinteros, tres albañiles y cinco peones, venidos de Gua-

yaquil, armaron un cilindro de tres y medio metros de diámetro por siete metros de alto.

Sobre esta torre levantaron una cúpula de tres metros de altura y la cubrieron con planchas de cobre.

Anexo a la torre edificaron el salón principal, con capacidad para recibir cómodamente a unas sesenta personas.

Por dentro, bajo la cúpula, en el salón, primorosamente decorado con estatuas de mármol traídas desde París, se erigió un altar de piedra, a la usanza de los que se utilizaron en la antigua Grecia para los sacrificios.

Para la ceremonia de inauguración, ordenó don José, a un par de peones, que compren donde fuere, un ciento de flores de cartuchos blancos, las más hermosas y elegantes de todas las especies, según él, por su gracia y sobriedad; y un ciento de ramilletes formados con acacias amarillas.

Engalanó con las flores el altar, las paredes y hasta los sillones tapizados de terciopelo rojo, donde habrían de sentarse los

miembros de la hermandad, muy serios, con sus antifaces más negros que la noche.

Eran frecuentes las reuniones que se llevaban a cabo en este Templo Cósmico. A éstas asistían señores encopetados, militares y hasta ministros de Estado. Llegaban con trajes que parecían hechos de calina, por lo lúgubres y vaporosos, camisas almidonadas, corbatas negras, sombreros y bastones con puño de plata.

Inscribieron a la niña en el registro civil del cantón con el nombre de Josefina. Bautizaron a la bebita en la iglesia de Vences. El cónsul John Delacroix fue su padrino. En El Progreso corrió el champagne como agua.

Hizo traer don José el tronco de una palmera real.

Pedro Marcillo, hábil con la azuela, el mazo y los cinceles, talló en madera fina incorruptible, un bello capitel: en esta singular pieza destacaron nítidas cuatro caras de monos esculpidas entre ramas, hojas y otros

adornos de inspiración botánica.

Todo se hizo, en conformidad con el diseño proporcionado por el propio hacendado, que lo entresacó del “libro maldito”. Fue empotrado el capitel en el lado más angosto del tronco.

Hicieron un hoyo, frente al templo y levantaron con cables este obelisco. Con brea y piedra sellaron el hueco y quedó así enhiesto el poste engalanado, al que bautizaron con el bíblico nombre de “Árbol del bien y del mal”.

La cara de mono, serena y tranquila, miró hacia el norte. La furiosa, con los dientes apretados, hacia el sur. La que miró hacia el este parecía estar riéndose y, llorando la que orientaron hacia el oeste.

El hacendado prohibió tocar el “árbol del bien y del mal” o ingresar al templo, sin su autorización expresa.

El 5 de febrero de 1911, primer cumpleaños de Josefina, van los Borbor a casa de la “mamá grande”. Josephine está hermo-

sa, radiante. Mira a la gente del pueblo desde la ventanilla del coche, tirado por cuatro caballos y sonríe beatíficamente. Lleva orgullosa a la pequeña Josefina en sus brazos. La niña ha aprendido a hablar, en su media lengua. Cuando no sabe el nombre de alguna cosa simplemente lo inventa. Así: “limoso” es agrio; “pesadilla”, balanza; “arreglamientos”, los tereques que utiliza su madre para maquillar su cara; “planterero”, cualquier maceta; “cemárica”, cerámica; “sacar la puntería del lápiz”, sacar la punta del lápiz.

Pero la palabra mágica, la que le ayuda con de cualquier dificultad lingüística es: “conijato”.

“Conijato” puede ser cualquier persona, animal o cosa: desde un insecto desconocido a un curioso juguete reluciente que ha descubierto, por casualidad, en alguna de las tiendas a las que le lleva la francesita.

Doña Josefa Cedeño viuda de Borbor yace forunculosa y afiebrada en la cama. Los pies hinchados, cubiertos con medias de color carne, cuajadas de impúdicas soletas multicolores,

sobresalen deformes desde el fondo mismo de la colcha tejida a crochet con hilo de chillo.

- ¿Es esta la niña? -Dice alzando en vilo a la infanta, que ha puesto en sus manos el mohíno padre-. Dios es mi testigo, hijo mío. Esta mocosa transparente no puede ser tu hija...

Dejando a un lado a la pequeña, como si se liberara de algún incómodo almohadón, se incorpora la matrona en repente, y entrecerrando los ojos, cual si quisiera aislarse del mundo, se pone a cantar, con voz lastimera, la vieja canción que aprendió de niña:

♪ De amor murió la paloma,

♪ Lejos de su palomar.

Era hermoso su volar,

Pero triste su cantar.

Su pico rojo no asoma,

No asoma su pico rojo.

Solo queda su despojo,

Arriba, en la torre cruel,

Donde esperaba por él.

Virgen murió esa paloma,

Ay, qué triste es su cantar.

Una mañana se levantó Josephine, a eso de las seis, con la intención de dar un paseo por la orilla del río. Al salir de la casa-hacienda detuvo su impulso y quedó como petrificada.

Había visto un hombre atado con bejucos al “árbol del bien y del mal”. Mantenía el extraño baja su cabeza, dobladas las piernas, colgados e inertes los brazos, como si estuviera desmayado o muerto.

No reconoció en el prisionero a su propio marido. Sin embargo, cuando se fue acercando hacia el colosal poste, pudo advertir que se trataba de él, de José Borbor.

Corrió entonces para liberar el cuerpo de las ominosas ataduras, dando gritos para que la servidumbre y los peones la ayudasen en la tarea.

- ¿Quién ha podido hacerte esto, amado mío? ¿Quién

ha sido capaz de tanta
maldad?

De esta manera daba gritos
lastimeros y urgía a los peones,
para que liberen a su marido.

— ¡Desátenlo! ¿Qué esperan?

Levantó entonces su cabeza el
abogado y, sin mirar a los ojos
de su mujer, exclamó:

— Tranquilízate. Por mi pro-
pia voluntad permanezco
atado a este árbol.

— ¿Te has vuelto acaso loco?
¿Hace cuánto tiempo estás
aquí, amar

rado como un delincuente?

— Toda la noche.

— ¿Qué es lo que buscas? ¿A
quién se le puede ocurrir
hacer una cosa como ésta?

— ¿Ves esa mesa, allá, junto a
la puerta del templo? ¿Qué
hay sobre ella?

— La cajita metálica donde
guardas el rapé.

— Mortifico mi cuerpo, para
liberarme de mis vicios...
Dejaré el rapé para siem-
pre...

— ¿Entonces por qué no veo
sobre la mesa las mulatas
que acostumbras levantar
cuando viajas a Guayaquil?
Para que todas quepan allí
deberías quitar la mesa y
mandar a construir una
cancha de *football*.

Los primeros sábados de cada
mes, a eso de las once de la
mañana, llegan los peones hasta
el patio de la casa-hacienda.

Traen a los monos capuchinos.
Tienen estos primates el cráneo
redondeado y cinco dedos en
las manos y en las patas. Los
ojos son dos círculos vivaces,
de un color café oscuro tirando
a negro.

Gran parte de sus caras son ru-
gosas y sin vellosidad alguna.

En la parte superior de las
cabezas sobresalen unos casqui-
llos o sombreros de pelo negro.
Negras son también sus patillas.

Los hombros y parte del pecho
están cubiertos de pelo blanco.
Los brazos, las piernas y las
largas colas, están forradas de
pelo marrón oscuro.

Son bastante grandes, algunos alcanzan casi los cincuenta centímetros.

En libertad, estos traviesos animales se alimentan de semillas, insectos, nueces, huevos, hojas y frutas.

Son hábiles, astutos y hasta “inteligentes” al parecer. Alguna que otra vez se pudo mirar a un hábil capuchino atrapar en medio del manglar un cangrejo del tamaño de una buena papaya, destrozarlo con una roca su caparazón y comer su carne dulzona, mirando inquieto, de reojo a diestra y siniestra, para evitar que alguien le arrebatase su preciada presa.

Pero claro, en El Progreso, el exceso de monos podía constituir un problema serio, porque éstos gustan de los frutos del cacao, que cuelgan verdes, amarillos, rojizos y tentadores de las curvadas ramas.

Por lo tanto se ponía trampas, no por maldad, y se los cazaba, no por puro placer, como pudiera pensarse. Su razón había para no dejarlos sueltos, a su libre albedrío.

Con una semana de anticipación se elige a uno de los animales cazados y se le alimenta con fruta fresca, maní, pan y miel de caña. El simio predestinado debe ser fuerte, vivaz, sano y sin manchas.

Llega, el que habrá de morir, vestido como un niño: blusita de marinero con gola, pantaloncito blanco de drill y zapatos de hule.

El mono mira a todos los lados, asustado: chilla y trata de morder a sus captores.

Los hombres le colocan en el cuello hermosas coronas de flores blancas y lo tratan como a un verdadero príncipe.

Lo conducen hasta el patio central de la hacienda riendo, cantando, bromeando y haciendo reverencias al peludo personaje.

En el “árbol del bien y del mal” atan al animal, engalanado.

Uno de los hombres retorna al monte, a gran distancia de la plantación, con el resto de los primates. Allí los libera de sus cadenas. Los que estuvieron cautivos chillan y trepan a los

árboles con ágiles saltos, perdiéndose entre la espesura de la cerrada vegetación.

Afuera, en el atrio del Templo Cósmico, se coloca, en largas mesas de madera, pescado, pan y jugo de naranja o de cualquier otra fruta, para todo el que quisiera.

El refresco de cacao es infaltable.

A la una de la tarde llega siempre la banda de músicos desde Babahoyo, en dos canoas pintadas de azul y rojo. Las muchachas bailan y las botellas de aguardiente aparecen como por milagro. Es una fiesta, una verdadera fiesta popular.

Mientras los trabajadores ruedan por el suelo, borrachos, a causa del alcohol ingerido, suelen aparecer dos hombres vestidos de blanco. Desatan a la víctima y la conducen al interior del templo.

Tres sacerdotes, pulcramente vestidos con ricas túnicas talaras, esperan detrás del altar de piedra.

En la puerta del templo engalanan con cintas de colores al

elegido.

Una muchacha porta una cesta triangular, en la que han colocado bananas. Se acerca al altar y entregando al de la túnica blanca la cesta, se retira.

Sujetan al animal y lo recuestan sobre el altar. Siempre acariciándole. Siempre mimándole como a un inocente chiquillo.

El de la túnica negra levanta sus dos manos y salmodia:

- Recibe Santo-Santa, Dios-Diosa esta ofrenda. Esta víctima es la que mayor parecido tiene con el hombre, así como el hombre es el que más se te parece, oh poderoso Él-La. ¡Que la vida retorne a la fuente de la vida y la sangre de este sacrificio nos fortalezca!

Dos ayudantes inmovilizan la cabeza de la víctima.

El de la túnica roja mete su mano en la cesta triangular y saca, de entre los guineos, un enorme y filudo cuchillo. De un vigoroso tajo cercena el cuello del animal y la sangre brota en un chorro generoso hacia lo alto.

Las mujeres desnudas gimen,
gritan y se lanzan al piso, como
si hubieran sido heridas con el
mismo hierro.

Doña Yadira, la viuda de Sal-
cedo, desnuda, como Dios la
trajo al mundo, emerge milagro-
samente, como lo hacen las es-
beltas palmeras en el desierto.

Su piel es más blanca que el
mármol, sus caderas amplias y
generosas.

Fina, tallada con esmero es su
cintura. Sus piernas poderosas y
largas. Negrísimo el vello de su
pubis.

En un cáliz de oro recoge ella la
sangre que mana a borbotones,
para luego untar con el viscoso
líquido la frente de los con-
gregados.

Afuera suele reinar una calma
absoluta y la oscuridad de la
noche invariablemente joven
pinta de gris las copas de los
árboles.

Desde la chimenea del templo
asciende una columna de humo.

En ese preciso momento se
escucha el batir de las alas
del ángel enviado por Él-Ella,

mensajero de Él-Ella. Nadie osa
levantar la cabeza. Postrados
permanecen hombres y mujeres.
Arrodillados en el suelo, sin a-
treverse a mirar la luz cegadora.

Poderosa es la espada flamígera
del espíritu celeste. Severo su
rostro. Imponente su presencia.

Año de 1912. Se escucha un
ruido extraño en lo alto. Dos
ratas negras levantan sus ojos al
cielo.

El chileno Eduardo Molina
Lavin sobrevuela Guayaquil. El
hipódromo Jockey Club hace
las veces de aeropuerto. El
chileno brinca sobre los cer-
ros San Lázaro y Santa Ana. Se
baña en el verde amarillento de
la enorme sabana. Brinca, como
un chiquillo sobre la ría, feliz de
contemplar los rutilantes destel-
los de la luz sobre el agua. Las
caprichosas piruetas dejan con
la boca abierta a los guayacos...

Una lona, sostenida al fuselaje
del avión, con gruesos cordeles,
flamea detrás de éste. Se ha
escrito allí un mensaje. ¿La pro-
paganda de algún producto?

TE E-TA-OS
VIG-LA-DO J. B.

Nadie entiende el propósito de este jeroglífico. A Borbor le parece que allí se ha escrito “Te estamos vigilando, José Borbor”, pero nada comenta. Teme estar imaginando cosas. Por otro lado... ¿quién tendría la intención de intimidarlo? Mandar a confeccionar semejante letrero y echarlo a volar por los aires debe ser costoso. ¿Quién financia todo esto?

- ¿Alguien entiende lo que allí se ha escrito? —Pregunta Borbor.
- Yo avanzo a leer J. B.
¿No es esa la marca de un whisky? —Comenta Delacroix.

Josephine permanece en silencio.

Las ratas retornan a sus cubiles.

Guayaquil, domingo, 28 de enero de 1912. Las ocho de la noche. Dos enormes lámparas iluminan un amplio salón. Se escucha, en la planta baja, el

ruido que hacen los invitados y el trajín de los sirvientes.

José Borbor y el cónsul Delacroix, pegados al radio receptor, escuchan la infausta noticia.

La pequeña Josefina, en su lengua claudicante, llama a su padre. Quiere mostrarle la muñeca que le ha traído el francés.

— Papá... papá... mira...

José Borbor ignora a la pequeña. La niña hace pucheros y llora, pero nadie le hace caso.

Una de las sirvientes, correctamente uniformada, ingresa al salón.

- Le esperan en el comedor al señor. La cena está servida.
- ¿Por qué dice eso, don José?
- Dígale a Josephine que no comeré esta noche en casa. Que me disculpe con los invitados. Debo salir, de inmediato a una reunión. ¡Asesinaron a los Alfaro!
- Yo tampoco me podré quedar —manifiesta Delacroix—. Ya sabrá usted hacer llegar mis disculpas al resto de

amigos. Tengo que enviar un par de telegramas a París.

No se sabe de quién se valió “El Lagarto” para hacer llegar rosas rojas al dormitorio de Josephine. El primer ramo de flores llegó seis meses después del nacimiento de Josefina.

Como por arte de magia, aparecían todas las tardes unas hermosas y fragantes rosas en el dormitorio de la francesita.

Junto a las flores dejaban, además, una tarjeta de visita en la que se leía:

**GABRIEL NN, HOTEL RITZ,
HABITACIÓN 207.**

Este hecho insólito molestó tremendamente a Josephine.

Temía que un día de esos llegara a enterarse su marido que ella recibía flores de un extraño.

Por otro lado, también se sentía halagada.

- ¡Alguien me encuentra bella! ¡Alguien me desea!

No sabía qué hacer. Eran tantos los *bouquet de fleurs* que habían llegado, que si se los hubiera juntado, habrían formado un túmulo de proporciones en el centro del jardín.

Debió avisar al padre de su hija el primer día que llegaron las malditas “ofrendas”, pero no lo hizo.

Pensó que quizá éstas habían llegado simple y llanamente como una felicitación por el alumbramiento de su hija. Ahora ya era tarde para comentar el asunto con persona alguna.

Algo debía hacer para detener este absurdo galanteo.

Era Semana Santa. Se vistió de negro, colocó un velo sobre su cabeza y gritó, desde el muelle, a los criados.

- Si pregunta por mí el amo y señor de estos dominios, díganle que, arrepentida de mis pecados, he salido a la iglesia, a confesarme.

Masticó con sorna las palabras “amo y señor de estos dominios”.

¿Qué ha pasado en el alma de

Josephine, para que de esta manera se exprese? Era como si hubiera descubierto un enorme vacío dentro de sí. Quiso, de pronto, recuperar el tiempo perdido y vivir.

Una locura, claro. Una verdadera locura.

Dicen que las “cosas pasan”, sin que uno siquiera se dé cuenta. En realidad esto no es así, las “cosas” van fermentando lentamente en el alma y tarde o temprano toman cuerpo.

Jamás utilizó Josephine el llamativo y costoso collar que le regalara José Borbor en París.

Pero así es el destino: incomprendible para los humanos.

Esta vez sintió un irrefrenable impulso de ceñir su cuello, como si ella fuera una antigua esclava, o un sumiso can, al que su amo lleva y trae a su antojo.

Abrió el pequeño cofre de nácar. Tomó la carlanca, agachó su cerviz y ajustó con dedos resueltos el diminuto broche.

Al mirarse en el espejo de roca, que colgaba en una de

las paredes de su dormitorio, comprendió de pronto que el “amo y señor” de sus dominios ya no era José Francisco Borbor Cedeño.

¡Era ella la dueña y señora de sus propias acciones!

Se apartó del cristal, asustada, como si despertara de un sueño y con un brusco movimiento, sin darse cuenta, volteó el florero de porcelana. Liberado el cisne voló por el aire, pero cayó muy pronto al piso, haciéndose añicos...

Está pálida y temblorosa cuando toca la puerta de la habitación 207.

Ingresa a la boca del lobo. El corazón le late con violencia y quiere salirse del pecho.

El humo del cigarrillo lo envuelve todo. Le parece estar perdida en medio de la espesa neblina de una ciudadela perversa...

— He venido a pedirle que deje de enviarme flores.

- Sé a lo que has venido — Le contesta Gabriel NN.

Cierra la puerta y la besa en la boca.

Dos minutos más tarde se da cuenta que se encuentra de pie, desnuda... frente al hombre que le envía rosas... Solamente los topacios azules y las esmeraldas brillan en la penumbra.

- ¿No vas a quitarte eso?

Ella se desprende entonces del collar y queda como deslumbrada, frente al enorme espejo del hotel.

— Ven acá... ¿Qué esperas? Entonces implosiona la hesitación, como un relámpago. La hesitación más angustiosa. La hesitación, que martillea su cerebro: ¿soy o no soy? ¿creo o no creo?

- ¡No puedo hacerlo! ¡Sería un pecado imperdonable! Es Jueves Santo.

A la luz mortecina de un fanal, contempla la mujer su cuerpo desnudo, reflejado en el espejo.

El pálido, casi verdoso cuerpo, adquiere un brillo espectral,

grotesco, artificial: similar al de las putas que ella ha visto con desdén en los cabarets de mala muerte, cuando avanzan contorneándose, casi desfallecientes, entre el humo asfixiante de los cigarrillos.

Se viste apresuradamente y sale de la habitación, ruborizada, arrepentida de lo que ha hecho... y de lo que estaba a punto de hacer...

La tarde es hermosa, lujuriosa, tentadora y fácil: mujer madura ella también.

El sol brilla como un disco bruñido y el aire tibio, que llega desde los cercanos llanos, cargado de aromas embriagadores, riza las aguas de la ancha ría, engalanada ahora con un millón de lentejuelas.

John Delacroix vive en un palacete, a las afueras de la ciudad, pegado a la orilla de la ría, siempre cubierta de yerbajos.

Un torreón de piedra, protegido por tupida enredadera, brota desde el agua y sobresale magnífico entre las rocas circundantes. Resulta inusual

esta edificación, que contrasta visiblemente con las modestas casas del puerto.

Arriba, el ambiente es siempre limpio y fresco. Se puede subir por una escalera de caracol, que pareciera esculpida en roca viva. Las gruesas paredes ciclópeas huelen a húmedo y una pátina verdosa les otorga una nobleza peculiar.

Al culminar, se llega a una terraza, cubierta por una pérgola de madera, que mitiga la agresividad del sol y del viento.

Pegada a la pared se puede admirar un pulcro arriate de piedra labrada, desde el cual emergen en desorden, como niñas curiosas, las flores amarillas y naranjas de las caléndulas.

Si la mirada claudica y se deja seducir por el flujo eterno de la ría, entonces la atalaya permitirá observar los pequeños botes, que cruzan lentamente las aguas, manchando con humo pestilente el paisaje rutilante.

Y al fondo, al atravesar la ría, la vista descubre la otra ribera, pintada de un verde sucio, que se confunde, a veces, con las

nubes grisáceas. En el pináculo, ondea perezosamente la bandera de Francia.

Una mecedora, un libro de poemas y una cerveza helada le son suficientes al cónsul para matar las horas de la tarde.

*Ta tête, ton geste, ton air
Sont beaux comme un beau
paysage;*

*La rire joue en ton visage
Comme un vent frais dans un
ciel clair.*

Josephine, recostada sobre una otomana tapizada con damasco azul brillante en el cual danzan monstruos mitológicos, escucha la voz grave del declamador, con los ojos entrecerrados.

- ¿Qué has decidido? – Le dice el hombre, en perfecto español.
- No puedo hacerlo.
- Pídele el divorcio. Dile que estás cansada de sus infidelidades...
- John... por favor... ¿Con qué cara podría yo acusarle de eso...?
- Perderás a tu hija...

- Él la quiere demasiado.
Jamás permitiría que yo la
lleve conmigo...

Año de 1914. Tres ratas hembras, panzonas y lustrosas, con sus tetitas chorreantes de leche, miran insistentemente hacia el cielo guayaco, siempre pintado de un blanco sucio.

Cosme Renella Barbato surca el aire en el Patria 1.

- ¿Ha empezado ya la Primera Guerra Mundial? – pregunta una de las ratas.
- ¿No has leído El Telégrafo? Esa guerra debe haber empezado ya. Recuerda, hermana: las conflagraciones mundiales siempre comienzan a tiempo, como debe ser, ni antes, ni después, – contesta y reflexiona la segunda, la más docta de las tres.
- ¿Entonces, qué hacemos aquí? Vamos a perdernos el espectáculo.
- ¡A Berlín muchachas! ¡A Berlín!

La sede principal de los “HdL” se encuentra en París, cerca de la explanada de Los Inválidos.

Por fuera, parece un edificio común y corriente. Por dentro, el lujo de los pisos de mármol, el preciosismo de las estatuas de corte clásico, el estilo y calidad de los muebles, no tienen parangón.

En el salón de armas destaca el grupo de las espadas francesas medievales, de largas hojas de acero, algunas de las cuales superan los ochenta y cinco centímetros de longitud, con anchas bases que se angostan a medida que se llega a las agudas y penetrantes puntas. Los perfiles en forma de diamante, gruesos y sólidos, se adelgazan suavemente hacia los filosos bordes.

De hermosa factura son también las empuñaduras, con guardamanos en cruz, que terminan en pomos esféricos.

Arriba, sobre las armas, se ha escrito en francés, una consigna:

**NUEVO ORDEN. UN SOLO
DIOS-DIOSA, UNA SOLA**

CIVILIZACIÓN, UN SOLO GOBIERNO.

A esta sede va con frecuencia el ricacho hacendado, llevando y trayendo cajas, paquetes y sobres sellados, que jamás logró averiguar qué contenían.

Cierta tarde, mientras admira la fortaleza y hermosura de una de las espadas, el guardia encargado de custodiar las armas, se acerca y le dice:

- Una joya ¿verdad? Perteneció a Carlomagno.

El guardia inclina su cabeza con respeto.

- Sí. En efecto. Esta pieza es una verdadera reliquia. Pero no creo que haya pertenecido a Carlomagno. Según tengo entendido, la *Joyeuse*, como la llaman, se encuentra en el museo de *Louvre*.
- La espada original se encontraba en el monasterio de *Saint Denis*. Fue cambiada hace más de cien años por una buena imitación, que ahora está en el Louvre. La que tiene

usted al frente, es la auténtica. Fíjese los detalles del pomo y de la cruz de oro puro, con los dos dragones alados. Fíjese en las flores de lis...

- Si eso que usted dice es verdad, entonces debe ser muy grande el poder de esta casa...

La Primera Guerra Mundial ha estallado.

Entre 1914 y 1915, en lo que toca al occidente de Europa, se libra una guerra de trincheras. Ochocientos kilómetros de zanjas, fosos y terraplenes se han excavado desde Suiza, en dirección al Mar del Norte. Desde estos baluartes de la muerte, las bocas de los fusiles escupen fuego.

En 1914 se producen ataques aéreos a la capital francesa, en los que intervienen aviones y dirigibles alemanes.

Curiosos, los parisinos, forman grupos en las calles para mirar la eventual llegada de los aviones enemigos, como si se tratara de un espectáculo circense.

Los ataques a la población civil tienen el propósito de sembrar el terror, de bajar la moral de los franceses, con la esperanza de que éstos se vuelvan en contra de sus gobernantes, exigiéndoles la búsqueda de la paz a cualquier precio.

A finales de abril de 1915, el abogado José Borbor, huésped del *Hôtel de la Reine Guerrière*, solía caminar por el Sena, sentarse en alguno de los puentes y contemplar distraídamente los botes.

Una tarde, al abandonar la sede de los “HdL”, avanzó por el puente Alejandro III, en dirección al Gran Palacio.

Amaba ese puente, con su limpio arco de 109 metros de longitud, sus columnas coronadas por regias esculturas, sus guirnaldas y conchas suspendidas bajo la imponente cornisa.

«Sería imperdonable que la maldita guerra reduzca a escombros tanta belleza.» – Piensa el hacendado.

El sol cae oblicuo sobre el viaducto y, a ratos, se diría que se propone derretir con su lengua

las estatuas inertes.

A lo lejos, casi al terminar el estático lomo de piedra, divisa la silueta de una muchacha que viene en sentido contrario.

Tiene garbo. Sus movimientos son gráciles, su figura estilizada, erguida su cabeza. El ensortijado cabello está sujeto con una peineta y su vestido de vuelos ciñe su talle perfecto.

Se diría que alguna de las ninfas del Sena ha cobrado vida.

Cuando pasa cerca de él, la mira directamente a los ojos y sonríe.

Los ojos negros, brujos, de enormes pestañas, le miran también.

La hechicera seguramente lanza algún conjuro o sortilegio, porque el hombre siente un vuelco en su corazón.

Nada dice él. Nada dice ella. Sigue cada cual su camino. Pero los dos, como si se hubieran puesto de acuerdo, voltean la cabeza y sus miradas chocan esta vez, dejando en el ambiente un misterioso encanto. Eso es todo.

Los días pasaron luminosos y sensuales.

La estancia en el *Reine Guerrière* ya no le resultó tan agradable como al principio. Anheló volver a encontrarse con la desconocida del puente.

Abandonó el hotel y vagó por las orillas del Sena. Cansado y sediento entró en uno cualquiera de los tantos *bistró* que ponían su nota de color en la majestuosa capital.

El Desrouges, La Coupole, Le Progrès, con sus mesitas y sus sillas de aspecto frágil, le invitaron a pasar momentos de bohemia.

Y así, día tras día...

A comienzos de mayo, la búsqueda empezó a ser considerada como tediosa e inútil.

Cerró las ventanas de su habitación y se tendió en la cama. Esa tarde no saldría. Dio unas cuantas vueltas, buscando el sueño reparador, pero todo esfuerzo en este sentido resultó estéril.

A las seis de la tarde lanzó lejos la almohada y bajando del lecho

se vistió, al apuro.

Llegó a *La Vie en Verte*. El sitio no gozaba de buena fama y él lo sabía. Leyó en un letrero, a la entrada: *La Fée Verte. L'heure verte*. Todo era verde, como en El Progreso. Entró. El ambiente informal, popular, obrero, era no obstante, suficientemente acogedor.

En las mesitas cuadradas brillaban las copas de ajenjo sobre el mármol blanco, a la luz de las lámparas. Se sentó en una silla de frágil apariencia y ordenó:

— *Absinthe Gemppe Pernod, s'il vous plaît.*

Le trajeron una copa de cristal. Abultada el fondo, formaba una burbuja, con la medida de una onza. Dentro, desnuda totalmente para sus ojos y su alma, danzó “el hada verde”.

Cerca de la copa reposaba una cucharilla con perforaciones en la cazoleta. Un terrón de azúcar fue depositado en un platillo.

A fin de reducir la cantidad de alcohol de la bebida, colocó el abogado Borbor el azúcar en la cazoleta y lo bautizó con agua

fría, haciendo de pila bautismal la copa. La mezcla adquirió un color turbio, opalescente, similar al de la leche.

Saboreó el licor y sintió en la garganta un gusto anisado y, al final, el amargo del ajeno.

- Las bombas alemanas no han matado tantos como el néctar del diablo... — Afirmó una hermosa muchacha, en castellano.

Sin levantar la mirada, contestó el caballero:

- Ni soy un vicioso, ni bebo esto por placer. Lo hago por simple curiosidad. Quiero sentir las angustias de los que han caído en las redes de esta perversión. Quiero experimentar de todo...

Levantó entonces la mirada, y topándose con los negros ojos de la hechicera sonrió:

- La ninfa del Puente Alejandro III, ¿verdad?
- ¿Es así como me llama? Me gusta cómo suena... Me alegra ver nuevamente ese bigote tan atrevido...

— Me siento alagado...

— ¿Está solo?

— ¡Sí! ¿Desea compartir una copa conmigo?

La muchacha se sentó.

— ¿Española?

— ¡Sí! Nací en Urrácal. Soy urraqueña.

— No he oído hablar de ese sitio. ¿Una copa de ajeno?

— ¡No! Prefiero un coñac.

— Permítame que me presente. Soy José Borbor.

— Yo soy Manola, la bailaora de flamenco.

Rieron. Bebieron. Bailaron.

Las manos se entrelazaron. Los labios se juntaron.

Luego de esa noche memorable, el abogado Borbor pasó tardes enteras en uno de los *café concert*, cercano a la estación de Montparnasse. Los cafés se habían convertido en lugares privilegiados del flamenco. Sí señor, del flamenco español.

La urraqueña fue recibida por el *concierge* del *Reine Guerriè* con

una sonrisa de complicidad.

Durante la noche del 21 de marzo de 1915, los amantes se entregaron con pasión el uno al otro, mientras se juraban amor eterno. Por tres de las nueve puertas visitó el amante la ardiente ciudadela de la amada. Nada parecía turbar la dicha de esos cuerpos jóvenes, jadeantes y sudorosos.

Pero si alguien hubiera mirado el cielo con curiosidad, habría notado algo inusual entre las nubes.

Quizá se trata de algún ave negra de rapiña, en busca de su presa. Avanza silenciosamente por el cielo de París.

Es un dirigible alemán. No. No es solo uno. Son dos. Dos diablos rojos que lanzan seis o siete bombas en el norte de la hermosa ciudad.

Los potentes reflectores franceses iluminan el cielo, en busca de las alevés naves. Los cañones antiaéreos vomitan su carga mortífera. Uno de los invasores es alcanzado por el fuego antiaéreo y tiene que ejecutar un aterrizaje forzoso en *Saint*

Quirin, al noreste de Francia, en la región de Lorena. Este es el primer ataque alemán con dirigibles a la ciudad luz.

La española baila, canta y toca las castañuelas como Dios manda.

— ¡Ole tu gracia, chavala!

La joven le conquistó con la frescura de sus veinte primaveras. Entonces, el hombre afortunado, que podía darse pequeños lujos prohibidos para el resto de los mortales, se llevó consigo a la bailaora.

A Josephine no le hizo gracia la llegada de la barragana. Pero, mujer inteligente, nada dijo, porque donde manda capitán, no manda marinero. Además, El Progreso era tan grande, que había suficiente espacio para más de una consorte...

La guerra impuso cambios en el servicio exterior de Francia. John Delacroix tuvo que volver a París casi de un día para otro. No hubo tiempo para arrepentimientos ni despedidas...

En una canoa fue Josephine, acompañada por uno de los peones de El Progreso. Era difícil remar, porque las aguas de la ría estaban encrespadas. Se formaban algunos torbellinos y las ramas de los arbustos, arrastrados por la corriente, parecían negras garras que, aferrando los bordes de la embarcación, intentaban voltearla.

- La ría ehtá crehía, patronhita...
- No hables. Rema. Rema.
- Ehta ría se ha comío un pocotón e gente...
- Rema. Rema.
- L'agua va voltiá la canoa, patronhita...

La oscuridad se apoderó de las dos orillas. Entonces la *estanti-gua* aprovechó la ocasión para causar pavor y espanto a los que, sin querer, miraban sus vaporousos trajes, largos y roídos.

- No mire pa la erecha, patronhita... A ehata hora, y con ehte temporal, la pelona anda haciendo e lah suyah...

A eso de las siete de la noche se pudo divisar desde la pequeña embarcación el torreón de piedra y la bandera francesa con sus colores desteñidos.

La visión era imprecisa, desleída. El peón abría los ojos y se negaba a seguir remando, como si frente a ellos hubiera aparecido de pronto un grupo de fantasmas, que emergiera de la bruma. El entorno empezaba a ser engullido por la más profunda oscuridad.

En vano sacudieron la puerta. Todo estaba en silencio y solamente se escuchaba el percutir del agua contra las rocas.

Las colosales puertas del palacete del cónsul jamás cedieron ante los embates histéricos de la mujer enloquecida.

- ¡John! —Clama la mujer— ¡John Delacroix!
¡Abre la puerta! ¡Sé que estás allí, adentro! ¿Por qué no quieres abrirme?
Nadie se marcha, como tú lo has hecho, sin decir una sola palabra. ¡Nadie puede marcharse así!

Josephine continuó, por un tiempo, asistiendo a sus reuniones sociales y a sus programas de caridad. Pero ya nada era igual. Algo se había roto dentro de su corazón.

Una mañana fue Josephine al dormitorio de su marido. Se desnudó. Lo besó con furia. Se entregó, por última vez, al hombre que la había amado tanto, y parándose luego, sudorosa frente a él, expresó, con una voz quebrada, haciendo esfuerzo por evitar que las lágrimas irrumpieran, como agua que borbotea cuando una fuente sellada es liberada a su arbitrio:

- José Borbor.
- ¿Qué tienes? ¿Qué pasa? ¿Por qué tiemblan tus labios?
- Déjame hablar.
- Pero...
- He sido feliz a tu lado, aquí en El Progreso. Nada me ha faltado. Todo lo tengo... Sin embargo... debo abandonarte.

- ¿Es por la Manola?
- Nada tiene que ver esa barragana con la decisión que he tomado.
- ¿De qué decisión estás hablando, mujer?
- Regreso a Francia. Mi país está en guerra. Los míos me necesitan. ¡Los alemanes han intensificado sus bombardeos a París! ¡Eso puede ser el principio del fin! Debo estar en París...
- Pero... pero ¿qué puedes tú hacer para remediar esa situación?
- No sé. Verdaderamente no sé de qué manera puedo ayudar. Solamente siento que debo estar allá. Soy voluntaria de la Cruz Roja. Tú lo sabes. He donado sangre para los ecuatorianos. ¿Me negaré a donar sangre para los franceses, mis compatriotas, que lo necesitan?
- ¿Y Josefina? Ella te necesita más que nadie en el mundo...

- Lo he pensado mucho. He llorado mucho. No creas que no lo he hecho. Pero... es mejor que la niña se quede contigo. No sería sensato llevar un ángel inocente a la guerra.

Josephine se embarcó para Europa el martes 25 de enero de 1916. Nunca más se volvió a saber de ella.

Faltaban pocos días para el cumpleaños de la niña Josefina. El sábado 5 de febrero cumpliría seis años y don José Borbor —ocultando a su hija la fuga de la francesita—, mandó organizar una fiesta.

Una tarde regresó la niña de la escuela y preguntó a los peones:

- ¿Dónde está mi mamá?
¿Ha visto alguien dónde se ha metido?
- No la hemoh vihto, mi niña. Ehta propiedá é tan grande... Debe andar por ayí...
- Si la encuentran, díganle que la estoy buscando. Dí-

ganle que quiero invitarle a mi fiesta de cumpleaños... Vendrán todas mis compañeras...

- Claro que sí, mi niña...

Desde luego los peones tampoco sabían el paradero de Josephine. No acostumbran los amos comentar con los sirvientes ni con los trabajadores asuntos que son estrictamente familiares. No faltaba más. La gente de bien debe guardar su posición, debe mantener distancia con los subalternos.

Como nada sabían, las bolas y los chismes corrían, por lo bajo, a lo largo y ancho de la plantación:

- Se ha jecho humo...
- Naiden la ha visto salir. Naiden embarcó bultoh ni maletah. Naiden desamarró la balandra...
- ¿No ehtará enferma?
- ¿No le habrán pasao el papayo?
- Ehto me huele mal. Por diohito que me huele mal.

Hay un refrán castizo, que dice:

“En martes ni te cases ni te embarques”. Josephine no hizo mucho caso de esta advertencia.

Solamente dejó una larga nota, manuscrita, pegada en la puerta del dormitorio del que fuera hasta entonces su marido:

“José:

Te pido, de todo corazón, que me perdones. Sé que tú estarás preguntándote, especialmente por las noches, ¿por qué razón te he abandonado?

Tú no tienes toda la culpa de la decisión que he tomado. Pero no estás exento de culpabilidad.

Tus primeras conquistas, tus primeras infidelidades me afectaron. Y mucho. Las demás se volvieron tan rutinarias que casi no las tomaba en cuenta.

Por lo demás, debo reconocer que eres, en el fondo, un hombre bueno. Siempre lo has sido.

El amor y la pasión que nos

tuvimos fue mermando, quizá debido a la rutina del tiempo. Siempre se agosta primero la pasión aunque el amor perdure.

Hay algo que ignoras y tengo, por fuerza, que revelarte.

Antes de que te enteres, por terceras personas, prefiero ser yo misma, la que confiese mis debilidades.

Te he engañado José. Te he sido infiel. Fragilidad: ese es mi nombre...

La pasión del amor prohibido resultó ser más fuerte que los apacibles lazos del amor conyugal.

Abandonada, ahora, por John Delacroix, mi amante, que ha huído como un bellaco, sin decir siquiera una palabra, sin un adiós...corroída por los celos, doblegada por el despecho, corro como una loca desvergonzada detrás de él, sin esperanza alguna de recuperarlo.

No sabes cuánto lamento y cuánto lamentaré esta vergonzosa situación, que me hace indigna ante tí, pero mucho más, ante mí misma.

A pesar de todos mis errores y debilidades, jamás he dejado de amarte. Te amaré toda mi vida, aunque ya, sin pasión.

Cuida de Josefina, Dale tú el amor que yo le he negado. Ya vez. Ni siquiera he podido ser una buena madre...

Yo sé cuánto amas a esa niña. Sé que ella estará mucho mejor contigo que conmigo. Jamás la hubiera apartado de tu lado.

Siempre tuya,

Josephine.

P. D.

No me has hecho caso. Conservas todavía el libro maldito.

¡Quémallo! Destruye también el impío templo. Todo eso es

abominable a los ojos del Dios verdadero:

¡OBRA ES DEL DEMONIO!"

José Borbor se arranca los cabellos y magulla con el puño cerrado las frágiles paredes, descascarándolas.

— ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Solamente quiero saber si Josefina es hija mía. ¡Maldita sea! ¡Solamente eso quiero saber! La duda ha quedado sembrada en la mitad de mi cerebro y nadie será capaz de arrancarla como mala yerba. ¿Es mi hija o no es mi hija? Voy a tomar esa muchacha por los brazos, la voy a llevar al río. La ahogaré. Mataré el fruto de esos amores prohibidos. Pero... ¿y si ella es hija mía? Debe ser hija mía. Por eso la deja conmigo. Si fuera hija del maldito cónsul la hubiera llevado consigo. Ya me advirtió mi madre: esa no es hija tuya, me dijo, y puso a Dios por testigo. ¿Quién puede saber la verdad de

las cosas? ¡Maldita sea!

La volatería de ideas, de imágenes, de diálogos sugestivos que vagan por la imaginación enfiebreada de José Borbor le atormenta por las noches.

Cierra los ojos y ve a Josephine subida en la rama más alta de un mango, riéndose de él, mofándose de él, abriendo y cerrando sus piernas, mostrándole su sexo mientras hombres desconocidos acarician sus desnudos senos.

¡Él no se había dado cuenta cuánto la amaba! Ahora que la ha perdido no sabe qué hacer. No sabe cómo recuperarla.

- La amo. ¡Cuánto la amo! ¡Mierda! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer, ahora? Debo aniquilar su recuerdo.

Abre el cajón del velador y saca la Smith Wesson...

- ¡No!

Mandó buscar don José a los hermanos Severo y Fulgencio Pincay.

- ¡Llamen también a Jacinto Bazurto Briones! - ordenó a las sirvientas.

Recibió a la entrada de la alquería a los peones. Las mucamas les brindaron refrescos y se retiraron.

- Hay una pequeña loma, al pie de la montaña, a unos dos o tres kilómetros de aquí – les dijo a los Pincay—. Desmonten la cumbre. Quiero ver el suelo limpio, sin árboles ni arbustos. Estas tierras están necesitando un cementerio.

En menos de cuatro días quedó pelado y pedregoso el sitio.



Josephine du Bois

28-V-1882 (A.L. 5882)

25-I-1916 (A.L. 5916)

Llamaron Gólgota a este des-

campado. Allí, en el centro, Bazaruto levantó cuatro túmulos, a cuyas cabeceras sembró sendas cruces de piedra. Al pie de uno de los túmulos colocó una lápida con la siguiente inscripción: “Josephine du Bois / 28-V-1882 (A.L. 5882) / 25-I-1916 (A.L. 5916). Una cruz invertida demostraba a las claras que no se esperaba precisamente un descanso en paz, para la supuesta difunta.

- ¿Por qué has hecho esto? — Dijo la Manola cuando vio las falsas tumbas —. ¡Con seguridad has cometido un sacrilegio nefando! Aquí, bajo esta tierra no descansa el cuerpo de Josephine... ¿Qué prueba tienes de su muerte?
- Está muerta, para mí. Eso es lo que importa —, respondió José Borbor y dando media vuelta, abandonó la colina.

Una lluvia fina empezó a caer sobre el Gólgota.

Al descubrir Josefina el “cementerio” queda petrificada. Su

pequeño corazón desfallece y no tiene fuerzas para sostenerse en pie. A pesar de su corta edad, a pesar de no saber leer correctamente, intuye la tragedia.

Como si la niña hubiera muerto, los peones la llevan a la casa-hacienda, aupada en sus brazos sudorosos. Al llegar, la pequeña convulsiona y pierde el conocimiento. La Manola ordena que la pongan en su cama. El hacendado no se encuentra, se ha ido a Guayaquil.

Vuelan los peones a buscar al doctor Quintiliano Torrecillas.

- ¿Qué tiene la niña? —, pregunta la Manola.
- Ha sufrido un fuerte impacto psicológico. Ya no convulsiona. Le he dado media tableta de Luminal. Es un barbitúrico. Actuará como sedante suave. Déjela dormir tranquilamente. Mañana vendré para ver cómo sigue. Si tiene sed, dele agua de manzanilla...

Al siguiente día la niña amanece mejor, pero no desayuna. Toma una cesta, la llena de flores y va hacia el Gólgota. Allí pasa

la mañana... con su madre. La española no se despegaba de ella. Parece su sombra.

Llueve a cántaros. El cielo se ha desfondado. La noche ha sido tragada por un perro negro.

Recostado en su cama, sudoroso, cansado, incapaz de conciliar el sueño, José Borbor da vueltas y vueltas en su cabeza al conjunto de nefastos pensamientos que se precipitan en desorden como relámpagos en su cerebro atormentado:

Josephine, la traición, la hija, la muerte, Josefina, el roer de las ratas inmundas, Delacroix... Se cierra el círculo.

La noche se ha vuelto eterna... La cegadora luz de los rayos penetra tenaz por los resquicios recónditos de puertas y ventanas. Los truenos razgan la frágil tela del empapado cielo. Ríos de agua caen inmisericordemente sobre la soberbia tierra, penetrándola hasta el tuétano.

Se levanta Borbor y enciende una lámpara. Escribe, en su flamante máquina:

"Vinces, jueves 10 de febrero de 1916.

Que sirva de descargo esta nota, para las autoridades, comisarios y policías, a los que se les ordene levantar mi cadáver y conducir las investigaciones del caso.

A nadie se culpe de mi deceso. Entre la vida y la muerte, elijo por propia voluntad, la muerte.

f) Abogado José Borbor

P.D. Manola, hay un testamento firmado por mí, en el estudio del Abogado Camilo Isiduro. El Abogado Isiduro es mi albacea y deberá cumplir, por ley, mi última voluntad. Te dejo la casona del puerto, la que está pintada de azul y blanco, que siempre fue de tu predilección.

El resto de bienes le

pertenece a Josefina. Hasta que ella cumpla la mayoría de edad, te nombro su tutora.

La única persona en la que puedo confiar es en ti: ámala, vigílala, hazte cargo de su educación.

Un beso para ti y para ella.”

Deja la nota sobre la mesita de noche. Va hacia la puerta de su habitación y le quita la tranca, para que no tengan que forzarla...

Levanta la tapa de un baúl. Saca una copa de cristal tallado y una botella de Mallorca. Abre luego la gaveta del velador y acaricia la cache de su Smith & Wesson.

Llena la copa y se la lleva a los labios. El alcohol le quema la lengua. Lo apura sin deleite. Escupe. Toma seis balas de la caja y carga el tambor. «¿Y para qué carajo cargo el revolver con seis balas si solamente voy a utilizar una?» —piensa.

Toma una segunda copa de aguardiente. Coloca el cañón en su sien derecha. Le tiembla la

mano.

Toma una tercera copa de aguardiente. Abre la boca y presiona el cañón contra el paladar. El sabor duro del acero le causa náuseas.

Sirve una copa más... dos copas más... otra... La última.

Escucha de pronto el batir de gigantescas alas. Los papeles que reposan sobre la mesita vuelan en desorden.

Un ser descomunal, parado frente a él, lo mira con desdén. Parecería que estuviera burlándose.

Debe ser un ángel o quizá un arcángel, porque su cuerpo está cubierto de plumas y huele a pollo mojado. Las alas del ángel están empapadas. Gotas de agua y lodo caen sobre el piso.

- Afuera llueve a cántaros...
- ¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu nombre?
- Soy el ángel de la muerte. Mi nombre hebreo es Abadón; mi nombre griego, Apolión; mi nombre latino, Exterminatus...

- ¡Qué nombres para estrambóticos! ¿No podrías llamarte Miguel, o Rafael, o Gabriel, como un ángel decente?
- Horror de horrores. No menciones esos pajarracos delante de mí.
- Está bien, está bien. Apártate un poco y no te sulfures. Tu aliento no es precisamente un perfume recomendable... ¿A qué has venido?
- A testificar tu suicidio. Es este un suicidio, ¿verdad? Al menos, eso parece. En mi calidad de ángel de la muerte... me corresponde estar presente en estos casos. Vengo a darte el valor necesario, para apretar ese gatillo. Parece que necesitas un poco de ayuda...
- Puedo hacerlo solo.
- ¿Qué bebes? Huele bien. ¿Puedo probar una copa? Tengo seca la garganta...

Borbor se da cuenta que solo ha quedado el casco, donde antes rebosara el Mallorca, en todo

su espirituoso y exhuberante esplendor. El suicida en ciernes, diligente, sin tardanza, remplacea la agotada provisión.

El ángel bebe de un sorbo media botella.

- El común de los mortales, normal, sano y en sus cabales, jamás siente la tentación de huir de la dulce vida. Por el contrario, anhela conservarla y sueña con prolongarla. Solamente los espíritus patológicos anhelan morir, a la media noche, sin dolor ni pena... No te liberarás con tu suicidio de la eterna rueda de nacimientos y muertes... Ahora dime: ¿Te matas por amor? ¿O te matas por despecho?
- Por amor, por despecho, por cansancio... por Josephine... ¿Qué más da?
- Entonces... no tienes una razón definida, una razón contundente para cometer un suicidio... ¡Cornudo! Te engañó. Y tú, santo varón... ¿no la engañabas?
- No es lo mismo. Ella es

mujer. ¡Debía ser virtuosa, por amor de Dios!

- ¿Desde cuándo te has unido a las huestes musulmanas? Razonas como lo hacen los hipócritas fundamentalistas. El hombre sí, la mujer no. ¡Qué moral para edificante! ¿Qué ganarás con esto? Al matarte no recuperarás a Josephine... Acabo de verla fornicando a sus anchas con dos mozalbetes rubicundos en un hotelucho de mala muerte, a las afueras de París. ¿Crees que sentirá remordimiento si se entera de tu muerte?

- No creo que sienta remordimiento alguno.

Abadón toma la botella de Mallorca y repleta las dos copas. Ofrece una a José Borbor, sonríe y su sonrisa es la más espantosa de las muecas.

Chocan las copas y a su placer se embriagan.

- ¿Y Josefina? ¿Has pensado en ella? Esa niña te ama...
- Dime, Abadón. ¿Esa niña

es hija mía?

- ¿Y qué importancia tiene eso?
- Tienes razón. No tiene importancia alguna. Por ella viviré.

Toma José Borbor el revólver y lo lanza contra la puerta, con gran estruendo. El ángel corpulento, con un salto felino toma el arma y la coloca nuevamente en la mano del suicida.

- No tan rápido, amigo mío. No he de venir en vano. Debes matar al yo inferior para que nazca y surja el yo superior.

A las nueve de la mañana abrió uno de sus ojos la Manola. La luz que se filtraba por las cortinas le hizo parpadear. Bostezó con pereza. Sintió un regusto agraz en su boca y fue al baño.

Escupió. Abrió el grifo y dejó que el chorro de agua fresca acaricie su cuerpo desnudo.

Fue al porche y vio que los agentes habían regresado.

En efecto, en una de las mesas

estaban tomando un opíparo desayuno los agentes encargados de vigilar y seguir meticulosamente los pasos al abogado Borbor.

Huevos tibios, bistec a la plancha, tostadas, café en leche y jugo de naranja conformaba el menú que la cocinera les había preparado.

No tenían ya estos hombres el rostro esquivo ni el ojo torvo. Tampoco permanecían día y noche, agazapados detrás de los arbustos, como cazadores feroces. Por el contrario, habían relajado su disciplina de trabajo, a tal punto, que pasaban a veces días enteros repantigados en alguno de los esteros, bebiendo cerveza, sin preocuparse en lo más mínimo de lo que don José Borbor hiciera o dejara de hacer.

Había, incluso, semanas prolongadas de ausencia, en las que no aparecían por ningún lado estos otrora feroces perros de presa. Seguramente se marchaban a sus casas, a visitar a los suyos.

Cuando volvían, con el rabo entre las piernas, se quedaban apartados, como avergonzados,

hasta que el abogado Borbor, compadecido, los invitaba nuevamente a integrarse, igual que si de propios se tratara.

Quizá esto se debía a que no existía ya la urgencia de vigilar estrechamente al hacendado.

Por su parte, el abogado, condescendiente por la pésima vida que llevaban estos hombres, los había invitado a vivir en El Progreso, con lo cual, no solamente que les facilitaba su trabajo, sino que además, les permitía vivir a cuerpo de rey.

Borbor, ocasionalmente, hasta les prestaba su máquina de escribir para que preparen sus informes.

Habían trabado estos agentes una sincera amistad con la española. Por eso, cuando ésta los vio bajo la pérgola, contigua a la cocina, se acercó y saludó amablemente y éstos se levantaron muy educados para responder al saludo.

Una mucama trajo jugo de naranja para la Manola, y un pozuelo repleto de trozos de papaya y banano, y una jícara con chocolate espeso y caliente,

y una canastilla con panecillos crocantes.

- Qué dihfute buhté, mi señora.
- Gracias.
- ¿Desea algo máh, mi señora? -preguntó la mucama.
- No. Gracias... Espera, Blanquita.
- Diga buhté...
- ¿Ha desayunado ya el señor?
- El señó sigue todavía en su cualto.
- El abogado no ha salido en toda la noche —confirmó uno de los agentes-. Nosotros podemos dar fe de ello.
- Pero alguien entró a su dormitorio en la madrugada —dijo el otro.
- ¿Hombre o mujer? —Preguntó con curiosidad la urraqueña.
- No lo podemos saber —comentaron en voz baja los agentes, hablando al mismo

tiempo. —La noche estaba muy oscura y llovía tanto que hasta los sapos huían despavoridos, como si el mundo se acabara.

Luego del desayuno, la bailaora dio un vistazo a los periódicos.

A las diez sintió curiosidad y fue a la habitación de su amante.

La puerta estaba cerrada, pero no atrancada. Las cortinas estaban desplegadas al desgaire.

La luz que filtraba a raudales, a través de los calados de las telas, otorgaban al espacio una semi claridad siniestra.

El pegajoso y dulzón perfume del aguardiente de caña penetró por sus ternillas dilatadas.

De bruces, en el suelo, yacía el cuerpo de José Borbor. Empuñaba en su mano derecha la Smith & Wesson.

Pero no estaba muerto. Solo estaba más borracho que una cuba.

1917 ha llegado, para bien o para mal. En el agujero pesti-

lente corren las ratas, unas hacia arriba, otras hacia abajo. La rata gris le comenta a la negra:

- Han destronado al zar Nicolás II.
- ¿Y eso qué nos importa?
- Las revoluciones son contagiosas, hermana. Deberíamos poner a buen recaudo nuestras sarnosas colas.
- Entonces salgamos de este hueco, hermana, para mirar qué es lo que pasa.

El descontento social bulle en el Ecuador, cada vez con más fuerza, como si se tratara de una olla de presión.

En las plantaciones cacaoteras, en lugar de salarios justos, pagaderos en sures, se entrega “fichas” a los trabajadores. De esta forma se los puede explotar mejor y se los mantiene fijos, vinculados de por vida al agro, casi en calidad de esclavos.

En las fábricas se escamotea las horas extras a los obreros y se paga salarios de miseria.

Los avances impuestos a fuego y sangre en la República de los Soviets, llenan de pajaritos las cabezas de los obreros y dirigentes gremiales ecuatorianos, que piensan también armar una gran revolución y encaramar en el poder a un proletario, miembro representativo de su clase. Sueñan con la dictadura del proletariado. Creen los inocentes que la cosa es sencilla, que la gente responderá y se unirá con fervor a tan “noble” causa.

La pequeña Josefina crece en gracia y juega con su primo Roberto. Los niños suben a los árboles altos de mango, palo prieto, guabo y laurel negro, que se plantaron allí para dar sombra al cacao; nadan en el río y persiguen a los perros por el tupido bosque.

La sombra del follaje imprime un tinte mágico al entorno y desempeña un papel importante en la plantación, para amortiguar las condiciones climáticas adversas.

- ¿Sabes una cosa, prima?
- ¿Qué cosa?

- Le he dicho a mi papá que me voy a casar contigo, y él dijo... que está bien.

El niño ríe y huye, porque sabe que a su prima no le gusta que le digan esas cosas. Detrás de él, Josefina le persigue furiosa.

Josefina baila sevillanas, rumbas y flamenco sobre un tablado que mandó construir su padre.

Su profesora, la española, aplaude a rabiar. ¡Ole! ¡Ole! ¡Ole tu gracia, chavala!

La Manola no solamente le inició en el baile y el canto. También le enseñó a confeccionar preciosos tapetes de hilo.

- ¿Así?
- No, Josefina. Mira. Coloca los alfileres en las marcas y tira de los hilos.
- Y tú ¿dónde aprendiste a hacer estas cosas?
- En mi tierra. En el pueblito de Urrácal.
- Me gusta cuando me cuentas las cosas de tu tierra. Cuéntame otra vez.

La española no se hacía rogar. Su voz adquiría un tono prodigioso, musical...

- Casi oculto, al sur de la Sierra de las Estancias, cerca del valle, en un abanico de pequeños y armoniosos parajes, dormita apaciblemente mi pueblo, al que regresaré tarde o temprano. Eso te lo prometo.
- Sigue Manola. Sigue. Claro que regresarás a tu tierra y yo iré contigo. ¿Verdad?
- Sus casas rústicas, blanqueadas, semejan un conjunto desordenado de abigarradas gallinas, que escarban el agreste suelo, en busca de raíces y gusanos. Unos cuantos pinos crecen, a la buena de Dios, y sus verdes pinceles garabatean dibujos abstractos sobre el límpido lienzo azulado del cielo.
- Es hermoso. Tu pueblo debe ser soberbio.
- Las vistosas espigas del esparto, de largos talles, danzan mecidas por el viento. Con el esparto, mis primos,

- trenzan cuerdas y fabrican aperos para los caballos y las mulas. Hermosas son las albardas y las cinchas, cuando nuevas. Tejen también espuelas, cestas o capachos y aguaderas para colocarlas sobre el lomo de las bestias...
- ¿Y qué más? ¿Por qué te detienes?
 - Es hora de dormir, preciosa. Basta de historias.
 - No, espera un poco. Mañana tengo vacación. No tengo que ir a clases. Cuéntame de tus primas, de las que te enseñaron a fabricar los tapetes, como tú me enseñas ahora.
 - Mis primas se ganan la vida como encajeras. Entretejen los hilos de lino y los sujetan con alfileres clavados en los mundillos. Siguen fielmente el patrón de los agujeros. Entonces van apareciendo las trenzas, las puntas, las redes y los encajes. Jamás se enredan los hilos, enrollados en las bobinas.
- ¿Y esto que estamos haciendo cómo se llama?
 - Encaje de bolillos.
 - ¿Y los redondos, como telas de araña, que hicimos el otro día?
 - Los redondos se llaman “encaje de Tenerife”. Una mujer que llegó de las islas Canarias a Urrácal me enseñó a tejer esos encajes. Ella tuvo un hijo de un primo mío, ¿sabes? Pero él no quiso casarse... Una historia triste... triste en verdad, cariño.
- ***
- Algo oculta, al sur de la Sierra de las Estancias, vegeta la villa de Urrácal.
- Duermen allí pacíficamente las buenas gentes, dentro de sus casas solariegas.
- Solamente en el bar del Terrible Martínez la fiesta continúa.
- En la mañana del 3 de febrero hubo misa solemne en la iglesia y, luego de la procesión en honor de San Blas el mártir, se dio inicio a los juegos.

Por la tarde, las muchachas bailaron y rieron en la plazoleta, frente a la iglesia, al son de la banda del pueblo.

Quince años iba a cumplir la linda Manola Almansa Galera.

Muchacha de su casa, era tranquila y dócil como ninguna.

Pero así son las desgracias; y nadie sabe cómo pudieron ocurrir las cosas; ni quién emborrachó malamente a la inocente quinceañera; ni quién la llevó al bar...

El 4 de febrero, el padre se levantó temprano, como de costumbre y fue al molino. Hasta allá llegaron, con caras agrias, dos mujeres desgarbadas y, entrando hasta donde estaba la piedra del molino, empezaron a burlarse del hombre, levantando sus vestidos y mostrando sin pudor alguno sus vergüenzas.

- ¿No es este el bellaco que nos trata de putas?
- ¿No es este el rufián que pone el grito en el cielo cuando nos ve pasar, camino a los olivares?
- ¿Y quién es ahora la gran

puta?

- O quizá deberíamos decir, con más propiedad, ¿quién es ahora la “pequeña puta”?
- ¡Anda viejo bribón, al bar de don Gerardo Martínez!
- ¡Anda y ve quién baila desnuda y borracha sobre las mesas del maldito bar!

El padre nada dijo. Tomó el acial, lo enroscó contra su brazo desnudo y, sin cerrar el molino, se dirigió a grandes zancadas hasta el bar del Terrible Martínez.

Nadie impidió que el rústico entrara hecho una tromba.

Con pulso experto lanzó al aire la enorme lengua de cuero y, enroscando el cuello de su hija como se lía los cuernos de las terneras, para tumbarlas, salió del maldito antro, arrastrando consigo a la desnuda muchacha, para su mayor escarnio y ludibrio.

No retornó el padre a dormir en la casa solariega.

La Manola salió esa noche de casa y nadie volvió a saber de ella en la tranquila villa.

Tres pruebas debía superar José Borbor, para formar parte de la élite de “iniciados”: consagrar su hija a las fuerzas del cosmos, grabar en su pecho el símbolo de la hermandad y demostrar que cumplirá ciegamente las órdenes del Gran Maestro.

La vistieron de blanco y la llevaron al templo. Esta fue la primera vez que Josefina entró “oficialmente” en ese recinto, al que no podía siquiera mirar de lejos, por disposición de su padre.

Una vez colocada la cortina de azul purísimo, en su centro destacó nítidamente el símbolo de la hermandad.

Los músicos soplaron sus instrumentos de viento y el ambiente adquirió de pronto una solemnidad inusitada.

Ingresó un hombre cubierto por una especie de albornoz, primorosamente confeccionado en lino blanco. Era imposible reconocer su cara, a causa de la capucha. Golpeó tres veces el piso de mármol con su báculo bañado en oro y dio inicio a la

ceremonia.

- ¿Qué pides para tu hija, hermano Borbor?
- Su consagración a las fuerzas del cosmos.
- Grande es la gracia que demandas. Las fuerzas acogen con regocijo a esta doncella. Las estrellas del cielo iluminen su senda. Y tú, Josefina, escucha con oído atento. Mientras permanezcas virgen, mientras ningún hombre mancille tu pureza, la sagrada orden velará por tu integridad. Aún si perdieras a tus padres no faltará el pan en tu mesa para saciar tu hambre. Hermanos de luz te protegerán, con sus vidas, de las garras de la muerte.

Concluida la consagración de la virgen se retiró el oficiante.

Ingresó luego un segundo hombre, cubierto con un manto de seda encarnada. Golpeó tres veces su báculo de plata contra el suelo.

- ¿Qué pides para ti, hermano Borbor?

- Que sea grabado en mi pecho y en mi corazón, el sagrado símbolo de la hermandad de la luz.
- ¿Sabes que el sello te hará intocable, invulnerable a la espada? ¿Sabes que solamente otro, que hubiere sido ungido con la sagrada marca podrá tomar tu vida?
- Lo sé y lo acepto.
- Entonces: ¡Que los pebeteros sean encendidos! ¡Que el carbón cobre vida en ti, y muerda tu carne!

Dos pebeteros de bronce fueron encendidos y el perfume que fue regado sobre el fuego se esparció por el aire, vistiéndolo de flores grises.

El oficiante tomó el hierro al rojo.

José Borbor abrió los botones de su camisa. El pecho quedó al descubierto.

Dos mulatos fortachones sostuvieron a Borbor, para que su cuerpo no desfallezca al ser tocado con el hierro candente.

El olor a carne chamuscada

penetró incontenible hasta los cerebros, a través de todas las narices.

Los gruñidos del hombre se entremezclaron con el lamento rítmico de los clarinetes.

Un tercer oficiante, cubierto con un capote negro de terciopelo, ingresó al templo y golpeó tres veces su báculo de cobre contra el pavimento.

- ¿Cuál es tu juramento, hermano Borbor?
- Juro... cumplir ciegamente... las órdenes... del Gran Maestre.

Las palabras sonaron entrecortadas, apagadas, arrastradas, lastimeras...

El oficiante puso en las manos del hermano Borbor un sobre blanco, sellado con lacre.

- No rasgues este sobre. Conocerás, a su debido tiempo, cuáles son las órdenes estrictas del Gran Maestre...

Los muchachos despiertos y

astutos de las barriadas pobres, que no iban a la escuela y andaban mataperreando descalzos por las calles, robando fruta en los mercados, o durmiendo la mona en los portales, eran reclutados frecuentemente por las bandas organizadas de ladrones.

Vicente Quiñonez, el zambito zambón, solía ir a nadar en El Salado con sus amigos del barrio.

Diez años tenía cuando fue descubierta por “Los Facinerosos”.

Esto ocurrió en 1917, cuando Alfredo Baquerizo Moreno era presidente del Ecuador y el país se encontraba convaleciente, libre de las luchas fratricidas.

“Los Facinerosos” tomaron al zambito en calidad de fuelle o aprendiz, porque a pesar de no tener el pulgar de su mano derecha, era un lince para robar y escapar sin jamás ser atrapado.

- Te daremos treinta sucres mensuales, si vienes con nosotros. — Le susurraron al oído, seduciéndolo, incitándolo. — Eso es mucho más de lo que gana tu maestra.

- Yo no tengo maestra. No sé ler. Tampoco le entro a la ezcribidera, hombre, vea. Azunte lo que le toy diciendo.
- Nosotros seremos tus mentores, no te preocupes.
- Avé pavé, deme algo pa comé... Pa averiguá cómo mimo é, mándeze una buena comidiza... pa matá la gazuza.

Fue así como Vicente Quiñonez, el zambito zambón, entró en el mundo del hampa y pasó de fuelle a floreador, hábil arranchador, descuidero y ladrón profesional, en corto tiempo.

Antes de cumplir los trece años, una de las sirenas, joven y guapa pelandusca, le haría hombre, detrás de unos manglares.

Esta putita supuestamente le proporcionaría más adelante datos valiosos de sus clientes más distinguidos...

Jamás aceptó el encargo de punteador. A nadie mató en su vida.

Le repugnaron siempre las masacres y los asesinatos.

El hedor de las tripas y de la sangre, al brotar violentamente como rosas gigantes de los vientres de los acuchillados, le hacía vomitar.

Al declararse la peste bubónica de 1918, el apestado Vicente Quiñones, un niño inocente de once años, fue llevado al hospital de aislamiento, en un carromato de la sanidad pública.

La Petita y el Joaquín estuvieron a su lado todos los días. No tuvieron temor a llenarse el cuerpo de bubones.

Una vez que las fiebres remitieron, lo llevaron a casa y lo cuidaron día a día con el amor de siempre.

La Petita preparó caldos de gallina, caldos de cabeza de bagre, bolones de verde y arroz con menestra de fréjol.

Dios escuchó sus ruegos. Recuperaron a su zambito zambón.

Pero la felicidad de los hombres dura poco. Al terminar ese año, recuperado ya totalmente de los estragos de la peste, el pequeño Vicente Quiñonez abandonó

nuevamente su casa...

“Los Facinerosos” lo estaban esperando...

El gobierno oligárquico, liberal radical, de José Luis Tamayo, ejerció el poder entre el primero de septiembre de 1920 y el 31 de agosto de 1924.

En 1922, el país no produce, ni cuenta con los bienes, las materias primas e insumos que requieren la industria, el comercio y la artesanía local. Las importaciones están represadas por falta de divisas. Las divisas escasean porque las exportaciones disminuyen día tras día.

Los agricultores de la costa no han podido abatir a la Monilla ni han logrado controlar a la Escoba de la Bruja.

Los precios del cacao, a consecuencia de la creciente competencia, se desploman en los mercados internacionales.

Como resultado, el dólar se cotiza, a S/ 4,05.

Algunas empresas guayaquileñas han quebrado. Muchos son los que han perdido sus

fuentes de trabajo. Los salarios no logran comprar la canasta familiar.

Gran caldo de cultivo para los que sueñan con utopías fantásticas...

Se había conformado ya la Confederación Obrera del Guayas. Las masas proletarias de Guayaquil eran adoctrinadas y azuzadas por los socialistas ultra izquierdistas, que no habían logrado todavía organizarse como partido político.

Los que perdieron las elecciones soñaban con derrocar a Tamayo, para pescar a río revuelto.

Le han convocado a una reunión urgente.

El abogado Borbor llega puntual a la cita, pero aparentemente ésta ha empezado una media hora más temprano.

En el amplio salón se ha dispuesto un conjunto de mesas que forman un óvalo. Las ventanas del segundo piso, que dan a la calle, permiten entrar el aire húmedo, que no logra refrescar del todo el ambiente.

En uno de los extremos del óvalo se han sentado tres Ministros de Estado y un delegado del Presidente de la República.

Al costado derecho, los banqueros, los representantes de la Cámara de Comercio, algunos exportadores de cacao, de café, de banano.

Al costado izquierdo, el Gobernador de la Provincia, el Alcalde y hombres de uniforme.

Tres viejos presiden la sesión: el primero de ellos, enjuto, de luenga barba blanca; el segundo, pequeño, de rostro cenizo, casi ciego; el tercero, panzón.

Este último respira con dificultad, se diría que sufre de asma. Ha llevado consigo un hornillo portátil. Coloca el alcohol en el cuenco inferior y lo enciende.

La llama azul lame el cuenco superior.

Saca de uno de sus bolsillos un frasco de *Vapor-Ol*, preparado, vendido y distribuido por la *National Vaporizer Co.*

Mide una onza líquida y la riega sobre el ya candente cuenco superior.

Los vapores del alcohol, entre-
mezclados con los vapores del
opio, desatan su danza ilusoria.
El viejo aspira las emanaciones
y sus ojitos lloran de placer.

- ¿Por qué se han paralizado
los créditos? —pregunta el
viejo de la barba blanca.
- Hemos llegado al límite
de nuestra cartera —, con-
testa uno de los banqueros,
mientras sostiene con los
dedos sus brillantes lentes,
como si temiera que se le
caigan.
- Emitan más billetes — su-
giere el viejo de la barba.
- No tenemos reservas de
oro. Esos billetes no ten-
drían respaldo alguno
— declara el banquero de
los lentes brillantes.

Uno de los Ministros de Estado
corta por lo sano la discusión.

- Caballeros. No hemos
venido a tratar temas mo-
netarios ni macroeconómi-
cos. Queremos que nos
informen qué mismo está
pasando en las calles. El
Presidente quiere saber por

qué se ha dejado avanzar
las protestas sindicales. Por
qué razón no se ha detenido
a los cabecillas. ¿Por qué
no están presos los dirigen-
tes del Sindicato de Caca-
hueros Tomás Briones?

Se hace un silencio sepulcral en
la sala.

El Gobernador tose, como si de
repente se le hubiera secado la
garganta.

El Alcalde se refugia en el
montón de papeles y documen-
tos que ha llevado consigo.

El viejo asmático derrama una
onza líquida adicional, sobre el
cuenco candente...

Como nadie se atreve a hablar,
el abogado Borbor pide la pa-
labra:

- Veo aquí en esta sala,
hombres de mucho presti-
gio y de gran valor moral
e intelectual, más capaces
que yo para analizar, con
profundidad, el momento
político. El señor Ministro
se pregunta, de manera
concreta, por qué razón no
se han acallado las protes-
tas de los sindicatos, me-

diante el uso de la fuerza. Su pregunta es, hasta cierto punto, obvia. Yo la entiendo perfectamente: Si en el pasado se han sofocado los conatos de rebelión, a sangre y fuego, ¿qué es lo que estamos esperando ahora? Yo voy a ser franco con el señor Ministro y con los amigos presentes. La situación del pueblo se ha deteriorado de tal manera que el uso de la fuerza no resolverá el problema de fondo. Por el contrario, podría encender la chispa de una revolución absurda. El pueblo está muriéndose de hambre. Es insostenible el incremento de los precios y totalmente inaceptable la pauperización de las masas. El problema de fondo, radica en la falta de óptica. Nos encontramos en la época de las vacas flacas, pero queremos seguir ganando lo mismo que ganábamos en la época de las vacas gordas. ¿A costa de quiénes? De los que menos tienen.

La flor y nata de la sociedad

guayaquileña, que asiste a este encuentro, pone cara larga. No es esto lo que quieren oír. Hay que detener las locuras de Borbor.

Empieza a gestarse un sordo rumor en la sala.

Borbor sabe que sus palabras han caído como vitriolo en la sala, pero continúa imperturbable.

- Por eso creo, señor Ministro, que las cosas no se deben resolver por medio de bayonetas y fusiles, sino adoptando medidas macroeconómicas sensatas. ¿Demandan los sindicatos ocho horas de trabajo? ¿Pago de sobretiempos? ¿Descanso los domingos? Es justo lo que piden. Otorguemos las ocho horas. En mi propiedad ha dado excelentes resultados la jornada de ocho horas.

El rumor sordo crece, las protestas y juramentos se escuchan inclusive fuera de la sala.

José Borbor no se inmuta.

- ¿Quieren que el Presidente

conforme una Comisión Ejecutiva Económica para poner orden en la administración de las divisas? Yo no soy partidario de la excesiva intervención del Estado en la economía. No me gustan los Estados demasiado poderosos. Soy un hombre de empresa y los controles me atan de manos. Pero en este caso, me parece que ésta es una propuesta sensata. Seamos sinceros. La administración de las divisas está en manos del oligopolio bancario. Es como haber puesto a cuidar la despensa al gato del dispensero. Por tanto, conformar una comisión técnica – no política– parece una propuesta racional y merece ser tomada en cuenta.

El rumor en la sala supera los límites tolerables. Algunos de los presentes se paran. Otros, menos educados, interrumpen a Borbor y exponen sus puntos de vista a gritos, en completo desorden. Los tres ancianos hacen sonar sus timbres insistentemente, pero nadie les para bola.

- ¡Traición!
- ¡Borbor se ha pasado al otro bando!
- ¡Fuera Borbor! ¡Fuera!
- ¡Los trabajadores están locos! ¡Cada vez piden más... y más... y más! ¿A dónde vamos a parar?
- ¡Están siendo azuzados por los comunistas!
- ¿Ahora van cuatro obreros ignorar a decidir sobre la suerte del país?
- ¡No podemos claudicar!
- Hay que dar bala. – Dice uno de los uniformados.
- La chusma solamente entiende el lenguaje de la pólvora. – Dice otro de los uniformados.
- No podemos dejar nuestro país en manos de los comunistas. Debemos aplastar, debemos aniquilar este tipo de manifestaciones.

Se escucha un estacazo seco. Le ha dado un infarto al viejo asmático.

El hombre ha caído al suelo.

Jadea al respirar. Tose. Su pecho suena, silba, como si tuviera un pito adentro. Su enorme panza, que sube y baja como un fuelle, parece una flácida colina, detrás de las mesas y las sillas tiradas sobre el suelo.

— ¡Un médico! ¡Pronto!
¿Tenemos un médico en la sala?

Alguien, que por casualidad viste un nítido mandil blanco, es empujado por los demás

No le queda más remedio que acercarse de prisa y auscultar al infartado. Mueve la cabeza con lástima, impotente, como quien sabe a ciencia cierta que “ya nada se puede hacer en este caso”.

Pide, como último recurso, un sacacorchos. Se monta sobre la inflada panza. Introduce el artefacto en una de las ternillas y, jalando suavemente del tirabuzón, empieza a sacar babosas, caracoles, almejas y otros moluscos...

El Sindicato de Cacahueros
Tomás Briones lidera las protestas y plantea un pliego de

peticiones al gobierno.

Afirma que declinará su actitud tan pronto como funcione la Comisión Ejecutiva Económica y se expida el decreto de incautación de giros, para detener el alza en la cotización del dólar.

Se intensifica la vigilancia sobre José Borbor. Los agentes asignados le pisan los talones.

Los empleados de la Empresa de Luz y Fuerza Eléctrica y los trabajadores de Carros Urbanos, se declaran en huelga con el propósito de lograr el aumento de los jornales.

En el despacho del Gobernador, la Empresa de Luz y Fuerza Eléctrica se compromete a elevar los salarios. La empresa de Carros Urbanos también accede a incrementar las remuneraciones. A fin de cubrir el incremento, solicita al Concejo autorización para elevar en S/ 0,10 el pasaje en los recorridos del tranvía. Hay buena disposición del Concejo para dar paso a este incremento.

Todo parece marchar sobre ruedas. Las demandas de estos trabajadores serán atendidas.

De pronto, los líderes sindicales se hacen para atrás. Incapaces de honrar su palabra, porque las aturdidadas bases los empujan, manifiestan que ya no quieren los simples incrementos salariales. En todo caso, el incremento salarial debería ser general, a nivel nacional. Por lo tanto, apuestan por la huelga. Sueñan, en secreto, con su revolución.

Los izquierdistas radicales, creen que el gobierno ha cedido por debilidad. Juzgan que ha llegado la hora de las grandes transformaciones sociales. Pienzan que es el momento de cambiar, en iglesias y conventos, las imágenes de Cristo y de María, por las sacrosantas efigies de Carlitos Marx y Vladímir Ilich Uliánov Lenin.

- Tendremos un paraíso comunista en América Latina. Esta vez no será Quito la Luz de América, será Guayaquil la que dará el verdadero grito de independencia.

En las plazas públicas se llama a la lucha:

- ¡Que escuche bien el pueblo! — clama uno de los

oradores de barricada —.
¡Hasta hoy nos han visto mansos, revestidos con pieles de cordero! ¡A partir de mañana, debemos ceñirnos la piel de tigre!

Se decreta para el miércoles 15 de noviembre la huelga general.

Los del alumbrado público, los del agua potable, los bomberos, los que trabajaban en la empresa de tranvías, los mecánicos y los panaderos, se suman a la huelga.

El lunes 13 de noviembre, por la noche, salió don José a caminar por la ciudad, tan solo por orearse.

Los “pesquisas” que le siguen los pasos van detrás de él, cansados, aburridos, malhumorados.

Como los obreros de la Planta Eléctrica se habían declarado en paro, al igual que los obreros del Gas, Guayaquil estaba a oscuras.

Caminó solo, sin peón alguno que le sirva de guardaespaldas. ¿Para qué perturbar a los

peones, si los agentes no le perderán de vista un minuto?

En el malecón, los reflectores de los buques anclados en la ría lanzaban sus chorros de luz, bordando el agua con peces de plata. Algunos hombres rezagados formaban grupos. Hablaban casi a gritos. Gesticulaban. Maldecían. Los ánimos estaban caldeados.

— ¡Ehta vé nadie noh para!

Cerca del parque Centenario, que inaugurara Tamayo en octubre de 1920 sin estar terminado, como es la inveterada costumbre de los políticos, fue atraído por la luz de unas lámparas y el sonido de unas guitarras. De la garganta de plata del cantor, brotaron nítidos los suicidas versos:

♪ Cuando de nuestro amor
la llama apasionada

♪ Dentro tu pecho amante
contemple ya extinguida

Ya que solo por ti la vida
me es amada

El día que me faltes, me
arrancaré la vida.

A la puerta de un bar, dos muchachas de piel tersa, nalgas firmes y ojos cautivadores, lograron hervir su sangre primitiva.

Entró. Pidió una Pilsener helada.

Tres paisanos bebían cerveza a grandes sorbos. Se les notaba inquietos, nerviosos, como los caballos de hipódromo, cuando se acerca el instante, el momento esperado y definitivo de la partida, que marca el inicio de la gran carrera. Probablemente estos hombres eran cabecillas o dirigentes de las marchas que se organizaron como preámbulo de la gran huelga general.

Los paisanos miraron con desconfianza a José Borbor y a los dos “perros” que lo vigilaban de cerca...

Al fondo, casi en penumbra, dos guitarristas y un cantor. Los pasillos taladraron su alma.

A las dos de la mañana cesó la música. Pagó la cuenta y salió, sin rumbo fijo.

Una muchacha se colgó de su brazo derecho, otra de su brazo izquierdo. Caminaron en zigzag.

Se rieron a carcajadas, sin saber por qué.

Cruzaron un parque sumido en la penumbra y, a dos cuadras de allí quedaron como hipnotizados, al contemplar el juego nervioso de las luces de neón. Habían llegado, sin querer, al “Santa Fe”.

Al frente del hotel, en un largo rótulo pintado de blanco, con grandes letras azules, se había escrito:

PESCADERÍA



ALCÍVAR CEDEÑO

«¿No será ese el negocio de mi hermano? ¿No será esa la casa donde él vive?» Se preguntó así mismo José Borbor. Pero como la hora no era la apropiada para hacer visitas, se dejó raptar por las zorritas.

Se acostaron los tres.

Cansado, sudoroso, asqueado, abandonó a las chicuelas. Las dejó semidormidas. Bajó a la recepción, tratando de hacer el menor ruido posible, y pidió al encargado que le prepare otra habitación. El ronquido de las mulatas no le dejó dormir. Por otro lado, la cama resultó demasiado estrecha y la luz del titilante rótulo trepidó insistentemente contra los vidrios de la ventana.

«Esos pobres agentes deben estar exhaustos» -Pensó.

Se acercó a la ventana y los vio arrimados contra la pared de la pescadería, con los ojos enrojecidos como carbones encendidos, mirándole de lejos.

Bajó nuevamente y habló con el administrador:

- Afuera, arrimados contra la pared de la pescadería, encotrará a dos agentes medio adormilados.

Así habló el abogado Borbor, con voz cansada, bostezando a ratos, deseoso de retornar a la cama lo más pronto posible.

- Hágales pasar. Asígneles una habitación y anote en mi cuenta el alquiler. Discúlpeme por esta nueva molestia y tenga usted una buena noche.

Se acostó, cerró los ojos e intentó dormir.

Todo esfuerzo en este sentido resultó en vano. Dio vueltas y vueltas en la cama, convertido en una peonza humana.

Los sonidos de la noche, siempre amplificadas, perforaron sus oídos. Escuchó el crujir de las traviesas chafadas, al ser aplastadas por los tacones de zapatos desconocidos, que suben y bajan por las gradas de madera. Escuchó el balbuceo de los vientos encontrados que jugueteaban arriba, en el tejado. Escuchó incluso el leve aleteo de algún pájaro nocturno, perdido en la mitad de la nada y el precipitarse de las hojas secas, desde las altas ramas hasta el húmedo suelo...

Los pensamientos cruzaron en desorden por su cerebro: luciérnagas erráticas, que tercas, revoloteaban sin cesar, yendo y viniendo, repitiéndose,

plagiándose, reinventándose: «Ni-el-capitalismo-ni-los-liberalismo-a-ultranza-son-la-solución-para-nuestro-pueblo». «La-utopía-comunista-solamente-genera-escasez-y-frustración». «Los-dictadores-que sueñan-con-eternizarse-en-el-poder-y-creen-encarnar-el-anhelode-los-pueblos-son-una-pestes». «Los-fraudes electorales-un-crímen-contralos-pueblos». «Las-constituciones-amañadas-violadas-reformadas-a-espaldas-del-pueblo-una-práctica-vil». «Las-ideologías-trasnochadas- anteojeras-de-los-necios». «La-corrupción-rampante». «El-latrocinio-de-presidentes-y-vicepresidentes-y-ministros-de-estado». «La-abyecta-sumisión-de-los-miembros-del-congreso-y-funcionarios-de-toda-ralea-una-práctica-maldita-intolerable ». «¿Necesitamos-una-ideología-nueva?». «Quizá-pero-solo-comoguía-general-sin-dogmatismos». «Los-políticos-llegan-al-poder-y-se-corrompen». «Los-van-a-matar-como-a-cucarachas-no-a-los-políticos-a-los-obreros-los-van-a-masacrar». «¿Y-yo-qué-puedo-hacer? ». «Es-legítima-la-resistencia-de-los-pueblos». «Si-no-hay-posibi-

lidad-alguna-de-vencer-es-insensato-resistir-pero-debemos-resistir». «Los-van-a-traicionar».

Se levantó como un zombi.

- Parcelaré una parte de El Progreso. Haré fincas agrícolas. Voy a convertir a mis trabajadores en hombres capaces de forjar su propio destino... Eso es lo que haré. Eso es lo que voy a hacer.

En la tarde del martes 14 noviembre de 1922, al regresar de Guayaquil, luego de tres días de ausencia, comprobó don José, que sus trabajadores plegarían a la huelga, que lucharían por defender sus derechos y el derecho del resto de trabajadores. Los respetó por eso.

En El Progreso, los peones formaron grupos, cuchichearon, discutieron entre ellos.

Eran las cuatro y media. A esa hora deberían ya estar descansando, junto a sus mujeres e hijos, en los ranchitos que él había mandado construir, al pie de una ladera.

Tenían estos ranchos cubiertas de zinc que brillaban como espejos al ser tocados por los rayos del sol, y se elevaban aproximadamente un metro, por encima del suelo, para evitar que, en el invierno, el agua de las lluvias moje los pisos.

Dos dormitorios, una pequeña sala y un fogón conformaban las viviendas de los trabajadores, amén de un *porch* o soportal, en el frente, en donde solían tender hamacas y colgar grandes canastos de mimbre, con víveres.

Criaban las mujeres gallinas cariocas y patos. También solía verse, pastando por los alrededores, uno que otro chivo, uno que otro borrego.

Pero esta vez, los hombres no fueron a sus ranchos. Tampoco descansaron.

Como cincuenta se reunieron, desperdigados entre el muelle y la entrada de la casona.

Algunos afilaron sus machetes sobre las piedras planas del senderito. Se escuchó el choque del metal contra las lajas: el lamido de las lenguas de acero despidió pequeñas chispas amenazado-

ras.

Borbor caminó entre ellos, como si nada pasara. Las caras fruncidas de los peones adquirieron el color de la reseda. Era evidente que los ánimos estaban exaltados. Iba examinándoles de uno en uno, buscando sus ojos, de frente. Pero ellos, rosquituer-tos, rehuían su mirada.

Le llegaron murmullos, frases entrecortadas, comentarios sin ilación...

- Éhta si que salió pior, caray.
- Entonceh le dije: ¡sarta diablo der demonio, sarta!
- É una nube grih, é la que mihmamente podría hacer llover hoy... o mañana...
- A toa la familia.
- Yo vide, compadrito, una abusión...
- La cosa é que nosotros no tengamoh repentimiento.
- Tenemoh que ir a esa huelga, pa que naiden noh joda despuéh.

«Cuánta sangre y sufrimiento

nos ahorraríamos si, dejando atrás nuestros egoísmos y ambiciones, trabajáramos juntos para construir una sociedad mejor, en la cual los hombres pudieran confiar unos en otros.» —Pensó—. «Pero, claro, ésta es una utopía inalcanzable. Como esa sociedad no existe, todos se vuelven desconfiados... ¡Irán a la huelga! Nada podrá detenerlos».

Tomando del brazo a Bazurto entró a la casa-hacienda y llamó con un movimiento de cabeza a los hermanos Pincay. Los hizo sentar en la sala, como si fueran grandes señores, y les habló tranquilamente, sin rodeos:

- ¿Qué es lo que pasa aquí? El horario de trabajo ha concluido. ¿Por qué no está descansando en su casa esa gente?
- É po la huelga, patrón.
- ¿Huelga? ¿Me amenazan con el paro? ¿A mí? — se hacía el loco, el que no sabe qué es realmente lo que está en juego —. ¿Por qué no han venido simple y llanamente, como en oca-

siones anteriores, a pedirme lo que desean? Ya saben que siempre los recibo y, si es racional el pedido, lo atiendo de inmediato.

- No é contra suya, patrón. É la huelga general.
- Sí, claro. La huelga. Todo el mundo habla de esa huelga. ¿No saben acaso que el gobierno está afilando los colmillos de sus lobos sanguinarios para que los destrocen como a corderos? El gobierno quiere hacer un escarmiento sin precedentes. Está dispuesto a disparar a mansalva contra el pueblo, para cortar de raíz los avances socialistas y comunistas.
- Noh dijeron que éhta sería una marcha pacífica. Que no tendrán motivo pa dihpará al cuerpo.
- Ya sabemos cómo acaban las “marchas pacíficas”... Ya sembrará, el propio gobierno, desmanes y violencia, para tener un pretexto, un solo pretexto que le permita usar la fuerza,

para afianzarse en el poder y “restablecer la paz y seguridad internas”. No me gustaría que terminen ustedes con un tiro en la mitad de los ojos.

- Éh la huelga de tooo lo trabajadoreh... ¿no debemoh también nosotroh apoyá nuehtroh compañeroh?
- ¿A costa de sus vidas?
- Noh han pedío nuehtra presencia...
- Tenemoh que ser solidar-ioh.
- Noh tenemoh que concentrá en Guayaquil, mañana temprano. Queremoh que noh prehte la balandra y alguna que otra embarcación...
- No queríamoh ir sin que buhté lo supiera, sin que buhté noh diera permiso.
- ¿Entonces ustedes tampoco están contentos, aquí en El Progreso? – les tentó nuevamente, para jalarles la lengua.
- Nosotroh tamoh contento

aquí, patrón. No noh pode-moh quejá...

- Está bien. Está bien. Veo que están decididos. Nada podrá convencerles. Hasta debería felicitarles por solidarizarse con el resto de trabajadores. Vayan. Yo no voy, porque no creo en las promesas de los comunistas... La gente tiene el derecho de reclamar, de pedir a los que gobiernan que enderecen las riendas e impongan la justicia. Pero les advierto: la marcha de mañana no será pacífica. El ejército y la policía tienen orden de aplastar, de sofocar esa manifestación, a sangre y fuego. Vayan... pero tengan cuidado. ¡No se metan en líos!

El 15 de noviembre se desató la violencia.

La leche que llegó de las granjas fue lanzada al río. Cerraron el camal, no se permitió la matanza de ganado. Los tahoneiros no hornearon el pan. Al que intentó trabajar lo ahuyentaron

a pedradas. Se cerraron, a palos, las tiendas y mercados. No se recogió la basura.

La turba enardecida pedía la cabeza de los ricos y de los blancos. Al grito de “las armas para el pueblo” grupos de manifestantes pretendían tomarse los cuarteles. Sediciosos, envalentonados, intentaron desarmar a las fuerzas policiales.

Por la noche, la oscuridad fue absoluta. Ningún farol alumbró el frente de las casas.

Los maleantes aprovecharon la confusión reinante y desencadenaron el saqueo de la ciudad. Delincuentes, hampones, anarquistas criollos, entremezclados con los trabajadores, en un vandalismo desenfrenado, rompieron las puertas de los locales comerciales y se apoderaron de lo que pudieron.

Los trabajadores paralizaron el puerto de Guayaquil.

El ejército y la policía masacraron a los huelguistas y lanzaron cientos de cadáveres al río. Más de dos mil trabajadores fueron asesinados.

Ese día de terror quedó grabado en la retina del joven Roberto Alcívar, quien a sus quince años, tuvo el infortunio de mirar con sus propios ojos la masacre, desde la ventana de su casa.

Al pie de su balcón hay un hombre abatido a tiros.

Un muchacho trata, desesperadamente de levantar el cuerpo inerte, de ocultarlo en alguna forma. Busca un escondite, un zaguán abierto, un hueco dónde pueda llevar ese cadáver cosido a balazos. No se puede perder el tiempo. En la boca calle, los de uniforme retiran apresuradamente los cuerpos de los caídos.

Los ojos del muchacho se mueven veloces, auscultando las ventanas, los techos, las paredes de las casas.

Las miradas de los dos muchachos chocan, se detienen, se interrogan. Roberto, sin pensar en el peligro, sin meditar sobre las consecuencias, baja, abre la puerta de su casa y ayuda al joven zambo a meter al muerto en el zaguán, hurtándolo de las celosas garras de la fuerza pública.

Las miradas de los dos jóvenes se unen en un lazo de complicidad.

Roberto estrecha los cuatro dedos de la mano que el zambo zambón, agradecido le extiende.

— ¿Era tu padre?

— Era Joaquín Tomalá, mi padrajtro... Mi má ze juntó con él, dede el principio, pero no ze cazó ni a lo civil ni a lo eclesiástico. ¿Oyó? Era chiro y cochambrozo y bebión también, pero tenía zu conzecto e la vida, zin zer etudiao... y mucho lo queríamos tooo... y me lo han dao el vire ezo mal nació, ezo jaragane... Cuando lo vide ya taba boqueando... Hágame el favó, por Dio zanto. ¿No é pa empingarze?

Unas semanas después de la matanza de los obreros, Roberto fue a Vines, a la hacienda de su tío, para visitar a Josefina.

Ella, feliz de verle, corrió a su encuentro y le sonrió.

— Te reto a una carrera de

caballos.

- ¿Qué te hace pensar que podrás ganarme esta vez?
- No me interesa ganar. Solo quiero correr, sentirme libre.
- Dicen que solamente el viento es libre...
- Ese es un lugar común, una licencia poética... El viento no tiene conciencia ni albedrío. Para ser verdaderamente libre se precisa estar consciente de la propia libertad.
- ¿Y quién dice eso?
- Lo dice mi padre.
- Entonces... ¡Arre!
- ¡Arre!

Montaron en los caballos y los devoró el verde amarillento de la gran llanura.

A la hora del almuerzo, cuando Roberto vio a su tío, le contó cómo había conocido al zambo Vicente Quiñonez.

- Dile al muchacho que puede venir a trabajar conmigo, si quiere... Me hace

falta peones...

- ¿Por qué necesita usted tantos jornaleros? Siempre está contratando más y más mano de obra.
- Porque El Progreso es muy grande. Es una plantación importante y crece cada año. Como el negocio es bueno, debo comprar más tierra, para multiplicar los beneficios. Se compra tierras públicas a precios insignificantes... Por otro lado ¿No te parece importante dar trabajo a un mayor número de personas?

El zambo, hurtando el cuerpo a “Los Facinerosos”, aceptó la oferta y se fue a Vinces, a trabajar en El Progreso.

El boquisucio Camilo Isiduro se ha sentado, redondo como un sapo, en la butaca de cuero, detrás de su escritorio. Suda como la tapa de una olla. Su “oficina” es estrecha y no tiene ventilador. Al hablar, unos hilos de baba chorrean desde su boca desdentada.

- ¿Se le ha rayado el mate, coleguita? ¡Verga! ¿Fincas? Le digo con todo el respeto que usted se merece... ¿Fincas agrícolas? ¿A quién se le ocurre semejante pendejada? ¿Va a regalar la tierra?
- Jamás haría yo una cosa de esas. Lo que se recibe de balde, no se asigna valor. Solamente aquello que conseguimos con esfuerzo lo apreciamos y mantenemos. Les voy a vender las fincas, las herramientas, las semillas, los abonos, los fertilizantes...
- ¡Qué cojudez! ¿Y con qué guita le van a pagar las tierras esos desarrapados, que no tienen dónde caerse muertos? ¿No será que le están presionando? ¿No será que esa gente está chantajeándole?
- ¡Prepare los papeles, abogado Isiduro!
- ¿Y tienen conocimiento de esto los “HdL”? ¿No los estará provocando?
- ¿Y qué tienen que ver en

esto los “HdL”. Estas son mis tierras. ¡Prepare los papeles!

- La va, a cagar...

El abogado Borbor estaba ya por salir y el boquisucio lo detuvo.

- A propósito de tierra, coleguita... ¿Se acuerda de la pequeña finca que compramos a la altura de la isla Santay? La cerqué con un palenque de dos metros de alto. Hice construir en el interior una especie de palafito de dos plantas, con caña guadua y zinc. Por fuera da lástima, pero por dentro es confortable. La gran puta, sí que es acogedor. Ahora es placentero, pero las primeras noches que pasé allí, vigilando... Verga, me devoraban los zancudos. Hay un buen retrete, un cagadero, ya sabe, y una bodega, para guardar herramientas. Desde la segunda planta del palafito se ve la cúpula de la fortaleza donde se esconden sus enemigos. No me equivocaba... Allí tienen la sede los

que le andan persiguiendo. Tome esta llave. Puede ir un rato de estos por allí. He dibujado este mapa, para que no se pierda. Los zancudos no le van a picar. Las ventanas están protegidas con tela metálica.

En la madrugada del 5 de febrero de 1925, cuando la niña Josefina cumple sus quince años, se despierta violentamente a causa de una pesadilla desesperante.

Ella está nadando en un estero y aparecen miles de chames. Brillan sus escamas como las uñas pintadas de la Manola.

Los peces nadan en círculo, las burbujas brotan con fuerza, elevándose en espirales indescriptibles y su cuerpo femenino, débil, blanco, desnudo e inermes, constituido en el centro de un remolino, se hunde irremisiblemente.

Sus pies tocan el fondo del río. Las piedras son redondas y duras. La arena es áspera.

Siente entonces como si desde su coronilla bajara cálido e

incontenible un torrente de sangre, arrebatándole la vida.

La saliva de su boca es salada y nauseabunda. Los huesos de la cadera se rebelan y quieren abrirse como botones de rosa en primavera.

Tanto es el dolor del bajo vientre que, despertando de súbito, salta de la cama y abre de par en par las ventanas de su dormitorio.

Sus piernas están empapadas en sangre. Corre de inmediato al dormitorio de la urraqueña.

— ¿Qué tienes, mi reina?

— ¡Mira!

La mujer sonríe. Besa a Josefina y la tranquiliza.

— No te preocupes, chiquita mía. Te ha bajado la regla. Eso es normal.

Pero la hemorragia continúa y continúa y nadie consigue detenerla.

Las bebidas, los emplastos y las gasas del doctor Quintiliano Torrecillas, resultaron estériles.

— Llévela donde Jorge Elías

Adoum, – le aconsejaron los “HdL” –. Son notables sus conocimientos de medicina natural.

El señor Adoum, era un libanés que había llegado a Guayaquil el año anterior. Se decía de él que tenía el poder de hacer sanaciones asombrosas, con solo la imposición de sus manos.

Hipnotizó el curandero a la muchacha y formuló un sinnúmero de preguntas, aparentemente sin propósito alguno.

- Me siento impura. Tengo mucha vergüenza
- lloriqueó la muchacha, tapando su sexo medio lampiño con una de sus manos, mientras con la otra se subía nuevamente sus pantaletas.
- Nada de eso, mi niña.
Usted, mi reina, ha tenido su menarquia. Ha pasado de niña a mujer... y eso es bueno.

El señor Adoum le dio a beber unas aguas de hierbas y le ordenó regresar después de veintiocho días.

Tres sesiones fueron suficientes para curar a Josefina de esa roñosa peste.

- ¿Por qué no entramos?
–Pregunta el primo a la prima.
- Mi papá me ha prohibido.
- ¿Has estado allí alguna vez?
- Sí.
- ¿Qué hay adentro?
- No me acuerdo bien.
Estaba tan asustada. Creo que hay un altar de piedra y flores. Muchas flores y humo. Sí. Como en las iglesias.
- Entonces se trata de un templo...
- Puede ser.
- Qué curioso. ¿Por qué te han prohibido entrar?
- No lo sé.
- Hoy no está tu padre.
Nadie nos ve. Entremos y veamos qué es lo que ocultan...

La prima baja la cabeza, indecisa. El primo se acerca a la enorme y gruesa puerta.

— ¡Josefina, ven aquí! ¡Los cerrojos están libres! ¡No han colocado los candados!

— ¡No entres, Roberto!

El primo empuja la pesada puerta y ésta cede. Los muchachos ingresan. A través de los vitrales de colores penetra la luz a raudales. Las paredes del templo están repletas de inscripciones:

“Ordo ab chao.”

“IHS:. Isis, Horus, Set.”

“Ningún hombre tiene el derecho de imponer a otro sus creencias o su fe.”

“Nadie puede decir que es el dueño absoluto de la verdad.”

“Luz. Más luz. Siempre luz.”

“El ser supremo es el centro de la luz.”

“Lucifer es el portador de la luz. Él es el hijo de la mañana.”

“De Lucifer nos llega la luz. Lucifer es Dios. Esta es nuestra pura y verdadera religión.”

La cegadora luz del relámpago penetra violenta y poderosa. El ruido ensordecedor del trueno, hace saltar los vitrales, que caen sobre el piso de mármol, como granizo de fuego.

Una voz que no hace vibrar los tímpanos de los oídos, sino las cuerdas del alma, sentencia:

— ¡Ven, amada mía, esposa mía, destinada para mí, desde antes de los tiempos! ¡No temas! ¡Acércate, para que escudriñe tu alma con mis dedos! Yo soy tú. Tú eres yo.

Los primos huyen del templo, precipitadamente, como si el propio demonio los estuviera persiguiendo.

Las flores del jardín claman, asustadas, en coro:

— ¡Por la sangre están eternamente unidos los primos! ¡Esto nadie lo puede negar!

Las ratas, saliendo de sus madrigueras, las contradicen:

— ¡Por la sangre estarán eternamente separados los primos! ¡Esto lo puedo yo testificar!

El Colorado Roberto Alcívar pasó de largo, sin mirar siquiera la casa del Cabildo, y avanzó por las calles silbando despreocupadamente.

A su edad, los muchachos no conocen la ansiedad.

Llegó a la plaza de la Estrella y se quedó un rato mirando a las parejas de muchachos y muchachas, tomados de las manos.

Pensó en Josefina y se le iluminaron sus ojos.

A las seis de la tarde llegó a la esquina del hotel. Don Jairo, un libanés viejo y reumático, era su propietario. Había nacido este hombre en el Líbano, pero los que le conocían le decían “turco”.

Para el guayaquileño común y corriente, todo el que venía del Medio Oriente era simple y llanamente “turco”. Así les decían a los que vendían los casimires a plazos, puerta a puerta, o las telas estampadas, por varas, en los mercados.

Años atrás, entre 1923 y 1924, el “turco” Jairo, de visita en Los

Ángeles, quedó prendado de los tubos llenos de “fuego líquido” fabricados por el francés Georges Claude. Como no existiera taller alguno en el Ecuador que moldee los famosos caños, mandó fabricar unos cuantos, para su propio uso y los trajo consigo, a su retorno.

No había oscurecido aún, pero las luces del famoso rótulo de neón estaban ya encendidas y brincaban con espasmos claudicantes, ocultando aleatoriamente alguna de las letras o mostrando todas éstas, a su capricho: “Santa Fe”, “S nta Fe”, “ anta Fe”...

Frente al refugio del “turco” estaba la casa de sus padres. En la planta baja, el “Colorado” Asencio Alcívar Cedeño, vendía pescados y mariscos.

« ¿Cuándo tendremos nosotros un rótulo tan lindo como ese? ». —Pensó Roberto y cruzando la calle, entró a la pescadería.

— ¿Cómo van tuh ehtudloh, muchacho?

— Bien. Muy bien, *apá*.

— Cuando tú seah abogao...

qué orguyo...

Entonces se escuchó el retintín del carromato. Curiosos, como eran, corrieron padre e hijo hasta la puerta y descubrieron al viejo chamarilero que, empujando su carretón atestado de chucherías, pregonaba a grito pelado su mercancía:

- ¿Naiden quié comprá?
¡Linda tarde pa comprá!
¡Todo baratier! ¡Venga patrón, venga...! ¡Oxerve, oxerve mi patrón...!
¡Traigo cacharpa! ¡Traigo cachina! ¡Traigo chancuco! ¡Linda tarde pa comprá! ¡Tengo aniyoh di oro y plata, pa el que quiera arrejuntarse con amorosidá!

Sacó el buhonero una caja de terciopelo negro y desde el fondo, los ojos de doscientas estrellas parpadearon. Roberto estiró su mano y tomó uno de los aros.

- ¡Ehe no, mi patronhito! Yeve el de a lao, que no tiene piedra, pero é de oro puro.
- A mí me gusta éste. —Dijo Roberto. — ¿Cuánto cuesta?

- ¡No yeve ehe no, mi patrón! ¿No ve que ehtá manchao e sangre?
- Me gusta el rubí. Ha sido tallado primorosamente, en forma de corazón.
- É un aniyo ejtraño —sentenció don Asencio.

Salieron los primos, acompañados de Pedro Marcillo y de Rosendo Alancay, en cuatro mulas grises de gruesas cabezas y largas orejas.

Alancay —peón fiel y servicial, atezado, fornido y varioloso— tomó la delantera.

Pedro —estevado como su amo, nariz de halcón, ojizarco, nacido en El Progreso, hijo espurio de un gringo aventurero que preñó a la más hermosa de las hermanas Marcillo— cubrió la retaguardia.

Josefina acarició la melena corta de su mula y el uniforme pelaje de la bestia tordilla respondió a la caricia con un temblor imperceptible. Era su silla la más elegante y vistosa de todas: ostentaba ésta: barrén delantero

y barrén trasero primorosamente repujados, pomo y estribos de plata, cinchas de seda negra, gualdrapas anterior y posterior de brocado, listadas de rojo y negro y guarda piernas con incrustaciones también de plata.

Tramontaron el alcor de los gallinazos. Siguiendo el sinuoso sendero cubierto de cascajo llegaron hasta la cima del altozano de los monos y contemplaron a su gusto el extenso valle en todo su esplendor.

A lo lejos, abajo, hacia la izquierda, la casa-hacienda y el embarcadero donde se amontonaban los sacos de cacao desaparecían a intervalos, engullidos por la fina neblina, hija legítima del espumoso río.

- ¡Hoy estás más hermosa que nunca! — Dijo Roberto, casi en un susurro.
- Calla. ¿Quieres que todo el mundo se entere de lo nuestro?

En silencio fueron los peones Marcillo y Alancay, con sus machetes colgando de la cintura, siempre atentos y vigilantes.

Empapadas en sudor las camisas que algún día fueron blancas, dejaron a su paso el olor fuerte, inconfundible de los montuvios de cepa.

Al pie del monte contemplaron sin prisa los recios arbustos del moyuyo, con sus flores de un blanco amarillento, abiertas cual cornetas de siete puntas.

Algunos frutos blancos, verdosos, ocre, amarillentos, del tamaño de las uvas, desprendidos de las flexibles ramas impregnaron el suelo con un líquido pegajoso.

Pedro Marcillo detuvo su mula, y sin desmontar, se acercó a los moyuyos para comprobar con sus diestras manos la consistencia del tronco y de las ramas.

¿Cuántas sillas, cuántos reclinatorios, cuántas mesas, cuántas mecedoras podría fabricar él con esas torcidas ramas?

- Si mi abuelo me viera dejao traé lah herramientah del “gringo”...

Un par de abejas curiosas, estuvo revoloteando alrededor de una de las cornetas y a Roberto le pareció que el cuerpo de los

insectos había sido hecho de oro puro.

- ¿Tú sabes que las abejas y las hormigas son nietas o bisnietas o tataranietas de las avispas? —Le dijo Roberto a Josefina.
- ¿Y tú, como sabes tantas cosas? —Respondió la muchacha.

Entonces Roberto comprobó que el azul de los ojos de Josefina era más puro que el azul del infinito cielo.

Sacó del bolsillo el anillo que comprara al chamarilero, y tomando la mano de su prima, colocó en su anular la sortija.

Los labios apenas se rosaron, y ni siquiera las curiosas tórtolas ocultas arriba entre las verdes hojas, alcanzaron a escuchar el fugaz beso.

- Ese é el cahtaño —. Dijo Rosendo Alancay, con su voz ronca, señalando un enorme árbol que sobresalía como un gigante entre los demás.

Grueso era el tronco, tosco y

rugoso al tacto, de color marrón grisáceo, con fisuras de caprichoso diseño. Oblongas, lanceoladas, puntiagudas y largas eran sus hojas. Unos treinta y cinco o cuarenta metros pudo haber medido ese enorme castaño.

Parecía una “Y” invertida. O como dirían los griegos: una lambda, λ . Era como si al comienzo hubieran brotado dos árboles, que terminaron fundiéndose en uno solo.

Casi a ras del suelo quedaba la abertura. El zumbido de las abejas asustó a Josefina. Entraban y salían por el oscuro hueco los laboriosos antófilos, como suelen hacer los fieles en Semana Santa, cuando por devoción tienen que visitar de prisa siete iglesias y dejar en cada una de ellas sus rezos, sus clamores, sus ruegos y peticiones...

Dentro del tronco, desde la base hasta la punta del árbol habían construido estos insectos sus caprichosas colmenas. Ni guerras ni conflictos: el ancho espacio estaba disponible para todos.

¿Cuántas reinas convivían en paz dentro de ese tronco hora-

dado? Nadie podía saberlo.

Al igual que muchachos traviesos, bajaron de sus bestias los peones y metieron sus largos brazos por la hendidura del árbol.

A Pedro Marcillo se le ocurrió la idea de encender fuego y todos apoyaron, sin reflexión alguna, la propuesta.

Rosendo Alancay, afanoso, recogió con sus enormes manos: hojas, cortezas y pequeñas ramas resacas.

- No creo que debamos molestar, de esa manera, a las pobres abejas -protestó, en voz baja, Josefina.
- He visto a los apicultores apropiarse de buenos panales de abeja, atontándolas con humo. Quizá nosotros tengamos suerte -dijo Roberto.

Lograr que el humo penetrara por el agujero, para que las abejas casi asfixiadas, abandonen las colmenas empezaba a parecer una misión imposible de cumplir.

Entonces escucharon el

relinchar de un caballo. Advertido por la humareda, don José Borbor llegó látigo en mano.

- ¿Quién les ha dado permiso para torturar así a esas pobres abejas? ¡Apaguen el fuego de inmediato! Este castaño debe tener cuando menos quinientos años. ¿Es que nada respetan ustedes? Y tú, Josefina, retorna a la casa de inmediato. ¡No tomarás chocolate esta noche, en la cena!

Luego del asesinato de Carlos Salcedo, del incendio en la fábrica de chocolate y de su propio secuestro (en el que él mismo fue cómplice instigador) el abogado Borbor consideró que era necesario adoptar medidas drásticas para proteger su integridad, la de su hija y la de su gente.

Le había estado dando vueltas a este asunto durante algún tiempo, pero no hallaba la forma de articular algún plan concreto para mejorar su sistema de seguridad.

Entonces, una tarde, mientras

cabalgaba distraído por entre uno de los tantos vados que formaban las entrantes del Vines, se topó de manos a boca con Jacinto Bazurto Briones.

El peón emergió súbitamente, desde unos matorrales.

Lo imprevisto de su aparición turbó al abogado, a tal punto que perdiendo el equilibrio cayó al agua.

- Le tengo que pedí un favó, patrón —le suplicó el peón, ayudándole a salir del remanso.
- ¡Qué susto me has dado, Bazurto! ¿Qué es lo que quieres ahora?
- Una arma. Una arma güena, de lah grandeh, pa defendelo, pa cuidalo, pa que no me lo vayan a matá un día de ehtoh. Aquí, en la mitá e la selva, pue ocurri cualquier cosa. ¿No oyó lo que leh pasó a loh dueño de lotra plantación? Loh torturaron, loh dehcuartizaron. Loh partieron en trocitos vivitoh, solo po venganza, po pura venganza... ¿No oyó lo que hicieron ayá

bajo, con doh hermanah que si han ehtao bañando núah? Dicen que entre cuatro lah han busao?

- ¿Y tú sabes disparar, Bazurto?
- No, pero mi primo Arnulfo eh una fiera pa eso. ¿No ve que pelió con lah huehtes di Alfaro? Mi primo sabe de esah cosah. ¿No ha oío hablá dél? Cierra un ojo, apunta y baja dende el cielo cualquier avecita que se le ponga al frente. Busté patrón, debería contratá a mi primo pa que se sea su guarda ehpalDAH...
- Me parece una buena idea, Bazurto. Anda y dile a tu primo que quiero conversar con él. ¡No me cogerán desprevenido la próxima vez!

No fue difícil comprar una media docena de fusiles Mauser en buen estado, que llegaron hasta El Progreso, camuflados con caña y bagazo, en el fondo de la balandra.

Solamente Bazurto supo lo de las armas. Cuando éstas llegaron, el abogado Borbor eligió un grupo de trabajadores de su plena confianza. Todos solteros. “De esta manera – se dijo a sí mismo –, no dejarán viudas ni huérfanos, en el caso de que llegare a ocurrir alguna baja”.

Cuando les tuvo frente a sí, pronunció estas palabras, como si estuviera reunido con un grupo de amigos, no de sencillos peones:

- Les he pedido que vengan porque los conozco bien, desde hace ya algunos años. Ustedes, por otro lado, me han mostrado lealtad y respeto. Yo valoro su comportamiento. He traído, para compartir, unas botellas de aguardiente.

Alguien abrió una botella y llenó las copas. Las bocas de los peones salivaron con deleite el néctar de la caña.

- ¡Salud!
- ¡Salud!

El abogado sacó maquinalmente la cajita de tabaco, tomó

un poco en la mano y estaba a punto de llevarlo a la boca, pero no lo hizo. Restregó el polvo negro entre sus dedos y lo dejó caer al suelo. Se atusó el bigote. Carraspeó y lanzó un escupitajo, que se quedó temblando en el borde de la escupidera.

- Quiero, ahora, pedirles un consejo. Todos están enterados de lo que pasó en el río. Saben cómo fuimos atacados cobardemente, mientras viajábamos a Guayaquil, sin molestar a persona alguna. Cuatro de sus compañeros perdieron la vida, por mi culpa, porque me habían advertido de antemano que podrían producirse bajas en esa travesía, pero yo minimicé los riesgos y lamentablemente, por mi culpa, repito, sus cuerpos no han podido ser enterrados, porque fueron lanzados violentamente al río durante la trifulca. Hoy quiero recordar los nombres de esos valientes: Joaquín, Medardo, Fermín y Manuel. Estamos ayudando a sus familias. Esto

- es verdad. Pero ninguna ayuda, por generosa que esta fuera, llenará jamás el vacío que estos hombres han dejado. Ahora, yo quiero preguntarles. ¿Podemos vivir en El Progreso confiados, seguros de que nada nos va a pasar? ¿No volveremos a ser atacados? ¿Podrá la policía defendernos si vienen acá, armados alguna noche de estas? No. Ninguna seguridad tenemos en estas extensas sabanas. Entonces yo les pregunto, ¿qué podemos hacer? Ese es el consejo que yo quiero pedirles.
- Patrón — dijo Bazurto —, yo creo que tenemoh que ehtar preparadoh.
 - Patrón. Yo creo que Bazurto tiene razón. Tenemoh que preparanoh.
 - Deberíamoh tar armaoh, patrón, pa que no puedan matanoh como chivoh nel depoblao.
 - Si, patrón. Busté debería compra po lo menoh un par de fusileh...
 - Pero ustedes saben que eso está prohibido. Nadie nos daría permiso para comprar fusiles.
 - Pero patrón... caso que vamoh a tar diciendo po ahí que nosotroh cargamoh fusileh... Esah cosah no se dicen, patrón...
 - ¿Entonces todos ustedes están de acuerdo en que se compre fusiles?
 - Todoh tamo en acuerdo, patrón.
 - Esa eh la única forma e proteger nuehtrah familiah, patrón... Todo tamoh en acuerdo...
 - Pero... ustedes no tienen familia.
 - Nosotroh lo que aquí noh ve, no tenemoh compromi-soh. Pero nuehtroh compa-ñeroh si loh tienen. ¿No eh nuehtra obligación prote-geloh?
- ***
- El primo de Bazurto entrenó a los peones y éstos adquirieron notable puntería y precisión en

los disparos. Entre todos, el que mejor disparaba era un muchacho alto, bien parecido, al que llamaban “El Gaviota”.

Cuando estuvieron diestros en el manejo de los fusiles y sus punterías fueron aceptables, José Borbor trajo un francés, experto en el antiguo arte de la pelea con espadas.

- ¿Y pa qué queremoh nosotroh aprendé a luchá con ehpadah? – preguntó Rosendo Alancay, el más desconfiado de toda la partida.
- Porque cuando las balas se agotan hay que entrarle a la bayoneta, Rosendo.
- Pero una bayoneta é una bayoneta y una ehpada é una ehpada, patrón.
- Nunca se sabe con qué arma te puede atacar el enemigo, Rosendo.

Fue por aquella época que se organizaron las “guardias nocturnas”, que se encargaron de vigilar, fusil al hombro y a caballo, el perímetro de El Progreso.

Desde luego, todas estas opera-

ciones se llevaron a cabo sin que nadie se entere y se mantuvieron en estricto secreto.

El recuerdo de la muerte de los compañeros de trabajo, generó entre los peones una solidaridad indiscutible.

¿A quiénes eligió el rico hacendado en calidad de compañeros de armas? A los que él juzgó y catalogó como hombres íntegros, de buen corazón, honrados y valientes. Fueron sus nombres:

- * Jacinto Bazurto Briones, El Gaviota;
- * Los hermanos Severo Pincay y Fugencio Pincay, los piel de iguana;
- * Vicente Quiñonez, el zambito zambón;
- * Pedro Marcillo, ojizarco, hijo de “gringo”, estevado, como su amo; y,
- * Rosendo Alancay, el cantor.

Inició el francés el entrenamiento propio de la esgrima de salón. Explicó las diferentes clases de aperturas, los golpes hacia

adelante con los pies juntos, la estocada al revés sobre una sola pierna levantando graciosamente el brazo izquierdo, el barrido horizontal en paso agachado, el corte oblicuo dando la vuelta, el salto y estocada al frente, el retroceso y contra ataque, entre otros movimientos propios del arte.

Los montuvios rieron y cuchichearon entre sí. Les causó gracia ver al hombre con sus piernas ceñidas en una licra negra, moviendo su cadera y haciendo gesticulaciones amaneradas, como las que suelen hacer las mujeres.

- Ehte francé me huele que é marica.
- Fíjese, compadre, cómo le ehtá mirando e lao.

Seis meses tardó el francés en despecharse. Los rudos montuvios no tenían estilo.

Utilizaron las espadas como si fueran palas, azadones o machetes. Cansado de no avanzar como él quería, fue un buen día a la casa y pidió hablar con el abogado.

- Nadie conseguirá hacer de esta gavilla de ineptos un equipo decente de espadachines. Esos hombres desconocen el sentido de la estética, de la elegancia en los movimientos. Ignoran las sutilezas de la danza. Corren, como bellacos, cuando uno hace un avance. Y, si uno los persigue, regresan de pronto y le propinan un planazo seco en la cabeza. No entienden las reglas del deporte. Son unos brutos. Uno de ellos casi me mata de un codazo en la espalda
- Entonces ¿qué es lo que usted me aconseja? — preguntó el abogado Borbor al francés.
- Contrate primero un profesor de danza clásica. Cuando estos hombres aprendan a mover sus cuerpos delicadamente, con ritmo, llámeme.

Como los mozos habían adquirido ya el gusto por la pelea de espadas, siguieron practicando por su cuenta.

Al mirar José Borbor su espon-

táneo y tosco entrenamiento, comprendió que debía cambiar de instructor. Llamó nuevamente al francés, puso una de sus manos amigablemente sobre el hombro del espadachín y lo sonsacó fácilmente:

- ¿Conoce usted la esgrima medieval?

El francés le quedó mirando como si no hubiera entendido la pregunta. Entonces, él insistió:

- La esgrima que se practica con grandes espadas, que deben ser levantadas con las dos manos.
- Eso es arcaico. Ya nadie lo utiliza... Conozco, sin embargo, un viejo que vive en Marsella...

Los hombres se ejercitaron durante el día en el arte de la espada y por las tardes escucharon la palabra, con mente abierta y corazón puro. Los misterios les fueron revelados.

Una vez que José Borbor supo que había llegado el momento, incendió sus pechos con fuego y el humo de las carnes chamus-

cadassubió a los cielos.

Dos hermosos jóvenes pasean por los cacaotales. Ella tiene quince años, él dieciocho.

- ¿Qué te pasa? No has hablado una palabra. ¿Estás enojada conmigo?
- Contigo no puedo enojarme jamás. ¿Cómo podría?
- Entonces, mírame. Mírame a los ojos.
- No debo mirarte. No debo mirarte a los ojos.

A la muchacha se le llenaron los ojos de lágrimas y, para que no la viera llorar su compañero, echó a correr por entre los árboles, dando pequeños saltitos, como una comadreja asustada.

El joven la siguió y, dándole alcance, la tomó del brazo y la estrechó con ternura contra su pecho.

- Déjame. Déjame Roberto. No empeores las cosas.
- No puedo verte así. Dime, ¿qué debo hacer para quitarte de encima la pena que

te aflige?

- Nada puedes hacer... No puedo... No debo... Es pecado... Iríamos al infierno.
- ¿Qué es lo que no puedes?
- No puedo sentir las cosas que estoy sintiendo... Eres mi primo.

La muchacha corrió esta vez, en dirección a la casa-hacienda, y el joven ya no la pudo alcanzar.

Esos días fueron inolvidables.

Algún tiempo ha pasado ya, desde que el abogado Borbor fuera recibido como un hermano más, dentro del selecto grupo de los “HdL”.

Él, por su propia voluntad, se ha infiltrado dentro del herético colectivo, con el fin de obtener pruebas de los supuestos crímenes ordenados por la inexpugnable cúpula.

Sin embargo, nada ha conseguido, hasta el momento. Ha hecho nuevas e influyentes amistades, pero no ha logrado penetrar hasta los círculos más altos,

donde se toman las decisiones importantes.

Si se ordenaron ejecuciones, a él no le consta. Si se planificaron o financiaron cuartelazos para derrocar uno que otro gobierno, tampoco le consta.

Recibe, eso sí, información privilegiada, de primera mano, sobre lo que hace o va a hacer el gobierno. Esto le permite a él, y al resto de los hermanos, beneficiarse, sacar ventaja, adelantando o reteniendo la compra o la venta de tierras, de bienes, de bonos y otros papeles fiduciarios.

Ha conocido —en el sentido bíblico de la palabra— a las damas más encopetadas de la sociedad guayaquileña, en las “fiestas” organizadas por la hermandad; pero no puede identificar a las mujeres con las cuales ha fornicado, porque éstas “recatadas como, aparentan ser” cubrieron siempre sus rostros con máscaras o antifaces.

Por otro lado, si bien la ley prohibía expresamente el adulterio, las bacanales se realizaron siempre con el consentimiento mutuo de los cónyuges.

Se trataba simple y llanamente de un grupo de hombres y mujeres que disfrutaban libremente de los placeres de la carne y jamás fueron sorprendidos in fraganti en estas actividades, no pudiendo, por lo tanto, ser perseguidos.

Le constaba, además, que el grupo financiaba la construcción de templos para recordar a los antiguos dioses extranjeros, sacrificando de tiempo en tiempo, monos y otras musarañas locales.

Pero solamente los fanáticos considerarían esto un execrable crimen. Por otro lado, era evidente, que los “HdL” constituía una organización que mantenía vínculos con el extranjero. ¿No se le había pedido a él mismo llevar paquetes sellados a París?

Sin embargo, le llegaban, de cuando en cuando, rumores, cotilleos e insinuaciones.

Algunos hasta le advirtieron sobre los peligros que corría el que mantuviera algún tipo de relación con los “HdL”. Pero él se negó rotundamente a dar crédito a los que denigraban, sin pruebas, a la hermandad.

En una de las reuniones del Club de la Unión, se le acercó un antiguo colega y, tomándolo del brazo, le condujo a una mesa, separada de las demás.

Allí se sentaron a conversar, a recordar el pasado... Pero sin que nadie lo advirtiera, el giro de la conversación cambió de rumbo:

- La hermandad no es confiable. Jamás te unas a los “HdL”.

Borbor lo miró con fingida curiosidad

- ¿Qué sabes tú de esa hermandad?
- Que son unos fanáticos, capaces de llegar a cometer las más grandes atrocidades.
- Yo no los veo así. La impresión que tengo es distinta. Creo que solamente buscan conseguir el beneficio económico de los miembros, mediante el apoyo mutuo. Por eso reclutan a los más ricos, a los más influyentes.
- No seas ingenuo, José.

- ¿Qué me dices de los ritos? ¿Qué me dices de los sacrificios cruentos de animales? Se dice que organizan bacanales vergonzosas...
- ¿Están prohibidos los ritos? Ellos solamente quieren imitar a los griegos, para darse timbre. Las bacanales son solamente un escape... los hombres llevan a sus amantes...
- ¿No te parece decadente?
- Bueno, sí, lo admito. Es decadente... Vivimos en un mundo decadente... Y dime tú. ¿No has traicionado una sola vez a tu mujer?
- Fueron los “HdL” los que ordenaron la muerte de Carlos Salcedo.
- El abogado Borbor enrojeció y se puso de pie.
- ¿Tienes pruebas de eso? Muéstrame una sola prueba de lo que has dicho. ¡Si eso fuera verdad, los abandonaríamos de inmediato!
- ¿Entonces tú...?
- Sí, yo.
- ¡Jamás me lo hubiera imaginado! Olvida lo que te he dicho.
- Si logro comprobar, por mí mismo, que los “HdL” han ordenado o han cometido algún asesinato, dejaré de inmediato la hermandad. Jamás me uniría, a sabiendas, a un grupo de criminales.
- Si en verdad te has unido a los “HdL”, no te dejarán salir fácilmente, José... Los que entran, no salen...
- Se acordó entonces de las advertencias de Josephine. Ella lo supo siempre, pero él no quiso o no supo escucharla...
- ¡Una cosa más! — le dijo el amigo, al salir del Club.
- Dime.
- Vigila a tu españolita... se la está “comiendo” un tal Gabriel...
- ***
- Desmontaron una gran extensión y delimitaron las fincas.

Hermosos eran los lotes, todos ellos pegados a la orilla del Vines, a fin de que la producción, cualquiera que ésta fuera, pudiera sacarse fácilmente a Guayaquil, en barcasas o en canoas.

Hasta se abrió una trocha, para que la producción pueda ser evacuada por tierra, en el caso de que no fuera posible moverla por la vía fluvial.

Mientras don José pagó, de su bolsillo los trabajos, la gente llegó temprano a trazar los senderos, y a limpiar de malezas el área, y a preparar los terraplenes, y a levantar las estacadas con madera de monte.

Cantaban y reían los hombres y las mujeres, bromeando entre sí, como si fueran niños.

Había tierra de sobra para el que quisiera firmar los papeles.

Allí se podía sembrar desde banano, cacao y café, hasta naranja, limones, papayas, mangos, piñas y otras frutas.

Cuando todo estuvo listo y el boquisucio Isiduro apareció con las escrituras bajo el brazo, cambió el panorama.

Con recelo miraron los peones esos documentos cubiertos de timbres, sellos y cintas de colores. Desconfiados por naturaleza no querían asumir riesgo alguno...

- ¿Pa qué queremoh endeudarnoh de por vida?
—Decían algunos.
- Cuando triunfe el socialismo noh darán de balde lah tierra.
- ¿Quién noh va a da la semiyah? ¿De onde lah vamoh a comprá?
- ¿Y si no yueve?
- ¿Y si se pierden lah cosechah? ¿Quién noh va a pagá po el trabajo?

Las fincas no se vendieron.

- Yo le dije que lo va a cagar, colega. Y usted la cagó.

Seis meses de relaciones furtivas, de encuentros en hoteles y pensiones, de recados, de papelititos enviados con sirvientes, de miradas coquetas...

La bailaora está poniéndole

los cuernos al mismísimo José Borbor.

Una noche, a eso de las siete, luego de blanquear y hermosear su rostro con flores de zinc y carmín importado, la española entró sin hacer ruido al dormitorio de Josefina, pisando el suelo apenas con la punta de los pies descalzos.

Se acercó al lecho, donde dormía la muchacha. Se quedó allí, como petrificada. Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Se inclinó la Manola y besó la frente de la virgen.

Era noche de luna. Un relente pegajoso envolvía con su baba viscosa las hojas de los árboles. Mil luciérnagas estuvieron revoloteando, como niñas en recreo, y eran sus luces tan intensas que competían con la pálida cabellera de Selene.

Salió la bailaora y se dirigió, de prisa, al embarcadero.

Una lancha la esperó, como una hora, en la oscuridad, con el motor encendido.

José Borbor estuvo precisamente allí, oculto para sorprenderla in fraganti, para echarle en

cara sus infidelidades.

El hombre echó espuma por la boca. La Smith & Wesson tembló en su mano derecha...

- ¿A dónde vas?
- A Guayaquil.
- ¿Para qué?
- Tengo que hacer algunas compras.
- ¿Compras a esta hora de la noche? ¿Piensas que soy imbécil?
- ¡Suéltame! Estas haciéndome daño.
- Alguien te ha calentado las orejas... ¿Con quién estás engañándome? ¡Regresa a tu cama! ¡No dejaré que salgas esta noche!
- Te he seguido hasta esta maldita selva, José Borbor. En mala hora he venido contigo. Pero no creas que puedo vivir encerrada toda mi vida en esta jungla pestilente. Yo necesito aire, necesito bailar, necesito cantar, tocar las castañuelas y divertirme. Déjame tranquila. Te he dicho que iré

a Guayaquil y tú no me lo vas a impedir, ni ahora, ni nunca.

- ¡Espera! Yo te amo. Te amo, Manola. Quiero tenerte aquí, conmigo. Quiero envejecer contigo... ¡No te vayas!
- ¡No dramáticos! ¡Esta no es una tragedia griega!

José Borbor puso el cañón de la Smith & Wesson en la frente de la españolita. Ella se quedó sin habla. Un relámpago iluminó el cielo.

Los ojos de la mujer se habían humedecido y en su boca entreabierta se dibujó una mueca de incredulidad.

Levantó el arma José Borbor y descargó seis tiros al vacío. La mujer titubeó, pero luego, corrió en dirección a la lancha...

- Estoy loquito por ti. No te vayas... Extrañarás esta maldita selva...
- Prefiero vivir presa, encadenada en Guayaquil y no libre en Vinces.
- Te comerás tus palabras,

Manola.

La mujer no regresó a El Progreso. Tenía su genio. Vaya si lo tenía.

La española conoció a Gabriel NN en uno de los frecuentes bailes, a los que ella asistía, con el conocimiento o sin el conocimiento de José Borbor.

Quedó flechada. Gabriel sí que era un hombre de mundo. Su fina elegancia, su lengua locuaz, sus finos modales, y sobre todo, su forma de bailar cálida y sensual, la sedujeron.

Cuando está en brazos de Gabriel, la sangre de sus venas corre, vuela, vibra, como si en su corazón se hubieran instalado mil malditos negros y tocaran a rabiar sus tambores y tumbas.

José Borbor subió al Gólgota. Una fina llovizna humedecía el senderito. Desde lejos vio a Josefina. Sentada sobre una roca, permanecía sola, inmóvil, vestida de negro, en eterno luto.

Se acercó lentamente y sentándose a su lado, la abrazó contra su corazón, y le dijo:

- Ella no está aquí.
- Ya lo sé. Ha ido al cielo.
- Está en París, hija mía. No quería que lo supieras... no quería que tú lo supieras...

Tres ratones viejos están reunidos en una antigua madriguera.

Repantigados sobre sus improvisadas hamacas, construidas con cordones de zapatos y polvorientas calcetas, han abierto una botella de Tarragona, traída desde Marsella. Beben, en dedales de plata, el sabroso licor destilado por los monjes de la Cartuja.

Las colas de los roedores están llenas de sarna y esto los obliga permanentemente a rascarse a su gusto.

Brillan en la penumbra sus ojitos rojos y vivaces.

- Eso es simple y llanamente escandaloso.
- Sí. Está volviéndose intolerable.
- Alguien tiene que detener las locuras de Borbor...

- ¡Un sucre con cuarenta centavos! Nos hará quebrar a todos.
- Habrá que tenderle una trampa.
- Déjenlo de mi cuenta.

Un Pentavirato, presidido por el Gran Maestre, conforma la cúpula suprema de los “HdL”.

Una vez que un hermano de la luz es elegido miembro de este Consejo Supremo, nadie puede destituirlo, cuestionarlo o juzgarlo, porque los pentaviros están por encima de la regla, encarnan la regla y sus derechos son vitalicios.

A la muerte de un pentaviro queda vacante este escalón soberano durante el término sagrado de cuarenta días y cuarenta noches, al cabo de los cuales, los propios miembros de la cúpula eligen al nuevo gobernante.

Los nombres de los pentaviros se mantienen siempre en secreto.

Ellos son entrenados en el arte

del combate con espadas, al igual que lo fueron los antiguos guerreros franceses.

Ellos son ungidos sumo sacerdotes y custodios de la Santa Espada del Nuevo Templo.

Astutos, poderosos, fríos y calculadores son estos caballeros, vinculados a la complicada red internacional que mueve los hilos de la política mundial.

Estos personajes elegantes y finos se reúnen periódicamente para evaluar la situación del país en el que operan y tomar decisiones importantes.

Organizan éstos los partidos políticos; tanto los de izquierda como los de derecha, tanto los progresistas como los retrógrados.

Financian a los políticos por ellos seleccionados, por ellos escogidos celosamente y los catapultan al poder o los degradan hasta la infamia.

Cuentan, además, con los recursos para desarticular movimientos o partidos políticos enteros, según sea o no conveniente a los altos intereses de la hermandad internacional.

Por debajo del Pentavirato funcionan los Altos Tribunales:

El Alto Tribunal de Justicia, el Alto Tribunal de la Defensa, el Alto Tribunal de la Tesorería, el Alto Tribunal de las Relaciones Públicas, entre otros.

Los juicios incoados por el Alto Tribunal de Justicia se llevan a cabo de manera secreta, sin el conocimiento del presunto acusado y, en algunas ocasiones, duran años.

Todo lo documenta esta implacable corte, todo lo analiza minuciosamente con esmerado celo porque su responsabilidad es muy grande, dado que sus decisiones son inapelables.

El mini anfiteatro circular es elegante, recio, soberbio. Es esencialmente una fortaleza inexpugnable.

Cubierto con una cúpula forrada de tejuelo en su parte exterior, y carente de ventanas, debe ser iluminado interiormente por treinta y tres mecheros a gas.

La puerta colosal, que comunica con el exterior y podría permitir

el ingreso de caballeros montados en sus cabalgaduras, ha sido cerrada.

Las cinco puertas de escape solamente dan acceso a las instalaciones internas y al laberinto.

Nadie podrá pasar al interior, la noche de hoy, hasta que termine la junta.

Tres coronas circulares concéntricas conforman las gradas de mármol y, abajo, en el círculo central de unos cuatro metros de diámetro suele colocarse el ara de piedra, para los sacrificios.

Pero ahora se ha retirado el altar y, su lugar es ocupado por la mesa de sesiones.

Decorado con un gusto exquisito, desde el piso hasta el tumbado, el recinto impone respeto y sobrecoge.

Desde el tumbado cóncavo penden las parras, las uvas y los pájaros pintados con tal maestría, que pudiera decirse que están vivos, aunque suspendidos eternamente en el tiempo.

Cinco estatuas de guerreros, con espadas y escudos de tamaño natural, talladas en noble

mármol, parecieran custodiar celosamente, no solo las puertas de escape sino también las monedas de oro reluciente que guardan los arcones de hierro que yacen a los pies de cada una de éstas.

El retrato de un hombre adusto, que permanece de pie, elegantemente vestido con un traje de lino almidonado, con su mano derecha colocada rígidamente sobre el corazón, como si quisiera evitar que se le salga del pecho; con su collar de muaré bordado a mano, con hilo de oro, en el cual destaca el número 33; con su límpido delantal, fabricado con cuero de cordero, atado a la cintura, repleto escuadras, compases, ojos que todo lo ven, letras y otros emblemas indescifrables, permanece colgado en el sitio más destacado del anfiteatro.

Los sillones, forrados con damasco rojo sangre, están colocados simétricamente alrededor de la mesa circular.

Los pentaviros han ingresado ya al anfiteatro. Son hombres viejos, pero conservan todavía una vitalidad y energía envidiables.

No se han puesto, para esta ocasión, sus ricas túnicas talares. Permanecen de pie, frente al sillón que les ha sido asignado por la rueda de la fortuna: visten de frac. Sus largas y afiladas espadas descansan sobre la mesa, apuntando hacia el centro. Sus relojes de bolsillo, sujetos con gruesas leontinas de oro, sincronizados al segundo, han marcado la hora. Son las siete de la noche. Los hombres toman asiento.

Hablan pausadamente, sin demostrar emoción alguna en su voz.

La acústica es extraordinaria:

- Tenemos dos alternativas: la primera, promover al hombre, enrumbándolo por el sendero de la política, hasta las más altas esferas. La segunda, permitir que el hombre siga con su actual vida social, con los contactos, con las amistades que ha hecho hasta ahora, como un miembro respetable de nuestra hermandad, sin revelarle jamás, nuestros más importantes secretos.

- Borbor ha progresado bastante en la hermandad. Me parece, por otro lado, que es un hombre en el cual se puede confiar...
- Tiene carisma. Sería un buen candidato.
- No estoy de acuerdo. El hombre está saliéndose de la raya. Aquí tengo los informes preparados por los agentes encargados de llevar a cabo el seguimiento de sus actividades. Es mujeriego. ¡Hay de los mujeriegos dice el sagrado libro! ¡Cuántos líderes han fracasado en el orbe y han revelado secretos de estado a sus amantes! Por otro lado, Borbor es excesivamente compasivo. Sí, como me oyen. Compasivo al extremo. No sería capaz de matar una mosca. Un estadista no debe, no puede ser compasivo. Requiere de temple para fusilar a sus enemigos, como lo hiciera García Moreno. El ciudadano que detenta el poder es Comandante en Jefe de la Fuerza Pública. Si para

- salvar a la República debe disparar los cañones contra la masa, debe ser capaz de dar la orden, sin titubear. Un compasivo es un pusilánime. Borbor no tiene madera para eso. Creo que deberíamos inclinarnos por la segunda de las alternativas.
- ¿Sabe Borbor que nosotros somos los que hemos ordenado que le sigan sus pasos?
 - Creo que lo sospecha. Miren. Aquí, en este informe se da a entender que él anda haciendo averiguaciones...
 - Entonces por qué razón sigue asistiendo a las reuniones grupales. ¿Por qué continúa contribuyendo generosamente con sus donaciones a la hermandad?
 - Porque dio su palabra. Él es un hombre que honra su palabra.
 - O quizá... porque es más astuto de lo que nosotros suponemos...
 - Antes de decidir sobre este tema, sugiero que pongamos a prueba su lealtad.
 - No creo que sea necesario. Borbor es un hombre de honor. Juró lealtad al Gran Maestro. Para mí eso es suficiente.
 - No. No podemos hacer excepciones. Debemos estar seguros que él será capaz de cumplir con las órdenes y disposiciones emanadas por este Consejo. Con todas las órdenes... Con todas. Necesitamos hombres de temple en Carondelet.
 - Entonces... ¿sometemos el tema a votación?
 - Un punto adicional, antes de votar. Borbor ha manifestado en varias ocasiones que no tiene interés en la política...
 - Votemos. Ya hemos discutido suficientemente este caso.
 - Un momento. Creo que cometemos un error. No deberíamos votar, en este caso. ¡Jamás debemos

olvidar quién es en realidad
José Borbor Cedeño!

El Alto Tribunal de Justicia de los “HdL” había condenado a muerte a un conocido coronel del ejército, por traicionar sus secretos. Al año de formulada la sentencia, ésta quedó finalmente ejecutoriada.

En un caballo negro enjaezado llegó el mensajero y pidió hablar con el dueño de El Progreso.

- ¿Qué deseas? ¿De parte de quién vienes?
- El Gran Maestre me ha enviado con un mensaje simple y directo.
- ¿De qué se trata? ¡Habla! ¡Te escucho!
- Comunica mi señor que ha llegado la hora de romper el lacre, abrir el sobre y leer su mandato.

Dichas estas palabras, desapareció el mensajero y su caballo galopaba ya a lo lejos, raudo como alma que lleva el diablo.

Rompió don José el lacre, rasgó

el sobre, leyó su contenido y palideció.

Se le informó que había tenido el alto honor de ser sido elegido brazo vengador de la hermandad.

Debía ejecutar al coronel NN, conocido suyo.

Se le instruía invitar al sentenciado a una reunión social en Vines. Allí, uno de sus peones debía encargarse del resto.

«Entonces es verdad. No me han advertido en vano —reflexionó el abogado—. He caído en las redes de una banda de asesinos de cuello blanco. ¿Hace cuánto tiempo tengo este sobre en mi poder? Hace ya algunos años... Pero aquí se me ordena asesinar a un coronel del Estado. Quiere decir esto, que el hombre ya estaba sentenciado. Quiere decir que se me eligió ya, desde hace años como su verdugo... Los que mueven los hilos de esta organización se mueven premeditadamente, lentamente, planificadamente, friamente. Horror de horrores... Sin embargo, algo bueno ha salido de esto. Finalmente tengo en mis manos una prueba irrefu-

table de la forma en la que esta maldita organización comete sus crímenes. Me pondré en contacto inmediatamente con Camilo Isiduro».

Fue hasta la casa-hacienda. Escribió, en tinta negra con pluma y canutero, con delicada caligrafía, la siguiente nota:

Vinces, Hacienda El Progreso, miércoles 17 de agosto de 1927

Abogado Camilo Isiduro:

Le remito a usted una prueba que confirma, de manera irrefutable, que la cúpula de los "HdL" está involucrada en los asesinatos que se le atribuyen.

Adjunto a esta nota, la orden firmada por el Gran Maestro de la susodicha organización, en la que se me ordena ejecutar al coronel N.N.

Por tratarse de un asunto extremadamente delicado, con evidentes implicaciones socia-

les, que pudieran conmocionar a la ciudadanía, saque un duplicado a máquina del texto.

Llévelo donde un notario público, para que certifique que es fiel copia de su original.

Preséntelo luego a las más altas autoridades civiles y policiales, para que tomen cartas en el asunto.

Usted se servirá guardar, en lugar seguro, el original del documento que le estoy enviando.

Atentamente,

Abogado José Borbor Cedeño

Colocó la nota y el documento fatal en un sobre, lacró el mismo e imprimió en relieve sus iniciales. Llamó a Bazurto y le ordenó entregar el importante documento, en las manos del abogado Camilo Isiduro, en su oficina de Guayaquil.

Desde que don José leyera la orden fatal, ya no pudo dormir en paz.

Esperó el jueves, el viernes, el sábado y el domingo al boquisucio Isiduro, pero éste no apareció por El Progreso ni mandó recado alguno.

Esperó una semana, con el mismo resultado. Envío con Bazurto una segunda nota, pidiendo al abogado Camilo Isiduro que le informe si había entregado el documento incriminatorio al Gobernador o a alguna de las autoridades policiales.

Bazurto le informó a su regreso que la oficina del abogado Isiduro estuvo cerrada durante toda la semana. Nadie lo ha visto desde el miércoles 17 de agosto.

Como la inquietud iba en aumento y las noches se volvieron insoportables, decidió llamar al militar, como se le había ordenado.

Pero no lo victimó. Tampoco urdió plan alguno para acabar con su vida. Incapaz de llevar a cabo el espantoso crimen, conversó con él, de manera abierta y sincera:

- Lo he invitado esta tarde, mi coronel, en cumplimien-

to de una orden impartida por el Gran Maestre.

El uniformado es el vivo reflejo de una estampa sacada de algún calendario prusiano: traje de campaña; gorra y guerrera camuflaje; botas largas de cuero negro; polainas relucientes: tirantes los largos espárragos verdes de aspecto plumoso que forran sus canillas; negro bigote hirsuto y retador; boca mezquina; desafiantes los ojos profundos; fruncido el entrecejo... Le quedó mirando el militar a su verdugo, sin sorpresa alguna.

- Estoy al tanto de esa orden, abogado Borbor. He venido solo y desarmado. Haga lo que tiene que hacer.

Directa, franca la mirada. No titubeó. La voz no claudicó. El pecho se mantuvo recio.

- Usted no me comprende... Los Hermanos de la Luz lo han condenado a muerte y me han designado a mí para que lo “elimine”.
- Lo sé.
- ¿Y sabiendo usted que tengo que matarle ha

venido hasta mí, como un indefenso cordero? ¿Por qué no está armado? ¿No luchará por su vida? ¿No va a defenderse?

- No voy a defenderme. No tiene sentido hacerlo. ¿De qué me serviría luchar contra usted? Si salgo victorioso y le mato... ¿qué haría después? Algún mérito habrán reconocido en mí los que me han condenado, para que hayan designado a un hombre de sus cualidades para matarme. Sé que usted me dará muerte de una manera digna y rápida. Solo aspiro a que sea humanitario conmigo. Si yo me defendiera y levantara mi mano contra usted, ellos designarían entonces un nuevo verdugo. Uno feroz, implacable, sanguinario, sádico: capaz de solazarse con mi lenta y dolorosa agonía.
- ¿Me pide que le mate de una manera “humanitaria”? Ese es para mí un trabalenguas sin sentido. Cualquiera que sea la manera de matar a un hombre deja al

punto de ser “humanitaria”. Solamente se puede matar argumentando razones “humanitarias” cuando al ha-cerlo se libera a la persona de un sufrimiento insoportable e innecesario. Usted sabe, como militar, que un tiro de gracia puede ser considerado “humanitario”, cuando nada se puede hacer por el hombre mortalmente herido, que está sufriendo indescriptiblemente. Si fusilan a una persona y ésta se debate entre la vida y la muerte, es justificable y humano acortar su agonía y sufrimiento mediante un tiro de gracia. Pero lo que usted me propone nada puede tener de “humanitario”. Usted está vivo, en pleno goce de sus facultades físicas, mentales y morales. ¿Cómo puedo yo quitarle la vida sin remordimiento alguno? Por otro lado, usted está desarmado y no es mi enemigo. Ningún daño me ha causado. Aún en el caso de que usted fuera mi enemigo no lo atacaría a traición. Jamás levantaría

mi brazo contra un hombre indefenso, desarmado

- Máteme, como se le ha ordenado. Yo soy un ser solitario. Nadie llorará mi muerte. Sabía en lo que me estaba metiendo. Máteme de una vez por todas. ¿Qué espera? Si me facilita la huida... quemarán esta propiedad. Violarán a su hija. Usted no los conoce tan bien como yo. No sabe de lo que son capaces. Su poder es considerable. Quitan y ponen gobiernos a su antojo. Enfrentan unos países con otros. Son los señores de la paz y de la guerra. No puedo permitir que salde usted mis deudas. ¡Déjeme conservar al menos mi pundonor!
- No mancharé mis manos con su sangre. Al hablar con usted, al escuchar sus argumentos, al ser testigo de su derrota interior he comprendido claramente cuál es mi deber...

José Borbor permanece un momento en silencio y vacila.

- Cometí un error al unirme

a esta perversa hermandad...

- Tarde reconoce su error...
- Nunca es tarde para rectificar... Ahora que esto ha quedado claro, como la luz del día, no debo vacilar. ¡Abjuro de ese credo y retomo mi condición de hombre libre!
- Usted está loco. Eso no es posible. Lo harán trizas si se enteran...
- Le propongo un pacto. Luchemos contra ellos. Destruyamos la maldita hermandad. Le haríamos un gran bien al mundo.
- Lo que usted propone es insensato. Es un imposible. ¿Cómo puede un par de hombres como nosotros enfrentar a la hermandad? Nos harían pedazos...
- Yo estoy decidido. ¡Luchemos juntos!
- ¡Máteme!
- Está bien. Como usted quiera. Guardo en mi dormitorio una *Smith &*

Wesson. Voy a traerla. Pero antes quisiera ver su pecho.

- ¿Mi pecho?
- Sí. Quítese la chaqueta, por favor.
- El coronel se sacó la guerrera y su pecho lechoso y lampiño quedó expuesto a plena luz del día.
- No ha sido marcado por el fuego.
- ¿De qué habla? ¿Marcado por quién?
- Eso ya nada importa. Iré por el revólver.

Entró el abogado Borbor a la casa y salió con el arma. Apuntándole a la cara le gritó.

¡Ahora corra! ¡Corra por su vida! ¡Un, dos, un, dos!

Mientras corría el coronel como un conejo, don José iba tras él, disparando al aire y ordenándole.

- Refúgiense en la montaña. Allí nadie podrá encontrarle.

Pensó que había salvado la vida de ese hombre. Sin embargo,

una semana más tarde, uno de los peones se acercó y le dijo al oído que algoapestaba en el gran salón.

Abrió la puerta del templo y allí, sobre el altar de piedra, yacía el cuerpo del militar, con la cabeza cercenada, atada al torso...

Al zafar las amarras y levantar, en vilo, la cabeza, tres cruces de sangre brillaron en el pecho del decapitado.

El miércoles 31 de agosto de 1927, en las páginas interiores, en la Crónica Roja de uno de los periódicos sensacionalistas del puerto, se incluyó la siguiente nota:

† Abogado de los Tribunales de la República, salvajemente decapitado

† El cadáver de un hombre, que fue identificado como Camilo Isiduro, abogado de profesión, fue encontrado dentro de un saco de yute, a orillas del río Guayas:

desnudo, atado de pies y manos, sin cabeza,

† El cuerpo presenta señales de haber sido torturado y marcado con un sello de hierro, al rojo vivo, a la altura del pecho.

† Los policías que hicieron el levantamiento del cadáver se negaron a proporcionar mayores detalles.

† Al parecer, los despojos fueron abandonados por los presuntos asesinos el jueves o viernes de la semana pasada, porque se encontraban en total estado de descomposición.

Tan pronto como leyó en los periódicos la infausta noticia, se puso Borbor en contacto con Agustín Carrasco. Fue a verlo en la comisaría. Lo encontró hecho un guiñapo humano: asustadizo, esquivo, desmoralizado al extremo.

— Siento lo de su hermano

—le dijo—. Esos asesinos no se detienen ante nada. Pero esta vez sí que los enterraremos en la cárcel... Por fin tenemos las pruebas de su accionar. ¿Le entregó el abogado Isiduro copia de los documentos incriminatorios que yo le proporcioné?

— No he hablado con él desde hace un mes...

Dijo con voz quebrada, apenas perceptible, como si temiera que alguien más pudiera oírle y delatarle...

— Ningún documento he recibido de su parte.

— Tenemos que encontrar esos papeles. ¿Sabe usted dónde fue hallado el cuerpo del abogado?

— Estuve allí... No quiero regresar a ese sitio... ¿Me comprende, verdad?

— Sí, claro.

— Haré que uno de mis hombres vaya con usted. ¿Le parece bien?

Buscaron entre los matorrales, a

orillas de la ría. Levantaron las piedras, hurgaron en el lodo.

Nada hallaron. Era de esperarse. Los papeles inculpativos se habían perdido para siempre.

Pudieron, sin embargo, notar que los criminales habían sembrado tres matas de cartucho, a un costado del camino. Allí permanecían las odiosas plantas, erectas y brillantes, con las blancas cornetas de sus flores abiertas y desafiantes.

Ordenó el abogado Borbor colocar una cruz de piedra donde fuera encontrado el cuerpo del abogado Camilo Isiduro, y así se hizo.

Sus precauciones había tomado el hacendado...

Contrató los servicios de un nuevo abogado. Pidió al doctor Fernando Luján que se encargue de sus asuntos legales. Vendió, en secreto y a buen precio, su hacienda de Vincés. Vendió también las casas de Guayaquil y las acciones preferenciales emitidas a su nombre por varias empresas guayaquileñas. Envío el dinero a un banco suizo.

El antiguo cónsul, John Delacroix, había sido remplazado por un señor calvo, corto de una pierna y un tanto miope, que decía llamarse Ladeau. Era este diplomático de carrera, bastante servicial y conocía, de referencias a José Borbor.

Visitó Borbor al nuevo cónsul y le solicitó visas para una media docena de sus peones. Desde luego, al funcionario le pareció insólito un pedido de esa naturaleza, e inquirió:

- ¿Qué van a hacer esos hombres en París, don José?
- Van de paseo, mi querido cónsul. Quiero llevarles para que conozcan la Torre Eiffel.
- Circulan algunas anécdotas sobre usted, mi querido amigo... Algunos dicen que ha cons-truido un hospital en su plantación. Otros, que mantiene una escuela para los hijos de sus jornaleros. Hay quienes afirman que remunera a sus trabajadores entregándoles un salario más alto que el

que pagan en el ferrocarril... Pero esto que usted me pide, francamente supera con creces todo lo anterior... No van a creer en París que usted se da el lujo de enviar a sus trabajadores a Francia, en calidad de turistas.

Como se satisficieron los derechos consulares con creces, y en efectivo, el cónsul selló los pasaportes de los seis montuvios.

Al entregar los pasaportes, le asaltó al señor Ladeau una duda...

- ¿No tendrá usted la intención de secuestrar a doña Josephine du Boise?
- No es esa mi intención, su excelencia.

Todas estas gestiones las llevó a cabo José Borbor con gran sigilo. Por esa razón, para que nadie sospechara que él ya no era el dueño de El Progreso, pidió al nuevo propietario que le arriende El Progreso y continuó en el negocio de la producción y venta de cacao, como si nada

hubiera pasado.

- Francamente no le entiendo, don José. Me vende usted El Progreso y luego me arrienda la plantación por tiempo indefinido... ¿Qué es lo que pretende con esto?
- Debo resolver algunos asuntos de vital importancia para mí. Le ruego mantenga en secreto nuestro acuerdo. En realidad, nadie tiene por qué enterarse de esto.
- ¿Y si algo le ocurre a la plantación mientras usted la ocupa?
- Después de la pérdida que tuve, a causa del incendio de mi fábrica de chocolate, quedé curado. No podía caer dos veces en el mismo error. He tomado un buen seguro contra inundaciones, terremotos, huracanes y otros desastres naturales, al que se agrega, de paso, la cobertura por daños o pérdidas ocasionadas por la perversa acción de los hombres, tales como robo,

incendio, huelgas, golpes de estado, revueltas, revoluciones (tan frecuentes en estas latitudes) y, si tal vez esto fuera poco, he añadido a la lista los eventuales daños ocasionados por la envidia de los vecinos, tales como el mal de ojo y la macumba, los filtros de mala suerte, los muñecos claveteados de alfileres y otro tipo de hechicerías... Imagínese que hasta he pagado una prima adicional al Ministerio de Agricultura para estar cubierto contra la roya y la escoba de bruja. Usted no será perjudicado en un solo centavo...

El domingo 5 de febrero de 1928, al cumplir dieciocho años, Josefina le pidió a su padre que vaya con ella a la iglesia del pueblo, porque quería asistir a misa. José Borbor acompañó a la joven, pero no quiso entrar. Se quedó afuera, en un parque cuyo piso, carente de flores y hierbas, permanecía cubierto de hojas secas, que se convertían en polvo al ser pisoteadas por los crédulos fieles.

- ¿No entrarás?
- No.
- Me gustaría que tú también entraras... que rezaras conmigo. El cura dice que te condenarás, por incrédulo.
- Nadie tiene el derecho de imponer a otro sus creencias o su fe. Nadie es dueño absoluto de la verdad.
- ¿Y yo, puedo entrar? ¿No te opones? ¿Puedo confesarme?
- ¿Qué pecados podría tener un ángel como tú?
- Tú no entenderías, padre mío.
- Anda, hija, si ese es tu deseo.

Se aproximó Josefina al confesonario: un enorme mueble charolado de castaño oscuro: iglesia en miniatura, con sus torres y campanarios esculpidos en madera, a golpe de formón.

Se arrodilló y con los nudillos de su mano cerrada, llamó a la ventanilla:

- Me acuso, padre, porque he

- pecado.
- ¿Qué te aflige, hija mía?
 - Un pecado muy grande.
 - No hay pecado, por grande que éste sea, que la misericordia de Dios no pueda perdonar. Habla, hija, te escucho.
 - Estoy enamorada de mi primo...
 - ¿Y por qué piensas que eso es un pecado?
 - Porque me han dicho que la iglesia prohíbe el matrimonio entre parientes...
 - El matrimonio entre primos no está prohibido por la iglesia, hija mía. Solamente es necesario que los novios soliciten el permiso especial del obispo.
 - ¿Y usted cree, padre, que su ilustrísima, el señor obispo, nos otorgaría ese permiso?
 - No veo por qué razón habría de negarte esa gracia. ¿De qué más te acusas, hija?

- No tengo más pecados, padre
- Entonces anda con Dios. *Dominus noster Jesus Christus te absolvat; et ego auctoritate ipsius te absolvo ab omni vinculo excommunicationis (suspensionis) et interdicti in quantum possum et tu indiges. Deinde, ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.* Yo te doy mi bendición.
- ¿Y la penitencia?
- ¿Qué penitencia podría imponer a un ángel como tú?

Josefina recibió en ese momento la dicha que solamente los bienaventurados son capaces de sentir.

Desde el fondo de su corazón le pidió a su Dios, que le permita vivir junto a su padre. Que le conceda la gracia de casarse con Roberto, el amor de su vida. Que vuelva a ver a su madre una vez más, para decirle cuánto la quiere, cuánto la extraña, cuánto le hace falta su presencia.

Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas mientras sus ojos se quedaban fijos, a la espera de alguna señal que le confirme que sus peticiones le habían sido otorgadas. Arrodillada en su reclinatorio, pálido el rostro, juntas las manos, parecía una santa arrobada en la contemplación de lo excelso.

La muchacha usó ya, por esa época, unas gafas redondas de fantasía, elegantes, con filo de oro. Estos “lentes” tan adustos y serios le dieron a su rostro una madurez prematura y aristocrática. Detrás de los cristales límpidos, unos ojos azules y vivaces cautivaban irremediablemente a quien tuviera la suerte de mirarla de frente.

Padre e hija subieron al carruaje que estuvo esperándoles. El vehículo se internó por un sendero bordeado de cañas.

- Papá ¿a dónde vamos? Este no es el camino a El Progreso.
- No vamos a la casa, pequeña.
- ¿Entonces, dónde me llevas?

- Hijita. Tengo que contarte un asunto de mucha gravedad.

La muchacha miró el rostro de su padre y lo halló tenso, pálido, como si se tratara de un muerto.

- Una gavilla de criminales busca la ocasión para asesinarnos. Quieren mi destrucción y tu muerte.
- ¿Mi muerte, padre?
- Tu muerte y mi muerte, hija mía.

José Borbor abrazó contra su pecho a Josefina y se quedó callado durante un largo rato. Después continuó resueltamente, como si se hubiera propuesto beber el trago acerbo sin dilaciones.

- Los asesinos están locos. Crean en dioses antiguos y sanguinarios. Han decidido sacrificarte en el altar de esos malditos ídolos.
- No puede ser verdad. Esas cosas no ocurren. Debemos avisar a la policía. Me asusta usted, papá. Ordene al cochero que detenga el carruaje.

- No temas, hijita. Tú sabes cuánto te amo. Jamás permitiré que toquen uno solo de tus cabellos.
- ¿Y qué es lo que usted va a hacer, padre?
- Voy a esconderte. Hay una cabaña cerca de Babahoyo. Allí deberás permanecer durante un tiempo. Nada te faltará. Cuando llegue el momento iré a verte. Te llevaré a Quito. A nadie reveles mis intenciones. Allí estarás segura. He tomado todas las precauciones.
- ¿Y mis cosas?
- Tus cosas están a salvo. Ya fueron transportadas a la cabaña, en dos grandes baúles.

El coche se detuvo, a un costado de una plantación bananera.

Padre e hija descendieron. Los esperaba un hombre que sujetaba por las riendas a dos caballos retintos. Padre e hija emprendieron la marcha, a campo traviesa.

Entonces, el abogado Borbor sacó una bolsita de terciopelo color carmesí y en ella echó

tres Luises de oro. Las monedas tintinearon. Ese pequeño capital entregó el padre a su hija, advirtiéndole:

- Guárdalo bien. Si algo llegara a faltarte durante mi ausencia, o si mi ausencia se torna demasiado larga, esto te sacará de cualquier apuro.

Desde ese día, jamás volvieron a ver en El Progreso a la señorita de los ojos azules. Desapareció como por encanto. Nada sabía la gente, pero la imaginación del pueblo es fértil. Las bolas circularon, y pasaron los cuentos de boca en boca, como si fueran ciertos:

- Dicen que si ahugó nel río.
- Sí. Han vihto un cuerpo flotando, abajo, cerca en uno de loh ehteroh.
- No. Esa niña nada como un peje. ¿Cómo se podría ahugar?
- Su madre, la franhesita, regresó. El compá Norberto la vihto en Guayaquil. Seguro que llevó la hija a Paríh, pa que ehtudie.

- ¿Y qué dice el patrón?
- ¿Y quién se trevería a preguntá esah cosah al patrón?

José Borbor sabía que vendrían.

Por eso dormía con un ojo abierto y la Smith & Wesson al alcance de la mano.

El viernes 2 de marzo de 1928, se escucharon, por la noche, en El Progreso, ruidos extraños.

Era como si algunos hombres, armados con machetes, avanzaran por los estrechos senderitos de los cacaotales.

Las “guardias nocturnas”, fieles al abogado Borbor, detectaron inmediatamente a los intrusos y se organizaron para enfrentarlos.

Entonces Pedro Marcillo gritó, a voz en cuello:

- ¡Zafarrancho de combate!

Los fusiles vomitaron fuego y, a ratos parecía, que los intrusos habrían sido neutralizados.

Las luces estaban apagadas. Reinaba la más espesa de las tinieblas.

Don José, que dormía apaciblemente despertó, e incorporándose ágilmente, tomó su arma y avanzó con sigilo hacia la ventana.

El zambo zambón Quiñonez, agarrando con las cuatro falanges de la mano derecha un filudo machete, saltó como un gato y entró súbitamente por la ventana del dormitorio.

- ¡Patrón! ¡Vienen a matarle! ¡Venga conmigo.
- ¡Pendejo, casi te disparo!

Para nada hubo tiempo.

En calzoncillos, siguió don José al fiel sirviente.

Habían enviado un verdadero ejército para cazarle. Bazurto y sus hombres los mantuvieron, por un tiempo, a raya con sus fusiles.

Pero eran muchos. Fue imposible controlar la invasión.

Cientos de cuerpos mutilados quedaron regados por los senderitos de los cacaotales.

Los peones que pudieron huyeron a la montaña, como monos en desbandada.

Forzaron puertas y ventanas, registraron cajones, lanzaron los libros franceses por los aires, robaron lo que quisieron y quemaron la casa-hacienda...

Pero los asesinos jamás lograron encontrar a la niña Josefina ni a José Borbor.

Al mismo tiempo, como si esto hubiera estado coordinado al segundo, doce delincuentes ingresaron al palacete de don José, en Guayaquil. Amordazaron a los porteros, robaron lo que pudieron y prendieron fuego al inmueble. Pero este despliegue de fuerzas resultó en vano, porque ya no eran de Borbor esas propiedades.

En 1928 transitan por las estrechas calles empedradas de Quito hombres, mujeres y niños a pie.

Ruedan vehículos automotores importados, carrozas, diligencias, tranvías, muchachos en bicicleta.

Avanzan jinetes a caballo, carretas tiradas por mulas, carretones empujados por robustos

mestizos.

Circulan carretillas de mano conducidas por los capariches, encargados de la limpieza pública, que hacen sonar sus campanas de hierro.

Deambulan perros, burros, ovejas, vacas y otras bestias similares.

La ciudad, plagada de vendedores ambulantes, es un gran mercado, donde se encuentra de todo. Pero ese gran mercado no estaría completo si le faltara la “algarabía de las bullas”.

Tampoco los quiteños serían lo que son, si no demostraran su temeridad y su temple, durante las temibles “bullas”, azote y escarnio de los gobiernos impopulares.

De tarde en tarde, la franciscana ciudad, despierta. Se levanta, se sacude. Las “bullas” se apoderan de la Plaza del Teatro. Las “bullas” resuenan cerca, muy cerca de la Plaza Grande. Las “bullas” se van convirtiendo en el pan nuestro de cada día.

La gente sale a las calles y grita, porque no está contenta, porque los servicios públicos son defi-

cientes o simplemente porque le pica la pulga...

Aparecen entonces los jóvenes atléticos de mirada despectiva, montados en sus caballos y se pasean por las calles empedradas. Soberbios en sus uniformes relucientes, avanzan flotando sobre el suelo, como si los cascos de las bestias que conducen no tocaran la tierra. El Congreso Nacional los ha elevado a la categoría de carabineros. Sus sables desnudos infunden temor y respeto. Pero los mozalbetes hijos auténticos del pueblo, apostados en las esquinas les silban, como si fueran mujeres. Fui, fuiooo. Fui, fuiooo... Entonces retroceden los uniformados y arremeten con furia contra los muchachos que corren desperdigados como una bandada de gorriones. Es la algarabía de las “bullas”.

Una tarde seca, sofocante, en el verano tenaz de 1928, cuando el sol ya se había ocultado, llegaron furtivamente hasta la pesada puerta del hospicio, dos carrozas negras, de geometría rectangular, tirados por mulas sudorosas.

Del primer coche descendieron los hermanos Pincay y Bazaruto, ataviados con desgastadas libreas rojas, recamadas con festones dorados, que empezaran ya a tornarse en verdes, por el uso y el abuso.

Los hombres sacaron dos pesados baúles de madera, adornados con florcitas azules primorosamente pintadas sobre fondo blanco y los dejaron encima del poyo de la entrada.

Abrieron a continuación la puerta del segundo carro y descendió una hermosa muchacha de ojos azules, altiva y desdeñosa.

Avanzó ésta, lentamente, sin mirar hacia atrás, como el condenado a muerte que, sabiéndose inocente, camina hacia el patíbulo con una mueca de desprecio hacia quienes le han condenado.

El aciago verano castigó por igual al campo y las ciudades.

Las siembras se perdieron en la sierra y en la costa; el agua llegó a las ciudades en chorritos esporádicos y malolientes; las

vacas, las ovejas, las aves de corral morían con las lenguas hinchadas, tintas en sangre.

Se multiplicaron entonces las rogativas y las procesiones, demandando del Altísimo, que aplaque su justa ira. En el hospicio, las condiciones se habían vuelto prácticamente intolerables, a consecuencia del racionamiento de los alimentos.

Con malos ojos miraron internos y empleados a la recién llegada: una boca más para alimentar...

En la costa, el verano inclemente funde las hojas de zinc de los palafitos donde perviven las familias montuvias.

El paisaje es desolador: las hojas secas verdiamarillas y cargadas de polvo a la vera de los caminos semidesérticos, las ramas verdinegras agostadas, los troncos nudosos, los frutos raquíuticos y negros del banano, la piña moribunda, la papaya magra y amarga, las agujas afiladas y secas del arroz calcinado, los árboles de café castigados inmisericordemente por las plagas de insectos que cortan las hojas y taladran los

troncos y, por último, las cañas cortantes de donde se extraía el azúcar, tronchadas y tumbadas por el seco, por el reseco suelo.

Miserables riachuelos fétidos y cascadas lánguidas, bosques quemados. Recostados en sus hamacas, los negros cantan con sus voces roncadas, igual que las ranas sedientas, invocando a la lluvia.

En el Estero Salado nadan las muchachas de piel aceituna para refrescar su calor. Deben ser diez o doce hermosas muchachas de cabellos rizados y pestañas oscuras.

Veinte muchachos de torsos desnudos y vigorosos reman felices, haciendo avanzar las cinco canoas pintadas con vivos colores, mientras lanzan flores de papel a las chicas y ríen a carcajadas.

La superficie del agua adquiere la contagiosa algarabía de un inesperado carnaval. Las muchachas, indiferentes, ignoran los torsos desnudos y sudorosos de los veinte pretendientes, mientras flotan con gracia sobre improvisadas balsas y saludan a Roberto, levantando

coquetamente sus brazos, lanzándole descaradamente besos volados que se pierden, al hundirse irremediamente en las tranquilas aguas.

— ¡Hey, colorao! ¿Ereh meco? ¿No te guhtan lah hembrah? —le grita uno de los remeros.

— ¡Hey, colorao papaya! ¡Colorao badea! ¡Pela lah pepah! ¡Pencoh de hembrah te ehtán ehperando hay aquí, viringuitah nel agua!

El muchacho no se detiene, no les presta atención. Sabe que lo están provocando...

Desde el *American Park* llegan los acordes de algún tango melancólico. Las sirenas insisten.

— ¿Ereh marica?

— Colorao, ven y refréhcarte con nosotrah, cariño.

— ¡Ehpera, ven acá, lindo! ¡El agua ehtá deliciosa...!

Los muchachos han acercado uno de los botes y se disponen a saltar a la calzada, por donde camina Roberto. El griterío de

los pandilleros se ha tornado estridente. Estos avanzan con sus chuzos filudos y brillantes.

— Déjenlo tranquilo —dice, de pronto, un zambo zambón, levantando los cuatro dedos de su mano derecha —. ¡El que lo toca eh hombre muerto!

Roberto no se detiene. No regresa a ver qué es lo que ha pasado. Avanza cansino, cabizbajo, desolado, a través de las calles herbosas, esquivando los turbios charcos de aguas estancadas.

Quiere llegar hasta las orillas del Guayas, tan solo para mirar el bailoteo de los estibadores que cargan y descargan las barcazas que hacen el trasbordo desde el puerto hasta Durán.

Pensativo, perplejo, patético, perturbado, pero pacífico se pasea Roberto por la orilla pantanosa de la pútrida ría, reducido su cauce en forma lamentable, a consecuencia del maldito verano.

— ¡Por la puta pudorosa y

pestilente! ¿Por qué nos hacen esto?

Se sentía burlado, confundido. No podía ser cierto lo que le habían dicho en la casa de Josefina.

- La niña Josefina se escapó con uno de los montuvios de la hacienda. Dicen que a la sierra, dicen que a Quito.

Guayaquil era un horno. Las puertas y ventanas de una las enormes casonas que fuera de los Borbor, y que destacó siempre de manera nítida por su belleza, entre las miserables construcciones de caña, cerca de El Salado, permanecían todavía en pie; pero abandonadas ahora a su negra suerte; pero sucias; pero descuidadas; pero con los vidrios rotos; pero con las jambas requemadas; pero inexorablemente cerradas...

Cuando fue a visitar a su prima, como solía hacerlo durante las vacaciones del colegio, el osco portero de vistosa librea, sudoroso y hediondo no lo dejó entrar.

- La casa ehtá vacía, inhabitada. A naiden puedo dejá

pasar. Dihcúlpeme. Buhté, debe retirarse.

Tampoco le dejaron pasar los peones, allá, a orillas del Vín-ces, cuyas aguas mermadas por la ausencia de lluvia dejaron ver las piedras fracturadas.

Regresó una y mil veces, pero jamás le permitieron ingresar a la vasta plantación cacaotera.

Sobornó al hijo del negro Espinoza para que llevara una nota a su adorada prima. El mozalbote lo miró con lástima e insistió, con acento trémulo:

- La niña Josefina ya no etá aquí, patroncito. Nadie zabe ónde que la han llevao. La hacienda etá vacía. Paqué le voy a mentir.
- ¿Y dónde está tu papá?
- ¿Puedo hablar con él?
- Tampoco etá aquí mi apá. Hace ratón que no zabemo onde si habrá metío eze atarantao, ende que desapareció la tal Clemencia...
- ¿Y tu mamá?
- Ze han ío todo. Zolamente

me he quedao yo, porque
no tengo a ónde ir...

Necio como una mula permanecía horas y horas agarrado de la verja entretejida con alambre de púas, contemplando la casa-hacienda y el torreón del templo semidestruidos por el incendio.

Tuvo pena al mirar el deteriorado palacete de madera, de dos pisos, con cubierta de teja. Arquitectónicamente elaborada, al estilo francés, que sobresalía ahora como un fantasma, junto al templo de resquebrajada cúpula.

Las planchas de cobre se habían fundido y, a través de los horados se podía ver las vigas ennegrecidas por el humo.

Las paredes quemadas, los vidrios de las ventanas rotos, los postes desvencijados y roídos por el orín, permitían deducir a simple vista que el antiguo esplendor de la casa se había esfumado.

El cacao había dejado de ser la pepa de oro. La sobreproducción mundial y las enfermedades no controladas se cernían como gallinazos hambrien-

tos sobre las familias de los Grandes del Cacao.

Roberto no se movía. Tenía la esperanza de ver el rostro de su amada, aparecer de pronto al abrirse furtivamente alguna de las tantas ventanas. Esperó en vano. Lentamente, la oscuridad lo envolvió todo en su fino manto de seda.

Las campanas de alguna iglesia anuncian con sus lenguas tartamudas de bronce que la misa de las cinco de la mañana está por comenzar.

Una llovizna tenue moja persistentemente el puerto, pero no hace frío.

El pitazo de una bocina hiere de muerte la quietud del momento...

Los hombres suben a bordo. El embarcadero va quedándose vacío.

Las pesadas anclas, impregnadas de hierbajos, abandonan sus húmedos nidos de lodo.

El carguero se adentra pesadamente en las turbias aguas.

DoñaYadira permanece de pie, pálida, rígida, como si la vida le hubiera abandonado de pronto. Un pañuelo blanco se agita como un pájaro asustado en su mano. Una lágrima postrera rueda por su mejilla.

Borbor levanta uno de sus brazos, desde el barco, en señal de despedida.

En 1929, cuando partieron para Europa los montuvios, con su patrón aventurero, ya no era necesario dar la vuelta por el Cabo de Hornos, para viajar a Europa. El Canal de Panamá venía operando desde hace quince años.

Desde Guayaquil navegaron a Panamá y de allí a Cuba, para tomar rumbo con dirección a Francia. El viaje fue una experiencia increíble para los seis montuvios. Todo era nuevo, distinto, señero... Se marearon al comienzo, pero después pasaron horas y horas contemplando el gigantesco océano y las puestas marinas del sol.

Finalmente aportaron. El guirigay de los marineros, de las verduleras y de las prostitutas los despertó del ensueño y los

envolvió como una baba gélida, hedionda y pegajosa.

La tracamundana de cuerdas; la tracamundana de tamizas repletas de banderolas desteñidas; la tracamundana de barcazas denegridas, de frutas podridas, de botellas borrachas de vino; la tracamundana de herreros y de carruajeros, con sus rebenques embreados, los desorientó al principio. Por la noche llegó la calma y el petar.

Hallaron en Marsella al viejo instructor.

Frunció el ceño el hombre cuando escuchó el pedido del abogado Borbor.

— *Comment puis-je, moi, enseigner l'art de l'épée à ces hommes qui ne parlent même pas et comprennent encore moins le français?*

Sacando entonces el abogado Borbor la funda carmesí donde guardaba los Luises de oro, y mostrando al viejo tres de éstos, le tentó, no en francés, sino en castellano.

— He oído decir que estas antiguas monedas hacen

milagros.

El viejo miró las valiosas piezas con avaricia y al rato juró y perjuró, en un español elemental, bastante gutural:

- *Oui, bon.* Usted me convencerg. Usted me persuadirg. *Bon.* ¡Voto al demonio! Cuando estos hombres terminarg entrenamiento, según capaces de vencer al propio Atilá, si éste volverg a resucitar *ontre les mortes.*

¿La buscó en Marsella? Claro que sí. Borbor sabía el nombre de sus padres. Llegó hasta la casa campechana. Dos viejos, el uno alto y flaco, la otra pequeña y rechoncha, lo miraron con asombro, con incredulidad. Movieron negativamente sus blancas cabezas.

- *Nous ne savons rien de Joséphine...*
- *Nous ne savons rien de notre fille.*
- *Elle est partie aux Amériques, avec un homme et n'est pas encore revenue...*

Con el paso del tiempo, la madre de Josephine había olvidado su lengua materna, por no utilizarla.

Los montuvios, por más que se esforzaron, no lograron dominar, en los diez meses de entrenamiento intensivo, el arte de la lucha con espadas medievales.

Todo eso resultó una pérdida de tiempo y de dinero.

Aprendieron, eso sí, unas cuantas palabras y oraciones imperfectas en francés.

Visitaron los burdeles, se emborracharon y anduvieron mataperreando por las calles de París, con la boca abierta.

Don José no se amilanó por esto. Compró un lote de buenos machetes y media docena de largos puñales. Los hizo afilar concienzudamente y armó, de esta manera, a sus hombres.

La crisis de los años treinta vapulea Europa. El desempleo supera el diez por ciento. Hay descontento social.

Del 6 de mayo al 15 de noviembre de 1931 se lleva a cabo la *Exposition Coloniale Internationale*, en París, en los *Bois de Vincennes*. El 13 de mayo del mismo año, el masón Paul Doumer, es elegido presidente de la III República francesa.

Una muchedumbre de extranjeros llegó a París, con motivo de la exposición colonial, procedente de las colonias francesas y de los países bajo protectorado francés, así como de otros países y sus colonias.

En este hervidero de gente, era de esperarse que don José Borbor y sus hombres pasaran totalmente inadvertidos. Y así fue.

Habían ido a la capital de los franceses los forasteros con sus exóticos trajes, desde Argelia, desde Camerún y Togo, desde el África ecuatorial francesa, desde el África occidental francesa, desde Siria y Líbano, desde Indochina, desde Madagascar, desde Marruecos, desde la Martinica, desde Guayana, desde Túnez, desde Oceanía...

Siete sombras negras atraviesan la explanada de Los Inválidos, a las once de la noche.

A lo lejos parecían no hombres sino espectros.

Pero si algún curioso los hubiera visto de cerca, habría pensado que un grupo de alpinistas despistados, había perdido su rumbo.

Era peculiar su indumentaria, complementada con arneses de perneras ajustadas, pasamontañas que ocultaron los rostros y dejaron una delgada franja para los atentos ojos, pies de gato ligeros y flexibles, cascos recios y livianos.

Portaron, además, cuerdas de varios hilos retorcidos y trenzados, mosquetones con seguro, clavijas de argollas circulares, ganchos, anillos de cordino, puñales con sangradera y hasta una ballesta.

Una llovizna fina y pertinaz moja incesantemente el suelo y deja pequeños charcos que adquieren un brillo extraño, a la luz de las farolas.

Recortada contra el firmamento gris, aparece la sede de los

“HdL”.

Los hombres ingresan, por una puerta de hierro enmohecido a un patio rectangular, cubierto de adoquines de piedra. El patio está a oscuras.

Un relámpago inunda cielo y tierra con su agresiva luz. El trueno se extiende a lo largo y ancho de la esfera celeste. El batir de alas de una lechuza rompe en mil pedazos el inestable equilibrio del momento.

Los hombres detienen, por un instante, su avance agazapado. Sus rostros más blancos que los fríos mármoles que cubren las paredes del enorme edificio, quedan petrificados.

Pedro Marcillo armó la ballesta con la gafa. Sus ojos azules brillaron en medio de la oscura noche, como los de un gato siamés. La cuerda trenzada subió en remolino y quedó tensa, sujeta en una saliente del muro.

Rosendo Alancay comprobó que el cable estuviera firmemente asegurado e inició la escalada. El Gaviota caminó por el muro de piedra, con los brazos abiertos, moviéndolos rítmicamente

como si fueran alas.

Una vez arriba, los invasores penetraron uno por uno a través de uno de los ventanales.

La matanza de los cuatro guardias que custodiaban la torre se realizó de manera limpia y silenciosa. No se escucharon gritos ni gruñidos desesperados. Las puntas de los afilados puñales se hundieron recias y certeras, de un solo golpe, hasta los anhelantes corazones.

Bajaron las gradas de caracol, hasta el pabellón donde dormían desnudas las espadas. Era tal la hermosura y perfección de esas armas, que los hombres quedaron extasiados.

- Tome una espada cada uno. Y que Dios nos ampare —dijo José Borbor a sus compañeros—. Los venerables ancianos que custodian el *SanctaSanctorum* son expertos espadachines.
- Lah ehpadah tomaremoh como recuerdo, pero serán nuehtroh macheteh loh que salven nuehtrah vidah —rezongó uno de los Pincay.

Tres ancianos de cabellos blancos oraban frente al tabernáculo. La túnica del primero de ellos era blanca, la del segundo roja y la del tercero negra. A un costado podían verse, tres pesadas mesas de piedra, que solían utilizarse para los ritos sacrificiales.

Como si hubieran sido advertidos de antemano, ninguno de ellos mostró sorpresa al ver llegar a los intrusos armados con sus espadas y machetes.

Fuertes y ágiles, como si en lugar de tener ochenta años tuvieran veinte, se levantaron y blandieron sus aceros. Entonces, el que parecía tener mayor autoridad entre los tres, dijo:

- *Nous sommes trois. Vous êtes sept. Nous attaquerez-vous comme des bandits, ensemble et en même temps?*
- *Nous ne sommes pas des brigands. Choisissez trois hommes de notre camp...*

Fueron elegidos para pelear José Borbor, Vicente Quiñonez y Jacinto Bazurto.

- *En garde!*

- *En garde!*

Chocaron las armas y saltaron las chispas como mariposas asustadas.

Los ancianos pelearon con destreza. Con cada golpe de las filudas espadas habrían podido derribar un árbol.

Los machetes lanzaron destellos de luz. Los cuerpos de los montuvios, elásticos y firmes, bailaron la danza de la muerte, saltaron para defender la vida, se alargaron y curvaron como si fueran lianas, se encogieron y rodaron como si fueran ranas.

La lucha fue extenuante, feroz y sangrienta. Los frágiles añicos de las estatuas de mármol rodaron por el piso.

En lo más encarnizado de la lucha, José Borbor destroza su camisa y muestra su velludo pecho, en el cual puede verse de manera inequívoca, el sello que el fuego gravó en la carne palpitante.

Al verlo, también los montuvios mostraron sus bronceos pechos marcados con el secreto sello.

Elevando su voz, José Borbor sentenció:

- *Regardez, ces timbres seront votre perte!*

Los ojos de los viejos no pueden dar crédito a lo que están viendo.

Dos de los sacerdotes del abominable culto yacen tendidos en el suelo, cubiertos de sangre.

El tercero, cuya blanca túnica ha sido desgarrada y deja ver el pecho jadeante, permanece arrodillado, con la cabeza vencida y los ojos fijos en el suelo.

Vicente Quiñonez, con el machete en alto, siente conmiseración y por eso, no descarga el golpe fatal.

Al verlo vacilante, José Borbor le increpa:

- ¡Dale muerte! ¿No ves que se trata de una víbora venenosa?
- Jamáh he matao a naiden. No va a ser éhta la primera vé.

Entonces, el varón que estaba de hinojos empuñó la espada que le había sido arrebatada durante

la lucha. Se puso de pie y dando un salto hacia atrás, levantó la pesada arma, con la intención de herir mortalmente a su contrinicante.

Vicente Quiñonez parecía hipnotizado y no se movía.

En ese instante habría perdido la preciosa vida si el abogado Borbor no corta de un tajo la cabeza del maldito sacerdote, que rodando por el suelo vino a dar a los pies del Quiñonez.

Sobre las pulcras mesas de piedra, ahora manchadas de sangre, fueron colocados los cuerpos decapitados de los tres ancianos.

En sus pechos brillaron las cruces de sangre. Se había cumplido el último rito.

Ante los ojos atónitos de los ángeles exterminadores, desfilaron los cofres dorados cargados de Luises de oro, los candelabros con incrustaciones de rubí, los preciosos ornamentos, las estatuas de mármol y los cuadros que pintaran los mejores pinceles. La riqueza era incalculable.

Tomó el abogado Borbor los libros, los registros, los nombres

y direcciones de los venerables maestros de la luz.

Los montuvios con las pesadas espadas en alto, subían ya las gradas, para salir por donde entraron, cuando escucharon la orden de don José:

- ¡Deténganse! ¡Que cada uno de ustedes tome, como botín de guerra, una bolsa con Luises de oro! No tomaremos más, no nos dejaremos cegar por la codicia...
- Como buhté diga, patrón.
- Ya no soy tu patrón. Y ustedes: nunca más me llamarán “patrón”.
- ¿Noh está dehpidiento?
- ¿No le hemoh shervío bien?
- ¿En qué le hemoh fallao?
- Les estoy pidiendo que sean mis amigos, mis camaradas. El valor demostrado en la lucha, y los Luises de oro que han tomado, a título de “botín de guerra”, les ha hecho mis iguales. Ahora son hombres

libres.

Tres días después, siete hombres dan un paseo por el Sena.

Uno de ellos se sienta sobre una banca de piedra y revisa los periódicos. Los demás miran, sin gran entusiasmo el constante fluir de las aguas. Sus rostros permanecen impasibles.

En, *Le Journal*, *Le Matin* y en *L'echo de Paris* se relata, con lujo de detalles, un truculento hecho de sangre.

Le Matin, periódico de la masonería, destaca, en grandes caracteres, la reacción de Doumer: “Es evidente que se trata de un atentado terrorista, que pone en jaque la seguridad del Estado. —Ha dicho el presidente. —El gobierno dará con los responsables de este crimen nefando y los castigará, de manera ejemplar, con todo el peso de la ley.”

- Será mejor abandonar París lo más pronto posible.

- ¿Cómo vamoh a ocultar lah espadah?
- No podemos llevar esas armas con nosotros. Lo más probable es que se haya ordenado efectuar minuciosas requisas...

Siete días después de los sucesos que ocurrieran cerca de la plaza de los Inválidos, aparecieron diseminadas por París, siete espadas medievales: una, a la entrada de la catedral de *Notre Dame*; una, a la entrada de la iglesia de la *Madeleine*; una, a la entrada de la basílica del *Sacre Coeur*; una, a la entrada de la *Sainte Chapelle*; una, a la entrada de la iglesia de *Saint Sulpice*; una, a la entrada de la iglesia de *Saint Germain des Prés*; y la última espada, a la entrada de la iglesia de *Val de Grace*.

Los vestidos de la señorita eran limpios, sus cabellos sujetos en un moño con cintas de raso, su rostro lavado, sin polvos ni afeites.

Sus azules ojos, parecían mirar hacia el infinito a través de los

“lentes” enmarcados en oro reluciente.

Ella era aristocrática, definitivamente distinta, diferente al resto de los internos. No olía a orines o excremento, ni a sudor o grasa rancia como el resto. Olía a limpio, a jabón y agua de rosas.

Tuvo privilegios, porque era pensionista. No comió, de las humeantes pailas de cobre, los potajes que preparaban para los pobres las seis cocineras. Ella no dependió ni necesitó de las dádivas de la Asistencia Social.

Le servían en una vianda de hierro enlozado la comida especial de los médicos y de las Madres.

Tampoco durmió en las camas de las salas comunes. No. A ella le asignaron, desde el principio, un pequeño dormitorio independiente, en el segundo piso, a un costado de la iglesia.

Allí guardaba, en dos baúles de madera pintados de blanco con preciosas flores azules, sus preciados tesoros: una docena de perinolas trabajadas en madera de eucalipto, tres muñecas de porcelana traídas desde España,

un par de zarcillos gruesos,
un anillo cuyo rubí tallado en
forma de corazón parecía teñido
en sangre, dos pulseras de plata
del Perú y algunos collares de
perlas falsas.

Al fondo de uno de los baúles,
bien guardadas estaban: la funda
de terciopelo carmesí, con las
monedas que le diera su padre,
la peineta española, la mantilla
y las castañuelas.

Los tapetes de hilo, tiesos y
brillosos a causa del almidón
con el que habían sido plancha-
dos, yacían en innúmeras cajas
de cartón, arrumbadas contra la
pared del fondo.

En las perchas laterales, frente a
la cama, colgaban sus vestidos.
Bajo el lecho, cuatro pares de
zapatos de tacón alto y una baci-
nica nítida, jamás ocupada.

Alimentarse diariamente con la
comida de las Madres y dormir
sola, en una pieza exclusiva-
mente construida para ella no
agotaban sus privilegios: todos
la respetaban, la mimaban, la
querían...

El panadero preparaba para ella
unos deliciosos y crocantes pali-

tos, más sabrosos que los panes
especiales de manteca.

Era soltero este tahonero. Tenía
treinta años. Sus ojos grises
brillaban en las noches de luna.
Cuando no se afeitaba al ras,
su cara quedaba cubierta de
un millón de cerdas bermejas.
Enamorado, como estaba, de
Josefina, aprovechaba cualquier
oportunidad para acercarse a ella y
obsequiarle con lo más exquisi-
to de su horno: galletas, bisco-
chos, milhojas... y sobre todo,
deliciosos palitos recién hechos,
que crujían estrepitosamente al
ser triturados golosamente por
la muchacha.

El doctor Cazares la ha llamado
y ella acude a la cita.

Cazares juega con un par de
monedas. Las estruja, las coloca
sobre el escritorio y las recoge
nuevamente, las lanza al aire y
hábilmente las recibe de vuelta,
con la palma extendida...

- Cuénteme algo sobre su
niñez. Imagine que tiene
usted cuatro años... tres
años... dos. ¿Guarda en su
memoria algún recuerdo de

esa época?

- Tengo uno... Pero no lo quiero evocar...
- ¿Me deja examinar sus lentes?

Josefina cierra los ojos, se saca los espejuelos y los entrega al doctor. De un vistazo comprueba el médico que se trata tan solo de unos espejuelos de fantasía: puro vidrio, ni cóncavo ni convexo.

- Usted no necesita usar “lentes”. Estas gafas no tienen graduación alguna. ¿No le molesta usarlas?
- Ya me he acostumbrado... Me los dio Roberto. Él es muy celoso. “No quiero que persona alguna mire tus ojos”, me dijo. Los ojos son las puertas del alma...

El doctor Cazares le devuelve los espejuelos y ella se los pone nuevamente.

Las monedas de Cazares ruedan por el suelo y éste debe abandonar el escritorio de madera para recuperarlas...

En cucullas, sin habérselo

propuesto, levanta su cabeza y descubre de improviso las torneadas piernas de una diosa perfecta... jamás tallada en mármol por Fidias o Mirón.

Fue un instante, pero esta perturbadora imagen quedó grabada para siempre en su retina.

Titubeó. El carmín se apoderó de sus mejillas y solo acertó a balbucear:

- Sus ojos son hermosos, Josefina...

La muchacha siente en sus muslos el fuego de la mirada del hombre.

Sus mejillas también adquieren el color de las rosas, en plena primavera.

Baja la vista, con modestia.

Intuye las intenciones del médico...

Presidente que ha despertado en él un especial “sentimiento” hacia ella.

El interés del doctor Cazares va más allá del que un médico tiene por su paciente.

La atracción es mutua...

Ella también ha sido flechada, cautivada por los finos modales del hombre, por la forma en la que éste lo mira.

Pero fiel al recuerdo de “su” Roberto, luego de unos segundos de turbación, inicia casi maquinalmente su relato, pretendiendo de esta suerte levantar una sutil barrera, entre ella y el joven galeno...

- Yo tenía dos años... No sé... Quizá dos años y medio o tres... No estoy segura... Mi padre nos llevó a Guayaquil, en la balandra. Él estaba deshecho. Mi abuela había muerto. Me habían dicho que ella estaba muerta, pero no tenía idea alguna de lo que esto significaba. Mi mamá, la francesa, me llevaba en sus brazos. Hacía calor, mucho calor y yo tenía sed. Debo haberme dormido durante el trayecto. Al llegar a la casa de mi abuela me hicieron despertar. No sé si fue mi madre o mi padre el que me hizo despertar, a la fuerza. Yo no quería que me molesten. Deseaba seguir durmiendo. Tenía mucho

sueño y me costaba abrir los ojos. Entonces me puse a llorar. Me acariciaron la cabeza y me suplicaron que callara, pero yo seguí llorando, a pesar de todo. Subimos al segundo piso. Yo estaba todavía en los brazos de la que me había traído al mundo. Entramos a la habitación de la “mamá grande”, como le decíamos desde siempre. Yo sabía que era su dormitorio por los enormes cuadros que colgaban recios, casi cubriendo en su totalidad las paredes. Entonces dejé de llorar porque esos retratos y pinturas siempre me cautivaron y quería verlos nuevamente. Me daba miedo, pero al mismo tiempo me sentía atraída por los antiguos dibujos: con sus marcos tallados en madera; repletos de ángeles que revoloteaban en sus cielos nublados y sucios; atiborrados de monos, que mostraban sus feroces dientes, suspendidos por sus colas de las ramas de los árboles. También me causaba terror y curiosidad el adusto re-

trato de mi abuelo: de pie, elegante en su traje de lino almidonado, con su mano derecha colocada rígidamente sobre el corazón, como si quisiera evitar que se le salga del pecho; con su collar de muaré bordado a mano, con hilo de oro, en el cual destacaba el número 33; con su límpido delantal, fabricado con cuero de cordero atado a la cintura, repleto de escuadras, compases, ojos que todo lo ven, letras y otros emblemas indescifrables. Me arrancó entonces mi padre de los brazos de mi progenitora y me llevó hasta la cama, donde yacía mi abuela. Yo no quería ver la cara de la muerta. Tenía mucho miedo y me puse a llorar nuevamente. Pero mi padre, como si estuviera desorientado, llorando, tembloroso me acercó y me acercó y me acercó hasta rozar mi cara con la de ella, mientras gritaba desconsolado: “¡Mírala, mírala, era mi ángel protector... y ya no está con nosotros! ¡Ya no está con nosotros!

¡Ha partido!”. Yo no abrí los ojos, no quise abrir los ojos, para no verla... Entonces ocurrió lo que nadie pudo jamás imaginar. La “mamá grande” levantó los pesados párpados, que a mí se me antojaron estar hechos con cera de abejas, y dijo, con voz entrecortada: “¿Confesión? Yo no necesito que venga cura alguno a mi casa. Ya me he confesado directamente con el Altísimo. Nada más me hace falta”. Y diciendo estas palabras expiró.

La señorita Josefina trabajó en silencio, sin descanso, todos los días, incluso los domingos, después de asistir a misa.

Con nadie intimó, ni con internas, ni con enfermeras, ni con empleado alguno. Retraída, apenas respondió sí o no, a las personas que por alguna razón se acercaron e invadieron su intimidad.

Pero cuando cantaba en el coro de la iglesia, un ángel revoloteaba alrededor del trono divino y todos podían escuchar nítida-

mente su voz, fuerte y metálica.

A Dios le pedía, con toda su fe, le devuelva su preciada libertad.

Josefina había tomado ya una decisión definitiva a este respecto. Huiría, con la protección del Altísimo, de la aborrecible prisión donde permanecía encerrada, sin comunicación con el mundo exterior. Estaba dispuesta a correr los riesgos y comprar su libertad a cualquier precio.

La Madre superiora se llama Margarita. Es una monja seria, de rostro apegaminado, pequeña como un fréjol, pero dura y firme de trato.

El 22 de febrero, de cada año, se celebra el santo de Margarita de Cotona. Con anticipación preparan las cocineras del hospicio las colaciones de azúcar, los chocolatines, las galletas de coco y, especialmente, la chicha de jora.

Cada una de las salas prepara un número especial.

Se sabe de antemano que el hijo de Rayo, el hombrecito que se

arrastra, que tiene paralizadas sus piernas y que avanza deslizándose por el piso sobre una especie de alfombra o coche, tocará la bandolina.

Se sabe también, que la cieguita de la sala Santa Ana, cantará con su dulce voz, pasillos de amor y traición.

Se sabe —y esto es lo más importante— que la señorita Josefina se vestirá de española, con peineta, mantilla y tacones altos.

Los loqueros, ayudados por los “locos mansos” suben, afanosos, al corredor que queda a un costado de la iglesia, unas cuantas bancas de madera y, sobre éstas, el maestro Cajitas arma un tablado, en un santiamén. Las alfarjías están muy juntas, para que no se hundan los tacos de las bailarinas.

Delante del tablado se coloca una gruesa cortina verde, descolorida por el paso del tiempo.

Se ubican, a lo largo del corredor, las bancas y las sillas.

El espectáculo puede comenzar en cualquier momento. La expectación del público crece

minuto a minuto.

Allí están, codo con codo, las Madres con sus palomas blancas almidonadas cubriéndoles la cabeza, los médicos, las enfermeras, los que trabajan en los distintos oficios que demanda la casa, los ancianos tosigosos, los mudos vivos y los locos apacibles.

También se ha permitido el ingreso de la gente de afuera. El Habilitado de turno ha traído a su mujer y a dos adolescentes insípidas, hijas suyas, más feas que la pepa de guaba.

El doctor Manuel Agustín Cazares se ha sentado en la primera banca, frente al improvisado escenario, y no deja de contar y recontar las moneadas que guarda en el bolsillo izquierdo de su pantalón.

Se escuchan los primeros acordes de un pasodoble español y el telón se abre completamente, dejando ver un jardín de Sevilla, primorosamente pintado, con azules, amarillos, verdes y granas. Suenan las castañuelas y aparece, en todo su esplendor, la figura esbelta de Josefina Borbor.

Los ruidosos tacones rojos retumban con ritmo sobre el robusto tablado. Detrás de las bambalinas resbala fresca la metálica voz de una pandereta.

El rostro de ella ha cambiado radicalmente, está radiante, hermosa como nunca: no usa lentes y sus ojos azules brillan como estrellas, le han puesto carmín en los pómulos... negro de hollín en las pestañas y en las cejas... rojo sangre en la boca.

— ¡Cómo baila esa niña!

El doctor Manuel Agustín Cazares la mira como si estuviera embobado. Cualquiera diría que se ha enamorado perdidamente de ella.

La máxima autoridad en el hospicio Jesús, María y José, al que más tarde llamarían hospital psiquiátrico San Lázaro, era el señor Habilitado.

Con cada cambio de gobierno se cambió al Habilitado y se lo reemplazó por otro. De tal manera que estos burocráticos personajes pasaron, como las cuentas de un rosario, sin dejar huella alguna.

Pero el Habilitado lo decidía todo. Siendo política su jerarquía, se hacía su santa voluntad.

Al Habilitado de turno, cualquiera que éste fuera, se le veía llegar a las nueve de la mañana, pedir su espléndido desayuno, con nata batida y holgazanear luego a gusto y placer. En este clásico comportamiento no había distinción alguna entre los Habilitados conservadores o los Habilitados liberales. Nada tenía que ver en esto el color político: usar y abusar de las prevendas que confieren los cargos públicos, se había vuelto una práctica generalizada.

Los Habilitados tenían la costumbre de pasear por los corredores de la planta baja, o por los jardines, tomando plácidamente el sol, entre las diez u once de la mañana. Pedían luego algún refresco y se marchaban muy orondos, inflados como pavos, con sus rojas papadas grasientas y brillosas. Por las tardes ya no regresaban.

La responsabilidad total recaía sobre las *Madres*. Las religiosas de la caridad, con sus sobredimensionadas tocas de beatilla

blanca almidonada cubriendo sus rapadas cabezas, mantenían operando como un reloj suizo la compleja administración de esta casa.

Hay, a un costado del hospicio, en el borde del jardín de las *Madres*, una puerta gruesa de madera, que solamente se abre, para dejar entrar la leña de eucalipto con la que se cocinan los alimentos, o los costales de harina de trigo, para la preparación del pan.

Por esa puerta ingresa, además, de manera ocasional, el ganado bravo para ser sacrificado.

Cuando esto ocurre, llegan cuatro o cinco indios que sostienen con cabestros a la bestia, que muge y clavaba las pezuñas en el piso, quizá presintiendo la muerte.

El cabestro principal, atado a los cuernos, pasa entonces a través de una argolla sujeta al piso. Al tirar de éste, se obliga al animal a bajar la cabeza...

Entonces, uno de los verdugos asesta un puntillazo al toro, en la base del cráneo, y éste cae al

instante, con un temblor estremecedor en las cuatro patas.

De inmediato, otro, le clava un enorme cuchillo a la altura del corazón.

La sangre brota con tal fuerza que las paredes de piedra de la gruta protectora de una virgen que allí existe, y muchos cartuchos del jardín, quedan manchados de rojo.

A este sangriento espectáculo acuden enfermos, médicos, enfermeras y empleadas.

A pesar de que los niños epilépticos caen al suelo, como fulminados por un rayo, nadie quiere perderse esta especie de corrida cruenta. Nadie. Tampoco la señorita Josefina, que se tapa la nariz con un pañuelo de encaje, porque no soporta la pestilencia, cuando los indios, luego de sacar tripas, hígado, riñones y corazón, empiezan a descuerar y descuartizar a la res.

Por esta razón a esa entrada se la conoce con el nombre de “puerta del toril”.

En el tercer piso del hospicio

está la sala de los ancianos. Apesta por los cuatro costados, a orina, a excrementos.

Algunos de estos hombres son recios, nervudos, fuertes. Ellos ayudan a subir los atados de leña, desde la “puerta del toril” hacia la cocina.

— ¡Leña! ¡Leña de ucalo, pesada! — Avanza el “Tore-ro”, con el haz de fragantes eucaliptos, cortados en las faldas del Pichincha.

— Lindos troncos. Troncos finos, para hacer perinolas —Comenta, al paso, el “Abuelo”, hábil con la navaja, para tallar la madera fresca.

Nada dice el “Mudo Cadena”, el que suele limpiar con ceniza, sal y limón el incensario de la iglesia. Solo pasa cabizbajo con la carga de leña a cuestras.

Nada dice el “Mudo Vivo”, al que le han rapado casi a mate y su cabeza parece la de un puerco espín.

Van cargados como acémilas, pero sonríen a las reverendas *Madres*, que los miran pasar, al

igual que lo hicieran las esforzadas hormigas, en fila india, con cargas que superan con creces cualquier expectativa.

Las religiosas creen a pie juntillas que todo esto es un milagro. Elevan los ojos al cielo, incapaces de entender cómo pueden ser tan elásticos y musculosos los cuerpos de esos hombres viejos.

Al paso, el “Abuelo”, saca de su bolsillo una perinola y sonríe. Josefina recibe el obsequio y premia al viejo con un beso en la mejilla. Eso pasa siempre que llega la leña. Ella guarda estos pequeños recuerdos en uno de sus baúles.

En el patio, detrás de la cocina, donde las locas se sientan a las diez de la mañana a pelar las papas, van colocando los leños.

Los hombres construyen verdaderas torres de fantásticos castillos, para que se sequen los troncos.

Las ratas o las raposas harán luego sus nidos en las torres.

Eso es inevitable. Así ha sido siempre. ¿Por qué habría de esperarse cambios?

En una de las reposaderas, donde se decantaba el agua que llegaba por las acequias, antes de que ésta fuera suministrada por tuberías, se hallaron tres esqueletos de raposa, íntegros, blancos, perfectos, ya sin hedor alguno.

Pero no todos los ancianos ayudan a subir la leña. Hay un hombre, en el corredor del tercer piso, que no puede pararse.

Arrastra su deforme cuerpo, con ayuda de unos mangos de madera, a los que se ha fijado trozos de llanta, para evitar la fricción.

Desde ese palomar suele mirar el espectáculo, con una sonrisa de resignación.

Él dice ser hijo de José Faustino Lemos Rayo, tristemente célebre por haber asesinado a machetazos a García Moreno.

El hombre que se desplaza por el suelo, sentado sobre una especie de alfombra de caucho, dice llamarse Manuel Antonio Faustino Rayo Carpio. En ese tiempo debería tener entre cincuenta y sesenta años.

Pobre, como todos los huéspedes del hospicio, no pensio-nistas. Su única riqueza: una bandolina. Sentado en el suelo, con el enorme vientre brotán-dole hacia la derecha, rasga las cuerdas del instrumento y brotan las melodías de antaño, cargadas de lastimera poesía.

Para sus pequeños gastos, lustra zapatos. Los domingos, sube Josefina al tercer piso y entrega sus preciosos botines para que el hijo de Rayo los deje como nuevos.

- Llegué a mayor de policía, cuando era joven.
- ¿Cómo pudo, en su estado, entrar a la institución policial?
- Yo era sano, mi niña. Montaba los caballos y sable en mano custodiaba el orden en las calles. Eran buenos tiempos... Pero una tarde, mientras estábamos tratando de evitar que la turba se haga fuerte, en la plaza de Santo Domingo, se resbaló el caballo y yo caí malamente. No había antes buenos médicos, como

ahora. Quedé postrado para toda la vida...

En aquel tiempo, la señorita Josefina solía sentarse en una de las bancas de madera, alineadas a lo largo del amplio corredor, que envolvía el jardín central del hospicio, por los cuatro lados.

Virgen de mármol, fría e inalcanzable, siempre distante, sus dedos blancos hundían brillantes agujas en pequeños moldes metálicos, y amarraban con destreza, cientos de intrincados nudos. Brotaban entonces, como por encanto, hermosos y delicados tapetes de hilo que iban amontonándose silenciosamente en una cesta de mimbre.

A eso del medio día está Josefina, como de costumbre, sentada en uno de los corredores, tejiendo sus preciosos tapetes.

Llegan, en tropel, los internos que se hallan en condiciones de servir a los demás, acompañados de los empleados encargados de vigilarlos de cerca.

Hombres y mujeres se dirigen, en orden y en relativo silencio, a la cocina.

Se distingue fácilmente a los empleados y empleadas a causa de sus mandiles blancos, manchados y raídos. Los internos, por su parte, visten viejos uniformes verde oliva, donados por los cuarteles de policía. Las internas lucen rústicas faldas largas y blusas de percal azul, desteñidas y remendadas.

A los mojones no se les permite bajar. Permanecen también en el tercer piso, pero en una sala distinta, que apunta hacia el Panecillo. Los mojones usan unas túnicas elementales de liencillo, permanente manchadas de amarillo intenso, a causa de la orina. Acostumbrados, como están, al olor nauseabundo de los excrementos, yacen algunos recostados en sus camastros, mientras otros, son llevados al sol, sacándolos a pulso de sus jaulas metálicas, pintadas con esmalte blanco.

Los mojones babean y sus caras conservan una eterna e idiota sonrisa.

Los que pueden valerse de sus piernas para caminar se ubican atentos, junto a las jaulas de los que han perdido la capacidad de valerse por sí mismos.

Tan pronto como uno de éstos expele sus excrementos, se lanzan como buitres, toman con sus manos el pestilente manjar y se lo llevan a la boca, mientras huyen para que nadie les arrebatase la codiciada presa.

Cerca de la cocina, un par de monjas vigilan, desde sus posiciones estratégicas, que el desfile se lleve a cabo en estricto orden, con apego riguroso a la moral y las buenas costumbres.

De dos en dos, los hombres por su lado y las mujeres por el suyo, salen de la cocina tirando, de sus recias orejas de bronce, los pesados pondos repletos de comida caliente.

El Macas, uno de los empleados que cuida de los locos furiosos, se ha enamorado de la “María Flaca”.

La muchacha, cuando ve llegar al galán, se pone nerviosa y su rostro adquiere el tinte rojo de

las granadas.

Había adquirido el Macas la costumbre de piropear a la moza guapetona, de frente, en voz alta, casi a gritos, y las monjas ya le habían advertido que su conducta dejaba mucho que desear.

Como el Macas no escarmentó y continuó zumbando como un zángano, piropeó en esa ocasión a la flaca, a voz en cuello, como para que le oiga todo el mundo:

- Preciosa, me tiene usted loquito.

La aludida nada dijo, pero dejó caer un charol con copas, que llevaba consigo. Los cristales se hicieron añicos y las reverendas señoras, no pudiendo ocultar su enojo, la emprendieron contra el mentado Macas.

- Preciosa, me tiene usted loquito.
- Es usted un liso, un atrevido-. Dijo una de las *Madres*.
- Nuevamente está usted sonsacando a la muchacha. Esta vez no nos quedará más remedio que pedir al

señor Habilitado que dé por terminado su contrato-. Sentenció la otra.

Enrojecen de pronto las orejas del mozo y se erizan las cerdas de su bigote.

- No hace falta que hable usted con el Habilitado. Estoy cansado ya de tanta hipocresía. A fin de mes me iré, por propia decisión de esta casa de locos y si esa preciosa quiere venir conmigo, me la llevaré con o sin su permiso, para hacerla mi mujer.

Diciendo esto, levanta con sus fuertes brazos él solo, un pesado pondo de bronce, repleto de colada chirle, y retorna a su sala, silbando como si nada hubiera pasado.

«Este es el aliado que necesito —pensó la señorita Josefina—. Este hombre me ayudará a escapar de aquí».

Desde ese día estuvo buscando la ocasión de hablar con él, para pedirle que le ayude.

Dieron las diez de la noche.

La señorita Josefina no se acostó. Se paseó de un lado a otro, dentro de su pequeño cuarto, inquieta, con el corazón anhelante.

Abrió uno de sus baúles y buscó la fundita de terciopelo carmesí, donde guardó el capital que le diera su padre y lo encontró intacto.

Había conversado con el Macas, cerca de la carpintería del maestro Cajitas, para no ser sorprendida por alguna de las *Madres*:

- Necesitaré algo de dinero, para pagar a un hombre de mi confianza. Solo no podré hacerlo. También será necesario comprar el veneno, una cuerda, una polea y unas cuantas clavijas —le había dicho el Macas—. Es aconsejable pagar su hospedaje por adelantado en un hotel que queda

aquí cerca, en la calle Loja, y adquirir los pasajes, en tren, para Guayaquil.

- No se preocupe. Venga esta noche y le daré una de las monedas que conservo conmigo desde ya hace algún

tiempo.

- No creo que con unas cuantos “centavos” pueda lograr su objetivo... Dis-cúlpeme usted, me retiro. Tengo muchas cosas que hacer. Me está haciendo perder el tiempo...

Dijo estas palabras, con visible molestia, y dio media vuelta, y a grandes zancadas se alejaba, sin regresar a ver a la muchacha que le estaba pidiendo su ayuda.

- Son piezas de oro, señor.

Al escuchar la palabra “oro”, el Macas detuvo de inmediato su huída, abrió sus ojos, con codicia y, aparentando un interés que no sentía, aceptó sin chistar la propuesta de Josefina..

El Macas llegaría, supuestamente, a las once de la noche y llamaría discretamente a su puerta.

No tuvo que esperar mucho la fugitiva en ciernes. A las once en punto de la noche se escuchó un leve golpeteo. La muchacha, sin decir una palabra, sin encender la luz, entreabrió la puerta y depositó una moneda

en la callosa mano de su cómplice.

- La fuga se producirá pasado mañana, a esta misma hora. Tenga todo listo. Lleve solamente lo indispensable.
- Claro señor.
- ¿Tiene más... de éstas?
- Tengo dos más.
- Démelas. Uno nunca sabe... Pudiera ser necesario sobornar a la negra Celina, en el caso de que ésta nos descubra. Mañana pagaré al portero para que me deje salir a comprar las cosas que necesitamos.
- Le daré una más. No creo que precise tanto dinero.

El hombre mordisqueó los dos Luises de oro y los apretó luego contra su corazón, sonriendo por lo bajo. Luego desapareció en la oscuridad de la noche.

El plan fraguado parecía un tanto estrafalario y arriesgado, pero factible.

Por otro lado, Josefina sufría por los perros.

El Macas subiría a la cuadra y envenenaría a los animales. Fijaría una polea en una rama de uno de los tantos eucaliptos que levantan sus soberbios troncos junto al tapial de tierra, que linda con una angosta callejuela, por detrás del hospicio.

La altura exterior del tapial, desde el suelo hasta su borde superior era considerable y fácilmente superaría los tres metros y medio. Debido a esto, se ataría por el talle a la joven y, levantándola con ayuda de una polea, se la columpiaría por encima del tapial, hasta lograr que sus piernas, abandonando la cuadra, se sitúen ya afuera, sobre la empedrada callejuela, para luego soltarla un poco, superando de esta forma el obstáculo.

Hecho esto, el Macas y su ayudante liberarían lentamente el resto de la cuerda, hasta que la prófuga haya tocado el suelo.

El Macas descendería en segundo lugar y su ayudante se encargaría de recoger las cuerdas y el resto de aparejos, sin dejar rastro alguno.

Dos noches no durmió Josefina. Se imaginó así misma columpiándose ya sobre el tapial, a la luz de la luna.

Se imaginó entrando a un hotel pequeño, pero limpio y primorosamente decorado.

Se imaginó camino a Guayaquil, sentada junto a una de las ventanas del tren, sintiendo al aire fresco acariciar su cara y su cabello.

Los dos siguientes días madrugó como de costumbre. Fue al coro y cantó con devota alegría, dando gracias a Dios por haberla escuchado.

A los dos días se sentó en la banca del corredor por el cual debía llegar el desfile de hombres y mujeres en dirección a la cocina. Vio retornar a las viandas y los ponedos repletos de humeante comida. No podía ocultar su nerviosismo. Sentía la necesidad de mirar el rostro de su cómplice.

Buscó la mirada esquiva del hombre en el cual había puesto todas sus esperanzas. Pretendía confirmar, por alguno de sus

gestos, que todo marchaba sobre ruedas. Pero por más que buscó y rebuscó la cara del Macas, no logró dar con ella.

Entonces, sin poder aguantar por más tiempo ese estado de zozobra que se había apoderado de ella, preguntó a uno de los custodios de mandil blanco-sucio si había visto al Macas.

— El Macas ya no trabaja para nosotros. Ayer, a las seis de la mañana salieron de aquí, él y la tal María Flaca, cargando sus maletas.

Por lo menos un centenar de veces habría leído el doctor Cazares el historial médico de la señorita Josefina.

Las cosas que se decían en los informes y demás documentos recopilados no concordaban con los análisis y la observación clínica de la “paciente”.

La muchacha permanecía recluida en el hospicio como si fuera una enferma peligrosa.

Alguien la tenía prisionera, dejando que su juventud se

marchite.

No podía él permanecer indifere-
rente ante tanta injusticia. No
debía quedarse con los brazos
cruzados. Quería verificar si la
historia clínica era verídica, si
tenía una base de sustentación
médica.

Sin revelar sus propósitos al
Habilitado o las *Madres*, tomó
vacaciones y viajó a Guayaquil.

Uno de sus colegas le había
recomendado el hotel de un tal
Jairo.

Lo ubicó fácilmente.

A eso de las siete de la noche se
recostó. Desde la cama contem-
pló el isócrono bailoteo de las
luces verdes y rojas: “Sant Fe”,
“Santa F”, “Santa e”.

Agotado por el viaje se quedó
profundamente dormido.

Por la mañana, el viejo Jairo le
sirvió, en persona, pan árabe:
chato y redondo, en hoja de vid;
café arábigo: fuerte y amargo; y
“jellab”: una deliciosa bebida,
preparada con uvas y pasas.

No le fue difícil hallar en Gua-
yaquil la casa donde viviera el
abogado José Francisco Borbor

Cedeño.

Habló con los nuevos dueños.
Les explicó el motivo de su
visita. Éstos, de manera cordial,
le explicaron que nada sabían.
Que ni siquiera habían conocido
a la señorita Josefina o a sus
padres...

Viajó hasta Vinces. Le permitie-
ron visitar la plantación. Pidió
que le llevaran a la antigua
casona. Solamente encontró un
montón de escombros, madera-
men podrido, vegetación exube-
rante cubriéndolo todo.

Tan solo el “árbol del bien y del
mal” permanecía enhiesto, in-
corruptible, desafiando el paso
del tiempo.

En Guayaquil visitó clínicas,
hospitales, consultorios médicos
y laboratorios. Fue increíble lo
que encontró a cada paso.

La mayoría de los análisis y de
los informes médicos emitidos
eran falsos. Habían sido forja-
dos, con la intención de sepultar
para siempre en el hospicio a
Josefina Borbor.

¿Quién está detrás de esto? Era
imposible hallar respuesta a esta
pregunta fundamental.

Estos descubrimientos le dieron la razón. Estos hallazgos le incentivaron a seguir adelante, a continuar con su búsqueda de la verdad.

Hasta bien entrada la noche iba, de puerta en puerta, preguntando por los distintos barrios si por ventura alguien conocía al joven Roberto Alcívar.

Buscad y hallaréis, dice el proverbio. Y éste se cumplió, en este caso.

En una de esas correrías golpeó al azar la puerta de una vivienda, en las afueras de Guayaquil.

Había escuchado desde lejos las voces de muchachos que discutían de política. Cuando le abrieron la puerta unas muchachas vestidas de amarillo, se presentó así mismo, de manera cortés.

- Disculpen ustedes que haya llamado a su puerta. Me llamo Manuel Agustín Cazares, soy médico siquiatra. Estoy buscando al señor Roberto Alcívar.

Al decir estas palabras, notó que las señoritas de amarillo se

pusieron pálidas y titubearon, como si hubieran sido sorprendidas en alguna falta.

- No conocemos a persona alguna con ese nombre.

Así dijo una de las muchachas, de manera precipitada, e intentó cerrar la puerta sin más trámite, pero la otra volviendo a entreabrir la pesada hoja, preguntó.

- ¿Y se puede saber para qué busca usted al joven Alcívar?
- Trabajo en el hospicio San Lázaro, en Quito. Allí han recluido a una pobre muchacha guayaquileña, llamada Josefina Borbor du Boise.
- No conocemos a ninguna Josefina Borbor.

Diciendo esto, la primera de las muchachas amarillas cerró la puerta, sin que la otra pudiera impedir que lo haga.

Sospechosa al extremo le pareció al doctor Cazares la actitud de las Moreno, pero como no podía obligar a nadie que le deje entrar a su casa, para verificar

si allí se encontraba el joven Alcívar, tuvo que retirarse, sin volver a insistir en sus pretensiones.

Se propuso regresar al siguiente día a la casa de las muchachas, pero el tiempo estuvo en su contra.

Sus vacaciones terminarían en un par de días. Por otro lado, sus recursos pecuniarios eran limitados y mermaron día tras día.

No tenía más alternativa que retornar a Quito, volver a su trabajo y dejar para más adelante sus investigaciones.

Adquirió un boleto para regresar a la capital y caminó descorazonado, en dirección a su hotel, para descansar.

Frente al “Santa Fe” había una pescadería. Siempre estuvo allí ese establecimiento empero jamás despertó su curiosidad. Así suele ser el destino o la casualidad. Esa tarde se fijó en el rótulo blanco, con grandes letras en azul: PESCADERÍA ALCÍVAR CEDEÑO. ¿No tendría algo que ver este “Alcívar” con Roberto, el primo de Josefina?

Así fue como el doctor Cazares entró al floreciente negocio del “Colorado” Asencio Alcívar Cedeño. En grandes tinajas de plástico repletas de hielo picado, se ofrecía al público el pargo, el dorado, el bonito, la trucha, el bacalao, el róbalo. La concha prieta se vendía por cajones, los camarones por libras. No faltó el pulpo. No faltaron los cangrejos ni las jaibas.

Sin titubear, escrutó con su mirada al hombre que se hallaba detrás del mostrador.

- ¿Pa qué soy bueno? – protestó receloso el “Colorado”.
- Busco a Roberto Alcívar.
- ¿Y pa qué lo quiere?
- Le traigo noticias de la señorita Josefina Borbor.

El “Colorado” se quedó de una pieza. No podía creer lo que estaba escuchando. El doctor le contó el motivo de su visita, las razones que le impulsaron, como hombre de bien, a buscar la verdad y devolver la libertad a la que habían encerrado injustamente.

- No sabe buhté lo que ha sufrido mi hijo, por causa de esa muchacha.
- ¿Dónde puedo localizarle?
- Él no vive con nosotroh. Le fahtidia el oló del pehcao. Me han dicho que ehtudia leyeh. Me han dicho que anda con unoh amigoh, metió en la política... Casi nunca lo vemoh por aquí.
- Si lo ve... ¿Podría contarle lo que yo le he revelado?
- De eso puede buhté ehtar seguro, mi doc.

Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas flácidas del viejo Alcívar.

Los años habían pasado raudos. La universidad convertía poco a poco a Roberto, el ayudante de pescadería, en abogado de la República.

La inestabilidad política se había convertido en la regla de oro del país.

El 24 de agosto de 1931, renunció a la presidencia el doctor Isidro Ayora y asumió la prim-

era magistratura el coronel Luis Larrea Alba.

Como Larrea tenía pretensiones de dictador, el 15 de octubre del mismo año, lo bajan del sillón presidencial, luego del correspondiente tiroteo, y encargan el poder al doctor Baquerizo Moreno. Baquerizo Moreno convocó a elecciones.

La “Compactación Obrera” impulsó, a comienzos de 1931, el nombre de Neptalí Bonifaz como candidato a la presidencia.

Roberto y muchos de sus compañeros, cansados de los atropellos de los liberales, apoyó desde el principio la candidatura del serrano que prometió la estabilidad monetaria y la tolerancia religiosa.

Amigos y parientes solían reunirse por las tardes para beber cerveza helada, escuchar música en la victrola, bailar con las muchachas del barrio, recaudar fondos para la campaña y vivir al candidato.

La reunión se transformaba en juerga y la juerga no paraba hasta bien entrada la noche.

Poca era la visibilidad. A propósito no se encendía los faroles a gas, para que nadie supiera lo que hacen o lo que maquinan los jóvenes pelucones o pitucos, como se llama despectivamente a los hijos de los ricachones.

En una de esas noches agitadas, mientras Roberto bebía con sus “panas”, alguien mencionó, en la puerta de calle, el nombre de Josefina.

El muchacho quedó paralizado. No pudo identificar la voz del que había hecho el comentario.

Tampoco alcanzó a escuchar todo lo que decía. Tres palabras, aparentemente inconexas, habían llegado sin embargo hasta sus oídos, de manera inconfundible: Josefina, hospicio, Quito. ¿Hablaron de la misma Josefina?

Se incorporó de inmediato, abandonó sobre la mesa una botella de cerveza a medio beber, y saliendo de la sala, fue hasta la puerta de calle.

Allí encontró a las Moreno, las hijas de don Melquiades, el dueño de la casa. Parecían

mangos esas muchachas, con sus vestidos amarillos.

- ¡Roberto! ¿Estabas aquí? Ayer nos dijiste que no vendrías. Preguntaron por ti. — Le dijo Clarisa.
- ¿Qué? ¿Quién preguntó por mí? ¿Les dijo por qué me busca? ¿Por dónde se ha ido el que...?
- Él dijo que era “siquiatra”. “Loquero” ¿Lo entiendes? De apellido Cazares. Nosotras no lo conocemos. Hasta pudiera ser algún “pesquisa” disfrazado, enviado por el gobierno, para averiguar por qué nos hemos reunido. No sabemos por dónde se ha marchado.
- Dijo que venía de Quito. Dijo que venía de parte de una tal Josefina...

Roberto salió precipitadamente a la calle. Corrió hacia el este. Corrió hacia el oeste, como un poseído. Las calles oscuras se tragaron al extraño. El hombre que le traía noticias de su amada había desaparecido...

El derechista Neptalí Bonifaz Ascásubi triunfó en las elecciones que se llevaron a cabo entre el 20 y 21 de octubre de 1931. Con este motivo hubo música, bailes y discursos en algunas casas señoriales del gran Guayaquil.

Mientras algunos festejaron el triunfo, otros conspiraron y golpearon las puertas de los cuarteles. Se vivía tiempos difíciles, convulsionados.

1932. Tres hombres avanzan protegidos por la oscuridad de la noche. Uno de ellos es alto oficial del ejército; otro, comandante de carabineros. El tercero huele a leguleyo. Ingresan, de manera furtiva, a la casa del presidente electo.

- Su elección ha caído como un balde de agua helada.
- Reunirán al Congreso para anular las elecciones.
- Pretenden descalificarle.
- Si me descalifican, correrá la sangre hasta los tobillos.

Vicente Solines, el poeta, el compañero de aulas en el colegio Rocafuerte viajará hasta Quito con Roberto, para buscar a Josefina. En esto se han puesto de acuerdo los jóvenes amigos. Solamente hay que ultimar algunos detalles.

A comienzos de 1932 apareció, cerca de Guayaquil, un buque de bandera francesa.

El sutil manto de la noche manchó de gris oscuro los lejanos árboles de la costa.

Si se hubiera prestado atención se habría visto las siluetas de siete hombres, que bajando discretamente del buque, subieron a la lancha que los transportó a tierra. Pero nadie notó la maniobra.

Los hombres pisaron tierra y desaparecieron, confundándose, en el largo malecón, con las personas que pasean apacibles, recibiendo en sus rostros y brazos desnudos la caricia refrescante de la brisa del río.

Dos automóviles negros los

conduce al Ritz.

Sin el grueso bigote, con lentes redondos de poeta y sombrero hongo es imposible reconocer al abogado Borbor.

Doña Yadira está esperándole. Hombre y mujer se funden en un abrazo que parece eterno.

En cuando a los otros seis, cualquiera los hubiera confundido con marinos europeos, a causa de su peculiar indumentaria.

Hablan éstos un francés de cocina, pero francés al fin.

Cuando la recepcionista pidió los documentos, éstos entregaron pasaportes franceses, legalmente firmados y sellados.

La recepcionista frunció el ceño, pero sus dudas quedaron absueltas cuando los “turistas franceses” dejaron en sus manos unos cuántos francos, en calidad de propina.

Un hombre y una mujer entran a la habitación reservada desde París. Se miran a los ojos. Se besan con pasión.

La batalla de amor desenfrenado concluye.

José Borbor saca de su equi-

paje de mano un libro maldito y lo deja sobre el velador, a un costado de la cama.

Entonces, con una sonrisa amarga masculla entre dientes.

- No es dulce la venganza, como dicen. Es más bien amarga, dura, dolorosa...
- Ven. Ven aquí. Duerme ahora, amor mío.

Una vida de perros le dio Gabriel a la españolita. Cubierta de joyas, de pies a cabeza, la Manola se aburría como una ostra en la suit del Ritz, donde su amante la tenía secuestrada. Añoró los radiantes días de Vines.

- ¿Tenemos que vivir siempre en este pestilente hoyo, como si fuéramos ratas?
- Este es el mejor hotel de Guayaquil, preciosa. El servicio es excelente.
- ¡Mierda! ¡Deberíamos vivir en una casa, como todo el mundo!
- No puedo darme el lujo de

vivir en una barriada. Esta ciudad no es segura...

- Aquí me ahogo. Aquí me aburro.
- Abre las ventanas, querida.
- Ni siquiera me dejas salir sola. Me he convertido en una prisionera.
- ¿Quieres que te asalten?
¿Quieres que te secuestren?
¿Quieres que te falten al respeto?
- Solamente deseo ser libre, nuevamente. Ya no te soporto. Eso es todo.
- ¡No voy a permitir que me hables en ese tono!
- ¡No te tengo miedo, Lagarto de mierda...!
- ¿Lagarto? ¡Ven acá!

Gabriel levantó su mano y de una cachetada lanzó a la españolita por el suelo.

- ¡Jamás vuelvas a llamarme Lagarto!

Para poner fin a la pelea, Gabriel puso en sus manos un collar con un curioso colgante. Primorosamente acabado en

oro y piedras finas, destacaba en relieve un símbolo maldito: tres flores blancas de cartucho, entrelazadas, en un campo azul purísimo.

- Ahora, haremos las paces.

“Basta de rabietas”, dispuso “El Lagarto”, como si nada especial hubiera ocurrido y empezó a desnudarse de prisa.

La urraqueña tragó en seco, pero nada replicó.

Tomó la gargantilla, sonrió a su amante, con una mueca indecible y se entregó, como siempre, dócil ante sus deseos.

Durante los años de convivencia, la Manola se había dado cuenta de la doble vida de Gabriel.

Sus salidas nocturnas, sus conversaciones y reuniones secretas con gente de la más baja estofa, el dinero que recibía de manera gratuita, sin que jamás se le explicara su origen. Todo esto le resultó extremadamente sospechoso. Pero cuando Gabriel le regaló la gargantilla, reconoció de inmediato la curiosa carlanca de Josephine.

¿Tuvo celos? ¿Supo lo de las

rosas? ¡Qué intuitivas son las mujeres!

- ¿Puedo ir a Vines? – le preguntó en un tono sumiso.
- Allá nada queda...
- ¿Y los Borbor?
- Vendieron El Progreso y se marcharon a París.

No quedó convencida la mujer. Tan pronto como pudo, tomando su ropa, sus joyas y el dinero que estuvo a su alcance, compró al portero del hotel para que se haga el “loco” y huyó de su amante.

En Vines le contaron mil historias. Todas contradictorias. Ninguna verdadera. Miró con horror la hacienda destruida, abandonada, la casa quemada, la mala hierba devorándolo todo...

En el consulado de España contó la urraqueña lo que sabía y lo que había averiguado.

Cuando logró hablar con el cónsul, éste dijo que los hechos y denuncias formulados no eran de su competencia, que ni él, ni

el embajador podían inmiscuirse en los asuntos internos del Ecuador.

Decidió entonces ir a una de las comisarías.

- Una ciudadana española dice conocer la identidad de “El Lagarto”.
- Hágala pasar de inmediato.

El comisario no dio crédito a su historia. Era demasiado fabulosa para ser cierta. Hubiera sido absurdo inculpar de atrocidades sin nombre a un distinguido caballero guayaquileño, sin contar con prueba alguna.

Pobre Manola. Los perros de presa, enviados por “El Lagarto”, con la orden de eliminarla, dieron con ella, cuando intentó huir a España.

Para salvar a su hija, el abogado Borbor debía exterminar de raíz la oscura hermandad, o al menos, herirla de muerte.

Extensa era la lista de nombres extraída de los archivos parisinos. Eliminar a tres o cuatro de los miembros más

influyentes era relativamente sencillo, pero esto no bastaría para desarticular a la poderosa organización.

Urdió, por lo tanto, un plan meticuloso.

Averiguó, en qué fechas debía reunirse el Pentavirato. Pensó comprar un lote de terreno cercano al predio donde se levantaba el anfiteatro con su esbelta cúpula, pero se acordó que el boquisucio ya se le había adelantado...

Las dificultades, para seguir al pie de la letra el plan trazado, no fueron despreciables. Trató, por ejemplo, de conseguir una copia de los planos que sirvieron para construir el anfiteatro donde se llevaban a cabo las sesiones de los pentaviros, pero no consiguió copia de estos dibujos por más que los buscó en los archivos de la alcaldía y en la biblioteca de la universidad.

Inspeccionó por los cuatro costados si se había proyectado o si se había construido alguna poterna, relativamente oculta o hábilmente disimulada, que permita el clandestino ingreso

a la fortaleza, pero ninguna evidencia obtuvo con respecto a este asunto.

Pero Borbor no era de las personas que se dejan vencer por las adversidades. Tozudo como era, llegó una tarde al terreno donde el boquisucio construyera el palafito, cargado de palas, barrenas y barretas, picos y zapapicos, puntas y cinceles, sierras y serruchos, mazas, combos y martillos picadores, carretillas y sacos de yute, así como una puerta de hierro de setenta centímetros de ancho, por un metro veinte de alto.

Metió la llave en el grueso candado y la puerta se abrió dócil, como una enamorada doncella.

El palafito no estaba mal. Tal y como le había dicho el finado boquisucio, era confortable por dentro. En la bodega alcanzó todo lo que él trajo. Incluyendo la brújula, seis lámparas de minero, siete cascos de seguridad, tres sacos de carburo y unos cuantos toneles de agua potable.

Como no podía confiar en persona alguna, se abstuvo de contratar albañiles, peones u

otros jornaleros.

Él mismo, con sus hombres, tomó a cargo esta empresa.

Una vez que se colocaron sobre sus cabezas y aseguraron contra las quijadas los cascos metálicos, procedieron a calzarse las botas, se pusieron los guantes de seguridad y empezó la excavación.

Gaviota se apropió de una barreta; los hermanos Piel de Iguana comenzaron a desbrozar el sitio, con los zapapicos; el Zambito Zambón y el Hijo del Gringo, sacaron la tierra, las piedras y los desperdicios vegetales valiéndose de las palas; mientras José Borbor y El Cantor Alancay llenaban las espuelas de yute con los escombros, las colocaban en sendas carretillas, las transportaban hasta donde esperaban pacientemente las bestias y las iban acomodando una sobre otra en la carreta tirada por dos caballos alazanes.

Cavaron un pozo de cinco metros de profundidad, bajaron una escalera de caña y, manteniendo el ojo superior del orificio, con un radio aproximado de cuarenta centímetros, fueron

ampliando paulatinamente las paredes internas del hueco.

Luego de la primera noche de trabajo quedó perfectamente claro que el boquisucio lo había previsto todo: el retrete era definitivamente algo bastante útil.

Terminado el pozo bajó don José hasta el fondo, para inspeccionarlo. Encendió una lámpara de carburo y colocando en el suelo la brújula, de manera horizontal, determinó el rumbo que debía seguir la galería.

A pesar de que la distancia a cubrir tenía menos de doce metros, perforar el subsuelo resultó ser en realidad un trabajo duro y extenuante.

Cavaron semana tras semana el proyectado túnel que les permitiera alcanzar los cimientos del anfiteatro, para perforar luego una de las paredes externas del laberinto.

Se trabajaba por la noche, con mucho sigilo. Se sacaba la tierra en sacos de yute, que se los cargaba como ya se ha dicho, en los carros tirados por caballos, como si se tratara de cacao en grano.

Lámparas nuevas de carburo se utilizaron para iluminar el socavón, que iba llenándose paulatinamente de agua putrefacta, de ratas y otras alimañas a medida que pasaban los días y avanzaba el tiempo.

Aproximadamente cada veinte y cuatro horas era necesario limpiar el calcio de residuo, cargar nuevamente el carburo y agregar agua en las lámparas. Tareas que se llevaban a cabo retornando penosamente al palafito.

El nivel del suelo se controló Borbor por medio de una manguera transparente, repleta de agua.

Cubiertos los doce metros en línea recta empezó lo más difícil: la construcción del boquete vertical ascendente.

No se tenía experiencia alguna en este tipo de tareas. La tierra, el lodo, las piedras que caían del boquete dificultaban sobremedida el avance.

Finalmente, una noche venturosa, se toparon con un recio muro de piedra ciclópea, que les cerró definitivamente el paso. Habían

llegado a los cimientos mismos del anfiteatro.

Ya no resultaban útiles los zapapicos ni las barretas que habían venido utilizando.

Tenían que emplear puntas y combos para mellar a pulso la argamasa y remover uno por uno los pedruscos, todo lo cual demandaba, por otro lado, un esfuerzo y una determinación aún mayores.

Trabajaron más cuidadosamente, más lentamente, tratando de minimizar el ruido, para evitar que alguien pudiera detectar, desde el interior del anfiteatro, el avance de los intrusos.

Fueron poco a poco desprendiéndose las grandes piedras sin labrar, hasta que finalmente quedó abierto el estrecho boquete.

¿Habrían llegado al laberinto?
¿Les permitía esta abertura ingresar al anfiteatro?

Así como la elástica y temida víbora equis, conocida también por el pueblo como la “Mata Caballo” a causa de la potencia de su veneno, avanza ágil, reptando en zigzag, deslizándose

sobre su vientre gris amarillento y desaparece en un santiamén por el resquicio imperceptible que dejaron las fracturadas rocas, para librarse de la temida lluvia en los crueles inviernos, así José Borbor, tomando una de las lámparas desapareció por el agujero.

Efectivamente habían perforado, a la altura del piso, una de las paredes del oscuro laberinto.

Uno por uno pasaron al interior los hombres de Borbor. Quedaron estupefactos al contemplar los estrechos senderos y pasadizos de piedra ciclópea cubiertos de telarañas, sin hallar una sola puerta que comuniqué el laberinto con el resto de la edificación.

Como ya estaba cerca el alba, tomó Borbor la decisión de retirarse, para regresar nuevamente por la noche.

Colocaron los pedruscos en su sitio y los apuntalaron por fuera con tablas y pilares largos de madera, a fin de que nadie pudiera notar, desde adentro, que los cimientos habían sido violentados.

Durante la siguiente noche continuaron dando vueltas y vueltas, perdidos en el laberinto. Ni la brújula, ni las lámparas, ni las marcas que hacían con sus filudos puñales sirvieron para cosa alguna.

El desconcierto creció en la noche subsiguiente, al descubrir en uno de los callejones el cadáver reseco de un hombre, devorado parcialmente por las ratas, probablemente condenado por la odiosa hermandad.

Conservaba en una de sus descarnadas muñecas un trozo de soga, con la cual habría sido amarrado. Más allá, una vetusta venda tirada en el mugroso piso, permitía suponer que cubrieron eventualmente los ojos del condenado, para desorientarlo aún más. Quizá lo habrían llevado maniatado y con los ojos vendados hasta el centro del laberinto, abandonándole luego a su suerte, a sabiendas de que le sería imposible dar con la salida.

Los pentaviros se habían autoconvocado. Graves, casi solemnes se mostraban sus

ajados rostros. Las noticias que llegaron de París los habían perturbado.

¿Cómo había sido posible que la sede de la organización haya sido vilmente atacada?

Los jerarcas que sostenían los hilos del mundo habrían sido brutalmente asesinados, sin que nadie sepa quiénes fueron los perpetradores de tamaña osadía.

Permanecían los pentaviros en silencio, pensativos, sentados alrededor de la mesa circular, en el centro del anfiteatro.

¿Qué rumbo debería tomar ahora la hermandad? ¿Habría llegado la hora de desintegrarse?

Las llamas, que danzaban inquietas sobre los treinta y tres mecheros proyectaban fantasmagóricas luces y sombras sobre el tablero circular y los reflejos del vino, en las doradas copas, teñían de violeta el finísimo mantel de lino.

De pronto se escuchó ruido de armas; las cinco puertas auxiliares se abrieron con gran estruendo y, desde los gruesos marcos de madera saltaron al unísono

cinco demonios armados con filudos machetes.

Sin perder un segundo, tomaron los pentaviros sus enormes espadas y, subiendo de un salto a la mesa redonda se quedaron estáticos, amenazantes.

La inevitable lucha se generó al instante.

Diestros eran los atacantes.
Diestros los atacados.

Machete contra espada. Espada contra machete. Espada contra espada.

Ni una sola palabra. Ni un solo grito. Tan solo el metálico cántico sarcástico de los aceros entrechocando. Solamente sangre brotando a borbotones, sangre chorreando y manchando irremediablemente el piso de mármol más blanco que la muerte.

Es insoportable el hedor de la muerte.

Muertos están los pentaviros. Rígidamente y hediondos, como jamás lo estuvieran.

Desde una de las gruesas paredes, detrás del dorado marco, un adusto caballero contempla

impasible la quietud reinante.

José Borbor, sudoroso y agitado, mira el cuadro y se acerca, con ojos incrédulos.

El noble caballero permanece de pie, elegante en su traje de lino almidonado, con su mano derecha colocada rígidamente sobre el corazón, como si quisiera evitar que se le salga del pecho...

En ese momento el abogado de los tribunales de la República José Borbor Cedeño lo comprende todo...

— ¡Dios Santo! ¡Perdónanos nuestros pecados... y perdona también los pecados de nuestros padres!

Transportaron los cuerpos hasta la mitad del túnel y limpiándolos con aceite los vistieron dignamente con túnicas nuevas de lino blanco.

No cercenaron sus cabezas ni amputaron miembro alguno.

Los tendieron uno al lado del otro, dejando una espada al costado derecho de cada yacente, de tal suerte que al mirarlos desde arriba se hubiera podido

afirmar que marchaban resueltos al combate final.

Diéronles allí sepultura, siguiendo fielmente los ritos de los antiguos caballeros.

Sellaron con argamasa el boquete de acceso al laberinto. Cubrieron de tierra y maleza el pozo. Pusieron candado a la propiedad, y lanzando la llave en medio del bosquecito de guachapelíes, se marcharon, protegidos por la negra noche.

Si alguna vez la policía descubriera los cuerpos de los pentaviros, no tendría pista alguna para encontrar a los que muerte les dieran.

En efecto, ¿qué cabos podrían atar los investigadores? si el terreno y el palafito donde fueran abandonados esos —otrora ilustres ciudadanos—, eran de propiedad de un difunto.

“Herido el pastor, las ovejas huyeron descarriadas”.

El resto de los que comandaron la cofradía de los “HdL” cayeron en las redes que el abogado Borbor y sus hombres les tendi-

eron.

Descabezados quedaron los Altos Tribunales. Unos hermanos murieron ahogados en el río, al volcar sus lanchas; otros, acuchillados, en sus plácidas hamacas; los restantes, a la luz de la luna, con un tiro en la cabeza, al retornar en sus lujosos coches de alguna de las frecuentes bacanales...

Con ansiedad esperó José Borbor terminar con todo esto, para poder viajar a Quito y volver a reunirse con su adorada hija.

Ese día llegó. Envío entonces un telegrama a Josefina, que fue interceptado por oscuras fuerzas y nunca llegó a sus manos:

“LOS QUE ATENTARON
CONTRA TU VIDA HAN
MUERTO. SALDRÉ A QUITO
PARA TRAERTE CONMIGO.
CON AMOR DE PADRE,
JOSÉ BORBOR”

Como no tenía tiempo, a causa de sus múltiples ocupaciones, José Borbor suplicó a dos de sus amigos que compren, para él,

boletos de ida y retorno, en las oficinas del ferrocarril.

Los hombres de Borbor se acercaron a las ventanillas y —cosas de la casualidad— reconocieron a Roberto, que también andaba por allí, buscando boletos, para él y para Vicente Solines, su amigo, el poeta.

No saludaron al muchacho, ni se presentaron frente a él. Hicieron más bien como si no lo conocieran.

De esta manera se enteró el abogado, que su sobrino tenía la intención de viajar a la capital.

Los acontecimientos se precipitaron.

No fue difícil indagar. Roberto había decidido rescatar a su prima.

Postergó don José su viaje, para no opacar ni interferir en la dicha de los enamorados.

Comprendiendo el abogado Borbor que era altamente peligrosa la aventura que estaba a punto de emprender su sobrino, acompañado tan solo de su camarada, joven e inexperto como

él, decidió proteger a los viajeros sin que ellos lo supieran.

De esta manera, los jóvenes creerían que, gracias a su denodado esfuerzo, a su tenacidad y valor habían rescatado a Josefina de su odiosa cárcel.

Todo el crédito de esta hazaña les correspondería solamente a éstos.

Pidió, entonces un favor especial a sus colegas. Vicente Quiñonez y Jacinto Bazurto se ofrecieron voluntariamente a proteger a los muchachos.

Urdieron un plan, para que los eventuales contactos o encuentros con Roberto Alcívar y Vicente Solines parecieran meros frutos del azar.

El viaje de Guayaquil a Quito era lento y tedioso, solía durar dos, tres, cuatro y a veces hasta cinco días, a causa de la velocidad de tortuga con la que se movía el tren; a causa de los derrumbes y los deslizamientos de tierra; y a causa de los trasbordos.

Todos les decían que esperen,

que posterguen su viaje hasta que se calmen las cosas. Pero ellos eran jóvenes e impetuosos...

Roberto y su amigo embarcan en el ferrocarril, rumbo a la sierra.

Una barcaza los traslada desde Guayaquil hasta Durán.

Allí suben al mixto, en un vagón de segunda clase.

La locomotora tiene que jalar, en esta ocasión, treinta y ocho vagones.

Yaguachi, Valdez, Milagro, Naranjito y Rocafuerte pasan ante los ojos extasiados de los jóvenes.

Las hojas brillantes, verdes y lozanas, lavadas por la lluvia, limpias de polvo, las ramas flexibles y vigorosas, los troncos gruesos, los frutos dulces del banano, la piña verdeamarillo-rojizajugosa como los labios de una novia, la papaya perfumada, las agujas afiladas y erectas del arroz veraniego listo para ser cosechado, los árboles de café con sus aromáticos frutos colgando por millares y las robustas cañas de azúcar, meciendo

sus penachos al viento.

Alegres riachuelos y cascadas
cantarinas, bosque húmedos,
donde anidan las aves del cielo
y se multiplican los zorros y las
iguanas.

Bucay, Huigra y Sibambe. Más
adelante, la famosa Nariz del
Diablo.

El aire de la sierra, frío y puro,
elimina los miasmas del vagón
de segunda.

Al pie de una colina azul, en un
latifundio que las rieles del tren
ha partido en dos, un indio soli-
tario cuyas musculosas piernas
parecen las de un sátiro, a causa
del pellón de ovejas que las cu-
bre, talla la besana con ayuda de
la yunta tirada por dos bueyes,
propiedad de su amo. El poncho
del rústico es rojo, los bueyes
son rojos, la sangre es roja.

Descienden del tren en Alausí,
para estirar las piernas, tomar
un caldo de gallina y hacer
trasbordo.

El frío de la sierra muerde las
carnes de los costeños.

Arriba, encaramados sobre los
vagones del tren, en el techo, un

grupo de indios, fusil en mano,
miran con desdén a Vicente y a
Roberto y murmuran entre ellos,
señalándolos con el cañón de
sus armas.

- ¿Quién está armando a los
indios? —Pregunta el Colo-
rado Alcívar.
- Baje la vóh muchacho, no
sea impruente. - La orden
seca de un *brequero* acalla
el comentario -. ¿No se da
cuenta que son soldaoh?
Loh ponchoh sirven pa doh
propósitoh, combatí nel frío
y dehpestá a los incautoh...

El tren pita y todos retornan a
bordo.

Guamote, Colta y... a lo lejos,
en el corazón del frío eterno,
Riobamba, la Sultana de los
Andes.

El mundo es pequeño. El *bre-
quero* se les acerca sonriente.

- ¿No se congelaron?
- Todavía no, pero estamos
tiritando de frío.
- Dihculpe. No sé si toy
equivocao... – mira fija-
mente a Roberto y se le

acerca hasta casi rozar su oreja izquierda—. ¿Le puedo hacé una pregunta personal?

- Pregunte.
- ¿Eh busté sobrino e don José Borbor, el que fuera dueño de El Progreho?
- Sí. ¿Cómo es que usted me conoce?
- Anteh de trabajar en loh ferrocarrileh fui pión en la hacienda e su tío. He traío doh uniformeh pa buhtedeh. No quisiera que leh maten como a perroh. Loh uniformeh pertenecen a la empresa. Deben cambiarse e prisa. Ehtamos a punto de llegar a Riobamba. Habrá requisah...

El tren rompió en mil pedazos la tranquila mañana con su fuerte pitazo y empezó a moverse lentamente, como si tuviera pereza, como si no quisiera marcharse... El *brequero*, ya en la puerta del vagón, levantó la mano derecha y abrió los cuatro dedos en forma de abanico, para despedirse de los jóvenes. Entonces Roberto pudo adver-

tir que el hombre no tenía el pulgar.

- ¡Quiñonez! ¡Zambo Quiñonez! — gritó levantándose del asiento, buscando al hombre. Pero éste había desaparecido.

Al llegar a la estación se da la orden. Se escucha disparos de fusilería. Nadie está autorizado a bajar del tren.

Un grupo de soldados ingresa a la carrera, a los vagones de primera y segunda clase y los inspecciona. Los sabuesos piden papeles. Detienen a tres hombres y se los llevan a empellones.

Los muchachos, con uniformes de *brequeros* no saben qué hacer. Están desconcertados. Los soldados perciben su titubeo y se acercan, apuntándoles con sus fusiles. El Gaviota ingresa de pronto y salva la situación:

- ¡Hey! ¡Ustedeh doh! — conminó a los muchachos —. No se queden ayí paradoh. No tenemoh todo el tiempo nel mundo. — Los sacó a empellones.

De no haber sido por Bazurto y por los uniformes del ferrocarril, los muchachos habrían sido detenidos.

En esos días se fusilaba a la gente, en los cruces de los caminos, sin juicio alguno. El zambito zambón y El Gaviota los habían salvado de una segura muerte.

Al pie de la grada de piedra aguardó paciente el negro Olegario Espinoza. Cuando Josefina inició la subida, le dijo en un susurro.

- Aguánteme aquí. Un hijo de Dió, nunca muere bocabajo. La ejpero en el coro, mi niña. ¿Oyó? ¡Noj matarán a todo! De adrede...

Se le heló la sangre en el cuerpo a Josefina. Como si nada hubiera escuchado continuó su marcha.

A las cinco de la tarde sonó la campana. Era la hora del ángelus. Las monjas, en las salas, rezaron en voz alta:

- El ángel del Señor anunció

a María.

Los internos corearon al unísono:

- Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

Josefina fue al coro y se arrojó en uno de los reclinatorios. El negro Espinoza le entregó un recorte de periódico y le dijo:

- Me ziento ej, como perro en canoa. Busté tiene que huir con yo. Dió ej Dió. ¡Noj quieren dar el vire, a lo do! Azunte lo que le toy diziendo, vea. ¡Ya le viraron el percuezo a la bailaora!
- ¿Mataron a Manola?
- ¿No me ta oyendo, mi niña? Zí, la mataron, zí.

Josefina quedó perpleja ante la noticia infausta. Se quebró. Se le doblaron las piernas y estuvo a punto de caer al suelo, como si hubiera perdido el conocimiento, pero las enormes manos del negro Olegario Espinosa impidieron que se derrumbe.

Su semblante se puso tan blanco como la cera. Lloró a gritos y

sus lamentos llenaron la desierta iglesia.

Desplegó la hoja y leyó:

† Mujer decapitada

† Encuentran el cadáver de una persona en la vía Guayaquil – Salinas.

† El cuerpo de la mujer fue decapitado. Esto es lo que más llamó la atención de la policía.

† La infortunada presentó varios cortes en el cuerpo. El fiscal Luis Morales señala que “parece † que quienes perpetraron el crimen tomaron la cabeza como trofeo o para cobrar por el trabajo † ejecutado”.

† La edad de la occisa oscila entre los 28 y 38 años.

† Detrás de unos matorrales se encontró una cartera con documentos. Al parecer, la ajusticiada respondía a los nombres de Manola Almansa Galera, de nacionalidad española.

- Cuando Dió dá, por la puerta ha de entrá. Ezta noche, a la once, pasará por zu cuarto. Ezté lizta. Noz fugaremos junto.

- ¡Esto no puede ser cierto!
¡No puede ser verdad!
¡Dios y Señor Nuestro, ten piedad de nosotros!

A las diez de la mañana del viernes 19 de agosto de 1932, Gabriel NN permanece todavía en la cama. Pero no reposa tranquilamente en la *suit* que ocupa, en el hotel del malecón.

Al contrario, su rostro luce preocupado, nervioso. ¿Su primer impulso? Llamar a la administración y pedir explicaciones. La opción es descartada de inmediato. No le convienen los escándalos.

La noche anterior había asistido a una recepción organizada por los cacaoteros. Bebió hasta las dos de la mañana. Tiene un chuchaqui del hijoemadre y le duele la cabeza.

La habitación ha sido violentada. Las gavetas están lanzadas en el suelo. Su ropa, amontonada en desorden, sobre una de las butacas.

- ¡Maldito franchute! – dijo y entró al baño, para du-

charse —. ¡Si vuelvo a toparme con el maldito francés, lo mato yo mismo! ¡Debe haberme drogado el desgraciado! ¿Pero qué busca? ¿Qué es lo que busca?

Cuando los agentes de la policía tumbaron la puerta de la *suit*, “El Lagarto” quedó perplejo.

Intentó apoderarse de la pistola que reposaba, como siempre, sobre el velador, pero no le dieron tiempo.

Con la captura de este capo, quedó desarticulada la famosa hermandad de “Los Facinerosos”.

Algunos hampones, delatados por sus propios compinches, con el fin de atenuar su sentencia, cayeron en el bote.

Los demás, decidieron desbandarse y “trabajar” por su cuenta.

De esta manera, Guayaquil se convirtió en la gran guarida de arranchadores, sacapintas, ladrones, traficantes de droga, violadores y asesinos.

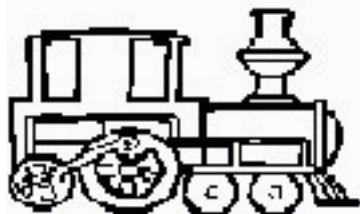
El frío se está volviendo inso-

portable.

La estación está congestionada.

En una de las paredes, cerca de la boletería, han colocado un anuncio:

AVISO A LOS PASAJEROS



THE GUAYAQUIL AND QUITO RAILWAY CO., ESTACIÓN RIOBAMBA, COMUNICA AL PÚBLICO EN GENERAL, QUE EL “TREN DIRECTO” EN EL TRAMO RIOBAMBA-QUITO SALDRÁ, COMO TODOS LOS DÍAS, MAÑANA, VIERNES 26 DEL AÑO EN CURSO, A LAS 6H30 A.M. LOS PASAJEROS LLEGARÁN A CHIMBACALLE, A LAS 5H00 P.M.

RIOBAMBA, 25 DE AGOSTO DE 1932.

Deben pernoctar en la Sultana de los Andes.

Comen en una fonda un plato de cerdo horneado, con tortillas de

papa.

Junto a la estación hay un buen sitio para pernoctar. El hotel de los bachiches. Allí se hospedan.

A las seis y media de la mañana, echando vaho por las narices, tiritando de frío, suben los costeños nuevamente al tren.

Ambato, Latacunga, Lasso. El tren llegó a Machachi. Aloag, Santa Rosa y Quito. Total 447 km. o quizá 452 km. Las informaciones que obtienen no son precisas ni concuerdan.

El tren les deja en Chimbacalle, al otro lado del río Machángara.

Allí se embarcan en uno de los tranvías de la *Quito Tranways Company*, movido por electricidad.

Luego de cruzar el puente del Machángara, el vagón sube por la Maldonado, cruza por encima, el túnel de la Paz y llega a Santo Domingo.

Desfilan, a través de las ventanas del pesado gusano mecánico: indios ataviados con ponchos rojos y sombreros de lana apelmazada, indios cargados de pesados fardos, indios

aguateros, con los pundos de agua recogida en la pileta de la plaza de San Francisco, cholos montados sobre mulas, monjes cubiertos con escapularios desde la cabeza hasta los pies descalzos, legos mendicantes, niños mendicantes, viejas mendicantes de sonrisa dudosa. Por las calles apenas transita uno, dos, tres, cuatro automotores a gasolina, siguiendo parsimoniosamente la ruta del tranvía.

Los jóvenes bajan en la plaza de Santo Domingo, a las seis de la tarde.

No soportan el frío y entran a un portal, en donde la vendedora ha colgado, en la pared y en las puertas, chompas, chalinis, ponchos y otras prendas de vestir.

Roberto y Vicente compran gruesos ponchos fabricados en Otavalo y sombreros de paño. Quedan disfrazados de *chazos*.

El Metropolitano es el más prestigioso hotel de la capital. Allí se hospedan los turistas europeos, los diplomáticos y los políticos de prestigio. Los domingos por la tarde, las familias acomodadas acuden con sus hijas casamenteras a conocer

buenos partidos y a tomar el té.

Pero Roberto y Vicente Solines prefieren alojarse en un hotelucho de mala muerte, cercano a la plazoleta de Santo Domingo.

Cansados por el viaje se quedan dormidos como piedras y ni sienten los picados de las pulgas que les chupan la sangre costeña, con especial deleite.

Los oponentes de Bonifaz le tildan de peruano. Fuertes rumores anuncian a gritos que un golpe legal en contra del presidente electo se fragua en el Congreso. En agosto de 1932, los diputados decidieron que él no era apto para ejercer la presidencia de la República.

Suelen las noches de agosto tener su propio embrujo. Las estrellas fugaces trazan estelas de luz en el firmamento y, en ocasiones, puede escucharse cánticos destemplados de borrachos perdidos.

El negro Espinoza y la señorita Josefina llegan, mal cubiertos por la penumbra, hasta la puerta

de “el toril”. Esta puerta queda al fondo de un zaguán de piedra, de unos cinco metros de fondo. Por lo tanto, la oscuridad allí es espesa. Unos chillidos se escuchan, y de inmediato, los sordos e inconfundibles ruidos que producen las patas de los roedores que huyen asustados.

- ¡No ze mueva, mi niña!
— sugiere, en voz baja, el negro —. ¡He pisao el rabo de algún pericote cochambroso y me ha mordió!
- ¡Oh! ¡No! ¡No! ¡Yo me voy de aquí!
- ¡Quédese onde ejtá! ¡Si busté se mueve la atacarán! No me vaya a culipandea ahora. ¿Oyó?

Con una vieja sierra intenta el negro cortar el candado. Trabaja a ciegas, porque no quieren encender vela alguna, por temor a ser descubiertos.

Josefina lleva consigo tan solo una maleta de mano, en la que ha guardado lo indispensable.

Sabe que la ansiada libertad le esperaba al otro lado de la gruesa puerta, pero tiembla de

miedo. Teme que alguna rata surja de pronto y se cruce en su camino.

El candado salta, con un crujido metálico. Las ágiles manos del negro intentan deslizar, sin hacer ruido, el grueso aldabón.

- ¡Regreze a zu cualto, señorita Josefina! —dispone la Celina, con voz firme, pero sin gritar—. Y tú, Olegario Espinoza, ¿ej que tú ta tocao? Zube a tu zala y zafa de aquí, zo cucaracha. Duerme tranquilo y sólido por eta noche. Ya mañana dispondrá qué hacer contigo el señó Habilitao.

El negro Olegario abrió de un empujón la enorme puerta y arrastrando le deforme pierna vendada, que destilaba pus y sangre pestilentes, intentó escabullirse, pero los cuatro loqueros que acompañaban a la Celina le dieron alcance antes de que llegara a la esquina de la calle Ambato y, colocándole con destreza una descomunal camisa de fuerza lo sometieron en menos de lo que canta un gallo.

- ¡Ezta me la vá a pagar,

negra volantusa! —Gritaba el prisionero, intentando en vano liberarse del oprobioso cautiverio.

- No me vengaj aquí, hecho el zabrozo, zo pedazo e balurdo—, le contestaba la negra, con los ojos inyectados en sangre.

Disparos, gritos y ruido de gente que corre por las calles despier-ta de su sueño a los jóvenes guayaquileños. La guerra de los cuatro días ha estallado.

Una mañana de agosto, la preciosa doncella baja hasta el jardín principal. Mira absorta cómo beben el agua de la fuente los colibríes, suspendidos en el aire. El tibio sol dora los erectos espádices de las inflorescencias del cartucho. Se sienta sobre el borde de piedra y mete una de sus manos en el agua, disfrutando de su simplicidad y frescura.

Prendado por su extraordinaria belleza, se acerca lentamente el Habilitado de turno. Da vueltas y vueltas, como suelen hacer las moscas, frente a la miel...

La señorita Josefina estaba radiante ese día: una espléndida flor en sus veinte y dos primaveras...

- Hola preciosa... Hermosa mañana, ¿verdad...? Te observo todos los días, sin que te des cuenta... Si sabes quién soy, ¿cierto...? El nuevo Habilitado... Hermosos tapetes... ¿Los haces tú? ¡Qué manos tan diestras y hermosas tienes! ¿Te comieron la lengua los ratones? Me gustas, guapa... Podríamos ser amigos... o quizá... más que amigos...

La señorita Josefina no contesta una sola palabra.

- Te está hablando la máxima autoridad de esta casa. Por educación deberías responder mis preguntas... Me estás haciendo quedar en ridículo...

La señorita Josefina guarda en la cesta los hilos y los mol-des metálicos. Es evidente su intención de marcharse y dejar plantado al impertinente.

Dolido, avergonzado, furioso

por el desdén de la interna, el Habilitado tomándola por uno de los brazos, la obliga a ponerse en pie y, delante de todos, sin vergüenza alguna, intenta besar los labios de la virgen, que se crispan en un rictus de terror...

Un golpe en la nuca le hace voltear la cara. Otro golpe certero, en la nariz, lo tumba al suelo. Dos hilos de sangre manchan su chaqueta de lana cruda.

Roberto y su amigo, que habían franqueado la puerta del hospicio, preguntaban al portero por Josefina. Al ver la prepotencia del Habilitado, al reconocer en la víctima, a su adorada prima, Roberto no pudo contenerse y derribó a puñetazo limpio a su atacante.

- Encierren a este loco.
— Grita impotente el hombre, desde el suelo.

Los primos se abrazan en silencio... Una bandada de palomas, que revolotea por el cielo, detiene su vuelo y va a posarse en el campanario de la iglesia.

- Vámonos de aquí. Debo sacarte de este infierno.

- ¿Este rato? ¿No escuchas los cañonazos? Sería una locura.
- Entonces, alista tus cosas. Mañana, a la madrugada, vendremos por ti. Nos casaremos, para que nadie pueda separarnos jamás.
- ¿Mañana?
- Sí, mañana. Te quiero. Vendré por ti

Llegaban ya los loqueros con camisas de fuerza para reducir a los jóvenes, pero éstos, al mirar sus cuellos de toro y sus brazos fornidos, optaron por abandonar la plaza con un trotecito vergonzoso...

En vano la hermosa muchacha trata de retener a Roberto y su amigo.

- ¡Esperen! ¡No se vayan!
¡No pueden salir así! ¡Van a matarles!

El domingo 28 de agosto la situación se había vuelto tensa.

Alfredo Baquerizo Moreno abandonó su cargo y tuvo que

asilarse en la legación argentina, para salvar su vida.

El lunes 29 se inició el ataque a Quito y se suspendió el servicio de transportes por tren hasta la capital. El 30 y 31 de agosto se produjeron los combates, que fueron encarnizados hasta el 1 de septiembre. El viernes 2 de setiembre se restablecía la calma.

La plaza de Santo Domingo se ha convertido en un polvorín.

En una de las torres de la iglesia de los dominicos se ha instalado una ametralladora.

Los almacenes, las tiendas de abasto, las picanterías y restaurantes están cerrados.

Han cortado la energía eléctrica. Las calles permanecen en tinieblas.

Llueven las balas en cada una de las esquinas y se escucha el retumbar de los cañonazos.

En la avenida 24 de Mayo las fuerzas rivales pelean casa por casa. Se lucha a bayoneta calada y la carne se desgarrá inmisericorde.

No es posible avanzar por el

Arco de la Reina y la confusión cunde por la calle Rocafuerte, hasta el mercado.

Las ametralladoras vomitaron plomo desde los campanarios de las iglesias. Las balas campearon libres por entre las angostas calles de la capital y dejaron regueros de sangre.

Los cadáveres de los soldados y los civiles cosidos con plomo se apilaron, en desorden, a la entrada de los hospitales.

En los corredores del San Juan de Dios se acomoda a los muertos, uno al lado de otro.

Niños imprudentes, muchachos imprudentes, con sus pantalones sostenidos por tirantes de tela, descalzos casi todos ellos, deambulan por las calles, corren de un lado al otro por las calles, con los ojos muy abiertos: recorren desde el suelo los casquillos de metal, calientes todavía

Roberto ha prometido a su amada que la rescatará, que la llevará con él, que la hará su esposa. ¿No le ha entregado acaso, como prenda de su amor, un anillo de oro, con una gema del color de la sangre?

Ella lo esperó toda la noche. ¿Quién podría dormir en esas circunstancias?

Al rayar el alba miró el sol ensangrentado.

Quiso subir al campanario, pero los soldados que se habían apostado allí, no lo permitieron.

Fue, entonces, a una pequeña habitación del segundo piso, contigua también a la iglesia, cuya ventana, guarnecida por recios barrotes de hierro, daba al pretil.

El aire que se respiraba estaba viciado y tizado de negro.

Caminó desorientada en medio de la oscuridad, la luz no filtraba por aquella ventana. Habían clavado tablas, habían amarrado con alambres unos colchones viejos, para detener las balas perdidas.

Ella desarmó las fornidas ataduras con sus propias manos.

Cuando logró abrir, de par en par, la amplia ventana, retornó a su cuarto y arrastró uno de sus baúles, con gran esfuerzo.

Allí se sentó y se caló los lentes. Desde algún campanario escuchó seis campanadas.

Hacía frío, pero ella ni siquiera se había cubierto con un chal.

Mira, aquí y allá el humo y el polvo, que suben hermanados.

Le llega el hedor de la chamusquina.

Zumban las balas. Josefina escucha el silbido seco de los cañonazos y los gritos confusos de los que avanzan o retroceden y los estertores de los que serán tragados por la muerte.

El tableteo de unas metrallass, rata ta, rata ta, rata ta, ratatatata, le llega desde arriba, desde el campanario. Pero no puede ver quiénes son los que disparan.

Roberto y el poeta abandonaron el hotel. El sol no había salido todavía, era una madrugada oscura y fría.

Los amigos avanzaron con cautela, pegados contra las paredes. Parecían inmunes a las balas.

Sin que ellos se percataran, los hombres de José Borbor les

facilitaban el avance con sus metrallass.

Cruzaron la Avenida 24 de Mayo, ahora desierta.

Llegaron al pretil del hospicio y miraron hacia las ventanas del segundo piso, buscando el rostro gentil de Josefina.

Y la vieron. Vieron su cara de horror, más pálida que la de un fantasma, aplastada contra los negros barrotes de una de las ventanas.

— ¡Deténganse! ¡No sigan.
¡Por Dios! ¡Deténganse!
Hay *chapas* con metralla,
en el campanario. ¡No
avancen! ¡Les van a matar!

Algo les grita ella, pero es imposible saber qué es lo que dice, a causa del estruendo de los cañonazos.

Josefina distinguió negras siluetas, que se agazaparon arriba, en el techo de la casa del frente.

Volteó la cabeza hacia el pretil, temblando de miedo. Vio llegar a los dos jóvenes y su corazón dio un vuelco.

- ¡Detente! ¡Detente, Roberto!
¡Quédate donde estás!
Los *chapas* de la torre
disparan. Los soldados
también disparan, Roberto.
Los soldados... ¡Roberto!

Su rostro, crispado por el horror,
más pálido que el de un fantasma,
quedó aplastado contra los
negros barrotes de la ventana.

Una ráfaga de metralla, disparada desde la torre, les dobla las piernas, como si fueran de lana. Los muchachos permanecen un rato, de rodillas, mirándose el uno al otro. Asustados, no entienden qué es lo que les pasa.

- De arriba, del campanario...
Llueve el plomo, sin medida.
Mi pierna. Mi pierna
herida....
No logro ponerme en pie.
- Roberto, reza el rosario
Reza el rosario, Roberto.
- A lo mejor ya estoy muerto...
- Me está fallando la fe.

Una segunda ráfaga termina con sus vidas.

- Postrado pido perdón.
Piedad, Padre Poderoso... Por pecar pierdo
precioso Paraíso...

Caen de bruces y el pretil de piedra queda manchado para siempre con su roja sangre.

Y el inexorable tiempo sigue su marcha, en silencio.

La señorita Josefina perdió el conocimiento. Los cristales de sus lentes se hicieron trizas.

Se quedó allí, aferrada a los barrotes de la ventana, con los ojos abiertos, como si hubiera muerto.

Así la encontró el doctor Cazares.

Al ver a la muchacha, destrozada por dentro, gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Las monjas la vistieron con un hábito nuevo, como si ella hubiera tomado los votos de pobreza, castidad y obediencia.

Amortajaron su cara, como si ya estuviera muerta. Al verla, no

podía uno dejar de pensar en los cuadros de las vírgenes y mártires de las iglesias.

Desde ese momento no la abandonó el doctor Manuel Agustín Cazares.

Permaneció allí, sentado en una silla de mimbre, frente a ella, durante el día y durante la noche, como si también él quisiera partir para siempre de este mundo.

No se sabe quién habrá notificado al abogado Borbor, acerca del estado de su hija. O probablemente nadie lo hizo y llegó, como lo había planificado de antemano, para llevársela.

Entró el hombre y la miró.

Rugió como lo hubiera hecho un toro, al que jalan los indios con sus cabestros, para darle muerte.

Gruñó, como una bestia herida por el cazador furtivo, mientras se arrancaba los cabellos, tirando de éstos.

Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Levantó su rostro hacia el cielo. Levantó sus puños, con im-

tencia y maldijo al que lo había creado:

- ¡Toma mi vida a cambio de la suya! ¿Por qué tienen que pagar los inocentes por los pecadores? ¿Qué clase de justicia es ésta?

Se acercó y besó a su hija.

Estuvo allí un buen rato, sentado al borde de la cama, acariciando los cabellos de la moribunda.

Entonces, como si se hubiera acordado de algo, empezó a zapatear y a aporrear con la contera de su bastón el piso, cual si deseara hacerlo añicos.

Miró luego, frente a frente al doctor Cazares y le increpó:

- ¿Y usted es su médico? ¿Por qué nada hace? ¿Por qué razón permanece allí, sin decir palabra? ¡Jamás debí abandonar a mi hija en esta maldita casa! ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Puedo acaso retroceder el tiempo?

Salió sin decir una palabra más.

Desde ese día, la señorita Josefina se negó a comer.

Nunca más se levantó de la cama. No dormía, no. Permanecía despierta durante el día y la noche.

Desde el fondo del pozo en el que se halla, sus hermosos ojos azules siempre abiertos, parecen aferrarse a la vida, mientras ella se siente arrastrada en cuerpo y alma hacia la oscuridad definitiva.

Inútiles resultaron los cuidados médicos, inútiles los sueros, a los que se agregaron sedantes, vitaminas y reconstituyentes.

Era como si una lámpara de aceite fuera lentamente apagándose al consumirse irremediablemente el combustible.

Así la encontró su padre una semana más tarde.

Traía consigo una carpeta repleta de papeles.

Encontró al doctor Cazares a la cabecera de la cama, contemplando a Josefina.

- He venido por ella —afirmó, y le entregó la carpeta—. Aquí están las autorizaciones. No pueden retenerla a la fuerza.

- ¿Y dónde la llevará usted, abogado Borbor?
- A Guayaquil. Allí tenemos los mejores especialistas del país.
- Es en vano. ¿No la ve cómo está?
- ¿Y qué es lo que tiene, doctor? ¿Por qué no responde al tratamiento?
- Está muriendo de amor. Nada podemos hacer.

Fue José Borbor y compró en el mercado de la 24 de Mayo una hermosa jaula para pájaros.

Cuando dieron las cinco de la tarde regresó con la cárcel de frágiles alambres al hospicio y subió directamente al cuartito, donde agonizaba su hija.

Entró y tardaron sus ojos en acostumbrarse a la penumbra.

Manuel Agustín Cazares lo vio aproximarse y desbloquear la portezuela de la pajarera.

Abrió entonces Josefina su boca y de ésta saltó una paloma más blanca y transparente que el

granizo.

- ¿Y ahora, a qué ha regresado usted? —Preguntó el doctor Cazares, con voz cansada.
- A rescatar el alma de mi hija —Contestó José Borbor y salió llevándose la jaula y dentro, cautiva para siempre, la asustada paloma.

La agonía duró quince días. Una noche preñada de estrellas cerró los ojos y se quedó dormida.

En su sueño flotó por el aire plácidamente.

Vio, desde el campanario, a la negra Celina cortar con una hoz las flores blancas de los cartuchos.

- ¡Celina, deja las flores!
¡Esas flores son para mi amado! —gritó, pero nada oyó la negra.

En la mitad de la noche ladran con furia los perros. ¡Los perros ladran con furia!

Cualquiera hubiera pensado que los feroces animales se habían vuelto locos.

Corren los Guardianes de un lado al otro, como si persiguieran un blanco y vaporoso fantasma.

Quieren destrozarlo con sus afilados dientes, pero la sombra, que al ascender se va tornado fuliginosa, danza en el aire, burlándose de éstos.

La señorita Josefina hace vibrar las castañuelas y sonríe.

Es hermoso flotar por el aire, mientras los dientes de los perros rabiosos no logran alcanzarla.

El Colorado Roberto Alcívar sonríe, a su lado.

Avanzan los dos, tomados de la mano. Un anillo de rubíes, tallado en forma de corazón, brilla con luz propia en la blanca mano de Josefina.

A la mañana siguiente, cuando los enfermos, los viejos, los tullidos, los locos y las locas llegaron a la iglesia, para asistir a misa, la encontraron adornada con flores blancas de cartucho.

Un automóvil Ford modelo A, Tudor, llegó por la tarde y se

llevó el cadáver. Claramente se podía distinguir, pintado en ambas puertas, el emblema inconfundible de una “H”, atravesada por una “L”, que termina en cabeza de serpiente.

Mientras se aleja el vehículo sucede algo totalmente inusual.

Sin que se pudiera saber de dónde, aparece un tropel de veinte monos enfurecidos que, saltando y dando gritos acompañando, calle abajo, al negro automóvil.

La gente que pasa no puede creer lo que están viendo sus ojos. Unos dicen que se trata de un circo que ha llegado a la capital. Otros, que eso es obra de los mismísimos demonios.

Los hermanos de la Manola, casados ya y con hijos, fabrican jabones blancos con los excedentes y los turbios de las almazaras.

El paisaje es bucólico: olivos vigorosos, erguidos, de copa espesa, preñados de aceitunas listas para las almazaras, acequias de agua límpida, que se precipi-

tan sin pensar en las trampas de los molineros y mueven las muelas de piedra que trituran el trigo.

El olor de los almendros perfuma el aire de las tardes.

En las fiestas, San Blas, sonriente, con su báculo de oro, avanza erguido, incólume sobre su peana, que parece flotar en el aire, sostenida a pulso por cuatro robustos campesinos.

Entonces bailan las gentes del pueblo y beben manzanilla.

Y arriba, en el cielo azul, “que de tan azul parece blanco”, qué donaire, qué ritmo el de la bailaora y su compañera, la señorita Josefina.

Qué garbo el de Roberto.

Nadie los ve. Pero los espíritus, hermanados por la muerte, sonríen beatíficamente mientras sus caderas se mueven al ritmo de las sevillanas.

Enroscado como una serpiente, reptando siempre en zigzag, avanzando en eterno espiral repetitivo, los ojos abiertos desmesuradamente, brillantes y

afiebrados, el tiempo jamás se queda quieto.

Los años pasan raudos. Y, como por milagro, llega por fin la época que llamaron, por consenso, siglo XXI: ésta, que nos toca vivir, por el momento.

En Guayaquil, en el norte de la ciudad vieja, junto al estero de la Atarazana, donde quedaban los astilleros, en una apartada esquina, sentado sobre el tocón de un árbol, a la luz del sol húmedo que todo lo ilumina, un viejo zarrapastroso hojea un antiguo libro.

No obstante su pobreza, hay tanta majestad en esta hierática figura, que más que un hombre, podría decirse que se trata de un ángel caído.

El ruido estridente de las sirenas, el metálico lamento de los destartados vehículos, las voces chillonas de las vendedoras de piña o el caminar acelerado de los niños que van a la escuela no le perturban.

Al viejo nada le inmuta, permanece sumido en las láminas mágicas, de increíble factura.

Desde el fondo del libro bro-

tan flores, brincan ratas, salen disparados miles de querubines y serafines, tronos y dominaciones, beatos y santos, profetas, mesías, redentores y tantas y tantas curiosas musarañas.

- ¿Qué lees, buen hombre?
-Pregunta un extraño, con una sonrisa cínica, sardónica, despectiva, desde el mullido asiento de un automóvil impresionante.
- No sé ler, mi patrón. Solo miro y remiro lah láminah.
- ¿Y tú, dónde has conseguido eso?
- Lo lanzaron dende uno de loh barcoh, allá nel puerto. Si quiere se lo vendo....

Consejo Editorial de la Casa de la Cultura Benjamín Carrión

IE 041 CE CCE 2015

7 DE SEPTIEMBRE DE 2015

TRES LIRIOS DE AGUA

Novela total. Bellamente recreada. El discurso narrativo configura una historia que evidencia no solo el descalabro de una estirpe sino, que ahonda en diversos niveles donde los intereses familiares se superponen a las determinaciones sociales de una época signada por el caos, la prepotencia y la injusticia.

El autor logra manejar con solvencia los múltiples estadios temporales que estructuran la peripecia y, al final, dibuja una secuencia que va más allá de la anécdota y trasciende los límites de la ficción para proponer controversiales facetas de nuestra realidad nacional.

Muy bien manejados la atmosferización, coherentes los dialectos empleados... el discurso se apoya en un lenguaje dinámico provocando con ello, una narración chispeante, ágil, deliciosamente seductora.

Sin otro comentario, estimamos que debería considerarse la propuesta y publicar el texto, tomando en consideración lo que ofrece su autor.

Comentarios

- * He leído con mucho interés y satisfacción la novela “Tres lirios de agua”. Encuentro en ella los siguientes méritos: Hay un excelente dominio del lenguaje; Zamacuco ha desarrollado una gran capacidad para describir paisajes y personajes. Las referencias históricas y geográficas enriquecen la novela. La trama desarrollada mantiene al lector con un vivo interés. *Francisco Vásconez Espinosa.*
- * Me recuerda la lectura de novelas costumbristas de autores ecuatorianos. Se me viene a la memoria “Valdomero”, “Las cruces sobre el agua”, algo de “Huasipungo” y otras. *Ángel Endara Jiménez.*
- * Cuando uno entra en el mundo recreado por Zamacuco, de una manera tan real, queda atrapado irremediablemente. Se tiene la impresión de estar allí en cuerpo y alma. *María Antonieta Jaramillo.*
- * Con esta nueva obra, Zamacuco nos regala otro magnífico producto de su profunda sensibilidad y de su imaginación de excelente novelista ecuatoriano. *Luis Fernando Bilbao.*

Otras obras del autor

- * *¡No pongas flores sobre mi tumba!* Obra impresa por Docu Tech
- * *Banda de pueblo*, teatro. Obra impresa por Docu Tech
- * *Martín*, novela publicada por Abya-Yala
- * *Ahora le toca al pueblo*, novela publicada por La Oveja Negra
- * *Agualongo, utopía y realidad*, novela publicada por Abya-Yala
- * *El sobretodo de los pájaros*, cuentos publicados por el Municipio de Quito
- * *Las pantuflas del obispo*, teatro y cuentos publicados por el Municipio de Quito

Una buena parte de las obras de Zamacuco se encuentran en el internet, y se pueden descargar de manera gratuita.